

A woman in a white, lace-trimmed dress is shown from the back, holding a large bouquet of flowers. She is standing in front of a window with sheer curtains, and the scene is lit with warm, golden light. A large, stylized 'TU' is overlaid on the image, with the 'T' being a long, flowing script and the 'U' being a bold, serif font. The word 'cuiste' is written in a cursive font above the 'TU'.

cuiste  
TU

FABIANA PERALTA

zafiro

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Cita  
Dedicatoria  
Prólogo  
Uno  
Dos  
Tres  
Cuatro  
Cinco  
Seis  
Siete  
Ocho  
Nueve  
Diez  
Once  
Doce  
Trece  
Catorce  
Quince  
Dieciséis  
Diecisiete  
Dieciocho  
Diecinueve  
Veinte  
Veintiuno  
Veintidós  
Veintitrés  
Veinticuatro  
Veinticinco  
Veintiséis  
Veintisiete  
Veintiocho  
Veintinueve

Treinta  
Treinta y uno  
Treinta y dos  
Treinta y tres  
Treinta y cuatro  
Treinta y cinco  
Treinta y seis  
Treinta y siete  
Treinta y ocho  
Treinta y nueve  
Cuarenta  
Cuarenta y uno  
Cuarenta y dos  
Cuarenta y tres  
Epílogo  
Agradecimientos  
Biografía  
Referencia de las canciones  
Notas  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Spencer Vanderbilt tenía una vida que, a simple vista, parecía genial. Era un semental de ojos azules verdosos al que la palabra «guapo» no le hacía realmente justicia.

Dueño de uno de los *nightclubs* más selectos de Manhattan, desde hace algunos años se ha convertido en el exitoso empresario de la noche al que todas las mujeres quieren echarle el lazo al cuello. Pero los que lo conocen bien saben perfectamente que eso es imposible, pues en su pecho lleva un corazón endurecido a causa de la única fémina a la que amó.

El pasado es su presente constante, y parece no haber tiempo suficiente para que esas heridas dejen de sangrar.

Chiara Delevigne es hija única. Nacida en una familia acaudalada, ha decidido rechazar la ayuda de su padre y se dedica al diseño de interiores. Guapísima, sexy, encantadora y muy terca (éstos son algunos de los rasgos más sobresalientes que la definen), no está acostumbrada a recibir un no por respuesta, así que, cuando algo se le mete en la cabeza, no para hasta conseguirlo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Spencer está decidido a resistir.

Dicen que el primer amor nunca se olvida... pero ¿podrá Chiara acabar con esa creencia y poner de nuevo en funcionamiento el corazón de ese hombre?

FUISTE TÚ

Fabiana Peralta

zafiro 

El amor no reconoce barreras. Salta obstáculos, elude vallas y penetra muros para llegar a su destino lleno de esperanza.  
Ten suficiente coraje para creer en el amor una vez más, y siempre una vez más.

MAYA ANGELOU

*Para todos mis lectores, que en muchas ocasiones son juzgados por lo  
que leen o por cuánto leen,*

*y también para aquellos que se creen jueces, pero en realidad ignoran  
que en todo libro se descubre otra manera de empezar a comprender  
mejor la realidad, ya que en sus páginas hallas la libertad de disfrutar  
de muchas vidas más.*

## Prólogo

*Pasado...*

**SPENCER**

Mi novia era una abogada con mucho talento, además de hermosa. Me amaba, y yo estaba enamorado de ella hasta no querer ver más allá de lo que deseaba. Teníamos planes... teníamos muchos planes...

\* \* \*

Con el correr de las horas, había perdido por completo la esperanza de que todo se tratara de una maldita pesadilla.

Estaba en mi habitación, a oscuras, y permanecía así desde que había llegado esa tarde del hospital. Quería estar solo, en silencio; mi humor estaba alterado y, aunque lo intentaba una y otra vez, los hechos se sucedían sin remedio en mi cabeza y parecía que no hubiera manera de conseguir alejarlos ni por un instante.

Mi madre se había instalado en mi casa con la idea de quedarse hasta que me recuperara, y estaba volviéndome loco, pero había tenido que aceptar su compañía, pues, en el estado en el que me encontraba, no podía valerme por mí mismo. No había querido ir a la casa de mis padres y, aunque sabía que estaba siendo egoísta al alterar la vida de los componentes de mi familia, no tenía demasiado remordimiento, ya que por una vez en la vida estaba pensando en mí, y no en todos los demás.

Tenía una escayola en el brazo derecho, pues la muñeca me había quedado casi destrozada y habían tenido que practicarle varias cirugías; también tenía escayolada la pierna izquierda, además de la rotura de clavícula y moretones aquí y allá; sin embargo, no presentaba ningún otro golpe de consideración que afectara a algún órgano vital de mi cuerpo.

Debo confesar que, después de ver las fotografías de cómo había quedado el coche, consideré que realmente era un milagro que, entre tantos hierros retorcidos, quien lo conducía hubiera sobrevivido.

Mi vida se había puesto patas arriba en un abrir y cerrar de ojos; lo tenía todo minuciosamente planeado, pero al parecer era demasiado perfecto como para que fuera real.

En fin, eso era lo que me había tocado vivir y, aunque hubiese querido no ser el beneficiario de todo ello, cuando suceden cosas como las que me sucedieron, no puedes utilizar un recibo de

devolución. Por tanto, sólo tienes que darte cuenta de que lo que debes hacer es cambiar el plan a uno que no involucre tu corazón más de lo necesario, ya que, si deseas sobrevivir, tienes que moverte y transformarte en un hombre duro e insensible, lo que de hecho creí que me funcionaría bastante bien, pues estaba decidido a convertirme en una máquina de trabajar.

## Uno

### *Presente...*

#### CHIARA

Hacía tanto tiempo que no me reía de esa manera...

Nos sosteníamos la barriga y nuestras lágrimas habían hecho acto de presencia de tanto troncharnos.

No era correcto mofarse así de nuestros clientes, pero parecía imposible evitarlo. Ellos acababan de irse y no podíamos creer el mal gusto que tenían; lo que pretendían iba a arruinar por completo la fabulosa arquitectura de la casa que Maverick les había construido. Apenas salieron del despacho, empezamos con las bromas, imaginando hecho realidad lo que estaban pidiendo, y estallamos en carcajadas. Lo cierto es que a ambos nos faltaba el aliento cuando la puerta del despacho de mi jefe se abrió.

—Basta, por favor, basta ya; voy a hacerme pis encima si sigo riéndome —dije en ese momento, cruzando las piernas.

—Yo no hago nada, sólo que tampoco puedo parar de descojonarme; has sido tú quien ha empezado con las burlas, no yo.

—Es que... ¿has visto cómo se viste y cómo se peina? Él es el más obsesivo de los dos; resulta más que obvio que se ha quedado estancado entre los años veinte y sesenta. Deberías haberme avisado antes de que entrara en tu despacho, casi me río de él delante de sus narices.

—¿Y perderme tu cara de pasmo?

—¿Y la mujer? Por favor, son tal para cual. Viven en un mundo detenido en los años dorados de Hollywood; parecía que se dirigían a un baile de disfraces.

—Juro que a mí me pasó lo mismo el día que los conocí, me dio la sensación de que estaba metido en una película en blanco y negro. Sin embargo, son excelentes clientes... y, ya sabes, el cliente siempre tiene la razón.

—¿De verdad quieren recrear películas clásicas de esos años en cada ambiente? Francamente, aún no me lo puedo creer.

—Parece que estáis muy divertidos... Ni siquiera os habéis dado cuenta de que he entrado.

—Por supuesto que sí, Spencer; pasa, ya acabamos... y claro que te hemos visto.

—¿Es así como trabajáis en esta empresa? Se os ve muy íntimos, incluso se oyen vuestras risotadas desde fuera; cualquiera podría pensar que vosotros dos...

—¿Qué mierda insinúas? —preguntó Mav.

Nuestro ánimo cambió de inmediato ante la sugerencia de éste, a quien miré fulminándolo.

—Cada día compruebo más que todo lo que tienes de guapo lo superas con lo idiota que eres.

Mav, que estaba de pie al lado de la puerta, se rio.

—¿Qué te ocurre? —inquirió mi jefe, tan atónito como yo.

—Nada, lamento mucho que os haya molestado mi sinceridad. —Se encogió de hombros mientras aún permanecía apoyado contra la puerta de entrada, en una pose soberbia pero muy natural.

—Es el marido de mi mejor amiga, ¡imbécil!, y es mi jefe, y... soy la madrina de su hija, además. No estoy coqueteando con él.

—No tienes que dar explicaciones, Chiara.

—Y si, en vez de entrar yo, llega a entrar Joss...

—Eres patético —lo corté—. Me importa una mierda lo que estás insinuando. Mav y yo no estábamos haciendo nada malo. Que tú tengas una mente retorcida y cruel no significa que...

—Basta, Chiara, te he dicho que no tienes que darle explicaciones.

—No planeo acostarme con Maverick, ¿por quién me tomas?

—¿Y con quién te acuestas?

—Eso... eso a ti no te importa... Fuera de mi camino.

Lo aparté y el muy descarado, antes de salir, me miró el culo sin disimulo.

—¿Qué estás mirando?

Se cubrió la boca y sonrió de manera desvergonzada.

Abandoné el despacho de Mav a grandes zancadas en dirección a mi oficina, que estaba en la misma planta.

El muy cretino se estaba burlando de mí, no tenía que decírmelo nadie; yo lo sabía perfectamente porque él estaba muy al corriente de que, con quien yo quería acostarme, era con él.

Me odiaba por sentirme así, ebria por él, ebria de Spencer.

—¡Maldito estúpido, engreído y fanfarrón!

Me había insinuado a él miles de veces desde que lo había conocido en el Trouble's Trust, el bar del hotel Palace, hasta el punto de pensar que no me importaba perder mi dignidad. Incluso llegué a considerar la posibilidad de que tal vez no le gustaba el sexo opuesto, pero luego, cuando lo vi en acción en su *nightclub*, con rapidez deseché esa teoría; el tipo cambiaba de mujer como de calcetines.

Grité cuando entré en mi despacho, descargando la ira que sentía. Yo siempre había sido una chica muy popular y, cuando un hombre me gustaba, nunca había tenido problema para conseguir su atención, pero, con él, no era así. Me quedé apoyada contra la puerta, golpeando un tacón contra el suelo, como si fuera una niña caprichosa que está en medio de un berrinche, hasta que éste, ups, se partió.

—Sólo me faltaba esto.

SPENCER

—Deja de comerte con los ojos el trasero de Chiara, me haces pasar vergüenza ajena con la amiga de mi mujer, que además, aquí, es mi empleada —me reprendió cuando ésta salió—. La incomodas. ¿Por qué la tratas así?

—Sólo estoy divirtiéndome un poco. Deberías prohibirle que se pusiera ese pantalón, su culo distrae.

—No sé, no se lo miro; es la mejor amiga de Joss.

—Pues créeme que tiene un culo que realmente se podría considerar peligroso, y eso desconcentra a tus otros empleados; estoy seguro de que, cuando pasa, se dan la vuelta para vérselo.

—Si tanto te gusta su trasero, ¿por qué huyes de ella?

—Yo no huyo de ella, simplemente no es mi tipo.

—No sabía que tenías un tipo de mujer. ¿Desde cuándo?, porque siempre le entras a todo... ¿Sabes que creo?

Maverick era muy bueno para las verdades crudas y sabía que estaba a punto de soltarme una, y francamente no estaba seguro de desear oírla.

—No me importa lo que creas.

—Pues, aunque no quieras escucharme, te lo diré de todas formas. —Me miró estudiando mi rostro; me conocía bien, y sabía que él no tenía pelos en la lengua; además, desde hacía un tiempo mi amigo valoraba otras cosas. Maverick había sentado cabeza y pensaba de otra manera, así que me senté frente a su mesa y crucé una pierna por encima de la otra, preparándome para el sermón que estaba a punto de echarme—. Han transcurrido muchos años... y todos maduramos; ya toca que tú también lo hagas y dejes el pasado atrás. Ya va siendo hora de que hagas a un lado la diversión nocturna y las relaciones sin sentido que no te llevan a nada... para pasar a algo más estable.

—El pasado lo dejé atrás hace mucho tiempo, y esa vida que mencionas ya la he probado y no me ha dado buenos resultados, así que no quiero volver a caer en ella. Además, no entiendo por qué me sales con esto, puesto que nada tiene que ver con la rubia que acaba de irse.

—Ella te gusta, te gusta de verdad, y por eso la alejas permanentemente. No soy tonto, todos nos hemos dado cuenta de cómo te empeñas en ignorarla.

—¡Qué bien! Resulta que ahora me entero de que soy material de disección de mis amigos cuando no estoy presente, porque al parecer se pasan el rato observándome y decidiendo lo que es mejor para mí, en mi ausencia.

—Mereces ser tan feliz como lo somos todos nosotros. Luka, Drake y yo hemos formado cada uno una familia, y estamos felices con la monogamia; sólo faltas tú. Reconoce de una vez que Chiara te gusta y encárala.

—Me gusta, sí, pero para lo de siempre... Ya sabes, una buena follada y nada más, pero, como sé que las mujeres de mis amigos la guardan en una cajita de cristal y la tienen dentro de ella

envuelta entre algodones, miro para otro lado y la dejo pasar. Sólo es por esa razón. Además, sabes de sobra que sólo tengo que chasquear los dedos para conseguir a la mujer que quiera para pasar el rato.

—Chiara no es de ésas.

—Te estoy diciendo que lo sé, y que por eso mismo no me interesa. Agua que no has de beber, déjala correr.

—Bien, al menos ya has reconocido que te gusta; lo siguiente que debes hacer es bajar la guardia y dejar de proteger tu corazón. Tienes miedo, pero sé muy bien que no eres un cobarde; de hecho, cuando estuviste con Roxanne fuiste el que más se arriesgó de todos.

—No la nombres.

—¿Cuándo la dejarás ir?

Me reí a carcajadas y me puse de pie para ir a por una copa; me acerqué a la mesa donde Maverick tenía algunos licores y me serví una medida de su mejor *bourbon*.

—¿Quieres?

No me contestó, sólo negó con la cabeza mientras se reía, siguiéndome con la mirada y estudiándome como si yo fuera una rata de laboratorio.

«Cree que ha dado en el clavo y, joder, no es así, esa mujer no me asusta; además, debería saber muy bien que no es mi tipo.»

Entrecerré los ojos mientras consideraba mis pensamientos. Había vuelto a afirmar que no era mi tipo, pero debía reconocer que Mav tenía razón cuando unos minutos antes había comentado que yo no tenía un tipo de mujer, pero... ella... definitivamente no lo era.

—Mira, te diré algo: que ahora seas un padre de familia no significa que no conozca tus miserias, así que no me vengas con discursos de monogamia y sus ventajas. Fui el pionero en eso y todos me catalogasteis de absurdo; pues bien, creo que lo estaba siendo y, como acabo de explicarte, no pretendo volver a bucear en esos mares nunca más. Lo que quiero que sepas es que me he dado cuenta de que mi vida, tal como está, transcurre... grandiosa, por así decirlo. No deseo ataduras, ni responsabilidades más allá de las que me impongo para conquistar mis metas a nivel profesional; en ese sentido quiero alcanzar la luna, por supuesto, pero no me interesa alcanzar ninguna otra cosa que no sea en ese terreno. Soy el Zar de la noche, así me han apodado desde que he abierto las sucursales del Provocateur en diferentes ciudades de Estados Unidos; mi negocio se ha expandido y no tengo interés en detenerme, por eso mismo estoy aquí. —Me serví otra medida de *bourbon* después de trincarme del tirón la primera, y caminé para dejar caer mi cuerpo en la silla que estaba frente a él—. Acabo de adquirir una propiedad de tres pisos en la calle W Hubbard, en Chicago, y necesito de tus servicios para... ya sabes... Como de costumbre pongo en las manos de tu equipo las reformas, a eso he venido. Tu empresa siempre se ha encargado de todos mis *nightclubs*.

—Pero... qué buena noticia, amigo. —La voz de mi colega perdió el tono de consejero de parejas con la información que acababa de darle—. Por supuesto que eso merece un brindis.

Déjame acompañarte con una copa de *bourbon* para celebrarlo.

Maverick se puso de pie y se sirvió menos de una medida, luego chocó su vaso con el mío y me tironeó para abrazarme y palmearme la espalda efusivamente.

—Vale, ¿cuándo empezamos?

—Hay un problema —respondió.

—No debería haberlo, soy tu amigo de toda la vida y siempre me has dado prioridad.

—Luka también lo es, y tengo a casi todo mi equipo en las torres de Qatar. Es decir, la gente que se ocupó de tus otros *nightclubs* está en Doha, pues los Al Thani están apurados para la inauguración, por lo que tuve que enviar a más empleados para que se ocuparan del proyecto. En este momento estoy con personal reducido en la constructora; sin embargo, no estoy dispuesto a lidiar contratando operarios temporales para cubrir esos puestos, ni tampoco a trabajadores externos. Tengo un nombre que proteger... Ya sabes, mejor malo conocido que bueno por conocer. Los diseñadores de interiores que realizaron tus otros proyectos están fuera del país; lo lamento, sólo me queda ofrecerte que se ocupe de esto Chiara; ella tiene mucho talento.

—¿Quieres enviar a Chicago a una mujer para que se encargue de mi *nightclub*? ¿Qué puede saber ella de la vida nocturna?

—No la subestimes. Chiara es muy sagaz, no está aquí sólo por ser la amiga de mi mujer. Sabes que en mi compañía sólo tengo profesionales de excelencia, y ella cumple con esas características. Te puedo asegurar que si no la envié a Doha sólo fue porque estaba seguro de que ella sola podría con todos mis asuntos pendientes aquí. Déjame llamarla y podrás plantearnos lo que tienes en mente, para que ella te pueda presentar un proyecto. Te aseguro que te interpretará minuciosamente. Amigo, no la estaría poniendo a cargo de esto si no supiera que es muy capaz de llevarlo a cabo.

—No lo sé... Quería al mismo equipo que trabajó para mí en mis otras discos. No quiero que el Provocateur pierda su esencia en manos de una mujer que tendrá otro enfoque en la ambientación. Espera... ¿lo estás haciendo a propósito?

—¿Qué cosa?

—Nada, olvídalo. No la quiero a ella.

—Suenas como un misógino, y sé que no lo eres. Dame una buena razón de por qué estás rechazando de plano a Chiara en el proyecto aun antes de que te presente nada.

## Dos

SPENCER

A pesar de que era lunes y ese día el Provocateur no abría sus puertas, además de que me había acostado pasadas las cinco de la mañana, mis ojos estaban abiertos a las ocho en punto.

Era un hombre con responsabilidades y no me podía dar el lujo de quedarme en la cama remoloneando. Sabía que en breve empezarían a llegar los proveedores y, aunque estaba seguro de que mi encargado iba a llegar puntual, me gustaba estar pendiente de todo, por cualquier imprevisto que pudiera surgir. Un negocio exitoso se dirige estando atento.

Me senté en la cama y extendí mis músculos, tensos y agotados, protestando por la falta de sueño y por el arduo ejercicio que había realizado la noche anterior, cuando subí a mi privado, después de que el club cerrara sus puertas. Desde hacía un tiempo, los domingos también abríamos.

Me saqué las sábanas de encima y caminé hacia el baño, mirando de pasada el pelo largo y castaño que se desparramaba sobre una de las almohadas de mi cama.

Aún estaba desnudo. Agité la cabeza y me rasqué el cuero cabelludo, enterrando los dedos en mi pelo. Me estiré un poco más y cada parte de mi cuerpo volvió a quejarse; entonces recordé muy bien la intensa follada que le di a esa morena que aún descansaba ahí, y me sentí como todo un semental. Sí, todavía tenía mi toque intacto con las mujeres, aún podía dar un buen juego previo seguido de varios orgasmos; mis caderas aún se movían sueltas y engrasadas a la perfección. Por otra parte, no soy de esos a los que les molesta repetir si la diversión ha sido buena, así que, como la noche anterior lo había pasado bien, era muy probable que volviera a traerme a esa morena de piernas largas para disfrutarla nuevamente alguna vez... si es que ella regresaba al *nightclub*, por supuesto, porque, la verdad, no soy de los que guardan números de teléfono. Si conocéis a mis amigos —hablo de Luka Bandini, Maverick O'Brien y Drake Olson; a Kevin no lo cuento porque él hace mucho que está fuera de las ligas de solteros y nunca fue tan putaño como nosotros, ya que siempre fue el más calmado de todos y por eso Luka lo aceptó como cuñado—, sabréis que disfrutar sin compromisos era nuestra marca registrada a la hora de intimar con una fémica. Claro que... en ese momento sólo era mi *modus operandi*, puesto que, aunque no hacía tanto, ya todos habían sido perseguidos y cazados, y se dedicaban a responder sólo a un coño.

Accedí al baño para lavarme los dientes, y luego me metí en la ducha. Había decidido darle a la chica unos minutos más de descanso, antes de despertarla para que se fuera.

Mientras me lavaba el pelo, consideré si no debería cortármelo, ya que estaba bastante inmanejable, pero luego, cuando recordé la forma en que a las mujeres les gustaba aferrarse de

éste, borré esa idea de mi mente. Muchas me habían dicho que les parecía sexy que lo llevara así, largo y desordenado, así que, como soy un hombre al que le agrada dar placer y me jacto de ser complaciente, mientras me lo aclaraba decidí que lo mantendría tal como estaba; además, me dije que no fuera cosa que me pasara lo mismo que a Sansón y perdiera mi fuerza.

Me envolví una toalla en las caderas al salir de la ducha y, con otra, me sequé el pelo para eliminar un poco el exceso de agua. Luego caminé hacia el vestidor y, al pasar, me percaté de que la morena todavía seguía durmiendo. Me enfundé un chándal y una camiseta oscura y, cuando volví a entrar en el dormitorio, vi a la mujer que estaba en mi cama sentada, desperezándose. Cuando se dio cuenta de mi presencia, empezó a ronronear, y creo que se creía una gatita, porque no dejaba de hacer esos extraños ruidos.

«¡Joder, a esta hora no. Déjalo, ¿quieres?», deseaba soltarle, pero, en su defecto, le dije:

—Justo a tiempo, me has ahorrado el trabajo de despertarte. Vístete, nena. Abajo, seguramente, encontrarás a Dalton. Si no lo haces, pregunta por él a quien veas por allí y dile a éste que te consiga un taxi.

—Vuelve conmigo a la cama.

—No puedo. ¿Sabes?, algunos hacemos algo con nuestra vida y trabajamos —la informé mientras me calzaba unas zapatillas deportivas.

—Spencer, no tienes que despedirme tan pronto. Anoche hubo una gran conexión entre nosotros y sé que tú también la sentiste.

—Espera... espera..., sólo fue sexo; la única conexión que sentí fue la de mi polla dentro de tu coño, tesoro. Si no te vuelves absurda y puedes manejar esto, quizá podamos repetir en otra ocasión, pero ahora... —me incliné para recoger su ropa y, cuando estaba a punto de arrojársela, me controlé y la dejé lentamente a los pies de la cama—... vístete y vete. Puedes usar la ducha y, cuando bajes, puedes pedirle un café a alguno de los chicos, que ya deben de estar aseando el lugar. Ah, y reclama tu pase vip para cuando regreses. —Me incliné de nuevo, esta vez sobre la cama, para dejarle un beso en la frente—. Me tengo que ir a cuidar del negocio, adiós.

—Eres un idiota. ¿Sabes dónde te puedes meter el pase vip?

Le guiñé un ojo.

—Ok, no lo quieres. Qué pena, porque es lo único que obtendrás de mí.

—¿Tienes idea de... a quién has tenido en tu cama?

—Mmmm, si mal no recuerdo, no me dijiste tu nombre y yo no te lo pedí. Para el caso, es lo mismo; no montes un numerito innecesario.

Salí rápidamente por la puerta y, cuando estaba descendiendo por la escalera para ir hacia mi oficina, en el camino recordé que me esperaba manejar una entrevista en unos pocos minutos y ése era uno de los motivos por los que me había levantado tal vez un poco más temprano de lo que acostumbraba. Puse los ojos en blanco y me frustré. Me pasé una mano por el pelo, acomodando el mechón que me caía sobre la frente, justo en el momento de entrar en mi despacho, e inmediatamente me hundí en mi sillón de ejecutivo tras mi mesa de trabajo; frente a mí, ya tenía mi

taza de café humeante, y mi portátil estaba encendido, con el archivo de proveedores abierto. Dalton siempre estaba pendiente del negocio, y era uno de mis mejores empleados; lástima que en su momento no quiso ir a Los Ángeles cuando abrí el *nightclub* en esa ciudad, pues sabía que podía confiar en él con los ojos cerrados, pero lo comprendí... Su madre estaba enferma, luchando contra una larga y muy penosa enfermedad desde hacía algunos años, y ella dependía de él, así que alejarse le hubiese complicado la vida más que mejorársela.

Sonó mi teléfono y saltó su nombre en la pantalla, con un mensaje de WhatsApp.

¿Te va bien si voy más tarde para que hablemos?

No sé por qué razón no le contesté de inmediato; estaba siendo odioso, pero era mejor así. No me importaba si hervía de rabia cuando viera que había ignorado su mensaje tras leerlo.

Volví a concentrarme en la lista, pero sin proponérmelo me quedé con la mente en blanco. Bueno, en realidad no es correcto decir que estaba sin pensamientos, la verdad era que no quería reconocer que ella estaba invadiendo mi cerebro.

El viernes, después de tanto insistir, Maverick terminó por convencerme de que escuchara el punto de vista de Chiara Delevigne, así que, cuando accedí a hacerlo, él la llamó a su despacho, pero la rubia ya se había marchado, y por eso ese día iba a pasar por el *Provocateur*, para que habláramos.

Arqué una ceja y bebí un sorbo de café.

—Esto no es una buena idea, no debería haber accedido.

Alejando mis cavilaciones, me preparé para comenzar mi día, así que abrí el inventario y miré la lista de licores que Barry, el *barman*, la noche anterior había ido completando en la *tablet* que siempre estaba en la barra, a medida que las bebidas iban terminándose. Empecé a cumplimentar los pedidos a los diferentes proveedores, hice luego lo mismo con los ingredientes que se usaban para preparar los distintos platos que se elaboran en la parte del comedor y, cuando finalicé la lista, cogí mi teléfono y le contesté.

Puedes venir, puedo hacerte un hueco en mi agenda.

Esperé una respuesta durante unos segundos, pero ella ni siquiera había leído mi último mensaje. Dejé mi móvil a un lado e intenté proseguir con mis tareas, pero al cabo de unos minutos me di cuenta de que constantemente estaba mirando si ella me contestaba.

—¿Para qué mierda me escribe si no va a responder? Esta mujer es exasperante.

Me ha surgido un imprevisto en una de las obras, un contratiempo, pero podré pasar al mediodía. Me ofrezco a llevar el almuerzo para ambos; con el estómago lleno tengo buenas ideas. ¿Quieres algo en especial?

No quería almorzar con ella. ¿Qué le hacía pensar que podíamos hacerlo? Chiara y yo no éramos más que simples conocidos por propiedad transitiva, ya que compartíamos amigos... pero

nada más. No necesitábamos, además, fingir que podíamos interactuar más allá de una relación laboral, porque eso era exactamente esa reunión, y ella lo estaba transformando en un *off site meeting*.<sup>1</sup>

«Chiara es una mujer patear traseros; arremete con fuerza y siempre consigue lo que quiere, porque a la hora de desear algo es inflexible, testaruda y feroz.»

Maverick no había logrado intrigarme más de lo que yo ya estaba por ella, sólo había corroborado lo que ya había notado e intentaba esquivar.

¿Holaaa? Te veo en línea, ¿qué te llevo? No me has contestado; hazlo, así realizo el pedido.

No traigas nada, aquí en el *nightclub* siempre hay algo para comer. Ahora bien, si quieres algo en especial, ocúpate de lo tuyo.

No soy pretenciosa con la comida. Además, todo lo que sirven en tu club nocturno es exquisito.

Tendrás que comer sobras de anoche; no esperes nada elaborado en el momento.

No te preocupes, de verdad. Te veo luego. Voy con muchísimas ideas, espero sorprenderte con todo lo que mi cabeza ha estado maquinando el fin de semana.

No inventes demasiado, me niego a que mi local pierda su imagen, su esencia. Quiero que, donde sea que se encuentre, la gente que vaya sepa que está entrando en un *Provocateur*.

Tranquilo, Mav me lo explicó.

Había accedido a almorzar con ella. ¿En qué momento había logrado que esa reunión de trabajo se llevara a cabo bajo sus condiciones y no bajo las mías?

«Ya verás cómo maneja al personal y cuánto la respetan. Casi nunca se retrasa en el tiempo que dice que tardará en entregar el trabajo, porque los operarios saben que, si el equipo está a cargo de Delevigne, no puede remolonear o los suspende. Tiene un gran ingenio, y no teme usarlo. Es una profesional consumada y muy comprometida con su trabajo y, en cuanto a resultados, es completa porque también es decoradora.»

Las palabras de mi gran amigo seguían resonando en mi cabeza, como si fueran gusanos comiéndome el cerebro, y no podía parar.

De pronto me di cuenta de que estaba teniendo una visión contemplativa de ella; entonces chasquéé la lengua y me dije que no podía entregarme con tanta facilidad; no me rendiría así como así.

No quería que ella me intrigara, ni que tuviera mi atención, pero, aunque no iba a reconocerlo jamás, Maverick tenía razón: yo huía de Chiara desde el mismo instante en que la conocí.

Su belleza me había eclipsado; incluso, las veces que me había permitido escucharla, su seguridad y su conversación me habían resultado sumamente interesantes. Cuando miraba su pelo, estaba seguro de que era sedoso al tacto. Además, en varias ocasiones había estado muy cerca de mí... y olía tan bien... a flores, y a frutas, una mezcla exquisita de aromas que se volvían adictivos.

Un roce en el brazo me sacó de pronto de mi introspección; había vuelto a perderme en mis pensamientos.

—Perdona, Dalton, estaba distraído, ¿qué decías?

—Que habrá que reponer el espejo de la barra.

—¿Qué ha pasado?

—Lo lamento; ha aprovechado un momento en el que la he perdido de vista.

—Joder, no me lo digas: la morena con quien he pasado la noche ha enloquecido antes de irse.

—Acabas de decirme que no te lo diga.

—Mierdaaaaaaaaaa.

## Tres

CHIARA

Casi no había podido pegar ojo durante toda la noche, pues sólo había conseguido dormirme cuando estaba empezando a amanecer, y esa mañana, cuando me desperté, alertada por la alarma de mi móvil, volví a sentir esa opresión en el pecho que me había quitado el sueño durante tantas horas.

Tras salir de la ducha, esa sensación seguía ahí, instalada dentro de mi caja torácica, y hasta pensé en llamar y decirle a Maverick que no era una buena idea que yo fuera a encargarme de las prisas de su amigo, ya que él, sencillamente, no me soportaba... pero luego me miré en el espejo del baño y le hablé a mi reflejo.

—¡Que se joda si no me soporta! Tendrá que hacerlo. Si tan apurado está para que la firma de su amigo se haga cargo de las reformas en su nuevo *nightclub*, tendrá que aceptar que yo trabajo ahí, y que soy la persona disponible, así que ajo y agua,<sup>1</sup> deberá lidiar conmigo.

Aunque pretendía mostrarme segura y profesional, lo cierto es que me importaba más lucir sexy y ardiente que lo primero, por eso me había pasado toda la mañana eligiendo qué ropa ponerme. Pasé la vista por mi vestidor, escudriñándolo, y al ver el desastre que había generado, me dije que lo único que podías pensar si lo veías era en que un comando había atracado mi casa y se lo había llevado todo; sólo bastaba echar un vistazo a mi alrededor para darse cuenta de que se me había ido la mano probándome prendas; todo estaba tirado por el suelo y fuera de los colgadores. De todas formas, suspiré aliviada al ver mi reflejo en el espejo y ser consciente de que finalmente había encontrado el atuendo perfecto para ir a mi entrevista de trabajo.

—¿Qué tal estoy?, ¿qué opinas tú? —le pregunté a mi gata.

Ésta me miraba sentada sobre el desastre que yo había provocado y movía su peluda cola, agitándola lentamente. Creo que ella también pensaba que me había vuelto un poco loca, así que me dedicó un «miaaaauuuu» bastante largo —vete tú a saber lo que quería decirme—, luego se estiró y finalmente se acomodó en medio de la ropa que estaba en el suelo, para ponerse a dormir.

Volví a mirarme en el espejo, ignorada por *Ámbar*, y me dije en voz alta:

—Cálmate, Chiara, tú puedes hacerlo; tú puedes enfrentar a ese gilipollas y demostrarle que él no te quita el sueño y que, además, puedes centrarte en realizar tu trabajo, aunque lo tengas a centímetros de distancia. Te lo debes y se lo debes a Maverick; él confía en ti, y ésta es una gran oportunidad para demostrar todo el talento que posees. Pero... ¡joder!, cómo me gusta el hombre con quien debo encontrarme, aunque sepa que es un pichabrava.<sup>2</sup>

Me volví a mirar en el espejo y de nuevo me sentí bien con lo que me había puesto: una blusa

blanca de seda, con volantes en el escote y en las mangas, que dejaba traslucir mi ropa interior de encaje negro; unos pantalones pitillo de sarga de color negro y, para concluir con el *look* profesional pero sexy que quería llevar, una chaqueta entallada de la misma sarga de los pantalones. Por último, y para darle el toque de sensualidad a mi atuendo, me subí a mis amados *stiletto*s de suela roja con tacón de aguja de doce centímetros, en diseño de *animal print*, y me sentí perfecta.

Al ver que no me decidía y que estaba tardando más de lo normal en prepararme para mi cita de trabajo, temprano había optado por enviarle un mensaje excusándome y comunicándole que no podría ir a verlo hasta el mediodía, alegando que era una demora laboral lo que me impedía llegar antes. En ese momento por fin estaba lista, y ya no había excusas para continuar retrasando la salida de mi casa, así que debía empezar a moverme.

Cogí mi bolso y también el maletín que contenía mi portátil, donde estaba el archivo que había preparado durante el fin de semana; no me gustaba llegar a ningún lado sin un plan elaborado, y Maverick ya me había explicado a grosso modo lo que Spencer pretendía... Éste incluso le había dado una descripción detallada del lugar y, además, le había facilitado los planos, documentos que me habían permitido trabajar sobre el espacio aun sin haberlo visto; asimismo, como yo conocía el Provocateur, corría con ventaja para elaborar un diseño para su nuevo *nightclub* y, por si esto fuera poco, Mav hasta me facilitó fotos de sus locales en Los Ángeles y Miami Beach.

Estaba a una manzana del punto de encuentro y me hallé conteniendo la respiración cuando finalmente aparqué junto al bordillo. Ya no había marcha atrás, debía bajar y demostrar mi profesionalidad, para eso estaba allí, aunque no podía desconocer que mi pecho albergaba cierto deje de esperanza cada vez que me encontraba con él. Ese hombre me había quitado el sueño durante demasiado tiempo, y yo era una chica que iba tras lo que deseaba y no paraba hasta conseguirlo, aunque debía reconocer que en ese caso me sentía bastante desalentada, ya que Spencer parecía no tener interés en mí. Sin embargo, cada vez que lo veía no me pasaba desapercibida la forma en que él me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta —supongo que ya me entendéis, una mujer sabe leer entre líneas—, pero luego me descolocaba el hecho de que no avanzara. De todas maneras, cuando empecé a conocerlo mejor me dije que las muescas en el cabecero de su cama deberían de llenarlo por completo, porque cada noche dormía con una o dos mujeres diferentes, así que tal vez, que las cosas fueran como eran, sería lo mejor.

La entrada del club estaba a la vista, así que me obligué a alejar mis pensamientos de Spencer. En ese instante necesitaba aparcar mi atracción por él, ya que el momento requería que sacara a la superficie a la diseñadora de interiores y que le enseñara la justa armonización de mi trabajo, la cual implicaba conjugar la psicología ambiental con la arquitectura del lugar y el diseño, para poder crear un entorno, una atmósfera, donde uno quisiera quedarse. En pocas palabras, necesitaba mostrarle que había encontrado la combinación más adecuada para su proyecto, amalgamando su personalidad con la arquitectura y las necesidades, en ese caso en particular, de la gente que asistiría al *nightclub*.

Toqué a la puerta y un empleado me abrió.

—Hola. Tengo una cita con el señor Vanderbilt. —Me referí a él por su apellido, quería sonar profesional.

—Adelante. ¿A quién debo anunciar?

—Chiara Delevigne.

Entramos en el local y me resultó extraño lo silencioso que estaba todo; siempre que había estado allí, el latir de la música y la aglomeración de gente bailando habían sido el común denominador. Estudié el relajado ambiente y, al hacerlo, me encontré con una espalda; sabía reconocer muy bien a quién pertenecía... Él estaba mirando los destrozos de un espejo, que estaba hecho añicos, mientras comentaba algo con otro de sus empleados.

—¡Jefe! Lo buscan.

—¿Quién? —dijo dándose la vuelta, y contuve la respiración al ver a Spencer girarse; a pesar de que lo hizo rápidamente, pareció suceder a cámara lenta, y es que yo siempre maximizaba nuestros encuentros.

Lo saludé con la mano, tontamente, aunque no era extraño que me quedara sin palabras al verlo, siempre me ocurría de todos modos; él tenía el poder de dejarme sin aliento. Su cabello se exhibía desordenado, pero ese aspecto lo hacía estar sexy como el diablo, como siempre, como diciendo «Me importa una mierda cómo me veo». Sus masculinos rasgos estaban a la vista y muy bien definidos... Su mandíbula tenía la sombra de una barba de uno o dos días, y sus labios, llenos y mullidos, parecían estar listos para devorar otra boca con experta pasión; podía apostar a que esos labios sabían muy bien qué hacer en la parte en la que se encontraran, y mejor era no pensar en su lengua, pues estaba segura de que era muy habilidoso usándola. Sus ojos, de un azul verdoso, le daban a su mirada un toque sumamente interesante, y esas arruguitas que se le formaban cuando miraba fijamente o cuando sonreía me encantaban.

No se me escapó que su boca quedó entreabierta, sólo una fracción de segundo, mientras sus ojos hicieron un rápido, y él creyó que disimulado, escaneo de mi figura, hasta que por fin nuestras miradas se mantuvieron encadenadas durante unos instantes...

Y ahí estaba otra vez él, enviando señales equívocas que me confundían.

—Ahora mismo estaré contigo.

—Perfecto, no tengo prisa.

Asintió con la cabeza, volvió a darme la espalda y se centró nuevamente en darle indicaciones a su empleado.

Aproveché para continuar observándolo. Sus anchos hombros llenaban la ajustada camiseta oscura que llevaba puesta, y mi estómago, mi piel, mi pecho y todo mi cuerpo se estremecieron con esa visión.

Él parecía un rey impartiendo órdenes en su palacio. Ese repentino pensamiento me hizo darme cuenta de la tensión en mis pezones sólo con mirarlo; por supuesto, me sentí agradecida de llevar puesta una chaqueta, pues me hubiera encontrado en problemas de no ser así, ya que estaba

convencida de que éstos habían penetrado el suave encaje de mi ropa interior y la fina tela de mi camisola, evidenciando mi lujuria por él.

—Pasemos a mi despacho.

Se acercó y me dejó un sutil beso en la mejilla, y juro que me resultaba extremadamente difícil mantener la concentración cuando me hallaba tan cerca de él, pero me obligué a hacerlo.

—Claro, como tú digas.

—¿Todo está bien?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Antes me has comentado que te había surgido un contratiempo en el trabajo y que por eso te era imposible llegar antes.

—Aaah... sí, cierto. Todo solucionado.

Sentí su mano apoyada en mi cintura, invitándome a avanzar, y les rogué a mis pies que hicieran caso y se pusieran en marcha, uno detrás del otro, para que pudiera trasladarme.

—Dalton, haz que nos lleven el almuerzo a mi oficina, por favor; trabajaremos allí.

—Claro, Spen.

—Siete años de mala suerte... —le dije cuando nos alejamos hacia la puerta que conducía a la parte privada del *nightclub*.

—¿Cómo?

—Cuando se rompe un espejo, dicen que son siete años de mala suerte.

—No creo en supersticiones, eso no son más que creencias populares y, en todo caso, si fuese así, no sería yo el afectado, sino la persona que lo ha roto.

—Bueno, era tu reflejo el que estaba hace un momento en ese espejo hecho añicos; dicen que, como ésa no es la versión original de tu imagen, por eso da mala suerte. Además, será tu bolsillo el que soportará el coste de reemplazarlo, así que, en cierto modo, no hay mucha buena suerte en lo ocurrido.

Abrió la puerta del despacho y me invitó a pasar con un ademán de la cabeza.

—En ese caso no se tratará de un mal augurio debido a una superstición, sino de un activo negativo en mi balance.

Pude sentir su mirada en mi culo cuando pasé junto a él. Apenas accedí, vi el gato que dormía sobre su escritorio.

—Veo que desafías las supersticiones.

—*Sombra* no trae mala suerte. En el Antiguo Egipto consideraban que los gatos tenían poderes y por ello eran venerados; ésa es una estúpida creencia que los relaciona con las brujas.

—Muy original, su nombre, dado su color negro.

—Puede que no sea muy original, pero le queda perfecto. Siéntate —dijo señalándome la butaca situada frente a su mesa.

Acaricié la cabeza de *Sombra* al tiempo que dejaba mis cosas sobre el asiento; el animal se extendió sobre la mesa y me ronroneó, agradeciéndome la caricia.

—También tengo un gato, una gata, en realidad, y se llama *Ámbar*.

—Déjame adivinar, es de pelaje amarillento.

Asentí y nos reímos...

Me quité la chaqueta y la dejé en el respaldo de la butaca; luego saqué mi portátil de su bolsa y lo coloqué sobre la mesa.

## Cuatro

SPENCER

Era hermosa, no cabía duda alguna; sólo con mirarla uno podía advertirlo, pero yo sabía que no podía darme el lujo de demostrarlo. Por otra parte, sentirse cómodo con Chiara resultaba muy fácil, porque era una fémica que irradiaba *sex appeal*, pero eso era otra arma de doble filo que tendría que aprender a manejar si ella se encargaba de mi club nocturno.

Cuando se quitó la chaqueta, tuve que contenerme para no relamerme los labios al ver su ropa interior transparentándose bajo la fina tela de su blusa. ¡Joder! Estaba en serios problemas y ella apenas acababa de llegar. Me imaginé sacando sus senos por encima de las copas del sostén y lamiendo sus duras y rosadas puntas mientras las sostenía entre mis dientes.

Traté de no quedar en evidencia; para eso, me senté rápidamente y cogí a *Sombra* para ponérmelo sobre el regazo. Me reí para mis adentros al considerar que no había forma de que me viera bajo mi mesa, a no ser que ella tuviera visión de rayos X, pero, de todas formas, me cubrí con el animal para cerciorarme de que no notara mi abultada entrepierna.

—Bien, Maverick me comentó que trabajarías el fin de semana para traerme una propuesta — inicié la conversación, rompiendo el hielo y alejando mi mente de los pensamientos lascivos que ella despertaba en mí.

—Así es —palmeó su portátil—, todo está aquí.

»Primero, déjame decirte que he estado haciendo un poco de investigación acerca del lugar. Me ha encantado el edificio; su fachada me ha recordado de inmediato la glamurosa arquitectura de la Chicago de finales del siglo XIX y principios del XX, momento en el que se tuvo que reconstruir la ciudad después del incendio de 1871, ya que casi la devastó. Al indagar un poco en la historia de esa construcción, he comprobado que no estaba equivocada, y por eso creo que tenemos que sacarle provecho a eso. No sé si lo sabes, pero el nombre de la ciudad marcó un hito en la historia de la arquitectura, ya que dictaminó un estilo; de hecho, a dicho estilo arquitectónico se lo denominó Escuela de Chicago, y el edificio en cuestión ha resultado ser una obra del reconocido arquitecto Louis Sullivan; él, además, fue el mentor de otro famosísimo arquitecto, Frank Lloyd Wright. Quizá esos nombres no signifiquen nada para ti, pero, para los que trabajamos en el área del diseño y sus distintas ramas, poder trabajar en una de sus creaciones es como miel en los labios.

Se sentó frente a mí, sin dejar de hablar. Su boca era otra clara distracción y la jodida hembra, para colmo, siempre se pintaba los labios de rojo; estaba seguro de que lo hacía a propósito... La

visión, de inmediato, fue el detonador que me llevó a imaginar su boca envolviendo mi polla mientras me realizaba una profunda mamada.

«¡Detente!», me dije mentalmente al advertir que nada estaba resultando fácil en ese encuentro, tal como ya había imaginado de antemano que pasaría. Para más inri, no había tenido el tino de ponerme un pantalón vaquero que sujetara un poco más mi excitación, sino todo lo contrario... no sé en qué diantres estaba pensando cuando esa mañana me había puesto un chándal, y sin ropa interior, ya que en ese instante mis partes saltaban felices y dispuestas con el festín visual que tenía delante.

Intentaba prestar atención a lo que me explicaba, pero estaba más que claro que estaba fallando estrepitosamente.

—¿Me sigues? ¿O... voy muy rápido?

—Chicago, la arquitectura de la ciudad..., te sigo. —Mencioné las pocas palabras que había podido pillar, pero al parecer fueron suficientes para que creyera que había captado todo lo que me había dicho.

—Bueno, resumiendo: el edificio que adquiriste, no sé si lo sabías en ese momento, tiene muchísima historia, como te he dicho.

—La empleada de bienes raíces algo comentó cuando fui a visitarlo la primera vez. Al parecer el antiguo propietario no quería obtener ventaja de ello y por eso prefirió poner un buen precio y sacárselo de encima cuanto antes.

—Pues déjame felicitarte, eres el dueño de una maravilla de la arquitectura.

Chiara extendió su mano por encima del escritorio y me tocó el brazo, regalándome en esa posición una clara vista de su escote.

«Coño.» Ésa era otra clara distracción que me estaba metiendo en problemas.

Levanté rápidamente la mirada, pero creo que no fui lo bastante veloz y que, por tanto, ella me pilló escudriñando su canalillo. ¡Mierda! Mi polla estaría en medio de una gran verbena si pudiera deslizarse en él; es más, hubiese apostado a que se sentiría perfectamente acogida en medio de sus dos tetas.

—Eres un poco mirón.

—Si no quieres que te mire, deberías haberte vestido de otra forma. Creo que sabes que ese escote está hecho para ser mirado y... por eso lo usas, así que no te quejes.

—No me quejo, sólo resalto lo que estás haciendo para que sepas que me doy cuenta.

—Entonces, si eres consciente de ello, no debería molestarte.

—No estoy molesta. Me gusta seducir, me visto para eso, y me gusta sentirme atractiva, así que no pierdo el tiempo en ocultar mis formas. Creo que una mujer segura de sí misma debe resaltar sus encantos.

—¿Sabes cómo llaman a las mujeres que hacen eso?

—¿Calientapollas? Tampoco tengo problema con ello; puedo seducir con libertad, lo que no implica que esté disponible para quien sea, yo elijo.

Ambos asentimos, y volví a ver la redondez de sus tetas, que en esa pose se derramaban por encima del sostén. Ella se había quedado apoyada sobre mi mesa, provocándome, así que lo hice de manera insolente, y sin culpa.

—34B.<sup>1</sup>

—Eres un descarado.

—No más que tú, que te has quedado inclinada para que pudiera continuar viéndote. En fin..., ¿he acertado?

—No vayas a un territorio que no planeas cruzar. He aprendido, en el tiempo que hace que te conozco, que no es bueno entrar en tu juego, porque siempre me tiras señales ambiguas. Además, opino que tú no te quedas atrás; a ti también te gusta ser un calentabragas.

—¿Te las caliento?

—No voy a contestarte —replicó, volviéndose a sentar erguida, y lamenté no poder continuar disfrutando de las vistas—, porque supongo que tú tampoco me contestarás si yo te pregunto si tu polla se enfervoriza con mi escote.

Tenía razón, no iba a hacerlo, pero estaba seguro de que más tarde, cuando me metiera en la ducha, le daría bastante atención a mi pene cuando recordara el aspecto de sus tetas.

—Dejemos los juegos de palabras de lado, que ya sabemos que no nos conducen a ningún lado. Creo que en eso estarás de acuerdo conmigo.

—Será lo mejor, pero entonces intenta no distraerme, soy un hombre. Sigamos con el edificio de Chicago.

Se rio astutamente y se centró de nuevo en el trabajo.

—Bien, teniendo en cuenta que el Provocateur tiene en sí mismo varios ambientes, por ejemplo una zona donde se sirven platos rápidos y también copas, en el nuevo local podemos delimitar sin problema esos diversos sectores.

»Lo que te propongo es que utilicemos todos los pisos de los que dispone el edificio para brindar servicios diferentes. Se me ha ocurrido que en el primer piso habilitemos un pub con un ambiente más informal, donde se sirvan bebidas y comidas rápidas y donde la gente pueda ver, a través de unas pantallas que colocaremos estratégicamente, algún juego durante la hora feliz o simplemente puedan escuchar la música de uno de los DJ que luego asistirá por la noche al *nightclub*. En el segundo piso te sugiero habilitar un sitio más glamuroso, uno que les recuerde a los habitantes de esa ciudad la época de la Escuela de Chicago; se podrán hacer reservas y asistir para una cena más esmerada, así como para tomar cócteles más sofisticados. Me atrevería también a soñar con un espacio para una cocina de autor... en un marco donde la decoración haga sentir el lujo a los comensales; no sé... cuero, cristal, herrajes, madera que se amalgame con la carpintería utilizada en la fachada del edificio, arañas con caireles..., luces tenues, y hasta podemos crear un espacio para albergar una gran bodega.

CHIARA

Estudié su semblante y parecía subyugado con todo lo que le estaba planteando; permanecía sentado en su sillón y sus ojos seguían en silencio el movimiento de mis labios mientras sus dedos cepillaban su labio inferior. Ese movimiento tranquilamente podría desviarme y hacerme perder el hilo de lo que estaba detallando, pero tenía una misión y ésta era la de demostrarle que podía con su proyecto, que era la persona idónea para llevarlo a cabo, así que decidí avanzar en mi discurso.

—En el tercer piso montaríamos la discoteca. Y lo que se me ha ocurrido, después de hacer mis deberes y estudiar un poco el escenario nocturno, es que conjugemos el baile actual con el de las discos de los años setenta, donde todo valía, llevando a la gente a que asista a vivir la cadencia del *funk*, el *soul*, la música latina, la música *house*... y las remezclas, que pueden ir desde ABBA a Blondie, pasando por Donna Summer, Chic & Nile Rodgers, Cerrone y, no sé, todo lo que puedan aportar los diferentes DJ con sus reminiscencias, pero para que eso encaje debemos crear el ambiente propicio: suelos y paredes repletas de *leds*, que conviertan el lugar en una caja psicodélica y donde la multitud tenga que asistir con gafas de sol; podemos decorarlo con plantas tropicales y muebles de metacrilato Lucite para que nada empañe la visión... y, desde luego, poner el sello de todos los Provocateur: un puente colgante, con las clásicas alas del ave Fénix y las lámparas de caireles de cristal. Podemos coger, incluso, un poco de lo que fueron las grandes discos de los setenta en Nueva York y París, esas que ya han desaparecido pero que permanecen en la mente de la gente. No sé, se me vienen a la cabeza Studio 54, Paradise Garage, Chez Castel... Sólo tenemos que soñar a lo grande y hacerlo realidad. Y como guinda del pastel, en el cuarto piso...

—No hay un cuarto piso.

—La azotea... —repliqué con una amplia sonrisa, sabiendo que lo había pillado desprevenido, y él asintió con una sonrisa, supongo que dispuesto a imaginarlo—. Allí crearíamos un *garden rooftop*, un jardín en la terraza superior, un espacio que cerraríamos con cubiertas de cristal y que decoraríamos de forma exuberante, para que los clientes disfrutasen con cualquier temperatura exterior a la luz de las velas. En uno de los extremos ensamblaríamos una barra sencilla, con tiradores de cervezas artesanales. Me imagino un sitio con muebles de estilo victoriano, con tapicerías que imiten follajes para perfeccionar el espacio, reproduciendo un jardín inglés; incluso se puede ofrecer el sitio para que se realicen bodas o eventos privados.

—Es un proyecto... sumamente ambicioso. ¿De verdad crees que se puede llevar a cabo? Yo sólo había imaginado una disco con diferentes pisos, donde se viviera la experiencia de diferentes estilos de música.

Me puse de pie y cogí mi portátil, le di la vuelta y lo coloqué frente a él.

—He preparado un *render*, es decir, una imagen digitalizada en 3D a partir del escenario en el que intervendremos, para que lo puedas entender mejor. Si bien a nosotros nos resulta sencillo trabajar con figuras planas, entendemos que para vosotros, los clientes, no lo es tanto.

Me acomodé a su lado y él se recolocó en su asiento. Tecleé en mi ordenador buscando

rápidamente el archivo y lo puse en marcha. Mi brazo, todo el tiempo, permaneció apoyado en su hombro, un movimiento que no hubiera hecho con otro cliente, por supuesto..., pero con él estaba dispuesta a usar cada una de mis armas de seducción. Claro que me resultaba francamente difícil concentrarme cuando lo tenía tan cerca: mi columna vertebral se estremeció y mis fosas nasales quisieron tomar una respiración extra para impregnarse de su olor.

De todas formas, pude apreciar que mi cercanía no le pasó desapercibida, porque Spen volvió a removerse en el asiento; parecía inquieto.

## SPENCER

Estaba convencido de que ella era una maldita bruja que sabía muy bien cómo activar cada botón en mi piel. Su cercanía no estaba siendo nada fácil de sobrellevar; su olor me llegaba en oleadas de lascivia y en lo único en lo que podía pensar era en tumbarla sobre mi escritorio y follármela hasta sacarme toda la mierda que ella lograba revolucionar en mí.

Pero eso, evidentemente, estaba fuera de los límites que estaba dispuesto a cruzar con ella. Chiara Delevigne era la amiga de las mujeres de mis mejores amigos, y no quería perder mis pelotas por no poder mantener la polla dentro de los confines de mi pantalón tan sólo por el hecho de no poder evitar tener una aventura con ella. Así que era mejor desechar la idea y concentrarme en lo que me estaba enseñando. Debía reconocer que ella, definitivamente, tenía talento, pues había logrado sorprenderme en más de un aspecto con el proyecto que me estaba presentando y estaba muy seducido por su propuesta.

Cuando terminó el *render*, lamenté que eso significara que ella tuviera que alejarse de mí, ya que cogió su portátil y volvió a sentarse al otro lado de mi escritorio.

El momento coincidió con un golpe en la puerta de mi despacho; era una de las empleadas del *Provocateur*, que nos traía el almuerzo.

—Hablemos de costes —le dije mientras nos preparábamos para comer, una vez que volvimos a quedarnos solos—, porque esto no sólo es pretencioso, presumo que también será un proyecto muy caro.

—Ya sabes, uno siempre gana de acuerdo con lo que está dispuesto a invertir.

Tenía razón. La miré mientras cogía una pieza de *sushi* de la bandeja que nos habían traído y asentí.

—Te sugiero que no seas miedoso en eso. Tengo sólo algunas cifras estimativas, que, por supuesto, no son las finales. Mmm... Esto está realmente exquisito —comentó relamiéndose mientras se llevaba a la boca un *roll* New York, interrumpiendo la conversación—. Recuerdo que me has dicho que comeríamos sobras de anoche.

—Llamé al *itamae*, el cocinero experto en *sushi* del restaurante del hotel, que por otra parte es nuestro proveedor en el *Provocateur*, y nos ha preparado especialmente esta selección; sé que es tu comida favorita.

—Gracias por la atención.

—Es un simple detalle, para que veas que soy un buen anfitrión.

Ella sonrió mientras degustaba otra pieza de *sushi*, y mejor era no pensar en los sonidos que hacía mientras comía.

—Volviendo a los costes —habló después de tragar—, comprenderás que un presupuesto de esta magnitud no se puede realizar en un fin de semana. Esto necesita tiempo para encontrar los materiales adecuados para llevarlo a cabo, pero he logrado conseguirte algunos precios.

Volvió a girar su ordenador personal y me enseñó una hoja de Excel en la que los ceros se multiplicaban de forma asombrosa.

—Joder, realmente es una gran inversión la que hay que hacer para conseguir plasmar este proyecto. Es lo que me imaginaba.

—Te sugiero que contactes con un estudio de mercadotecnia para que estudien la inversión que supondría: los expertos podrán decirte si merece la pena o no, pero, por lo que he estado investigando, yo creo que sí, que lo vale. Claro que no soy una experta en ese campo, y por supuesto no quisiera equivocarme... aunque me atrevo casi a asegurarte que, partiendo del análisis que he hecho, este proyecto no puede darte pérdidas, sino todo lo contrario.

## Cinco

### CHIARA

El resto de la reunión transcurrió muy técnicamente; la tensión inicial fue dejada a un lado por ambos y nos centramos en lo que nos había llevado a vernos. Una que otra vez fuimos interrumpidos esporádicamente por alguna consulta de sus empleados, pero Spencer atendió con rapidez todos esos focos de distracción, delegando muchos en ese tal Dalton, quien parecía ser su hombre de confianza. Después de resolver todos los atascos en su día a día laboral, se centró en desglosar el proyecto que acababa de presentarle. Finalmente, tratados todos los puntos, quedó en darme una contestación muy pronto.

—Bien, no te robo más tiempo. Veo que tienes un día ajetreado y que hay varias cosas que requieren tu atención.

—Así es siempre en el club. Muchos piensan que ser el dueño de una disco es una tarea placentera y plagada de diversión, pero, ya ves, están bastante equivocados. No todo es esparcimiento para los que estamos en la trastienda de la fiesta.

—Ya veo.

Me acompañó hasta la salida y, cuando estábamos a punto de despedirnos, le dije:

—Gracias por darme la oportunidad. Sé que querías al equipo original que siempre se ha ocupado de tus otras discotecas.

—Bueno, Maverick se encargó de venderme muy bien tu trabajo y me intrigó escuchar tu plan.

—¿Aún dudas de que pueda llevarlo a cabo?

—Como te he comentado, tu proyecto me ha gustado mucho. Déjame pensarlo y evaluarlo.

—Espero que lo que tengas que evaluar sea exclusivamente el presupuesto, que por cierto te lo tendré preparado para el próximo fin de semana, tal como te he prometido.

Asintió con la cabeza y me sonrió sin acotar nada más; luego, simplemente, me dio un beso en la mejilla y se apartó con rapidez de mí, quedándose de pie en la entrada y dando por concluido nuestro encuentro. Entonces me giré y empecé a alejarme. Desde luego que hubiese sido agradable saber que él se había quedado allí mirando cómo me apartaba, pero el gozne de la puerta al cerrarse me indicó todo lo contrario, sin que tuviera que darme la vuelta para comprobarlo.

Llegué donde había dejado aparcado mi coche y, cuando entré en él, emití un graznido de frustración. Quería hacer el trabajo, no quería fallarle a Maverick, pero lidiar con la atracción que Spencer me producía, unida a su rechazo, resultaba realmente decepcionante.

Regresé a la empresa para atender otros trabajos de los que me estaba ocupando y, apenas lo hice, mi secretaria me indicó que Maverick me esperaba en su despacho para que lo pusiera al

corriente de cómo habían ido las cosas con su amigo. La noche anterior le había enviado el *render* y la propuesta que iba a presentarle a Spen, así que él ya estaba al tanto de mi proyecto, lo que me dejaba deducir que su llamada significaba que estaba preocupado por saber si habíamos congeniado, y su preocupación no era de extrañar, teniendo en cuenta que nuestros últimos encuentros siempre habían sido bastante hostiles.

Dejé mi bolso y el maletín con mi ordenador, me tomé un vaso de agua y luego me dirigí a ver a mi jefe.

Cuando llegué a su despacho, Diana, su secretaria, me indicó que pasara, que me estaba esperando.

Golpeé y abrí la puerta, metiendo la cabeza.

—Entra. ¿Y? Ha quedado obnubilado, ¿verdad? Esta mañana, cuando finalmente he podido ver lo que me enviaste, me he quedado gratamente sorprendido.

Me acerqué y lo saludé con un beso en la mejilla; él no sólo era mi jefe, sino que también era el esposo, aunque no hubiese ningún papel de por medio, de mi mejor amiga, así que teníamos cierta confianza. Luego me di la vuelta y me dejé caer en el asiento situado frente a su mesa.

—Tu amigo me frustra.

—Joder, ¿qué ha hecho ese imbécil ahora?

—No, no es que haya hecho nada; a decir verdad, no ha sido el gilipollas que es siempre. Ha estado correcto, incluso amable..., es sólo que he ido a verlo con el mejor proyecto de interiorismo que creo que he diseñado a lo largo de toda mi carrera, y ha puesto mil peros. Le ha buscado los tres pies al gato continuamente y ha intentado mandar a la mierda cada cosa que le he propuesto. Al inicio se ha mostrado alucinado y por tanto me he sentido confiada, pues parecía estar muy conforme, pero, luego, ha empezado a poner obstáculos... que esto, que lo otro... Francamente, siento que no me quiere ocupándome de su discoteca. Estoy segura de que sólo se trata de eso. Está a la espera de que le envíe el presupuesto final, y entonces pedirá un estudio de mercado para determinar la amortización de los gastos, pero, no sé, algo me dice que va a tirarlo todo para atrás.

—No lo hará, como que me llamo Maverick O'Brien que te prometo que no lo hará.

—Espero que no pienses que en realidad no le he vendido bien el trabajo; es sólo que...

—Lo sé —me cortó—, no tienes que explicarme nada. Tengo claro que no se trata de eso.

—A veces tengo la impresión de que verme lo fastidia.

—Minimiza todo lo que puede haberte dicho. Si algo lo conozco, sé que debe de estar fascinado con el proyecto, pero no lo admitirá tan pronto. Créeme, lo conozco bien. Aparte de sentirte frustrada..., ¿estás bien?

—¿A qué te refieres con si estoy bien?

—Bueno... Sé que nunca he sido bueno cosechando amistades femeninas... pero tú y yo nos acercamos cuando necesité ayuda con Joss, y además nos llevamos de maravilla en el trabajo, por eso espero que no lo tomes a mal y que no sientas que me estoy inmiscuyendo...

—Deja los rodeos, ¿qué es lo que quieres decirme?

—Quiero presentarte a alguien...

—¿Qué? No... no quiero conocer a nadie; no necesito que organices una cita a ciegas para mí.

—Oye, que es un buen partido. Se trata de un colega arquitecto que acaba de separarse de su novia; él tampoco anda buscando una relación, pero le he hablado de ti.

—Maverick, ¿qué le has dicho?, ¿cómo te has atrevido a hacerlo sin consultarme? No necesito que me vayas vendiendo a tus amigos, no estoy tan desesperada.

—No considero que estés desesperada y por supuesto que sé que eres capaz de ligar si te lo propones, pero, ¿sabes qué?, creo que, desde que nos conocemos, todo ha girado en torno a tus amigas y los míos. Nosotros nos hemos terminado emparejando con ellas y, bueno, sólo quedáis solteros tú y el idiota de Spencer...

—No puedo creer que pienses que me muero por él y que necesito... desesperadamente, ahogar mis penas con otro hombre porque él me ignora.

Maverick frunció la boca y ladeó la cabeza, mirándome casi casi con pena.

—Oye, no me mires así. Soy un desastre..., lo sé. ¿De verdad tanto se nota que él me gusta?

—¿Lo estás preguntando para que yo te responda o te lo estás preguntando a ti misma?

—Deja, no quiero oírlo. El caso es que creo que, en realidad, no es que él me importe tanto..., bueno, sí, me gusta, pero te mato si se lo dices.

Maverick se rio, se puso de pie, rodeó la mesa, apoyó el trasero en el borde del escritorio, con las piernas extendidas, y me miró casi con compasión; odiaba eso, pero mis amigas estaban todas tan atareadas cuidando de sus hijos y parecía que no tenían tiempo para hablar conmigo, así que, bueno, Mav era un buen oyente y pasábamos varias horas al día juntos, incluso yo había sido su confidente en varias ocasiones cuando pasó todo lo de la adicción de Joss, así que nos habíamos acercado; teníamos la suficiente confianza como para poder estar hablando en ese momento de eso.

—¿Sabes...? No es que sea egoísta, me siento muy dichosa de que todos vosotros seáis felices; os quiero mucho y me encanta veros bien; no se trata de envidia tampoco, pero todo ha cambiado tan rápido... Pasamos de ser cuatro amigas inseparables a ser sólo yo.

—No creo que seas egoísta, y no hace falta que menciones tus buenos sentimientos, porque los conozco de sobra. Además, entiendo perfectamente que siempre has estado para todas, y quizá ahora te estás sintiendo un poco sola, y eso es normal.

—¿Lo crees?

—Lo creo; por eso opino que debes centrarte en conocer a otras personas. Déjame presentarte a Jaxson Davis. No te presentaría a alguien que no fuera bien parecido, creo que haríais buena pareja, y es un tipo divertido; además, le gusta el polo y los automóviles de colección, como a mí. Tenemos la misma profesión; nunca hemos sido íntimos como lo he sido con... bueno, ya sabes, Luka, Spencer, Drake y Kevin, pero hemos compartido salidas, galas benéficas, entregas de premios, y también hemos coincidido en algunos trabajos.

—No sé...

—No tienes nada que perder.

—Me da mucha vergüenza.

—No seas tonta.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Jaxson.

—¿Y tiene redes sociales? Tal vez podríamos *stalkearlo* un poco.

Ambos nos partimos de risa.

—No puedo creer lo que me estás haciendo hacer; déjame buscarlo.

Me puse de pie junto a Maverick y él sacó su móvil y abrió la aplicación de Instagram para buscar su cuenta. Choqué su hombro con el mío con complicidad y volvimos a reírnos.

—Éste es; míralo, jamás te ofrecería presentarte a alguien que fuera repelente, estoy seguro de que te caerá bien. Es un tío de lo mejor, ya verás.

Me pasó su móvil y me deslicé por la pantalla, mirando algunas de sus fotos.

—¿Qué opinas?

—En verdad, no está nada mal.

—Ya te lo he dicho.

—Déjame pensarlo.

—No hay mucho que pensar, sólo tienes que estar dispuesta y abierta a conocerlo.

Disparé una sonrisa vacilante hacia él, y asentí diplomáticamente, aunque aún no estaba muy convencida de querer hacerlo. Maverick, sin embargo, creía que estaba en lo correcto y, como él era un hombre y pensaba como tal, me dije que quizá debería escucharlo.

Me devolvió la sonrisa, pero la suya era confiada, chocó mi hombro y le devolví su móvil.

—Por favor, que no se note que llevo puesto un enorme lazo de regalo en la cabeza.

—Yo me ocupo, déjalo en mis manos. Lo que te he dicho de que ya le había hablado de ti, no es cierto; sólo estaba probándote.

—Eres un maldito mentiroso y un zorro sonsacador.

Fingí enojo y le golpeé el brazo.

## Seis

### CHIARA

Cambio de planes; no nos juntamos en casa de Nicole, sino en la mía.

¿Por alguna razón en particular?

Simplemente, Luka y Nicole tienen una reunión a última hora y saldrán tarde del trabajo, así que me he ofrecido a organizar la cena. Pasarán a buscar a los niños y vendrán para casa, así es más fácil.

Ok, yo llevo el postre, déjame colaborar con algo. ¿Quiénes vamos a ser?

Los de siempre, salvo Spencer, que le dijo a Maverick que tenía planes... Ya sabes, el martes es su día libre. Hoy el Provocateur no abre y a veces él aprovecha para hacer otras cosas. Isabella y Kevin vendrán también.

De acuerdo, nos vemos en un rato.

Acababa de salir de la ducha y lancé mi móvil sobre la cama después de contestar los mensajes que me había enviado Joss. Me dirigí al vestidor, saqué un mono blanco de un solo hombro y lazo en la cintura y lo estudié... El pantalón era amplio y cómodo, así que rápidamente me decidí por él, considerándolo adecuado. Por más que no tuviera una cita con quien ir a la cena semanal con mis amigos, a una mujer siempre le gusta verse arreglada. Lo deposité extendido sobre la cama y luego abrí el cajón donde guardaba la ropa interior y comencé a buscar el conjunto perfecto para ponerme debajo del mono. Por supuesto que no tenía planes de tener sexo esa noche, a decir verdad ya casi no recordaba la última vez que lo hice; sin embargo, saber que llevaba lencería sexy siempre me hacía sentir atractiva y confiada. Además, como diría mi abuela Kata, cuando sales de casa siempre debes llevar sujetador y bragas a juego, pues una debe estar preparada para cualquier eventualidad.

Al cabo de algunos minutos ya estaba casi lista; no era una mujer que tardase mucho en arreglarme. Mientras me estaba peinando, volvió a sonar mi móvil, así que recordé que lo había dejado tirado en la cama y fui hacia allí; era Joss nuevamente.

No traigas el postre, Maverick lo ha comprado de camino a casa.

Perfecto. Ya casi estoy, así que voy a llegar temprano para echarte

una mano. ¿Qué hace mi ahijada?

En su sillita de comer, mientras su padre se encarga de ella. Hoy ha tenido uno de esos días de furia, pero, ya sabes..., padre e hija se entienden y él siempre consigue calmarla.

Me llegó una foto tras el texto, corroborando lo relatado en el mensaje. Sonreí al ver lo domesticado que Maverick se veía en su función de padre, ¡quién hubiese dicho tiempo atrás que Joss lo atraparía como lo hizo!

Cuando estaba a punto de dejar el móvil descartado nuevamente sobre la cama, llegó un mensaje al chat que compartíamos las cuatro. Era de Poppy.

Poppy: ¡Noche de martes!, así que supongo que hoy os reunís. Os extraño, pero, aunque lo hago, amo vivir en el rancho.

Joss: Mentirosa, no nos extrañas, y lo que amas no es la vida en el rancho, sino la privacidad que te da ese sitio para vivir libre tu poliamor.

Poppy: ¡Ja!, como si no supieras que me siento capaz de vivir mi amor con estos dos hombres también en la ciudad. Con el tiempo he aprendido que me tiene sin cuidado el qué dirán; a quien le moleste, que mire para otro lado. He asimilado que, en el amor, cada uno ama como quiere y como puede.

Joss: Lo sé, tonta, esto es como la religión y la política. Me alegra que seas feliz de la forma que has elegido serlo, lo apruebo, aunque yo no podría. He probado muchas cosas en la vida, pero no siendo consciente de lo que hacía; en mi vida normal soy más tradicional.

Chiara: Hola, amiga lujuriosa. ¿Cómo está tu panza?

Recibimos una foto y, a continuación, un texto.

Poppy: Enormeeeeeee, 🍷 sólo falta poco más de un mes para explotar. 🤔👉👈

Nicole: Holaaaaaaa... 🍷 Saliendo del Bandini Heart, ya en el coche camino a recoger a los niños. Me he tenido que cambiar en la oficina, porque se nos ha hecho muy tarde, reunión de último momento. 🤔 Ya sabéis, vivir con un hombre poderoso como el mío no es tarea fácil. Poppy, te ves radiante. 😊 Y, si te atreves a vivir tu amor en la ciudad... ¿por qué no te mudas aquí? Así la noche de los martes también podrías estar con nosotros. 😊

Poppy: El trabajo de mis hombres nos lo impide. Ya sabéis, Drake está abocado al rancho y a la cría de 🐔, y las giras de Cooper 🐕 son casi siempre por la zona.

Chiara: Lo sabemos, Poppita, Nicole sólo está bromeando. 😏 Y tú, Nicole, no te quejes de tu empresario del petróleo, que tenemos clarísimo que te mueres por él. 😏

Joss: Aquí estoy de vuelta. Acaban de traer la comida; hoy nos juntamos en mi casa, Poppy.

Poppy: Pasadlo muy bien.

Chiara: Sólo me falta maquillarme y salgo para casa de Joss. Me desconecto por un rato. Luego os leo. 🙄🙄🙄 Quiero llegar antes de que mi ahijada se duerma, llevo regalos para los niños.

Nicole: Deja de consentirlos tanto. Ya no sé dónde meter tantos juguetes; todos los martes obtienen un obsequio de tu parte, los malacostumbres.

Joss: Sí, es cierto. Mía, cuando llegas, lo primero que hace es extender los brazos y mirar las manos, a ver si traes algo.

Chiara: Soy la tía solterona, estoy para eso. No me importa que os quejéis, no os oigo.

## Siete

### CHIARA

Decidí coger un Uber esa noche, no tenía ganas de conducir, así que, cuando llegué al edificio donde vivían Maverick y Joss, en la calle Greenwich, pagué la carrera y me bajé del vehículo. La brisa serena de la noche de primavera se deslizó entre mi cabello; aunque llevaba puesto un fino abrigo, me estremecí. Cerré los ojos y me enderecé antes de empezar a caminar y, cuando llegué a la entrada, el portero, al reconocerme, abrió la puerta para mí de inmediato.

Mis tacones repiquetearon en el suelo de mármol de la entrada mientras me deslizaba dentro del recibidor del lujoso edificio situado en Lower Manhattan.

—Hola, Manning.

—Buenas noches, señorita. Adelante, sea usted bienvenida.

—Gracias. Hola, Braxton —saludé al conserje residente del edificio, que estaba tras el mostrador.

—Buenas noches, señorita Delevigne; que pase una buena velada.

—Muchas gracias.

Fui directa hacia el ascensor; no necesitaba que me anunciaran, pues estaba agregada a la lista de personas admitidas para subir sin hacerlo.

Entré en la cabina y dejé escapar un suspiro, sintiéndome inquieta. Una pizca de nerviosismo estalló de repente dentro de mí y, aunque quería desestimarla, no era capaz. Os preguntaréis por qué estaba tan nerviosa si eso era algo que hacíamos todas las semanas, reunirnos para ponernos al día..., pero... aunque había fingido que los cambios de planes no me habían extrañado, sabía perfectamente que Maverick estaba tras ellos. Nicole y Luka jamás cancelaban una cena en su casa, porque lo tenían siempre todo organizado de antemano gracias al personal que los ayudaba, así que la excusa que Joss me dio me sonó a plan ideado entre todos para que el arquitecto amigo de Mav entrara en escena.

Salí al vestíbulo de entrada del ático donde vivían mis amigos y toqué dos veces a la puerta antes de entrar.

—Holaaaa, ya he llegadooooo.

Joss salía en ese momento de la cocina, arreglándose un pendiente.

—Guauuu, estás preciosa; el blanco te sienta muy bien.

—Gracias.

—Mía ya se ha ido a la cama. Lo siento, es que estaba insufrible hoy, así que Mav le ha dado de cenar y se la ha llevado arriba.

Hice un mohín porque eso significaba que no podría llenarla de besos.

—Lo entiendo. Toma, esto es para ella.

—¿No quieres guardarlo y se lo das tú la próxima vez que la veas?

—*Naaaa*, la próxima vez le traigo otra cosa.

—No tienes remedio.

Dejé mi *clutch* sobre la mesa junto al sofá.

—¿Necesitas ayuda para algo?

Miré la mesa del comedor mientras lo decía, y vi varias exquisiteces colocadas sobre ella, platos apilados y copas y vasos dispuestos para utilizar; al parecer la cena de esa noche sería un *finger food*.<sup>1</sup>

—Listo, he logrado que se durmiera —anunció Maverick mientras bajaba la escalera arremangándose las mangas de su camisa—. Hola, Chiara.

—Gracias, cariño —le contestó Joss mientras éste se acercaba y ella lo aferraba por la cintura. Maverick le dejó un beso en la sien y luego se estiró e hizo lo mismo en mi mejilla.

—¿Os preparo algo para tomar? —se ofreció de inmediato.

—Sírvenme un agua de frambuesa con chía, *amore*.

—¿Y tú, Chiara?

—Una copa de vino está bien para mí.

—Te acompañaré con un *chenin blanc*, entonces; debes probar este que conseguí a través de un cliente.

Atrás habían quedado los días en los que no bebíamos delante de Joss; por suerte ella había superado todas sus adicciones y era una nueva persona.

La puerta del ático se abrió en ese instante, y entraron Nicole e Isabella, seguidas por Luka y Kevin.

—Hola a todos, ya estamos aquí —anunció Nicole.

—¿Y los niños?

—Chiara, mi madre se ha ofrecido a cuidarlos; no íbamos a desaprovechar la oportunidad de salir solos —acotó Luka, mientras me saludaba con un beso en la mejilla.

Miré a Maverick y luego a Nicole, y no se me escapó que ésta quería asesinar a su marido con la mirada por abrir su boca de más; lo más probable era que él no estuviera al tanto de los tejemanejes de la noche.

—Recuerdo que dijiste en el mensaje que salíais del Bandini Heart a recogerlos —fustigué a Nicole, haciéndole saber que su mentira estaba al descubierto.

—Pero si estaban en casa de mamá; debes de haberlo entendido mal —comentó ingenuamente Isabella, demostrándome que las mentiras siempre tienen las patas muy cortas y que mis sospechas estaban empezando a tener sus fundamentos—. Guau, te ves estupenda, me encanta tu mono.

Nos sentamos de inmediato a charlar, mientras Maverick, como buen anfitrión, se ocupaba de proveernos de bebidas a todos. Cuando lo vi apartado del resto, aproveché la oportunidad y me

acerqué a él.

—Has invitado a Jaxson, ¿verdad? Por eso todas estas idas y venidas.

El timbre de la puerta sonó en ese momento.

—Creo que ha llegado; no queríamos que lo supieras antes de tiempo, porque teníamos miedo de que te arrepintieras de haber aceptado y no vinieras.

»Jax, amigo, ¡qué bien que hayas venido! Entra, bienvenido a mi humilde morada. Ya conoces a mis amigos, a Luka y a Kevin... supongo que los recuerdas de cuando nos asististe en el Bandini Heart con ciertos datos para la recolección del agua y el reciclado.

Me giré veloz apenas Maverick lo nombró, cuando él se apartó de mí para ir a recibirlo. Debía reconocer que era sumamente atractivo; ya lo había notado en las fotos de su Instagram, pero en persona ganaba mucho más.

«Mierda, parece uno de los chicos de los anuncios de Armani o de Moschino.»

Era alto, le calculé casi metro ochenta y ocho, de cabello rubio, ojos azules y pelo desordenado, muy al estilo «me importa una mierda cómo...».

«¡Basta! —me amonesté al instante—, prohibido pensar esta noche en él.»

—Joder con todos vosotros —solté, acercándome a las mujeres—. Me siento como si estuviera envuelta en papel de regalo y con un enorme lazo en la cabeza; por lo menos habríais podido tener el tino de invitar a alguien más, para que no fuera tan obvio que estáis tratando de emparejarnos.

—Tú lo has dicho, es obvio, y pretendíamos que no hubiera dudas al respecto. No queremos que sigas siendo la tía solterona —intervino Nicole.

—Creo que acabo de entender por qué se ha cambiado el punto de reunión. Podríais haberme avisado de que habíamos organizado una cita a ciegas esta noche, así no hubiese metido la pata con lo de los niños. Por lo visto mi hermano tampoco tenía ni idea, porque ha sido él quien ha empezado a estropearlo todo —afirmó Isabella.

—Maverick quería presentarle a su amigo a Chiara —explicó Joss— y ella no se decidía; lo hemos organizado todo en el último momento, por eso no te hemos avisado, Isa. Discúlpalos, no la queríamos dejar pensar y que dijera que no.

—No hay problema, el fin justifica los medios. Definitivamente, necesitamos que Chiara deje de ser la tía solterona. Contad conmigo... Si no funciona con el amigo de Maverick, tengo algunos buenos e influyentes personajes en la fundación de mi madre que podrían ser buenos candidatos también.

—Me asombra lo solidarias que sois todas, ¡perras! Total, la que está en el escaparate no es ninguna de vosotras.

—Relájate. —Isabella me tocó el brazo—. Si tu problema residía en que fuéramos número par, eso ya está solucionado... —Bebió de su copa mientras hablaba y me guiñó un ojo—. Acaba de llegar Spen.

—Ay, nooo... Yo os mato.

Todas se carcajearon.

## Ocho

SPENCER

—Hola, Luka. Gracias por tu mensaje; si no hubiéramos hablado hace un rato, no hubiese sabido lo de los cambios de planes. —Miré a mi traidor amigo Maverick O'Brien—. Os habéis olvidado de avisarme de que finalmente cenabais aquí.

Golpeé el hombro de éste a modo de broma, pero empleando un poco más de fuerza, y luego le di un apretón de manos a Kevin, que tenía una copa de *bourbon* en la mano.

—Creía que era noche de martes, noche de amigos. —Aclaré con mala leche—. ¿Tú eres?

—Jaxson Davis, y soy amigo de Maverick. ¿Y tú eres?

—Spencer Vanderbilt.

—Le dijiste a Luka que esta noche no podías cuando se suponía que la cena era en su casa, por eso no me he molestado en avisarte. Tú últimamente nunca vienes, así que lo siento por la omisión.

—Pero he cambiado de planes. Me han entrado ganas de pasar tiempo de calidad con los buenos amigos; hacía mucho que no os veía a todos juntos.

—Hola, Spencer... Jaxson...

Joss se había acercado a saludarnos.

—Mi mujer, ¿la recuerdas de la gala de entrega de premios al mejor arquitecto del año?

—Por supuesto. Es un placer volver a verte, Josephine, sin duda.

—Tienes buena memoria.

—¿Cómo estás, Spen?

—Hola, Nicole. ¿Y los niños?

—En casa de mi suegra; esta noche estamos solitos. No tenemos muchas veladas como ésta, así que la vamos a aprovechar al ciento por ciento, ¿cierto, cariño?

—No tengáis dudas —contestó Luka cogiendo a su mujer por la cintura y aplastándola contra su costado mientras depositaba un beso en su mejilla.

Saludé a Isabella y dejé para lo último a Chiara; ella estaba preciosa esa noche, y no pude dejar de recorrerla con la mirada. Fue entonces, cuando estaba a punto de decir algo ingenioso acerca de su aspecto, cuando el idiota de Maverick interrumpió, presentando al prototipo de... no sabría ni qué nombre darle, pero saltaba a la vista para qué lo habían invitado. Sólo hacía falta sacar la cuenta de cuántos eran hasta que hice mi aparición; resultaba fácil deducir que estaban vendiendo a la diseñadora de interiores al mejor postor.

—¿Cómo va mi presupuesto, Chiara?

—Estoy trabajando en él. Apenas lo complete, te lo enviaré.

—Chiara es una gran diseñadora de interiores; ella será quien diseñe mi nuevo *nightclub* —le expliqué al baboso ese que había invitado Mav y que no dejaba de mirarla; incluso hasta le había ido a rellenar la copa de vino.

—Sé a lo que se dedica Chiara. Toma tu vino. —Le alcanzó la copa—. Aquí nuestro amigo en común ya se encargó de hablarme de la diseñadora con enorme talento que había incorporado a sus filas.

»Te felicito, y me declaro admirador de tu trabajo. Me encantó la transformación que realizaste en el hotel Roylton Park Avenue cuando cambiaron de firma. Fue ahí cuando supe de tu existencia, al investigar quién había estado a cargo del proyecto, y luego le pregunté a Maverick, al enterarme de que trabajabas para él.

—Gracias. Es todo un honor tu reconocimiento, admiro algunas de tus obras en la ciudad.

—¿Hay algún modo de seducirte y convencerte de que te vengas a trabajar conmigo?

—Ey, Spen, necesitamos uno más; Maverick y Kevin ya han hecho pareja. ¿Quieres ser la mía en una partida de billar?

Miré a Luka y entrecerré los ojos. ¿Acaso querían que dejara a Chiara sola con el idiota ese? Era obvio que todos estaban confabulados para emparejarlos.

—Spenceeeeeer, ¿jugamos? ¿No me has oído?

—Luka te está llamando desde la sala de juegos —me indicó la rubia; al parecer ella también quería que me alejara.

—Ya lo he oído, no estoy sordo —le contesté de forma hosca.

Me alejé a regañadientes; de pronto me había convertido en un neandertal, pero, como es una especie extinta, no iba a dejar que éste asomara. Tal vez lo que mis amigos habían planeado era lo mejor, pues yo no estaba dispuesto a cruzar ninguna línea y ella merecía no estar sola. Era una buena chica, y también tenía derecho al cuento de hadas que sus amigas estaban viviendo.

Cuando entré en la sala de juegos, Luka me entregó un taco. Lo miré con cara de perro antes de cogerlo; tenía ganas de partírselo en la cabeza a todos mis amigos.

—Si me hubierais avisado de que teníais la noche planeada para que este idiota se llevara a Chiara a la cama, no habría venido.

—Hasta hace un segundo no se te veía muy cómodo ni solidario con esa idea. Si Luka no llega a llamarte, parecía que no había manera de que los dejaras solos para que se conocieran —intervino Maverick mientras lanzaba el primer tiro para comenzar la partida.

—¿Y ella sabía que éste venía y se prestó a que la entregarais así?

—¿Qué pasa contigo? —me preguntó Kevin—. Cualquiera diría que te molesta que Chiara esté poniendo sus ojos en Jaxson.

—¿Molestarme? *Naaa...* Ella es dueña de hacer lo que quiera y de acostarse con quien le plazca; es sólo que no me parece un tipo adecuado para ella.

—¿Y cómo debería ser el tipo adecuado para ella? Porque él es arquitecto y ella, diseñadora

de interiores, así que creo que tienen mucho en común. Además —Luka bebió de su copa de vino y la dejó en el borde de la mesa de billar cuando llegó su turno para tirar—, se ven bien juntos, ¿no crees que hacen buena pareja? —me planteó mirando hacia ellos y, al girarme, vi que Chiara se reía mientras se apoyaba en su hombro. Vete tú a saber la estupidez que el tonto ese le habría dicho.

—Además, tú ya dejaste claro que ella no te interesa.

—Creía que erais mis amigos, pero veo que sois tres traidores, eso sin contar a vuestras mujeres, pero... bueno, ellas son fieles a la rubia, así que no pretendo que lo sean a mí.

—¿Estás queriendo decir que Chiara te interesa?

—Me gusta, Luka, y vosotros lo sabéis muy bien. Hace unos días incluso se lo dije al cabronazo este. —Señalé a Maverick con el taco de billar y él no hizo más que carcajearse maquiavélicamente con mi confesión—. Te crees un gran casamentero, estúpido. ¿Por eso has arreglado que haya venido el experimento este? Y vuestras mujeres... no parecen ser tan buenas amigas de Chiara, puesto que la entregan así, al primero que aparece.

—Si tanto te interesa, ¿por qué no la reclamas?

—No lo haré, Kevin. Ella busca una relación seria, y yo no estoy dispuesto a ninguna relación que no sea sólo un rato en la cama. Ya sabéis muy bien que no me interesa nada serio con ninguna fémmina.

—Han pasado demasiados años desde... —Miré a Kevin, lanzándole una clara advertencia para que no soltara lo que sabía que iba a decir.

—Te sugiero que, si quieres salvaguardar tu integridad física esta noche, no la nombres, hombre. Ella es la Virgen María al lado de cualquier mujer; hazme caso, si aprecias en algo tu vida, no lo hagas —le aconsejó Maverick a éste, cuando se dio cuenta de que estaba a punto de decir el nombre de Roxanne.

## Nueve

**CHIARA**

Nos habíamos apartado del resto, enzarzándonos en una conversación que de entrada fluyó de forma natural. Estábamos sentados junto a una de las ventanas y Jaxson se encargó de mantener nuestras copas llenas de vino, y también de rellenar un plato con cosas para picar, que compartimos mientras intentábamos conocernos.

A ambos parecía no preocuparnos estar ignorando a los demás, y a ellos tampoco que lo hiciéramos, pues en definitiva esa noche mis amigos la habían preparado con ese fin. Sin embargo, y aunque me resultaba muy agradable la compañía de Jaxson, no lograba distenderme lo suficiente como para no captar que constantemente estaba siendo escrutada por la mirada tormentosa de Spencer, quien, desde que llegó, había utilizado cada oportunidad para interrumpirnos.

No entendía su actitud, parecía cabreado. Hubiese sido lógico si yo significara algo para él, pero antes de ese día se había tomado muy en serio demostrarme muy fervientemente que no tenía ningún interés en mí.

No obstante, no había forma de malinterpretarlo cada vez que me encontraba con su mirada, como en este instante, en que me sonreía de esa manera peligrosamente sexy, provocando estúpidos aleteos en mi estómago, a espaldas de Jaxson, y desconcentrándome de lo que éste me estaba diciendo, cuando noté que sus ojos se movían hacia mi boca.

«Maldito tonto, está jugando conmigo.»

Intenté ignorarlo una vez más, pero no había manera de evitar no verlo; él se había encargado de ponerse en un ángulo en el que no pudiera sacarlo de mi periferia. Me sentí mareada, con un nudo formándose en mi garganta, y tragué antes de hablar.

—¿Me disculpas un momento, Jaxson? Voy al baño.

—Claro, ve tranquila; te estoy acaparando sin darme cuenta.

—No lo haces. —Le toqué el brazo y él agarró rápidamente mi mano, llevándosela a la boca y dejando un beso en ella. Luego me giré para depositar mi copa sobre la mesa que estaba junto a nosotros—. Estoy muy entretenida hablando contigo; lo estoy pasando muy bien, créeme.

—Me alegro, porque yo también.

Cuando salí del baño, noté que Jaxson se había unido a los hombres y estaba conversando con ellos, así que me acerqué a las chicas.

—Guau, ha estado todo el tiempo por ti. Creo que le gustas mucho; ahora mismo te está siguiendo con la mirada.

—No exageres, Joss. Nos hemos caído bien, sí, pero básicamente hemos estado hablando de

trabajo, nada personal.

—Bueno, por algo hay que empezar. Yo, cuando salí la primera vez con Luka, fue fundamentalmente de lo que hablamos, aunque ya esa noche él hizo algunas insinuaciones acerca de que yo le gustaba.

Nos reímos, cómplices, las cuatro.

—Con Kevin no tuve esa oportunidad. Lo veía a menudo con mi hermano, pero él le tenía pavor a Luka y me evitaba constantemente, hasta que lo encaré un día que se iba de mi casa; lo esperé en la esquina, casi arrojándome frente a su coche para obligarlo a que frenara, y me insinué.

—No es cierto.

—Te juro que sí, Joss. Él no se animaba y sabía que era por la amistad que tenía con mi hermano, así que tomé la iniciativa... En caso contrario, hubiera tenido que esperar toda la vida hasta que él se decidiera a hacerlo. Salimos en secreto durante tres meses, aunque ya lo sabían Maverick y Spencer.

—Es que tu hermano, a veces, puede ser muy troglodita y posesivo.

—Y que lo digas, cuñada. Lo sufrí toda mi adolescencia, y para qué hablar cuando descubrió que Kev y yo teníamos algo. —Isabella se cubrió el rostro con una mano—. No fue de la mejor manera, pero él fue el único culpable de ello, por obligarnos a escondernos... hasta que nos pilló en el baño de Gilt, follando.

—Nooooooooooooo —exclamamos todas a la vez.

—Molió a golpes a Kevin, y yo no le volví a hablar hasta que no le quedó más remedio que aceptar nuestra relación.

Cuando nuestras risas se apagaron, se oyó, a través del monitor de bebé, que Mía estaba llorando.

—Deja, ya voy yo a ver qué tiene —le ofrecí a Joss, deteniéndola.

—Gracias, Chiara.

La pequeña estaba despierta, sentadita en su cuna mientras se frotaba los ojitos con su mano regordeta; lloriqueaba, así que la aupé, la acuné contra mi pecho y le canté una canción de cuna hasta que finalmente volvió a dormirse. Entonces la acomodé de nuevo en su camita, donde la arropé y besé antes de marcharme.

Al salir del dormitorio de Mía jamás pensé que me encontraría con Spencer apoyado contra la jamba de la puerta.

—¿Qué haces?

—Es un poco obvio lo que hago, ¿no? Estaba esperándote.

—Si quieres hablar del proyecto de la disco, mañana reviso mi agenda y, cuando tenga un hueco, te aviso, quedamos y lo hacemos.

—No quiero hablar de la disco, ni de nada que tenga que ver con el trabajo.

—Ah, ¿no?

—No.

Intenté caminar, para alejarme de él, pero me sujetó de la muñeca, sosteniéndome firmemente para que no me fuera. Luego se acercó a mí y sentí su sonrisa a un lado de mi cabeza, hasta que al final su aliento me estimuló el lóbulo de la oreja cuando comenzó a hablar.

—Cuando dejas que los sentimientos se apoderen de ti, eso hace que pierdas el control, porque el amor es un sentimiento en el que, por lo general, las personas lo dan todo esperando recibir lo mismo a su vez, y es entonces cuando el corazón deja de latir al ritmo normal para empezar a latir a la par del del otro... y, cuando menos te lo esperas, ¡zas!, te das cuenta de que has dejado de ser quien eras para convertirte en otra persona muy diferente, que piensa y respira a través de quien has elegido amar.

—No entiendo a dónde quieres llegar. No necesito que me des una definición de lo que es una relación de pareja. Déjame ir.

—¿Has sentido eso por alguien alguna vez? ¿Lo has vivido directamente?

El silencio se cernió sobre nosotros, y la tensión creció. Él estaba muy cerca de mí, tanto que el calor que irradiaba su cuerpo me llegaba en oleadas de fuego.

Los nervios burbujearon en mi interior, y en el momento en el que Spencer soltó mi mano, sólo fue para aferrarse a mi cintura y aplastarme contra él. En ese instante intenté apartarlo de mí, y mi mano se apoyó contra su duro pecho, sintiendo a través de la ropa la firme musculatura de sus pectorales; su calor me quemaba, pero entonces él hundió sus dedos en mi carne y sostuvo mi mirada durante un largo instante.

—Ha pasado tanto tiempo desde que me permití mirar a una mujer a los ojos de esta forma... —parecía que se lo estuviera diciendo a sí mismo—... sensible, cortés, casi de manera afectuosa.

Sin apartarse de mí, su profunda exhalación cubrió mi boca y de inmediato su lengua comenzó a trazar un camino a través de su labio inferior mientras me miraba. Sus iris se convirtieron, de repente, en dos piscinas oscuras, porque el azul verdoso casi se perdió por completo en sus ojos; sus pupilas estaban dilatadas y casi lo ocupaban todo.

Sonrió con suavidad al tiempo que yo comenzaba a respirar con dificultad, y mi cuerpo se sobresaltó cuando se acercó un poco más... y fue en ese momento cuando su boca tocó mis labios, sacó la lengua y los lamió con cuidado, luego los mordió, engatusándolos para que abriera los míos, para que le diera paso. Sentí que una confusión invadía mi cabeza, porque no registré el instante en el que Spencer comenzó a besarme; su lengua estaba dentro de mi boca y buscaba acariciar la mía, enredándose en ella una y otra vez.

Había deseado durante mucho tiempo un beso suyo, pero no esa noche; sin embargo, estaba ocurriendo y, además, yo estaba dejando que lo hiciera.

Me di cuenta en ese instante de que estaba jadeando, y que él también lo estaba haciendo.

Necesitaba parar, pero no podía; necesitaba terminar el beso, pero no tenía fuerzas para alejarlo, aunque yo sabía que no estaba bien, y creía conocer los motivos por los que lo estaba haciendo. No había manera de detenerlo, así que me aferré a su camisa y él profundizó más el

beso. Había esperado mucho por un acercamiento, pero mi yo interior sabía perfectamente que de esa forma no tenía ningún valor, porque se estaba tratando sólo de un simple concurso de meadas para marcar territorio.

Finalmente él se apartó, dejándome sin aliento, apoyó su frente contra la mía y me percaté de que a él también le costaba respirar.

—Estoy jodido en mi cabeza en aproximadamente un millón de maneras diferentes, y has sido tú la que lo ha provocado.

Cuando me dispuse a retirarme, Spencer entrelazó sus dedos con más fuerza en mi nuca. El beso me había nublado tanto que ni siquiera había notado que él había movido su otra mano. Volvió a acercarse y mordió mi labio inferior, tirando de él.

—No soporto que estés coqueteando abajo con Davis, no serás suya.

—Tampoco soy ni seré tuya, así que puedo hacer lo que quiera. Yo y sólo yo decidiré si quiero que él me tenga. —Forcejeamos—. Déjame... Acaso... ¿te has vuelto loco?

Me soltó, pero sus manos se posaron a los lados de mis hombros, enjaulándome contra la pared; su cuerpo aún permanecía aplastado contra el mío.

Volvió a tomarme por la nuca y volvió a besarme, duro; esa vez no fue cariñoso, sino posesivo, necesitado, y antes de romper el beso me mordió de nuevo, causándome una punzada de dolor... pero entonces pareció reaccionar y se apartó de mí, dejándome con una chispa de lujuria encendida en la boca del estómago y el deseo bullendo por todo mi ser; un deseo tan fuerte que estaba segura de no haberlo experimentado jamás.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se miró los pies. Podría decir sin temor a equivocarme que parecía arrepentido; en el momento en el que levantó la mirada, yo estaba intentando limpiarme el lápiz labial de mi boca, pues estaba segura de que se había corrido.

Me sobresalté cuando sus manos se movieron a mis labios.

—Te ha faltado un poco más —indicó él, deslizando su pulgar sobre mis labios.

Me encontré conteniendo la respiración ante su inesperado toque. Luego él alisó mi ropa y me acomodó el cabello.

—Listo, puedes irte. Nadie notará que nos hemos dado un beso tan caliente como el que acabamos de darnos.

—Idiota, ese beso no ha significado nada, y no conseguirás lo que te propones.

—Me acojo a la quinta enmienda <sup>1</sup> ante lo que me estés acusando en tu cabeza.

Oí su confiada risa mientras me alejaba, pero no me di media vuelta. Saqué mi dedo medio sobre mi hombro y se lo enseñé antes de desaparecer por el pasillo, dirigiéndome a la escalera.

Cuando llegué al principio de los escalones, noté las piernas demasiado frágiles como para bajar, así que tomé una bocanada de aire, me aferré al pasamanos y caminé todo lo serena que pude.

Aún podía sentir sus labios en mi boca; el sabor amaderado del whisky que él había estado tomando; su perfume, que había invadido mis fosas nasales, y la sensación de su duro cuerpo

contra el mío. En un acto reflejo, mi mano se alzó con la idea de acariciar mis labios, pero me resistí a hacerlo, aunque en ese instante lo único que ansiaba era tener una botella para almacenar en su interior el momento al ponerle el tapón.

Tan pronto como regresé a la sala, tuve la sensación de que todas las miradas estaban posadas sobre mí. Era como si todos supieran lo que habíamos estado haciendo, y estaba convencida de que así era, puesto que no resultaba difícil darse cuenta de que sólo faltábamos nosotros dos. En otro momento no me habría importado, pero sabía que los motivos por los que Spencer lo había hecho no eran más que para demostrar que él meaba más lejos que Jaxson. Parecía incluso como si hubieran invitado al arquitecto para ser utilizado, y me sentí fatal de sólo pensarlo, porque él había sido agradable conmigo durante toda la velada, e incluso habíamos llegado a intercambiar nuestros números de teléfono.

—Ha vuelto a dormirse —le dije a Joss de pasada, encarándola, para que no tuviera oportunidad de preguntarme nada.

Luego caminé hacia la cocina, alejándome de allí. Sentía que no podía respirar, sentía que Spencer sólo se burlaba de mí y de mis sentimientos, y me odiaba por haber sido tan débil y no haberlo rechazado con todas mis fuerzas.

Busqué en el armario donde sabía que estaban guardados los vasos y, tras llenar uno con agua, me lo bebí del tirón; aunque mi primer instinto había sido el de guardar el sabor de ese beso para siempre, en ese instante sólo necesitaba borrarlo de mí, limpiar el sabor de Spencer Vanderbilt de mi sistema.

Le había dicho que para mí no había significado nada, pero yo sabía muy bien que era mentira; sin embargo, también era consciente de que, para quien nada significó, fue para él.

## Diez

SPENCER

De regreso en la sala, lo primero que advertí fue que ella no estaba a la vista y, lo segundo, que el Experimento —lo había apodado así— estaba junto a Maverick-gilipollas-traidor, intentando acaparar también la atención de mis otros amigos, además de haber ocupado mi lugar en el juego de billar.

Me acerqué a la mesa del comedor, llené un plato con algunas exquisiteces y me senté en el sofá, alejado de todos. De pronto me percaté de que estaba cabreado; sentía que estaba a punto de estallar, pero era demasiado testarudo y sabía que lo que estaba percibiendo era un sentimiento que no me podía permitir, porque me gustaba en exceso ganar mis propias batallas. Aunque hacía un rato había sentido la necesidad de salir a marcar territorio, también sabía que no estaba dispuesto a ponerme en una situación en la que fuera a tener que escoger entre mis batallas y las de otra persona; hacía mucho tiempo que había desistido de eso, ya que la vida me había enseñado a dejar de creer en el romance, porque el amor duele. Por eso había optado por el placer... Esos furtivos momentos te dan lo necesario para saber que continúas vivo, y de alguna forma también te dan poder.

No se trataba de que no creyera en el amor, sabía muy bien que éste existe, y también que es real y corpóreo, pero simplemente no era para mí.

Junté las sobras de lo que estaba comiendo en el plato y crucé la habitación para ir a desecharlas en el cubo de basura de la cocina. Apenas entré, me encontré con ella apoyada en la encimera, con la cabeza inclinada hacia delante, mirando un punto fijo dentro del fregadero. Estaba de espaldas a la entrada, así que me quedé observándola; parecía derrotada. Estaba convencido de que no me había oído entrar, así que me acerqué silenciosamente por detrás y acaricié su cuello con mi pulgar.

—Lo siento, nunca he pretendido lastimarte, por eso siempre me he mantenido alejado de ti, no soy un gilipollas. —Seguía sin moverse; de hecho, ni me contestó, y comencé a creer que sí me había oído entrar, sólo que estaba ignorándome—. No hay oportunidad para nosotros; confía en mí, no la hay. Lamento haberte confundido esta noche, lamento la decisión que he tomado al besarte; no tendría que haberlo hecho. Lamento tratar de impedir que conozcas al Ex... —Me frené antes de terminar de soltar el mote que le había puesto y no dije nada más; sólo bajé la mano y le acaricié el brazo que tenía descubierto. Noté cómo se le ponía la piel de gallina y quise abrazarla, pero no lo hice.

—Deja de jugar conmigo.

Ella se apartó de mí y salió de la cocina; la seguí, pero me quedé distanciado cuando oí que anunciaba:

—Me voy, pediré un Uber —informó a sus amigas, pero lo dijo lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyeran sobre *Un-break my heart*, la canción que sonaba—, pues no he venido en mi coche. Estoy cansada, y mañana debo recorrer algunas obras, me toca un día XXL.

—Espera, no es tan tarde. ¿Qué pasa? —la interrogó Joss, y levantó la vista buscando mi mirada.

Me quedé recostado en un hombro, apoyado en la pared, y negué con la cabeza.

—Qué pena que ya te vayas... —se lamentó Nicole—. Deberíamos alternar con reunirnos los fines de semana también. Sé que Spencer trabaja, pero los demás no. —Me miró—. Deberías hacer el esfuerzo tú también.

—Por mí no hay problema, puedo ausentarme algunas horas del *nightclub*.

—Yo también me voy —anunció de pronto el Experimento, y quise ponerle la zancadilla cuando pasó por mi lado para que se estampara la jeta contra el suelo. Ya sé, eso era algo sumamente infantil, pero hubiera sido muy liberador.

Chiara tenía el móvil en la mano, supongo que buscando la *app* para pedir un coche.

—Te llevo hasta tu casa —ofreció el Experimento.

¡Joder!, le había dicho en la cocina que me hacía a un lado, pero ver cómo el pijo ese pretendía quedarse con el botín, y en mi propia cara, no me resultaba nada fácil de digerir; yo era un tío muy alfa.

—He venido en mi coche, te acerco —insistió, intentando convencerla.

Ella me miró y pude sentir el cabreo en sus ojos.

—No quiero desviarte de tu recorrido.

—¿Dónde vives?

—En Battery Park.

—Tranquila, me queda casi de camino; yo vivo en el Financial District. ¿Cuánto puedo alejarme, un par de manzanas?

—Venga, vale, me has convencido. Te acepto la carrera —contestó ella de inmediato y casi sin pensarlo.

Eso era una gran patada en las bolas, sonaba como una verdadera putada, y debía reconocer que dolía, pero no podía continuar comportándome como un completo majadero, así que me pellizqué el puente de la nariz y tomé una respiración profunda mientras hacía caso omiso de ellos dos yéndose. El Experimento se acercó y me estrechó la mano antes de partir y, como buen perdedor, se la di.

Quedaba claro que él ganaba el premio gordo, pero lo hacía simplemente porque yo dejaba que se lo llevara consigo.

Apenas salieron del apartamento, empecé a despedirme también. Me sentía emocionalmente jodido y no quería que nadie se diera cuenta de ello; ya había demostrado demasiado lloriqueo al

llegar, y eso había sido un craso error por mi parte. El autocontrol es fuerza y debía recordarlo.

—¿Tú también te marchas?

—Sí, Luka. Quiero irme a dormir temprano al menos un día a la semana. Mis horarios de sueño son un completo descontrol, ya sabéis.

## CHIARA

Mientras bajábamos en el ascensor, intenté tranquilizarme, aunque la mirada depredadora que Jaxson me dedicaba tal vez no era nada tranquilizadora. Nos acomodamos uno a cada lado del habitáculo; él estaba ligeramente recostado contra el muro de la caja.

—¿Spencer y tú habéis tenido o tenéis algo? —me soltó de pronto.

Su pregunta me cogió totalmente por sorpresa.

—¿Eh? ¿Qué? Nooo.

Asintió con la cabeza y continuó mirándome. La comodidad que habíamos sentido antes hablando parecía haberse esfumado y mi cabeza giraba como una noria al darme cuenta de que habíamos sido demasiado evidentes, pero entonces me enojé, porque en realidad eso era lo que él había querido, alejar a Jaxson, y no entendía el porqué si estaba claro que Spen no me quería consigo.

Mi vista cayó hacia mis pies, y el aire se volvió gradualmente más pesado, más apremiante, hasta que me percaté de que estaba muy concentrada en conseguir oxígeno extra.

Continuamos en silencio, el ascensor se detuvo y no me quedó más remedio que moverme. Jaxson me guiñó un ojo y me dejó pasar delante de él. Estábamos en el aparcamiento del edificio, y el aparcacoches del lugar ya nos estaba esperando con el vehículo listo para que nos marcháramos; Maverick se había encargado de avisarlo de que íbamos saliendo, así que no tuvimos que pasar por conserjería.

El arquitecto me abrió la puerta del Porsche 918 Spyder, un coche de altísima gama y que dejaba boquiabierto a cualquiera por su diseño, agresivo, a simple vista. Caballerosamente, me ofreció su mano para que me sentara en el lado del copiloto y, después de cerrarme la puerta, dio la vuelta por delante para acomodarse también en el interior.

—Pareces tensa, ¿todo está bien?

—Sí, tal vez he tomado demasiado vino.

Se ajustó el cinturón de seguridad, así que ya estábamos a punto de ponernos en marcha.

—Resuélveme una duda. —Jaxson se aferró al volante y me miró, esperando a que yo le dijera lo que estaba pensando antes de darle vida al motor—. ¿Por qué un hombre necesita sentarse en un automóvil tan potente?

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Verlo reír así, despreocupado, me resultó algo agradable. Sin duda era un hombre atractivo para cualquier mujer.

—Te aseguro que, en mi caso, es un mito.

Me mostré sorprendida y fingí no entender a qué se refería, aunque supe de inmediato que no

me creía.

—No necesito suplir ninguna otra carencia. ¿Quieres conducirlo? Así sabrás por ti misma lo que se siente.

—¿Te arriesgarás a que conduzca aun después de haberte dicho que he bebido más de la cuenta?

—Sé fehacientemente que no lo has hecho. Cambiemos de lugar —me desafió, desabrochándose el cinturón de seguridad.

—No, Jaxson.

—Vamos, ven aquí —me dijo bajando del Porsche y sosteniendo la puerta del conductor abierta mientras se inclinaba para animarme.

«Al diablo —pensé inmediatamente—. Necesito un poco de diversión, necesito dejar a un lado la vida estructurada que llevo.»

—De acuerdo.

Me desprendí el cinturón y bajé.

—Creo que esto puede ser muy emocionante.

—Lo será, te lo aseguro —me dijo cuando llegué a su lado, y casi me enjauló entre la puerta y su cuerpo, antes de hacerse a un lado para que volviera a subir al vehículo.

Tras montar de nuevo, lo puse en marcha. El rugido del motor V8 me hizo olvidarme al instante de la estética exterior del coche en el que estábamos sentados; se oyó un cautivador zumbido apenas lo aceleré, como si se tratara de un avión de combate.

—¿Estás lista?

—Muy lista. ¡Jodeeeeeeeeeeeeeer! —grité cuando empecé a acelerarlo para movernos. El sonido se había convertido ya en un estruendo sorprendente que me puso los pelos como escarpías; era bestial y retumbaba justo detrás de nuestras cabezas, haciéndome temblar.

—Despacio, Chiara. Trátalo con respeto, es muy nervioso, este bebé.

—Santo Dios, siento como si estuviera conduciendo un coche de carreras.

—Pues créeme que, si pudiéramos ponerlo a fondo, se comportaría como tal.

—¡Esto es alucinante! —exclamé cuando nos detuvimos en un semáforo—. Fíjate cómo nos miran; todos los conductores se giran para vernos.

—Lo sé. —Se pasó un dedo por los labios, cepillándoselos—. Ahora entiendes el poder que se siente tras ese volante, y lo fascinante que es.

Estacioné a la entrada del edificio Wagner, lugar donde están las residencias que originalmente fueron del Ritz-Carlton, en el número 2 de la calle Little West, frente al parque que le dio nombre al rascacielos.

—Listo, hemos llegado.

Jaxson miró hacia arriba y frunció el ceño.

—Vivo en una de las residencias del hotel, en los pisos superiores —le expliqué—. No es que gane lo suficiente como para darme el lujo de costear con mi sueldo una vivienda como ésta, es

sólo que... —suspiré—, fue a lo único que no pude desistir en cuanto a la ayuda de mis padres. Ellos son propietarios de dos residencias aquí —le conté—, y mi padre se empeñó en que debía vivir en una de ellas, ya que no acepté ni su cartera de trabajo ni que me montara mi propio estudio de diseño. Quiero hacerme un nombre en mi profesión sin continuar siendo una niña que nació y vivió en una cuna de oro. Con todo, mi padre dice que mi seguridad no es negociable. Ellos viven en Grosse Pointe Shores, una ciudad costera en Michigan que está muy cerca del área metropolitana de Detroit.

—Asombroso. Por lo que dices, seguro que tu padre es alguien muy influyente.

—¿Vas a mirarme de forma distinta después de saber quién es?

—No lo creo.

—Mi padre es Helmut Benjamin Clay Delevigne.

—Un momento... eres la hija del... —la cara de pasmo de Jaxson era la misma que ponían todos cuando se enteraban—... ¿director del gigante automovilístico de Detroit?

Asentí.

—Así es, soy la hija del director del comité financiero del consejo de administración de General Motors Company, y actual presidente, además.

—Joder, ¿y desistes de esa ayuda? ¿Eres consciente de que, con la cartera de trabajo de tu padre, no tendrías por qué ser la empleada de Maverick? Además, tienes talento; mujer, estás desaprovechando un gran crecimiento profesional.

—Estoy bien así; quiero ser mi propia mentora en mi carrera.

—Bueno, eres asombrosa, y creo que estoy en problemas, porque debería haber preguntado eso antes de saber quién era tu padre.

Salimos del deportivo y el aparcacoches del edificio se acercó.

—Gracias, no es necesario, ya me voy —lo informó Jaxson.

El empleado nos dio las buenas noches y asintió con la cabeza, se tocó la visera de su gorra y luego se apartó, dándonos privacidad.

—Quiero volver a verte. ¿Puedo invitarte a cenar alguna noche?

—Tienes mi número, y te lo di cuando me lo pediste antes de que supieras quién era mi padre, así que, sí, acepto.

Jaxson se tocó la frente.

—Me siento un tonto... haciendo alarde con mi coche cuando tú...

—Tu coche es digno de admirar; de hecho, me ha encantado que me hayas dejado conducirlo... que no seas de esos que minimizan a una mujer y que suponen que no podemos demostrar destreza tras el volante de un automóvil de este tipo.

—¿Puedo preguntar qué coches conduces?

—Tengo un Buick Cascada, un LaCrosse y también utilizo un Cadillac Escalade —Me carcajeé—. Es a lo único que jamás me niego, a que mi padre reemplace mis automóviles, soy una chica de motores.

—Ya veo.

—De todas formas, comprenderás que, aunque soy independiente y me gusta imponer mis pensamientos, no se vería bien que utilizase coches que no son de la compañía que lidera mi padre.

—Lo entiendo, por supuesto. Déjame adivinar: el descapotable es rojo, y el de ciudad y el Escalade, negros.

—El descapotable es rojo, has acertado, y el de ciudad y el Escalade... también lo son, pero, a diferencia del primero, los otros son de un tono metalizado.

—Una chica al rojo vivo —soltó, refiriéndose a la película de 1984 protagonizada por Kelly LeBrock—. No me hagas caso —me advirtió inmediatamente, y frunció la nariz—, eso ha sido poco ocurrente.

—No lo ha sido.

—¿Sabes? Soy un gran amante de los coches de colección. Tengo un Buick descapotable de cuatro puertas del año 37 y también otro del 55.

—Maverick me comentó que eras un apasionado de los automóviles de colección. —Me cubrí la boca—. No debería haber dicho esto, suena como si ya hubiese sabido que hoy vendrías, y no es así. En realidad, debo reconocer que te estuvo vendiendo ante mis ojos, pero nunca le di una respuesta; esta noche ha sido una sorpresa para mí encontrarte ahí.

Me tocó el brazo, luego estiró la mano y me acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Eres fascinante, y sobre todo muy auténtica. Entonces... ¿te llamo?

—Por favor.

Nos despedimos con un beso en la mejilla. Luego él esperó hasta que yo entrara, lo saludé agitando la mano tras las puertas acristaladas del Wagner y después me di media vuelta para desaparecer dentro del edificio.

## Once

CHIARA

—Buenas noches, señorita Delevigne.

—Buenas noches, Cody —saludé al portero, y luego también a Mandy, la empleada que esa noche estaba en conserjería.

Caminé hacia la zona de los ascensores y el operador me reconoció de inmediato como una de los residentes de los pisos superiores del hotel, que opera en los primeros doce; me saludó, todo el personal era muy correcto en el edificio, y yo sólo le sonreí. A continuación oprimió al instante el botón del número treinta y nueve, el de mi planta, y creo que se quedó extrañado de que no le diera conversación; yo siempre era muy amable, pero esa noche no tenía ganas de seguir siéndolo con nadie más.

Cuando entré en mi ático, dejé el *clutch* sobre la mesa de cristal del recibidor y me despojé de los zapatos de tacón al instante, pateándolos por el camino. Pasé hacia la sala con vistas al río Hudson, la isla de Ellis, la estatua de la Libertad, el puerto de Nueva York y la isla Governors, y me desplomé literalmente en el prístino sofá, dejando que mi cabeza se abatiera contra el respaldo.

Me sentía agotada y frustrada a la vez, por haber tenido que intentar ser agradable con Jaxson durante todo el tiempo, y eso me enojaba, porque él realmente no merecía que yo hubiera tenido que hacer el esfuerzo, ya que era un hombre sumamente encantador.

Incluso le había dado permiso para llamarme cuando me comentó que quería hacerlo, y puse mucho ahínco en sonar convincente al darle mi respuesta, porque en el fondo de mí ser era totalmente consciente de que deseaba que él nunca lo hiciera. Claro está que... al considerarlo, me encabronaba sobremanera; no era justo que estuviera anhelando su silencio, pues él era un buen partido por donde se lo mirase, y no cabían dudas al respecto de que yo estaba loca por estar deseando que él se hiciera humo, como si se tratara de un truco de magia.

Jaxson era un exitoso profesional, atractivo, con muy buen porte y agradable de tratar, y sin duda podía afirmar que cualquier mujer debería sentirse afortunada de que alguien como él le dijera que quería conocerla. Sin embargo, por más que había hecho el esfuerzo, sentía que jamás habían aparecido esas cosquillas que se sienten en el cuerpo, o esa sensación que percibes de inmediato de que esa persona se está metiendo bajo tu piel en cuanto la ves, o cuando te habla.

Me levanté del sofá y fui hacia la cocina para coger un botellín de agua de la nevera, lo destapé y me apoyé contra la isla central mientras me masajeara la frente.

«Joder, no puedo estar siendo tan necia», me dije a mí misma, y bebí del morro de la botella.

Luego fui en busca de mi móvil, que había quedado en el bolso de mano, y, tras hacerme con él, caminé hacia mi dormitorio.

En cuanto entré, arrojé mi teléfono sobre la cama y a continuación pasé al baño; necesitaba quitarme el maquillaje del rostro. Mi madre me había inculcado, desde siempre, que jamás había que irse a dormir con él puesto si no quería necesitar una cirugía temprana, y podía dar fe de que tenía razón, pues ella, gracias a que era tan metódica, hasta el año pasado no había necesitado pasar por el quirófano para hacerse unos pequeños retoques, que, a mi parecer, no eran necesarios, porque Ivanna Delevigne aún lucía lozana y joven a sus sesenta, a pesar de que perder un hijo, a la temprana edad de diecinueve años, no fue nada fácil para ninguno en la familia, y menos para mi madre.

El hecho de pensar en ella me hizo recordar que no le había devuelto la llamada de esa tarde, ni tampoco contestado los mensajes que me había enviado.

Terminé de quitarme el maquillaje y busqué el teléfono, que había desechado sobre el colchón al entrar. Seguro que mi madre estaba subiéndose por las paredes, y hasta podría creerse que era una desconsiderada con ella teniendo en cuenta que mi hermano fue víctima de un secuestro con petición de rescate, y que no salió nada bien.

Desbloqué la pantalla y vi infinidad de llamadas de ella y de mi padre, también mensajes. Nunca dejaba mi móvil en silencio, pero ese día lo había hecho mientras conversaba con Jaxson.

Era tarde, pero seguro que estaba despierta a la espera de que la llamara, y volviendo loco a mi padre.

—Mamá. —El teléfono casi no había tenido tiempo de sonar cuando ella atendió.

—Gracias a Dios. Chiara, ¿por qué me haces esto?

—Mamá, no llores, lo siento; he estado ocupada y me he olvidado de que había rechazado tu llamada esta tarde. Luego me he ido a cenar y acabo de volver a casa. No me provoques este sentimiento de culpa; sé que te angustias, pero necesito vivir mi vida. No tienes que pensar siempre lo peor cuando no te puedes comunicar conmigo.

Sabía que mis palabras eran duras, indolentes, y hasta podría pensarse que desconsideradas, pero era agobiante vivir con la presión constante de que mi madre y mi padre necesitaran saber en cada momento dónde estaba y con quién. Ella se arrancó a llorar con más desconsuelo tras mis reclamaciones, y no le entendía nada de lo que me decía.

—Soy tu padre. —Seguro que le había quitado el aparato de la mano—. ¿Puedes, simplemente, dejar de angustiarse así a tu madre y ser más responsable y llamar cuando tienes que hacerlo?

—Tengo veintisiete años, papá, no soy una niña para tener que rendir cuentas de todo cuanto hago.

—Para nosotros siempre serás nuestra niña. Mira cómo tienes a tu madre, está hecha un mar de lágrimas... como si no supieras por todo lo que esta familia pasó una vez.

—Papá, es martes; sabéis de sobra que siempre me reúno con mis amigos ese día. ¿No se os ha ocurrido pensar que no he contestado porque me estaba divirtiendo y no porque me estaban

asesinando?

—No seas burra. Tu madre te ha llamado temprano y luego esta noche. Cuando he llegado a casa me la he encontrado totalmente deprimida y te he llamado hasta el cansancio, pero no has cogido el teléfono. Joss tampoco lo ha hecho, porque por supuesto que la he llamado también. He estado a punto de llamar al directo de Luka Bandini, que es el otro teléfono que poseo por cuestiones de trabajo. Has provocado una locura en nuestros cerebros al no poder comunicarnos contigo, Chiara.

—Basta, basta, por favor, los dos. Me asfixiáis. ¿Acaso no os dais cuenta de lo que hacéis? ¿No sois conscientes de que me transmitís vuestros miedos y que luego voy por la calle mirando a mi alrededor, temerosa de todo? Hemos pasado por demasiados años de terapia familiar como para volver a caer en esta psicosis. Necesito vivir mi vida, papá; todos necesitamos dejar de pensar que lo que le pasó a Channing volverá a ocurrir. Eso fue una fatalidad, y él fue víctima de la corrupción policial que había en Detroit en ese momento, pero, gracias a Dios, sabemos que todos los culpables están donde tienen que estar, tras las rejas.

—Los delincuentes siguen existiendo, Chiara. Sólo hemos sacado a unos cuantos de circulación, ¿qué mierda me dices? Y, para colmo, te niegas a que te ponga protección, y luego haces estas estupideces. Sabes muy bien quién soy, sabes que nuestra familia siempre será un blanco suculento para estas cosas, mira, si no, las adversidades por las que tuvieron que pasar los Bandini. Ellos también son un blanco fijo, como nosotros.

—Sé que tienes razón, papi, lo sé, y sé también que pertenezco a esta familia, pero intento vivir mi vida lo más normal posible, no puedo vivir traumatizada.

—Me importa una mierda lo que quieres; no se hable más: aunque lo rechaces de plano, desde mañana tendrás gente vigilándote.

—No quiero un guardaespaldas; eso ya estaba superado, lo tuve, pero ya no.

—No hay discusión posible, Chiara. Ya lo tengo decidido: por la tranquilidad de tu madre y la mía, pondré gente para que se ocupe de tu seguridad, te guste o no. Y simplemente agradece que tienes edad suficiente como para que no pueda cogerte de un brazo y traerte a nuestra casa de regreso.

—¿Esto es un régimen dictatorial, entonces?

—Esto es nuestro régimen de amor por ti. Ya perdimos un hijo, no estamos dispuestos a perder dos. Debí escuchar a tu madre cuando sucedió lo de los Bandini y ponerte un escolta en ese momento, ya que te empeñas en vivir sola en Nueva York.

—¡Esto es el colmo! Bien, ahora ya sabéis que estoy bien, ya me habéis oído —repliqué, indignada—, así que adiós, ¿para qué vamos a seguir hablando si no me escucháis?

Corté, cabreada a la enésima potencia. Estaba con un humor de perros; había sido una noche de mierda en todos los sentidos y sólo quería que acabara.

## Doce

SPENCER

Entré en el Provocateur y todo estaba a oscuras y en silencio, y no era extraño, puesto que ese día permanecía cerrado al público. No obstante, por alguna razón, ese silencio y esa oscuridad me provocó un escalofrío que me recorrió el cuerpo de punta a punta.

Caminé hasta la caja de control y desactivé la alarma, tocando en el teclado la combinación de números, y luego accedí al tablero donde estaban los controles de las luces y sólo encendí algunas en la barra, decidido a quitarme el frío que había sentido al entrar. Me desplazé hasta allí y cogí tres chupitos para preparar en ellos B52 flameado. Pillé la botella de Kahlúa y eché una medida en cada uno de los tres vasos; luego vertí en ellos Baileys y también Grand Marnier, y completé cada vaso con Bacardi 151, una bebida con alto contenido de alcohol para que encendiera con facilidad en cuanto le acercara la llama del encendedor.

Observé con fascinación la flama, hasta que bebí uno a uno los tres, me apoyé con los brazos extendidos en la barra y miré a mi alrededor, preguntándome qué mierda hacía allí solo en un sitio que esa noche se veía desolado como nunca. Entonces me di cuenta de que mi negocio era todo cuanto tenía, que incluso me había alejado de mi familia por el simple hecho de no dejar que opinaran acerca de lo que hacía con mi vida, y comprendí de repente que no estaba haciendo nada con ella, sólo dejando que los segundos, los minutos, las horas, los días y los años pasaran sin cesar.

Me había detenido en el tiempo a esperar... ¿qué?, ¿un milagro?, ¿un olvido?, ¿una absolución? ..., y mientras esperaba había dejado de sentir, me había convertido en un ser sin sentimientos, en una persona que vivía sólo para subsistir.

Hasta ese día... porque, cuando apoyé mis labios en los de ella y mi lengua se abrió paso en su boca, chocando con la suya, un rayo me cruzó el cuerpo y me hizo ser consciente de que hasta ese momento había permanecido en un estado de inconsciencia inducido por mí mismo.

Sin embargo, aunque sentí esa sacudida en mi cuerpo, la dejé ir, la alejé de mí diciendo mil y una estupideces, intentando convencerme y convencerla de que no era bueno nada de lo que habíamos sentido. Y, entonces, como un cobarde, dejé que el Experimento se la llevara.

Agité la cabeza y me obligué a mover los pies para salir de allí. Joder, yo tenía una casa, una residencia de lujo de varios pisos en el barrio de Chelsea; no obstante, hacía meses que no la pisaba. La mayoría de los días elegía quedarme en el *nightclub*, durmiendo en el privado que había hecho construir en el piso superior del local; una habitación simple, con un baño y un vestidor, donde lo único que necesitaba era que mi cama siempre tuviera sábanas limpias.

## CHIARA

Estaba furiosa; me habían llenado la casilla de mensajes con tantas llamadas que me sentía asfixiada.

Cuando me mudé a Nueva York para estudiar la carrera en esa ciudad, tuve un escolta a tiempo completo, en realidad eran dos que se turnaban, y ése fue un requisito indispensable para que, en ese momento, mis padres me dejaran hacerlo. Con el tiempo, y demasiados años de terapia, logré que los retiraran, pero aún seguía viviendo bajo sus condiciones, y en su casa.

Debo decir que sabía lo que había significado la muerte de mi hermano para ellos. Mi padre se sentía culpable y mi madre vivía atemorizada, y lo único que la tranquilizaba era la *troupe* de guardaespaldas que siempre nos custodiaban desde entonces... así que trataba de entenderlos, pero, cuando se cerraban de esa forma, regañándome como si yo fuera una niñata, me costaba demasiado aceptar que mi vida nunca sería la de una chica normal y corriente.

Me puse ropa adecuada para dormir y me metí en la cama. Tenía el teléfono explotado con tantos mensajes y no tenía una gota de sueño, así que me puse a borrar todos los que mis padres me habían enviado, sin ni siquiera leerlos, para no encabronarme más. Entre medio encontré uno de Joss, avisándome de que ellos la habían llamado y habían dejado mensajes para que yo lo hiciera.

También había mensajes en el chat que teníamos en conjunto en WhatsApp, pero en el grupo en el que también estaba Isabella.

Joss: ¿Y?, ¿ya te ha besado?

Nicole: Espero que el motivo de que no contestes sea que estás en plena acción.

Joss: Sí, espero que lo hayas invitado a subir y que estéis destrozando tu cama. 🍷👉👈

Nicole: Cuenta, ¿es tan ardiente como parece? 🔥

Isabella: Tiene buenos labios, espero que los sepa usar bien y no sólo para besarte. 😊

Poppy: ¿De qué habláis? 😊

Joss: Maverick le ha presenta un amigo suyo a Chiara, arquitecto, igual que él.

Poppy: 😊

Nicole: Y se veían estupendos juntos. 🌹

Poppy: Queremos saberlo todo con lujo de detalles, Chiara; no te hagas la tonta y cuenta.

Joss: Mav me ha contado que Spencer ha montado un berrinche cuando lo ha visto.

Isabella: Sííííí, Kevin me ha dicho lo mismo, que estaba cabreado porque habían arreglado ese encuentro. Creo que el arquitecto le ha pateado el hígado. A veces los hombres son tontos y necesitan un empujón; además, no se nos ha escapado que vosotros dos habéis desaparecido durante un ratito.

Joss: Por Dios, qué manera de meter la pata toda la noche tu marido, Nicole.

Nicole: Déjalo, no seas mala, no lo ha hecho a propósito. Su cabeza anda a tope con el trabajo y a veces no presta atención cuando le digo las cosas, pero... ya lo he regañado.

Poppy: ¿Qué ha hecho Luka?

Joss: Aprovechando que Spencer había dicho que no vendría, cambiamos la cena de lugar y lo arreglamos para que Jaxson sí lo hiciera; así Chiara y él podrían conocerse... pero Luka, no sé cómo, hablando con Spencer le ha comentado el cambio de escenario de su casa a la mía, y Spen se ha presentado porque le ha extrañado que no lo hubiésemos avisado. Al llegar...

Poppy: Nooooo... se ha encontrado con el arquitecto. Bueno, ¡que se joda! Es más lento que una tortuga reumática, y Chiara no va a esperarlo toda la vida.

Joss: Obvio, pero que se fastidie. Seguro que le ha sentado como una patada en las bolas, como ha dicho Isa, porque, en cuanto Chiara y Jax se han ido, él no se ha quedado ni un segundo más.

Nicole: Jajajaja, ya lo visualizo espiándolos.

Poppy: ¿Te imaginas, escondido en el parque Wagner tras un árbol, esperando para saltar si él la besaba?

Joss: Nooo... me muero. 😂😂

Isabella: No has discutido con Luka, ¿verdad?

Nicole: Un poquito en el coche, pero acabamos de llegar y planeo una buena reconciliación, con fuegos artificiales incluidos. Los niños no están, así que no voy a desaprovechar la noche enfadándome.

Isabella: Bueno, bueno, sin detalles, que es mi hermano y no quiero saber las asquerosidades que le gusta hacer.

Chiara: Ya os he leído. Dejad de hablar de mí como si yo no estuviera en este chat. Y no, no me ha besado, ni ha subido a casa.

Jaxson es un caballero.

Bueno, supongo que no contestáis porque vosotras sí que estáis muy ocupadas destrozando la cama con vuestros hombres.

No os envidio: tengo a mis amigos vibradores, que nunca me traicionan ni me ponen de mal humor, ni meten la pata 😂😂

Dejad de organizar citas para mí, no las necesito.

A propósito, por si os interesa saberlo, Jaxson y yo hemos quedado para salir a cenar, me llamará.

Y en cuanto a Spencer... es un idiota, lo odio. 🙄

Pasaron algunos minutos y me debatía entre si contarles o no lo del beso, pero nadie contestó a mis mensajes, así que desistí de hacerlo. La única que había mencionado nuestra desaparición había sido Isabella, y nadie había comentado nada al respecto, así que quizá eso era una señal de que debía olvidar definitivamente que eso había sucedido.

## SPENCER

En medio de la noche neoyorkina, subí a mi Corvette 3ZR1 de color naranja, personalizado con asientos de napa perforada, y conduje hasta mi casa en Chelsea. Me detuve enfrente y me resultó un lugar extraño, un sitio que bien podría haber sido de cualquier otro y no mío, porque no lo sentía como propio.

Accioné el portón del garaje y maniobré mi Chevrolet Coupé para meterlo allí. Los aromas a artículos de limpieza invadieron mis fosas nasales; no se percibía ningún otro olor más que ése, puesto que allí prácticamente no vivía nadie y, por consiguiente, no había ni rastro de los olores típicos de un hogar.

Desde el garaje, accedí al exquisito vestíbulo, que se asemejaba a una galería y combinaba cristales Swarovski y cuero, con elegantes suelos de mármol y obras de arte de reconocidos artistas, que pendían de las paredes. Caminé hasta el fondo, donde estaba el ascensor, y dejé las llaves sobre la mesa central, que tenía una base de bronce, otra obra de arte también; desde ese lugar miré hacia la pared acristalada que dividía el garaje adyacente del vestíbulo y que permitía que mi automóvil se viera como si estuviera en exhibición.

Mi casa era una mansión ubicada en el distrito del arte de Chelsea, tenía mil veintidós metros cuadrados de espacio habitable, y casi ciento ochenta y seis de espacio exterior. Contaba con

cinco dormitorios, doce baños y ascensor, y estaba pensada para albergar a amigos y familia. En ella había objetos artísticos por doquier. La cocina tenía techos de doble altura, y por su tamaño y sus comodidades no tenía nada que envidiarle a la de un restaurante con estrellas Michelin. En la terraza exterior había una barbacoa para poder disfrutar de una comida informal al aire libre y, en el piso superior, otra terraza ocupaba toda la planta y era ideal para pasar las noches de verano disfrutando de la brisa y un baño de estrellas.

La habitación principal ocupaba por completo uno de los pisos de la casa, y tenía un lujoso baño y vestidores sin fin. En el sótano había incluso una piscina climatizada, una cabina de sauna, un gimnasio y una bodega con temperatura controlada —que albergaba una colección de cuatrocientos vinos considerados los mejores del mundo—, y en la planta baja, una sala de cine con sonido envolvente, que estaba insonorizada.

Todo era lujo, exotismo y miles de comodidades que nadie utilizaba, ni siquiera yo, puesto que me estaba dando cuenta de que no lo hacía porque no tenía con quién compartir todo eso.

Recorrí cada ambiente de la mansión y, cuando llegué al final, me pareció como si algo me oprimiera el pecho; una sensación de ahogo que me instó a salir de allí cuanto antes... Así que, sin pensarlo, me metí de nuevo en el ascensor y fui hasta el garaje, para subirme de inmediato en el coche y marcharme.

Conduje por el tráfico de la ciudad sin rumbo, hasta que me percaté de que había acabado frente a la casa de mis padres, la única casa donde alguna vez había sido feliz por completo.

Aún conservaba una llave del lugar, así que entré en medio de la noche y me sentí seguro, rodeado de la familiaridad del espacio y de los aromas característicos que me recordaron una buena época de mi vida.

Desbloquéé la alarma y caminé hasta lo que había sido mi dormitorio cuando todavía vivía en esa casa. En ese momento ese lugar era el *atelier* de mi madre; ella pintaba como pasatiempo. Luego salí y me dirigí al dormitorio de mis padres; ambos dormían. Entré de manera sigilosa y me senté en el suelo, del lado donde descansaba mi madre, y de pronto me di cuenta de que mi rostro estaba bañado en lágrimas. Me sentía vulnerable, y creo que mi gimoteo la despertó. Ella, de inmediato, se apoyó en un codo y acunó mi cabeza contra su pecho, besándome una y otra vez en el pelo.

—Desahógate, cariño. Déjalo salir todo fuera; ya era hora de que lo hicieras, de que te permitieras flaquear sin escudarte tras toda la mentira que te has inventado para demostrarnos que has sabido continuar y eres feliz.

—No quiero sentirme así, pero no puedo parar.

—Shhh, no te reprimas.

—Voy a despertar a papá.

—Estoy despierto desde que has abierto la puerta, y he reconocido tu silueta en la oscuridad.

—Papá... —me cubrí la cara—... lo siento.

—No te atrevas a avergonzarte por llorar. Es mentira eso de que los hombres no lloran, eso es

de la época de Matusalén. Los hombres de ahora moqueamos tanto o más que las mujeres, y seguimos conservando nuestras pelotas en su sitio.

Fuimos hacia la cocina, mi madre preparó café para los tres y me sirvió una porción de su pastel de piña invertido, y casi flipé al llevarme un bocado a la boca; tanto azúcar iba a hacer que me resultara más difícil conseguir dormirme, pero no me importó; necesitaba los mimos de mi madre como si no fuera un hombre adulto.

Charlamos durante horas, recordando anécdotas de cuando Charlie y yo éramos niños. Mi madre enviudó cuando mi hermana tenía tan sólo unos pocos meses de vida, y más adelante se casó con mi padre e inmediatamente nació yo, así que él nos había criado a ambos como si fuéramos sus hijos; nosotros sólo nos llevábamos tres años, por lo que compartimos bastante nuestra niñez.

Finalmente, anuncié que me iba.

—¿A dónde vas? —preguntó mi madre—. ¿Por qué no te quedas esta noche a dormir aquí?

—Está la habitación de huéspedes y también la que era de tu hermana —agregó Greg, mi padre.

—Me iré a mi casa.

—Vienes de allí, y has llegado... agobiado.

—Tengo que afrontar mi soledad; debo hacerlo, mamá. No puedo seguir escudándome en vosotros y en el *nightclub*, donde intento agobiarme cada noche hasta caer rendido.

—La soledad se cura dejando entrar a alguien en el corazón; alguien que te complete, alguien que te ame y valore la gran persona que eres —declaró mi madre, aprovechando el pie que le había dado para que lo hiciera.

—El amor no es para mí.

—Todos decimos eso, hasta que llega la mujer indicada. No puedes seguir...

—Papá —lo corté—, os agradezco que hayáis estado en vela por mí esta noche, pero no quiero hablar de eso.

—No hacerlo es lo que te ha llevado a sentirte solo.

—Soy un hombre adulto. No he venido en busca de consejos.

—Ah, ¿no? Cuando has llegado gimoteando no nos lo ha parecido, y no está mal que lo hagas. Sabemos que eres un hombre *adulto*...

Mi madre le tocó el brazo para detenerlo.

—Antes me has dicho que no importaba que un hombre llorara.

—Por supuesto que no, como tampoco que escuche a sus padres.

—Lamento que tengáis dos hijos poco comunes, que no piensen en formar una familia. Sé que enteraros de que Charlie era gay no ha sido fácil para vosotros, pero no soy quien os regalará el cuento perfecto del hijo que se casa y os da nietos.

—Tu hermana es gay, sí, y no fue fácil cuando nos lo explicó —afirmó mi madre—, pero ella sigue siendo nuestra hija a pesar de su elección. No es una rareza humana porque no le gustan los hombres, y me extraña lo que dices, porque fuiste quien primero lo aceptó. Al principio fue

complicado, es cierto, pero entendimos que no nos importaba a quién amase, mientras fuese feliz... y... eso no le impide formar una familia. Ahora no la quiere porque aún no ha encontrado a la persona indicada para hacerlo. Y, en cuanto a ti, una vez lo quisiste... pero, obviamente, además de la fatalidad, siempre supe que no era la persona adecuada para ti. Sin embargo, una madre a veces debe cerrar el pico y dejar que los hijos comprueben sus errores por sí mismos. No critico que continúes haciéndote cargo de las acciones que llevó a cabo Roxanne, porque eso no hace más que ratificar lo buena persona que eres, y porque además está en tu esencia ayudar a todo el que lo necesita, pero también es cierto que por eso has detenido tu vida, y tú no cometiste ningún error.

—Ah, ¿no? Yo iba tras el volante. Yo destrocé su vida.

—No lo hiciste a propósito —sentenció mi padre.

—¿Tan seguro estás?

—La justicia dictaminó que no fue culpa tuya, sino del conductor del camión. No entiendo por qué te empeñas en fustigarte.

—No quiero seguir hablando, papá.

## Trece

SPENCER

Pasaron algunos días después de la cena en casa de Maverick y Joss; el domingo había llegado y, aunque el Provocateur esa noche abría sus puertas, le había pedido a Dalton que se hiciera cargo de todo en esa ocasión, porque yo había organizado una cena en casa con mis amigos.

Estaba en la cocina, estrenándolo todo. Me sentía plétórico; modestia aparte, no me avergüenza decir que soy bastante bueno en la cocina, pero hacía demasiado tiempo que no ponía en práctica mi talento, así que tal vez le había perdido un poco la mano; aun así, tenía fe en que todo iba a estar para chuparse los dedos.

Me sentía feliz de otra manera; no sabía muy bien cómo explicarlo, quizá se trataba de que estaba viviendo un momento verdadero, puesto que de alguna forma estaba intentando saldar mis deudas con todos mis males. Estaba a punto de compartir un buen rato con gente que realmente me importaba, y además estaba haciendo algo por ellos; ése no era uno de esos tantos momentos ficticios que me inventaba en el *nightclub*, donde todo parecía una fiesta pero sólo era una alegría momentánea.

Mi casa estaba invadida por los aromas de la comida que estaba preparando; había elaborado un picoteo como entrada, y luego había hecho unas patatas con crema de nata, que había gratinado al horno, como acompañamiento de una carne de pato escalfada en vino tinto.

El sistema de sonido estaba encendido y la música dominaba el entorno; sonaba *Fire in me* mientras terminaba de cocinar y, como decía la canción, sentía que estaba recuperando mis antiguas ambiciones.

Como postre, tenía reservadas unas crepes con salsa de frutas de estación, que pensaba acompañar con helado.

—¡Joder! —dije cuando lo acabé todo—, lo he logrado, y a tiempo.

Me distancié un poco para mirar desde allí toda mi labor. Me encantaba la comida francesa, y había elaborado platos clásicos de su cultura culinaria. Me estiré, cogí mi copa de vino y bebí, satisfecho ante el resultado que tenía a la vista.

Cuando los avisé a todos de que la cena semanal esa vez se haría en mi casa, y no un martes, todos se quedaron realmente asombrados. Ellos me habían reclamado muchas veces que siempre eran ellos los que debían adaptarse a mis días libres y mis horarios; pues bien, iba a demostrarles que no, que también podía hacerlo por ellos.

Chiara le había confirmado a Joss que vendría; desde la noche en casa de Mav no habíamos vuelto a tener ningún tipo de contacto, incluso tampoco me había enviado el presupuesto que me

había prometido. Se había disculpado por la demora con un *mail* corporativo impersonal, y en él se había referido a mí como Sr. Vanderbilt. Esperaba que esa noche sirviera para distender la tensión entre nosotros.

Miré la hora en mi móvil mientras sorbía otro trago de vino, y empecé a caminar hacia el ascensor para ir a mi dormitorio a ducharme y cambiarme antes de que todos llegaran. Quería ser un buen anfitrión y estar esperándolos como correspondía.

Cuando subí dos pisos por encima de donde estaba la cocina, empujé las puertas acristaladas del dormitorio y dejé la copa que llevaba en la mano sobre la mesa de mármol que estaba en la antesala de la habitación. Iba descalzo, así que me despojé rápidamente de los vaqueros y la camiseta que llevaba puestos y, cuando entré en el baño, me metí en la ducha.

No tardé casi nada en salir, me enrosqué una toalla en las caderas para que absorbiera la humedad que se deslizaba por mi cuerpo y fui al vestidor.

—Coño, no había pensado en esto. —Me toqué la frente—. Tengo casi toda la ropa en el Provocateur.

Comencé a mover las perchas buscando qué ponerme; en ese armario había ropa que no recordaba tener. Pensé brevemente cuánto tiempo hacía que no me cambiaba allí, y realmente me costó mucho trabajo recordar la fecha de la última vez.

Continué revisando las prendas y finalmente me decidí por una camiseta con capucha, abotonada en el cuello, y un pantalón de un tono gris.

Estaba terminando de peinarme cuando el timbre sonó.

Me acerqué a la entrada del dormitorio, donde a través de una pantalla podía ver la cámara que estaba instalada en el ingreso a la casa, y comprobé que eran Joss y Maverick, así que les di acceso.

—Ya bajo a la sala, id para allá. Sólo tenéis que subir un piso. A la izquierda está la cocina y, a la derecha, la sala.

Les di las indicaciones por si Mav no recordaba la distribución de la casa; hacía mucho tiempo desde la última vez que estuvo en ella.

Cuando salí del elevador y me disponía a ir hacia la derecha, Joss me llamó.

—Estamos en la cocina —anunció. Apenas entré, los saludé y ella me dijo—: Estoy fascinada con lo poco que he visto de tu casa; nunca imaginé que vivieras en una mansión como ésta.

—Luego damos un recorrido. La verdad es que casi no estoy aquí, pero, de ahora en adelante, planeo pasar más tiempo en ella.

Maverick ya estaba picoteando de las bandejas con las tapas y se había servido una copa de vino.

—Mmmm... ¡Cuántas cosas ricas! Amigo, hay demasiados aromas revoloteando en el ambiente, así que presumo que has cocinado tú, como en los viejos tiempos. Además, todos esos trastos me lo están indicando también. —Me palmeó la espalda.

—No digas que sí, porque estoy por desmayarme —acotó de forma exagerada Joss, tocándose

el pecho.

—Veo que no me tenías por tan hogareño... pero puedo sorprenderte aún más.

—¿Más todavía?

—Por cierto, ¿dónde está Mía?

—Se ha quedado con sus abuelos.

—¿Con Pete y Ethan? No quiero ni imaginar lo que esa niña logrará con esos dos compitiendo por su atención.

—No me asustes, que cuando se han ofrecido a cuidarla la he visualizado colgada de una lámpara porque a Mía se le había ocurrido que le hicieran un columpio en ella.

—No exageres, cariño... No lo creo, yo confío en ambos —los defendió Joss—. Se desviven por la pequeña, no hay riesgo con ellos al mando, porque con Mía son todo lo responsables que no lo han sido con nosotros.

El timbre sonó en ese instante y me trasladé hasta la pared donde estaba instalada la pantalla para ver quién llegaba. Joss no contuvo la tentación y fue a mirar tras de mí; estaba fascinada con la tecnología del lugar.

Eran Luka y Nicole, que sí venían con los críos.

—Amiga —le habló a Nic—, espera que bajo, porque quiero ver tu cara cuando entres.

Salió corriendo hacia el ascensor y Mav y yo la acompañamos; entonces les abrí la puerta manualmente.

Tan pronto como Nicole entró, su expresión de pasmo fue digna de alquilar balcones.

—Oh, por Dios, ¿acaso vives en una galería de arte?

—Hola, tío.

—Hola, princesa —le contesté a Mila, y después me abracé con Luka y le quité el peque de los brazos. Luciano estaba enorme y cada día se parecía más a su padre. Maverick y Joss también los saludaron.

—¿No me digas que alguna vez habías imaginado que la casa de Spencer tenía este aspecto? —le preguntó Josephine a su amiga.

—No, ni remotamente. Su estilo personal es tan...

—Ojo con lo que vas a soltar —le advertí en broma.

—Despreocupado, iba a decir... que nunca había imaginado que vivía en una casa con tantos detalles.

—Por Dios, ese garaje parece un maldito escaparate, el automóvil se ve de ensueño —acotó Joss

—Tío, me gusta tu casa. Aunque mi papá me ha explicado que ya la conocía, no me acordaba de cómo era.

—Es que hace tanto que hemos venido, Mila, que tú eras muy chiquitina.

—A partir de ahora vendréis a menudo.

Me incliné y dejé en el suelo al pequeño terremoto, que de inmediato salió a correr y Nicole

tras él, temiendo que rompiera algo, y le hablé al oído a Mila.

—Ahora iremos a cenar, pero luego, por el ascensor en el que ahora subiremos, bajaremos hasta el sótano y podremos nadar en la piscina cubierta y con agua calentita que tengo en mi casa, ¿qué me dices?

La niña empezó a saltar de inmediato.

—¡Sí, sí, sí!

—Estás sobreexcitando a los niños, se quedarán a dormir contigo.

—No hay problema, amigo, hay cuatro habitaciones libres. Podéis quedaros vosotros también.

Maverick agitó la cabeza y alzó las cejas, y luego miró a Luka.

—¿Estoy oyendo bien? ¿Este tío está dejándonos ver su lado civilizado?

—Ya lo habíamos olvidado, pero se ve que aún lo posee.

—Dejad de soltar estupideces y subamos, así vamos picoteando algo mientras esperamos a que llegue Chiara.

No se me escapó que las dos mujeres se miraron.

—¿Que sucede? El otro día, cuando se lo comentaste, te dijo que vendría, al menos eso me dijo Maverick —le pregunté a Joss, sabiendo que ellas eran las más cercanas.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo mientras entrábamos en el ascensor. Lo desbloqueé y vi que era un mensaje de la susodicha.

Lo siento, Spencer, pero no voy a poder ir esta noche. Me ha surgido un compromiso que no puedo eludir. Que lo paséis bien.

—Vosotras ya lo sabíais, ¿verdad?

El ánimo se me había agriado de repente, dándome cuenta de que todo cuanto había preparado esa noche había sido con la esperanza de tenerla a ella en mi casa.

—¿De qué hablas? —replicó Joss, haciéndose la desentendida.

—De Chiara, acaba de avisarme de que no viene.

—Ha salido con Jaxson —me informó Maverick, y Joss le dio un codazo que no intentó disimular.

—Eso me ha dolido. ¿Por qué me golpeas? No voy a ocultárselo, no tengo por qué. —Se sobó el costado y añadió—: Me he enterado cuando veníamos para acá.

Mientras todos salían del cubículo, me quedé detrás y tecleé un mensaje en respuesta.

Que lo pases bien con el Experimento. Tú te lo pierdes, no tengo dudas de que aquí lo hubieras pasado mucho mejor.

## Catorce

### CHIARA

No había querido avisarlo antes, así que, cuando el conserje llamó a mi apartamento para informarme de que Jaxson me estaba esperando en el vestíbulo, le envié el mensaje a Spencer y luego tiré mi móvil dentro del *clutch* sin esperar su respuesta.

En los días anteriores me había planteado varias veces si ir a su casa o no, hasta que finalmente le confirmé a Joss que lo haría, además de pedirle que se lo dijera. Si iban a empezar a reunirse en su casa, yo no iba a desistir de ver a mis amigas por evitarlo a él. Sin embargo, luego Jaxson me llamó, y fue la excusa perfecta para rechazar su invitación.

Mientras bajaba en el ascensor, sentí que mi teléfono vibraba dentro del bolso de mano; lo aferré con fuerza y, aunque estuve tentada de revisarlo, me contuve. No quería leer lo que había contestado si era él. Quería centrarme en Jaxson; iba a salir con él, así que se merecía toda mi atención.

La puerta del ascensor se abrió y lo vi de inmediato; estaba de espaldas a mí y esperaba con las manos metidas en los bolsillos, así que, mientras salía del cubículo, inspiré hondo y me alisé el vestido.

Había elegido ponerme un modelo sencillo y clásico, en color negro, con mangas tres cuarto y falda recta por debajo de la rodilla, junto con un cinturón. Según mi parecer, me veía elegante, sobria y recatada, pues el escote era tipo joya y no insinuaba nada.

De abrigo, opté por uno entallado con cuello esmoquin, con las solapas ribeteadas en seda, que era del mismo largo que el vestido y también en negro, y finalmente, para los pies, había escogido unos *stiletos* dorados de suela roja, con el *clutch* a juego.

Me había dejado el pelo suelto, peinado con raya al lado y con varias ondas marcadas en él. Mi maquillaje no estaba para nada recargado, simplemente había preferido resaltar mis labios con un tono rojo para que se vieran carnosos y sensuales; mayormente, ése era mi estilo.

—Aquí estoy —me anuncié cuando estuve lo suficientemente cerca.

—Hola.

Se dio la vuelta al instante al oír mi voz y agitó la cabeza, recorriéndome con la vista rápidamente de pies a cabeza.

—Te ves divina —afirmó; luego me cogió por el brazo, me lo apretó ligeramente y se acercó a saludarme.

Él también estaba elegante; no llevaba el estilo despreocupado de la otra vez. Se había peinado hacia atrás con gel y estaba ataviado con un traje a medida de color azul, camisa blanca y corbata

celeste. En los pies llevaba unos Farragamo marrones.

—Tú te ves muy... correcto y elegante también; me gusta tu pelo así.

Me guiñó un ojo y me ofreció su brazo.

—Vamos a un sitio elegante, así que tanto tú como el lugar merecáis que me vistiera de este modo.

Apenas salimos, me fastidió ver al gorila que mi padre me había puesto como escolta.

Éste apareció en casa unos días atrás y le dejé claro que me podía seguir a todas partes, pero que ni siquiera pensara que me iba a subir al coche con él como si fuera mi niñera. También le exigí que fuera discreto, sobre todo cuando yo estuviera acompañada, y le advertí que se fijara muy bien lo que le contaba a mi padre si quería continuar conservando el trabajo, ya que mi papá pagaba su sueldo, pero eso no era impedimento para que yo me deshiciera de él, puesto que me había deshecho de seis guardaespaldas anteriores. Como además presumí que se turnaría con alguien más para escoltarme, le pedí que le transmitiera todo eso que le acababa de decir a su compañero.

## SPENCER

De pronto todo se había desinflado; la efusividad que había sentido durante todo el día parecía haberse ido a la mierda, pero yo era bueno simulando que me sentía bien y con buen ánimo, así que no pensaba permitir que nadie notara que estaba cabreado.

Considerando que sólo éramos nosotros finalmente —ya que Kevin e Isabella no habían podido venir porque se habían ido a Las Vegas, pues tenían entradas para acudir a un recital de Madonna en The Colosseum at Caesars Palace; la hermana de Luka era una fan de la cantante y ése había sido el regalo de cumpleaños de su marido—, tras el picoteo llevamos la cena al comedor principal, donde ya había dejado la mesa lista con anterioridad. Rápidamente retiré el plato que sobraba y Joss y Nicole se encargaron de servir.

—No he subido ningún vino. ¿Alguno de vosotros quiere ir a la bodega y elegir lo que vamos a beber?

—Yo me ocupo —se ofreció Luka.

—Papi, ¿puedo ir contigo?

Luciano salió corriendo cuando entendió que estaban yéndose.

—Quédate, Mila. Luego bajaremos y verás la piscina. El caso es que tu hermano también quiere acompañarnos y no puedo traer las botellas si él también viene.

La pequeña se sentó en la silla y cruzó los brazos haciendo morritos. Por ello, la cogí en brazos y comencé a hacerle cosquillas para que cambiara su cara de pocos amigos. Me dedicué casi toda la noche a los niños, eso hizo que me distrajera, y también me ocupé de seleccionar la música.

Tras la cena, de la que prácticamente no quedó nada porque todos coincidieron en señalar que estaba exquisita, nos trasladamos al salón, a beber algunas copas que Maverick preparó. Joss, por

supuesto, no bebió nada que contuviera alcohol, pero su hombre se encargó de prepararle especialmente para ella unos cócteles que se veían muy apetitosos.

Apenas Luciano se durmió, la vocecilla de Mila resonó en mi oído.

—Tío, antes me has dicho que iríamos a ver la piscina, y a nadar en ella.

—¿Eso he dicho?

—Mila, si quieres puedes ir a verla... —dijo Luka—... pero lo de meterse en el agua tendrá que ser otro día, no has traído traje de baño.

—Pero puede meterse con la ropa interior y la camiseta, que estoy seguro de que Nicole ha traído una extra en el bolso por si se la manchaba. ¿Me equivoco? —pregunté, mirando a la ecologista.

—No te equivocas —contestó ella.

—Aaah... pero si me estoy volviendo todo un experto con mis sobrinos.

Bajamos todos al sótano, y Mila y yo, después de cambiarnos, nos metimos en la piscina. Nadamos un poco y luego salimos.

—No seas insaciable. El tío quiere descansar, has estado todo el rato taladrándole la cabeza con tus ocurrencias.

—¡Pero si me lo he pasado de lujo! No la regañes, Luka, deja vivir en paz a esta niña. Además, alguien tenía que entretenerla; somos todos adultos y ella se aburre. La próxima vez deberías invitar a alguna amiguita tuya.

—Nicole, ¿podemos traer a Jason? Seguro que a él le encantará la piscina, no creo que en su casa tenga una.

—Se lo comentaremos a Brock para recogerlo en Healthy Life.

Miré a mi amigo y no se me pasó por alto su rostro adusto; ese nombre aún lo enojaba sobremanera, y el niño en cuestión era uno que el gigante de pelo largo con aspecto de vikingo tenía a su cargo en custodia temporal; en realidad, a él y a su hermana, ya que su madre era una adicta al crack.

## CHIARA

La cena fue muy agradable, aunque conversamos más que nada de trabajo, y, además, la comida estuvo exquisita.

No era la primera vez que asistía a Asiate, en el hotel Mandarin Oriental, pero no se lo había dicho hasta que él me lo preguntó; era obvio que se había esmerado en traerme a un sitio lujoso y de calidad.

—Es temprano. Si no estás cansada... ¿te apetece que pasemos al bar y tomemos una copa?

—¿Planeas emborracharme?

—¿Qué conseguiría si lo hiciera?

—¿Qué quieres conseguir?

—Uff, esa pregunta es realmente peligrosa.

—¿Eres peligroso?

Nos pusimos de pie y él me guio con su mano en la cintura hasta The Office —el bar también estaba en el hotel—, pero antes de entrar me robó un beso, corto y suave.

—Esto no se parece en nada a lo peligroso que me puedo volver —me contestó cuando se apartó de mí y me acomodó el pelo.

Bajé la mirada ante la promesa de sus palabras y miré mis zapatos. Él estaba siendo encantador en todo momento, pero yo me sentía forzada, y no lograba distenderme. Aunque ese flirteo lo había comenzado yo, en ese instante me arrepentía.

Entramos y nos situamos en la barra. Yo me pedí un passion fruit, el más atrevido que había tomado en la vida, con ron, mostaza de Dijon, Chartreuse y clara de huevo; él pidió una medida de Old Crow, un *bourbon* embotellado en Kentucky en el año 72, que le sirvieron de una botella que se veía muy añeja. Era la característica del lugar: las bebidas y los combinados añejos y raros.

Mientras bebíamos, cogió mi mano y se la llevó a los labios.

—¿Quieres que nos vayamos?

Creo que vio mi cara de susto, porque de inmediato aclaró:

—No te estoy invitando a que nos vayamos para nada más íntimo, me conformo con la cena de hoy y el buen rato.

—No, no, ya sé, pero todavía no quiero irme, ¿o acaso tú quieres hacerlo?

—Me ha parecido percibir que te sentías incómoda.

—De verdad que no.

—Te he besado porque, con tu coqueteo, he deducido que podía hacerlo.

—No te disculpes. —Me estiré y dejé un beso rápido en sus labios—. Me ha gustado que lo hicieras.

Sonrió por haber conseguido otro beso, asintió y luego dijo:

—Cuéntame cosas sobre Michigan. ¿Hace cuánto que te fuiste de allí?

—Cuando vine a estudiar a Nueva York al NYIT, el Instituto de Tecnología de Nueva York. Pero no fue inmediatamente después de salir de la *High School*; <sup>1</sup> antes comencé una carrera de negocios en Detroit, para complacer a mi padre, pero, después de dos años, cuando me sentí fuerte para confesarle que no era lo que quería estudiar, la abandoné. Pasé un año sin hacer nada; cada vez que decía que quería venirme a Nueva York, en mi casa todo estallaba por el aire. Hasta que cumplí los veintiún años, y entonces ya nadie lo pudo impedir. Te preguntarás por qué, si había pasado ya los dieciocho, aún les hacía caso... Bueno, lo cierto es que fui criada para ser una chica correcta de la alta sociedad; ya sabes, formalidades tontas como bailes de iniciación, ir de punta en blanco a toda hora del día, no hablar más de la cuenta ni reírme de forma escandalosa en público..., cosas aburridas a las que un día dije basta. Decidí no ser lo que esperaban que fuera porque... —Sorbí de mi trago—. Si haces un poco de investigación, supongo que descubrirás por ti mismo por qué, más que nada, quise irme de Michigan, y también podrás llegar a saber por qué aguanté tanto vivir así, pero no quiero hablar de eso ahora mismo.

—Está bien. No te preocupes, no tienes que decirme lo que no te apetezca contarme.

—Creo que no terminaré mi cóctel; está preparado un poco fuerte y se me está subiendo un poco a la cabeza. Además, ya hemos bebido vino durante la cena, y al parecer la mezcla no ha sido buena.

Jaxson apartó mi copa a un lado; de todas formas, quedaba muy poco, casi me lo había bebido por completo. Él acabó su *bourbon*, le entregó su tarjeta al *barman* para que le cobrara y salimos del local.

Cuando llegamos a la calle, me ayudó a ponerme el abrigo y me cogió por el hombro mientras esperábamos a que nos trajeran su coche de ejecutivo, un Mercedes clase E de cuatro puertas.

El camino hasta mi casa fue corto; no era mucha la distancia entre Chelsea y Battery Park, así que no tardamos en llegar. No se detuvo en la entrada del hotel, lo hizo un poco antes. Desabrochó su cinturón de seguridad y se inclinó para buscar mis labios; esta vez lo hizo de forma pausada y larga, y el beso se me hizo interminable. Cuando se apartó, le sonreí.

—Quiero seguir viéndote. Si estás de acuerdo, la próxima vez cenaremos en mi casa.

—Claro. Me parece bien.

—¿Cuándo puedes?

—Mmm... no recuerdo mi agenda de esta semana. Sé que la tengo bastante complicada, pero mañana te llamo y te digo qué día tengo más tranquilo —fue lo más ingenioso que se me ocurrió decir; una completa burrada y una excusa muy trillada.

Asintió sin decir nada, pero yo tenía claro que él no era tonto y supe que se dio cuenta de que estaba retrasando mi respuesta. Volvimos a besarnos; esta vez el beso fue más intenso que el anterior. Él parecía más descontrolado, y no me quedó ninguna duda, incluso por cómo respiraba, de que su entrepierna estaba abultada, pero no quería mirar, no quería acreditar que él sentía deseos por mí, deseos que yo no experimentaba por él.

—Todos estos días he pensado en tus labios rojos.

Joder, sí que era una auténtica calientapollas, pero en esa ocasión me molestaba serlo. La próxima vez que lo viera debía considerar pintármelos de otro tono más sutil, aunque, si lo que él quería era llevarme a su casa, lo más probable era que también quisiera meterme en su cama, así que, con pintalabios rojo o sin él, no habría gran diferencia.

—Me gustas mucho, Chiara. Me siento feliz de haber ido a casa de Maverick el martes pasado. Di algo.

—No sé, soy un poco corta de palabras en este sentido. —Estaba mintiendo, era consciente de ello—. Tú me pareces sumamente atractivo.

—Normalmente no me tomo tanto tiempo con una mujer; estoy acostumbrado a coger lo que deseo, pero contigo siento que debo ir despacio por alguna razón.

—Gracias. Hace mucho que no salgo con nadie, y estoy un poco fuera de órbita en cuanto a relacionarme con un hombre.

—¿Me llamarás mañana?

—Lo haré, por supuesto.

Me dio un último beso antes de acomodarse en su asiento y continuar hasta la entrada del edificio.

—Gracias por esta noche —le dije antes de que el portero me abriera la puerta del coche para que bajara.

—Igualmente. Espero tu llamada.

## Quince

SPENCER

Hacía rato que todos se habían ido y yo no paraba de dar vueltas en la cama.

«Joder... acaso estarán... No, ella no es una chica fácil.»

«Mentira, es una calientapollas. Siempre anda con los labios pintados de rojo, provocando para que, cuando la mires, en lo único que puedas pensar sea en esa boca succionando tu pene.»

Esponjé la almohada, pero al cabo de unos minutos empecé a dar vueltas nuevamente.

Volví a coger mi móvil de la mesita de noche y miré otra vez el mensaje que le había enviado y que cinco minutos antes aún permanecía sin leer. Sin embargo, en ese momento los dos vistos estaban en color azul; no obstante, ella seguía sin contestar. Miré para hacer una comprobación de la hora rápidamente; no era tarde. No me costó concluir que, si ella había cogido su móvil, era porque estaba aburrida con el Experimento o porque lo había despachado pronto, y ya estaba sola.

Quería creer que era la última opción, que ella ya estaba en casa y él, en la propia; quería pensar que nada importante había pasado entre ellos.

Quise contenerme, pero necesitaba saber...

Mmm... por lo visto has regresado temprano.

Inmediatamente apareció en línea y luego pude ver que estaba escribiendo.

¿Ahora te dedicas a espiarme? ¿Ése es tu nuevo pasatiempo?

—Seeeeeeeeeee —grité cuando ella me confirmó que ya estaba de regreso. Había caído en mi juego de palabras y me había develado fácilmente lo que yo quería saber.

¿Qué ha pasado? ¿El Experimento ha resultado ser un completo fracaso? Ya te he dicho antes que te aburrirías con él.

Por supuesto que no, y no lo llames así. Se llama Jaxson, o llámalo por su apellido, Davis, si no te gusta su nombre, aunque a mí me parece divino.

Me cago en su nombre... y entérate: si hubieses salido conmigo, ahora ¿sabes dónde estarías, en vez de contestando mensajes?

En mi cama, bajo mi cuerpo, siendo bombeada una y otra vez por mi dura polla. Y luego bajaría por tu piel para lamerte de punta a punta y me detendría en tu...

Eres un auténtico idiota. No estoy interesada en hacer *sexting* <sup>1</sup> contigo.

Tú te lo pierdes. Podría hacerte correr en un pispás también así, con palabras muy sucias. Incluso estoy seguro de que te daría el orgasmo que ese idiota jamás podrá darte.

Chiara había terminado de leer mi último mensaje y luego se había salido de línea.

No importaba; en ese momento sabía que con el arquitecto no había pasado nada y por fin podría dormir. Al día siguiente vería la forma de atraerla hacia mí. Además, estaba convencido de que mis palabras la habían dejado muy ardiente y pensando en mí con el coño palpitando.

Esponjé mi almohada una vez más y me puse de lado, abrazado a ésta. Estaba decidido: quería a Chiara en mi vida. Aún no sabía cuánto podría darle, pero no la dejaría escapar.

## Dieciséis

SPENCER

Me desperté renovado. Era mi día libre y tenía planes.

Le había dicho a Dalton que se ocupara del inventario de las bebidas que había que reponer y que, si podía, yo iría más tarde, pero que lo dejaba en sus manos.

Salí de la cama pateando las sábanas. Oí que abajo estaba la persona que se encargaba de la limpieza de mi casa. Seguro que al entrar se había quedado extrañada al ver que estaba ahí, pero debería empezar a acostumbrarse.

Me puse presentable porque me gustaba dormir desnudo, pero no era una buena idea bajar de esa forma a desayunar, así que fui primero al baño para orinar y luego me asecé. Después me enfundé un vaquero y una camiseta, e hice una anotación mental para no olvidarme de pasar a buscar ropa por el Provocateur.

—Buenos días —saludé a la empleada, y me rasqué la cabeza mientras entraba en la cocina. Por más que intenté hacer memoria para recordar su nombre, no pude hacerlo. Sabía que era corto, porque era la misma que la agencia enviaba desde hacía tiempo y la vi la última vez que estuve por casa, pero no había manera, mi memoria estaba en blanco.

—Buenos días, señor. Ya me voy para arriba, para dejarlo desayunar tranquilo.

—No me molestas dando vueltas por aquí. Tu nombre era... disculpa, no soy bueno reteniéndolos.

—Ada.

Miré la taza con restos de café que había sobre la encimera.

—No vaya a creer que he usado su café, señor. En el cuarto de limpieza tengo mis cosas.

—No te preocupes, puedes consumir lo que haya en la casa, no soy un ogro, Ada, sólo que no sé dónde están mis propias cosas, porque, como sabrás, vengo muy poco por aquí, así que, para no tener que empezar a abrir todos los armarios, ¿no podrías decirme dónde hay una taza? —La cincuentona mujer se sonrió—. Lo sé, soy un desastre, pero desde hoy acostúmbrate a verme más a menudo.

Ella asintió y luego se movió para alcanzarme lo que le había solicitado. De la despensa, cogió el frasco con las cápsulas de café y lo dejó también sobre la encimera. A continuación me miró y me preguntó:

—¿Lo toma con azúcar o con edulcorante?

—Amargo.

—Bien, ¿necesita algo más?

—Sí, que me alcances otra taza o enjuagues la que has utilizado antes y te sientes a desayunar conmigo.

—No, señor, no corresponde. Si mi jefe se enterara, podría perder esta casa, y le aseguro que todos están a la pesca de poder tenerla.

—Yo soy tu jefe, Ada, y te digo que te sientes ahí. —Señalé la mesa que estaba pegada a una de las encimeras—. Siéntate. No cuentes a nadie en la agencia que lo has hecho y nadie se enterará; por mi parte, no lo diré. Ahora prepararé café para los dos y nos conoceremos un poco; me gusta saber cosas de la gente que trabaja para mí.

»Cuéntame... Por lo que tengo entendido, siempre vienes tú a hacer la limpieza.

—Sí, soy una de las empleadas con más antigüedad, y mi hoja de servicio no contiene ninguna queja, así que eso tiene mucho valor cuando se trata de una propiedad con tantos objetos de arte y donde, además, el dueño nunca está. Es una cuestión de confianza.

—Gracias, entonces, por mantener todo en orden y ser tan honesta.

—Primero, me cortaría una mano antes de tocar algo que no es mío. Odio a los que son amigos de lo ajeno. Segundo, con el pan de mis hijos, no juego. Y, tercero, podría perder mi visado y, con el presidente actual, está complicada la cosa para los extranjeros.

—¿De dónde eres, Ada?

—Soy salvadoreña.

Continuamos hablando durante el tiempo que nos duró el contenido de la taza de café; básicamente yo hice las preguntas y ella contestó. Ya sabía un poco más de esa persona que a simple vista parecía muy decente. Después me puse de pie y cogí ambas tazas para enjuagarlas.

—Deje, yo me encargo.

—No hay problema, no me molesta hacerlo.

»Dime —le pregunté mientras abría el grifo y aclaraba los cacharros—, ¿cómo crees que debería impresionar a una chica que no es fácil de impresionar y que además sabe que soy una completa ruina? Ella sabe que soy el dueño de un *nightclub*, que vivo de noche, que las mujeres son para mí como un calzoncillo que cambio a diario... y, como si eso fuera poco, también sabe que nunca duermo en mi casa y que lo hago a diario en el picadero que mandé construir en la disco.

—¿De verdad me está pidiendo un consejo?

—Sí, lo estoy haciendo. Eres una mujer de familia, y estoy seguro de que sabes muy bien lo que no te gustaría que hiciera tu esposo.

—Eso es fácil. Partamos de lo básico... y de lo que tal vez a usted le traerá más complicaciones por lo que me acaba de revelar... Pero lo principal es que una mujer, independientemente de la clase social a la que pertenezca, por encima de todo desea que el hombre que ama le sea fiel, y también que la valore por lo que ella es como persona. Para quienes no tenemos mucho poder adquisitivo, los obsequios son importantes y nos gusta recibirlos, pero para los que tienen dinero, a veces no lo son tanto. Mire, trabajo en otras casas además de aquí, y

las señoras siempre se quejan de ser una mujer florero para sus maridos, de que no tienen tiempo para ellas... y sólo estoy hablando de compartir una simple comida. Ellos sólo lo hacen cuando las necesitan en alguna cena de negocios. ¿Puedo preguntarle si usted está enamorado?

Me quedé mirándola sin contestarle, hasta que finalmente hablé.

—Estoy interesado en una mujer de una forma en la que no creí que me fuera a interesar.

—Ah, veo que es de los que le temen a la palabra «amor». No lo haga, vivir con amor cura el alma y nos hace mejores personas.

Asentí.

—¿Necesita algo más o puedo continuar con mis quehaceres? Es que... después de aquí debo ir a limpiar a dos sitios más.

—¿Limpias tres casas al día?

—Ésta se hace muy rápido, pues usted nunca está y sólo es repasar lo que ya está limpio.

—Ya veo... pero hoy te has encontrado con un cúmulo de suciedad, y encima yo que te estoy dando charla. Ve, Ada. Gracias por la compañía y por los consejos.

—Ha sido un placer, señor, y no se preocupe, voy bien de tiempo. A otra de las casas donde me toca ir después, los propietarios están de vacaciones durante dos semanas.

## CHIARA

Era más de media mañana y no lograba adelantar nada de lo que tenía que hacer; me había pasado todo el día releyendo los mensajes de Spencer de la noche anterior.

Tenía frente a mí abierta la hoja de Excel con el presupuesto de Chicago que aún no le había enviado, y la verdad era que lo tenía listo desde hacía tiempo; sólo le dije que me había demorado en confeccionarlo porque no quería que pensara que me moría por hacer su trabajo. Y, además, para tocarle un poquito las pelotas y hacerlo encabronar.

Volví a releer sus mensajes. Los pensamientos sucios se volvieron a colar en mi mente sin que pudiera evitarlos; sin duda él sabía muy bien cómo encenderme, porque lograba sacudirme con una excitación repentina cada vez que lo imaginaba haciéndome las cosas que había escrito allí. Apreté los dientes y las mandíbulas me dolieron. Mi atracción física por él era innegable, y era diferente a lo que pudiera haber sentido alguna vez por alguien; incluso me daba cuenta de que, por más que Jaxson lo intentara, no me movía ni un pelo, a diferencia de Spencer, que me provocaba un deseo brutal, ardiente, espontáneo.

Con todo, estaba harta de querer darle sentido a sus palabras en mi mente. Spencer era un caso perdido y, aunque yo nunca renunciaba a lo que quería, con él ya lo había hecho.

La puerta de mi oficina se abrió y salté en mi silla y bloqueé el teléfono, para tirarlo luego sobre mi mesa como si quemara en mis manos, o como si la persona que entrara pudiera leer lo que allí decía o escuchar mis pensamientos obscenos.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Haciendo *sexting* en horario laboral?

—Deja de decir bobadas, sólo me has asustado; todo el mundo toca a la puerta menos tú.

—¿Es una queja a tu jefe?

—No, no me molesta que no llames antes de entrar, siempre que vengas me encontrarás trabajando o, a lo sumo, chateando con tu mujer; eso es todo en lo que me distraigo.

—Olvídalo. Dime, ¿estás muy ocupada?

—No; de hecho, estaba en un tiempo muerto, sin hacer nada. ¿Qué necesitas?

Abrió la puerta de par en par y vi tras él al culpable de que mis bragas estuvieran mojadas en el trabajo. Joder, Maverick estaba con Spencer.

—Spencer quiere verte, por lo de la disco de Chicago.

Me puse de pie, me alisé mi falda lápiz y me re Coloqué mi blusa de seda, asegurándome de que estuviera bien abotonada.

—Hola. Casualmente estaba a punto de enviarte el presupuesto.

Nos dimos un beso en la mejilla, olía muy bien, mientras me agarraba por el brazo y miles de alfileres recorrieron mi cuerpo ante su contacto. Ese hombre lograba que mis cimientos vacilaran y que no me sintiera muy segura de usar mis tacones en su presencia.

Estaba muy guapo, como siempre, con su estilo «me importa una mierda» como marca registrada y que le quedaba como a nadie.

—¿Todavía no se lo has mandado? Pero si...

Oí que Maverick hablaba y me aparté de Spencer para fulminarlo con la mirada y que cerrase el pico, y al parecer entendió el mensaje.

—Os dejo, tengo trabajo que hacer. Estaba a punto de salir a recorrer unas obras en Nueva Jersey y voy con los minutos contados para llegar al helicóptero; a esta hora ni loco cruzo la ciudad en coche, el tráfico cada vez es un caos más grande en Nueva York.

—Siéntate —le pedí a Spencer cuando nos quedamos solos, y rodeé mi mesa—. ¿Quieres un café, agua, té u otra cosa para tomar?

—Te lo agradezco, pero estoy bien así.

Se recostó en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra de forma despreocupada.

—Bien, ¿qué te trae por aquí?

—Quiero saber cuándo empezaremos con las obras en Chicago, cuándo podemos ir a que veas el local... En fin, dime tú. Pensaba que íbamos a poder hablar ayer en casa de este asunto, pero como no viniste...

—No empieces.

—No lo hago, no diré nada, sólo he venido a hablar de trabajo.

—¿Quieres empezar?, pero ¿si aún no has visto el presupuesto?, y en base a él quedamos que pedirías un estudio de mercado.

—No hace falta.

—¿No hace falta? Y me lo dices así, tan fresco, después de hacerme trabajar durante días para confeccionarlo.

—No quiero perder más tiempo, sino que nos pongamos en marcha. Como pensaba que no lo

tenías, he estado reflexionando sobre el asunto... ¿Te parece que ocho millones serán suficiente?

—¿Qué? ¿Invertirás ese dinero?

—He hecho un cálculo mental de tu propuesta y, de acuerdo con los últimos gastos, cuando abrí en Los Ángeles y Miami, he estimado ese presupuesto inicial. Si luego hace falta inyectar más flujo de efectivo para lo que vaya surgiendo, lo iremos viendo sobre la marcha.

Me puse de pie y, con los brazos en jarra, lo miré.

Estaba a punto de abrir la boca, mientras él me miraba desde la distancia cepillando sus labios; eso me distrajo, así que volví la vista a la pantalla de mi ordenador, donde estaba abierta la hoja de Excel, y le di a imprimir. Me moví para recoger las impresiones y, cuando terminaron de salir, se las alcancé. Luego llamé a mi secretaria y le pedí agua. Aunque me había dicho que no, hice traer una copa también para él.

Estaba leyendo lo que le había entregado; el dinero que él había dicho doblaba mi presupuesto, nos llegaba de sobra.

—Bien, ya ves que el dinero no es problema, así que puedes soñar a lo grande. Tienes vía libre en lo que a mí respecta; confío en tus decisiones.

—Creía que no me querías a cargo del proyecto, así que hay algunas cosas en las que he escatimado para que no lo rechazaras, pensando que objetarías los gastos.

—Consigue lo mejor. —Rompió el presupuesto en mi cara—. Cuando tengas el cálculo final, me lo entregas. No te restrinjas en conseguir los materiales óptimos. —Me miró fijamente a los ojos y se incorporó en el asiento, inclinándose hacia delante—. Juntos haremos que esto funcione.

Se me quedó mirando y, no sé por qué, sentí que la garganta se me cerraba. Me pareció entender que él estaba dándole otro sentido a sus palabras.

—Ok. —Sólo salió eso de mi boca y luego tragué saliva.

Sonrió descaradamente, haciendo que me volviera un poco más loca por él.

—Respira, o tendré que hacerte la respiración boca a boca.

Elevó una ceja y con eso me tuvo totalmente embobada; no podía disimularlo, y al parecer él se daba cuenta.

«¿Por qué tengo tan poca dignidad cuando de él se trata?»

Se acomodó en la silla, dándome un descanso. Bebió de su copa de agua y razoné que, hasta ver cómo su nuez se movía mientras tragaba, me resultaba sexy.

—Deja de mirarme así; luego te cabreas cuando *sexteo* contigo.

Pestañé al darme cuenta de que me había quedado embelesada contemplándolo; él era un encanto cuando no era un gilipollas.

Pero, aunque lo anhelaba desde que lo había conocido, siempre había sabido que era un hombre que podía romperme el corazón en mil pedazos, aunque claro que... que no me tuviera en cuenta, muchas veces me había hecho enojar; sin embargo, en el fondo jamás había insistido demasiado, pues sabía a lo que me exponía.

En ese momento, además, Jaxson había aparecido en mi vida, y estaba segura de que él era un

puerto seguro; a veces el amor se confunde con atracción, y Spencer producía eso en mí; era como un automóvil deportivo que aceleraba en cuestión de segundos mi cuerpo, pero tal vez sólo se trataba de eso, de atracción física, y en una relación eso no lo es todo..., una relación que, por otra parte, nunca iba a conseguir con él, porque ese hombre que estaba sentado frente a mí lo único que hacía era penetrar, follar duro, y alejarse de la escena.

—¿Me has oído?

—¿Qué? Disculpa, me había quedado enganchada mentalmente, pensando en lo que reemplacé en el presupuesto —mentí.

—Quiero que vayamos a mi casa.

—¿Para qué quieres que vayamos a mi casa? Eeh, digo, a la tuya.

## Diecisiete

SPENCER

Su rostro cuando oyó que quería llevarla a mi casa fue algo alucinante de ver. Chiara había estado totalmente colgada pensando, y no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho, así que decidí divertirme un poquito a su costa.

—¿Para qué estarías dispuesta a ir a mi casa?

—Para nada, por supuesto, así que quítate esa idea de la cabeza enferma esa que tienes.

—Por lo visto no has escuchado ni una sola palabra. No te estoy haciendo una propuesta obscena, así que aparta esos pensamientos de tu sucia cabecita.

—Eres un idiota.

—Ya lo sé, pero al menos he conseguido tu atención, porque, reconócelo, estabas en la luna de Valencia.

—Basta; está bien, ya te he pedido disculpas.

—Es mi día libre y quiero aprovecharlo para empezar con todos los cambios que tengo en mente. Quiero que vayamos a mi casa para que te hagas cargo de las reformas que quiero hacer.

—¿Reformas en tu casa? Tu casa no necesita reformas.

—¿Qué sabes tú de mi casa?

—Conozco al diseñador que llevó a cabo ese proyecto, y es fabuloso.

—¿Has *stalkeado* mi casa?

—Eeh, nooo... Hablando un día de diseños ambiciosos con Maverick, surgió la conversación y me la enseñó en la web del diseñador.

—Bueno, basta de faroles. Levántate y vamos a mi casa.

—No iré, tú no me das órdenes. Llama a tu diseñador. No pondré un dedo en ese proyecto, sería una falta de respeto.

—Chiara, deja de buscar excusas idiotas para no ir a mi casa.

—No busco excusas. No tengo por qué hacerlo, las buscaría si...

—¿Si qué?

—¡Ay, Dios!, eres exasperante, mandón y presuntuoso; no eres el ombligo del mundo, tengo otros clientes además de ti.

—Cuando he entrado, le estabas diciendo a Maverick que no tenías nada que hacer.

—Sí, pero... eso era antes. Ya te he dedicado todo el tiempo libre que tenía.

—Te lo pido como un amigo, entonces... ¿podemos hacerlo hoy? Así mañana iré al club y haré todo lo que hoy no habré hecho para ponerme al día para la semana.

Se había quedado pensando. Era obvio que se sentía en una disyuntiva después del beso que le había dado en casa de Mav. Pero iba a ser todo lo que ella esperaba de mí, un caballero; por eso había cambiado mi táctica y, en vez de exigirle, estaba pidiéndoselo de buenos modos.

—Vamos, te llevo y te traigo; no perderás mucho tiempo.

Empezó a ponerse de pie sin decir nada, fue hasta un armario y sacó su abrigo; luego empezó a recoger sus cosas, guardó su portátil en un maletín con correa y, cuando se disponía a colgárselo de un hombro, lo cogí por ella.

—Yo lo llevo, te ayudo.

—Gracias —agarró su bolso de mano—, pero sólo hasta el aparcamiento, iré en mi coche.

—No seas terca, te llevo y te traigo.

—Tú eres el terco. Si me llevas, mi coche quedará aquí.

—Tienes que volver al trabajo, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Por eso mismo: te estoy ofreciendo llevarte hasta mi casa, para que no tengas que lidiar con la conducción en el tráfico de Nueva York, y luego te traeré para que continúes trabajando. Estoy tratando de ser amable.

—Dejemos de perder tiempo discutiendo y vayamos de una buena vez.

## CHIARA

Tan pronto como entramos en su Corvette, cogió su iPhone y lo conectó al sistema de sonido del coche. Jason Derulo empezó a cantar *If I'm lucky*. Inmediatamente cogió su móvil para cambiarla.

—¿Puedes dejarla? Me gusta.

—Ok... pero sólo si la cantas conmigo.

—No. Yo no canto.

—Mientes. Al menos debes de cantar en la ducha; todos cantamos cuando no nos oye nadie. Además, estamos solos, no me burlaré de ti si desafinas.

—Eres un tonto.

—Vale, va de nuevo, ¿estás preparada?

Cuando terminó la canción, el mal humor entre nosotros se había disipado por completo; habíamos cantado a todo pulmón, sin importarnos si desafinábamos o no.

—¿Has visto? Cantar aleja todas las malas vibraciones del cuerpo.

—No puedo creer que haya hecho esto contigo.

—Sólo hemos cantado, no hemos hecho nada indecoroso. Además, estás en Nueva York, y papá no está aquí para regañarte si haces algo indebido.

—Pero detrás nuestro está el escolta que papá me acaba de poner, aunque igual el de día es el más accesible.

—¡Joder!, hemos violado las reglas de don Helmut Delevigne: nos hemos distraído durante la conducción cantando, y además hemos sobrepasado los cuarenta y cinco decibelios permitidos en

Nueva York con la música. Tú y yo estamos en problemas.

Acelaré a fondo.

—¿Qué haces?

—Perdernos del gorila.

—Estás loco.

—Eres una niña muy escrupulosa, señorita Delevigne.

—Al diablo. Para que lo sepas, no será la primera vez que perderé de vista a un guardaespaldas, ¡hagámoslo!

Reímos todo el tiempo hasta que nos deshicimos del escolta. Finalmente retomamos la ruta y, cuando llegamos a nuestro destino, el guardaespaldas estaba tranquilamente apoyado en su coche, aparcado frente a mi casa.

—Creo que alguien monitorea tu móvil.

—Maldita sea.

—Hola, Frank Farmer —al pasar por su lado, lo llamé con el nombre de Kevin Costner en el clásico filme *El guardaespaldas*, y el tipo levantó su pulgar en alto, saludándome—, pero la chica es mía, no se queda contigo.

—Spencer...

—Sólo ha sido una broma.

Entramos en el garaje y, apenas bajamos, la cogí de la mano para guiarla.

—Espera —le aparté el pelo del rostro. Ella estaba sonrosada de tanto reírnos, se veía preciosa—. Ha sido divertido, pero no lo vuelvas a hacer si estás sola. Entiendo por qué tu padre te pone un escolta, y me parece bien. Sé que es por lo de tu hermano; ha pasado un tiempo, pero la inseguridad en las calles siempre está a la orden del día, y tú estás un poquito expuesta, hija de don señor motores. —Le toqué la nariz con mi dedo índice.

—¿Cómo sabes lo de mi hermano? No recuerdo haberlo contado nunca, y las chicas saben que no me gusta hablar de eso..., así que no creo que lo hayan comentado tampoco.

—Bueno, tu apellido es Delevigne, tu padre es el presidente de General Motors... y uno más uno dan la respuesta. Por otra parte, lo que le pasó a tu hermano fue noticia en todos los periódicos.

—No todos lo recuerdan.

—Vale, yo sí. No soy tan superficial como aparento.

## Dieciocho

CHIARA

Para cuando entramos en la mansión a través del garaje, yo estaba más hechizada con él si eso era posible, ya que Spencer estaba siendo de una forma que nunca me había mostrado antes. Incluso parecía que se preocupaba por mí. Pero no sólo estaba hechizada con él, esa casa era bellísima y mejor aún que en fotografías.

Me llevó hasta el ascensor y, cuando subimos, oprimió el botón del cuarto piso.

—¿Puedo pedirte un recorrido por la casa después de que me digas a qué hemos venido?

—Por supuesto.

—Comprenderás que, para una diseñadora, el trabajo que hay aquí es como miel en los labios.

Pasó su pulgar por mis labios y chupó su dedo, y fue muy sensual haciéndolo, provocando que tuviera que contener el instinto de cruzar las piernas, puesto que sentí una punzada de deseo en mi centro de placer.

—Mentirosa, no sabes a miel.

Agité la cabeza, pero cuando iba a contestarle las puertas del ascensor se abrieron y me cogió de la mano para que lo siguiera. Fuimos hacia la izquierda y entramos en una amplia oficina.

—Quiero que montes un centro de operaciones aquí, con cámaras y toda la tecnología necesaria para que pueda controlar todas mis discos desde este despacho.

—Pero, entonces, lo que necesitas no es una diseñadora de interiores, sino un técnico en sistemas de control y monitorización.

—Consíguelo, te pongo a cargo, pues quiero que tú te ocupes de que no transformen este espacio en el centro controlador de vuelos espaciales de la Nasa. Pretendo que todo siga estéticamente igual que como se ve ahora.

—¿Puedo preguntar por qué quieres hacer estos cambios?

—Porque necesito cambiar de vida; necesito dejar de vivir de noche, rodeado de personas que sólo sirven para pasar el rato. Necesito que mi vida deje de ser una fiesta continua, llena de excesos. Dejar de viajar para controlar mis otros *nightclubs*, delegar responsabilidades, pero sin sacar el ojo de encima a mis negocios. Y, por encima de todo, necesito tener tiempo para mis amigos, también para conocer a una mujer y salir a cenar con ella, hacer cosas normales que hace la gente cuando se relaciona con alguien, o simplemente, no sé, cocinarle aquí, en mi casa; soy un buen cocinero... Si hubieras venido anoche, lo habrías comprobado. Chiara, necesito también ser digno de esa mujer que quiero conocer más profundamente, y para eso necesito vivir con sensatez,

para que ella me acepte en su vida, y para darle la seguridad de que la valoraré como merece que lo haga. Necesito, además, dejar de tener miedo de poner en juego mi corazón.

—Ok, suena como un gran un plan. Déjame sacar algunas fotos para idear una transformación, y luego contrataré a un equipo de técnicos que pueda llevar a cabo el proyecto.

Me agarró por los hombros y me quitó el bolso que sostenía, dejándolo sobre el escritorio.

—Estoy hablando de ti y de mí. Quiero que me des la oportunidad de ser parte de tu vida.

Debo confesar que, cuando inició su discurso, sólo creí que quería alejarse de la vida nocturna; tal y como me lo estaba planteando, eso era lo que parecía... pero luego algunas de sus palabras no me cuadraron, o quizá sólo se trataba de mis ansias de que fueran dirigidas a mí. Y en ese momento, coño, se me estaba declarando de una manera que no había forma de que alguien le pudiera decir que no, nadie que no tuviera nada en el cerebro, porque, conociéndolo, no podía tenerlas en cuenta.

«Chiara, ¿quién te entiende? Estabas deseando que fueran para ti.»

Reconozco que era la proposición más romántica que alguien me había hecho jamás, y eso me extrañaba más viniendo de él.

El tío era, simplemente, el Zar de la noche y, aunque estaba ofreciendo promesas de fidelidad, sólo eran palabras bonitas.

«Joder, qué difícil es entenderlo.»

Apenas una semana atrás, después de que me besara, me dijo que nada era posible entre nosotros más que ese beso, y en ese instante... en ese instante estaba tan asustada que estaba pensando en salir corriendo.

«Joder, qué difícil es entenderme también a mí.»

Durante un tiempo yo estuve que me arrastraba por él, pero luego, cuando lo empecé a conocer mejor, supe que no era algo bueno de anhelar; él era un donjuán, y los donjuanes sólo juegan con las mujeres. No obstante, no podía dejar de preguntarme qué lo había llevado a querer cambiar... porque era más que evidente que ese tío lo estaba pensando.

«Coño, ya sé, quiere ganar el concurso de meadas con Jaxson. Lo que ocurre es que no soporta perder. Sólo se trata de que él quiere seguir siendo el que la tiene más grande.»

—Chiara, ¿qué dices? Estoy siendo muy sincero; en realidad, no imaginaba que fuera a decir esto alguna vez.

—No te creo una palabra. Estás loco si piensas que voy a confiar en ti. Tú sólo te dedicas a probar cuantos coños puedas en una noche. Quiero irme.

Cogí mi bolso y empecé a buscar frenéticamente mi móvil para pedirme un Uber.

—Chiara, por favor, dame una oportunidad.

La súplica en su voz hizo que mi aliento se detuviera una vez más, pero seguí caminando.

## Diecinueve

SPENCER

Ella caminaba hacia el ascensor; parecía desencajada, era obvio que mi declaración la había cogido por sorpresa.

—No, no, no te escucharé. Ayer salí con Jaxson.

La cogí de un brazo para detenerla y la voltee para que quedáramos frente a frente.

—Salisteis, sí, ¿y? Sé perfectamente que no te has acostado con él.

—Eso no tiene nada que ver; no todos practicamos tu religión de aparearnos con el primero que aparece.

—Pues mi religión, como tú dices, nunca la he puesto en práctica contigo. Dime, ¿cuánto hace que te conozco? ¿Crees acaso que no quise follarte la primera vez que te vi? Pero no lo hice, y no lo he hecho después, simplemente, porque siempre he sabido que no eras una chica para pasar el rato, y yo hasta este momento no estaba dispuesto a dar más de lo que podía dar.

»¿O piensas que no se me ponía dura cada vez que tu culo me rozaba distraídamente cuando pasabas cerca de mí o cuando te miraba los labios pintados de rojo? ¿Crees que nunca he pensado en tirar todo mi respeto por ti a la mierda y follarte tan duro que no pudieras caminar?

»Tú me gustas mucho, Chiara; de hecho, estoy dispuesto a cambiar mi vida por ti. Estaba asustado de lo que sentía, porque me había prometido a mí mismo que nunca expondría mi corazón con una mujer. Tú me asustas, tanto como yo te asusto a ti. Eres fuego, eres una mujer arrolladora, tenaz, soberbia, inteligente, honesta. Y ahora por fin puedo reconocer que tengo miedo...

—¿Tienes miedo de mí?

—De ti, del amor, de involucrar mi corazón, de dejarte entrar en él y que lo vuelvas a lastimar.

Me pasé la mano por el pelo, liberándola, y me giré para darle la espalda. Había hablado de más y no estaba seguro de querer desvelar mis miserias. Sentí su mano en mi hombro.

—¿Estás queriéndome decir que alguien alguna vez lastimó tu corazón y que por eso tú te entregaste a la religión de mojar el churro y que pase la siguiente?

Me di media vuelta y la cogí del mentón.

—Demonios, adoro tu espontaneidad. Puedes descomprimir cualquier momento embarazoso y transformarlo en uno cómico; amo tu buen humor, tus cabreos, me gusta todo de ti, y estoy cansado de esforzarme por evitar que me guste.

—No me has contestado.

—Sí, me lastimaron; no quiero decir más.

—Está bien, no es preciso que me des detalles. Lamento que eso que te pasó te haya

transformado en un hombre descreído de los sentimientos verdaderos. No sé de qué forma te han herido, pero yo también estoy cansada de tratar de entender tus pensamientos. Sólo te digo algo: si quieres que lo intentemos, tendrás que abrirte un poco más, porque quiero hacerlo bien, y para eso necesito que me digas lo que esperas de esta relación.

—Un momento, ¿estás... diciendo que aceptas?

—Estoy diciendo que lo intentaré.

—Lo intentaremos.

—Lo intentaremos.

La levanté por la cintura y la hice girar junto a mí. Luego la bajé despacio, haciendo que resbalara por mi cuerpo.

—Dios, creo que he perdido la razón.

—No te arrepentirás.

La besé con desesperación y sentí al instante cómo mi polla se ponía completamente dura; se estaba clavando en su vientre y sabía que debía parar, porque la manera en que me estaba comportando no se correspondía con lo que había dicho unos minutos antes; había hablado de respeto y no de que estuviera dispuesto a sacar de paseo al unicornio, como siempre que podía hacerlo.

Me aparté de ella y apoyé mi frente en la suya mientras le acariciaba la espalda. Maldición, Chiara se había quitado el abrigo y acariciarla sobre la seda de su camisa sólo me instaba a arrancar sus botones y follarle las tetas como siempre había querido hacer. ¿Me dejaría tal vez?

—Bajemos a la cocina —dije, dándole un corte a mi lascivia—. Prepararé algo para que almorcemos.

—No quiero comer.

«Chica, pónmelo fácil», supliqué en silencio.

—Quiero que me lleves a tu cama, Spencer.

Joder, eso se estaba complicando un poco más aún, y creo que mi verga la había oído, porque en ese instante estaba saltando de alegría y haciendo un triple mortal.

—Hay un problema: nunca follo en esta casa. No tengo condones y, además, se supone que debemos tener primero una cita. Yo también quiero hacer las cosas bien.

## CHIARA

Me alejé de él, cogí mi bolso y lo vacié en el suelo. Sé que estaba pareciendo un poco desquiciada, pero necesitaba encontrar lo que sabía que tenía entre todas las cosas que guardaba ahí.

¡Joder, joder!, la última vez que había limpiado ese basural había visto uno, y estaba segura de que no lo había tirado. Yo era una mujer precavida; había de todo, puesto que hallar algo en el bolso de una dama puede suponer una verdadera búsqueda del tesoro.

—¿Qué buscas?

Por último, abrí un bolsillo de mi neceser, pues era el único sitio que me faltaba por escudriñar, y, cuando lo vi, quise gritar de júbilo y ponerme a saltar. El envoltorio brilló, haciéndome un guiño y provocando que mi mirada brillara mucho más que él.

—Esto. —Le mostré el paquete, poniéndome de pie y exhibiéndolo ante su cara.

—¿Por qué tienes un condón en tu bolso? —preguntó, cabreado.

Me gustaba cuando se ponía territorial.

—No sé cuánto hace que está ahí. Ni siquiera lo puse yo, me lo metió Joss; dijo que debía tener siempre uno a mano.

—¿Sabías que los condones tienen caducidad? ¿Cuánto hace que no lo cambias?

—Joder, no lo pensé.

Miré la fecha y, efectivamente, había vencido hacía dos años.

Arrancamos a reírnos, hasta que a ambos nos faltó la respiración. Sin aliento, intentamos sosearnos, nos sentamos en el suelo y empezamos a guardar el desparrame de mis cosas en mi bolso.

—¿Una pinza para la ropa? ¿Para qué llevas esto?

Empecé a reírme nuevamente, y se la quité de la mano para guardarla mientras se lo explicaba.

—Me iba a casa de Joss para cuidar a Mía y saqué ropa interior del tendedero para tener una muda para el día siguiente... y una pinza se fue unida a mis bragas y quedó ahí.

—Llevas... ¿fruta en el bolso?

—No pensaba salir a almorzar hoy, así que he cogido una manzana esta mañana al salir de casa.

Metimos uno a uno los objetos que allí había; él me los fue enseñando y yo, contándole la razón de por qué los tenía. Algunas cosas no hizo falta que se las explicara.

—¿Pendientes de diferentes pares?

—Perdí los compañeros y me da pena tirarlos.

—¿Papelitos arrugados?

—Se supone que los guardo para arrojarlos a la basura cuando llegue a casa, pero luego me olvidé.

Y así hasta que lo guardamos todo.

—Lamento que el momento se haya enfriado.

—Ven aquí.

Nos pusimos de pie.

—Tú calientas hasta a los pingüinos del polo sur. Eres jodidamente hermosa —murmuró casi rozándome los labios, y volvimos a besarnos.

Su brazo se enganchó alrededor de mi espalda baja y abrí la boca para darle más acceso; su lengua se deslizó más hondo y, oh, Dios mío, sentí que estaba montada en una nube. Enganché mi brazo alrededor de su cuello y cavé con mis dedos en sus mechones, hasta que lo sentí gemir en mi boca. Hice una anotación mental de la zona que acababa de tocar para volver a hacerlo en el

futuro. Lo sujeté con fuerza y él hizo lo mismo conmigo, provocando con cada roce que el beso se transformase en uno tan profundo que no estaba segura de si alguno de los dos podría parar. No quería que lo hiciera, ésa era la pura verdad; quería sentir su sabor contra mi lengua para siempre.

En ese momento otra ola de fuego se disparó en mi entrepierna y no me importó pegar mi cuerpo más a él; era lo que necesitaba y me sentía libre de sugerírselo. Spencer intensificó más el beso... Estábamos devorándonos, y sentí que podía tener un orgasmo sólo con su lengua rozando la mía, y entonces me dije que no podía esperar para tenerlo dentro de mí, lo quería todo, lo quería completo. Sin embargo, la cruda realidad me golpeó de repente: no teníamos condones, así que quise ponerme a berrear de frustración.

Resignada a nuestra mala suerte, utilicé mi lengua contra la suya con más presión y volví a arrancarle un gemido, gimiendo yo también en su boca por haberlo conseguido.

Cuando Spencer y yo nos separamos, me sentí perdida. No quería apartarme del todo de él..., así que, mientras recuperaba el aliento, volví a cogerlo por el cuello y me acerqué a su oído.

—Necesitamos preservativos. —Me aparté para mirarlo a los ojos y perderme en su mirada azulina; estaba tan excitado como yo—. ¿Qué tal si te pones a cocinar —reseguí su boca con un dedo mientras le hablaba—, ya que yo no sé hacerlo, porque no he olvidado que te has ofrecido a alimentarme y... aunque quiero que me alimentes de lujuria y placer, también quiero llenar mi boca con comida... —él asintió, riéndose perversamente—, y, mientras tú haces algo de tu magia entre fogones, yo salgo por el barrio a buscar dónde comprar los benditos condones que necesitamos para consumir este acuerdo?

—Perfecto, y, si quieres, te indico a dónde puedes ir. No queda lejos. Sólo tienes que llegar a la esquina, girar a tu derecha y caminar tres manzanas por la misma senda.

—Ésa es la mejor noticia que podrías haberme dado. ¿Algo más que necesitamos y que no tengas en tu nueva pero antigua casa?

—¿Un cepillo de dientes para ti?

—Tengo el mío en mi neceser. —Le guiñé un ojo y él se acercó para mordisquearme la boca. Bajé una mano para acariciar su bragueta y, ¡Dios bendito!, eso estaba grande y muy duro.

—Estás siendo una chica muy mala.

—Aprovechemos para esclarecer que tú sólo puedes ser malo conmigo, ¿ha quedado claro?

—Muy claro, lo mismo que tú: eres exclusivamente mía, quiero al Experimento bien lejos de ti.

Bajó ambas manos y me apretó el culo, hundiendo sus dedos en él. Luego nos montamos en el ascensor y bajamos.

## Veinte

SPENCER

Mi móvil estaba sobre la encimera; empezó a vibrar y atendí.

—Oye, soy yo, Chiara. —Me hablaba susurrando.

—Ya lo sé, he visto tu nombre en la pantalla de mi móvil. ¿Qué ocurre? ¿Por qué hablas tan bajito?

—Porque no quiero que el dependiente de la tienda oiga lo que te voy a preguntar. Realmente nunca había pensado que echar un polvo podría ser tan complicado. Cuando he visto que la estantería está llena de cajas de distintos condones, no he sabido cuál elegir.

—Deja de hablar en secreto, llamas más la atención si es lo que quieres evitar. Además, de todas formas el dependiente verá lo que te llevas cuando te cobre.

—Tienes razón, joder, no lo había pensado. Bueno, dime, hay setenta y ocho diferentes tipos de preservativos; los he contado cuando se me ha ocurrido la idea de llevarme uno de cada, porque no sé cuál es el que usas, pero me parece que son demasiados para comprarlos todos.

—Me parece que sí; no pasarías nada desapercibida si llevases toda esa cantidad.

—Carajo, lo sé, por eso te estoy llamando.

—Deja de hablar susurrando, que no se te entiende nada.

—¿Por qué me hablas tú en secreto?

—Para que veas la forma en que te oigo yo a ti.

—Chistosillo. Dime de una vez, ¿qué cuernos compro?

—Trae los Trojan Magnum XL lubricados, es una caja negra; éstos son cómodos.

—¡Joder! ¿Tú también usas Trojan XL? Dios los cría y ellos se juntan.

—¿Quién usa Trojan?

—Créeme que no querrás saber que estoy pensando en el pene de tu amigo.

—¿Qué mierda dices?

—Luka usa Trojan XL. Cuando se conocieron con Nicole, encontramos un envoltorio en su casa... Bueno, en realidad fue Poppy la que lo encontró, y así fue cómo supimos que la tiene grande, y luego nos enteramos de que está circuncidado; parece un soldado con casco todo el tiempo. —Lanzó una risita tonta a través del teléfono; esa mujer a veces no tenía filtro.

—Chiara, estás hablando de la polla de Luka conmigo.

—Lo sé, lo sé, ya te he dicho que no lo ibas a querer saber.

Estaba muerta de risa.

—Pero me lo has contado igualmente.

—Vale, vale, olvídalo. Yo ya lo he hecho. Trojan Magnum XL lubricados.

Volvió a soltar una carcajada.

—Lo siento, lo siento... No me río más. Ya los tengo, caja negra y letras doradas. Ya está, ya los tengo. Los pago y voy para allá.

Cuando Chiara llegó de la farmacia, se quitó los zapatos de tacón que llevaba puestos y dejó la bolsa con los condones sobre la encimera. Me gustó verla en mi casa descalza. Joder, ¿por qué a los hombres nos gusta tanto eso? Agité la cabeza, no podía creer que eso estuviera pasando.

—Tenías razón, estaba siendo tonta al hablar en secreto, ya que el dependiente ni ha mirado lo que llevaba. Estaba al teléfono y sólo ha pasado el código de barra por el escáner, sin prestar atención a lo que me envolvía.

—Ya te lo he dicho.

—Es que nunca había comprado condones. Joss siempre se encargó de que tuviera, y antes se los quitaba a mi hermano de la mesita de noche y no se daba cuenta.

—Ven acá. —Le mordisqueé los labios—. No quiero saber nada de tus incursiones sexuales. Me vuelvo un poco hombre de las cavernas cuando lo pienso, ¿sabes?

—¿No te reirás de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Sólo he estado con... —Puso una uve hecha con sus dedos apoyada en su mentón y no dijo nada.

—¿Con cuántos? —No sabía si la estaba entendiendo bien.

Volvió a mover la uve formada con dos dedos y la golpeó contra sus carnosos labios.

—¿Con dos?

Asintió

—Tú serás el segundo.

—¿Qué? No puede ser cierto.

—Mi familia fue siempre un tanto conservadora, y mi padre y mi madre, después de que Channing falleciera, se volvieron mi sombra, así que me espantaban a todos los chicos de mi alrededor... y, cuando vine aquí, me dediqué a mi carrera y nunca se dio que saliera para acostarme con nadie.

—Joder, y yo siempre he sido tan rudo contigo con mi vocabulario desde que te conozco.

—He dicho que soy casi una inexperta, no que sea una monja. Además, con mis amigas estoy a la orden del día en detalles; quizá no he vivido mucho, pero ellas lo han hecho por mí, y créeme que lo sé todo, al menos en teoría.

Almorzamos en la cocina. Había preparado una ensalada mediterránea con todo lo que tenía en la nevera. Quería hacer algo rápido y que no tuviera demasiada elaboración, así que, simplemente, mientras lavaba las hojas de lechuga y de rúcula, herví unos huevos y una patata. También abrí una lata de atún, luego corté algunas judías y algunos tomates *cherry* y, por último, le agregué unas aceitunas, preparé una vinagreta y por fin nos sentamos a comer.

Mientras ella había salido a comprar, bajé a la bodega para elegir una botella de vino, así que destapé un chardonnay blanco cosechado en el Valle de Guadalupe, en México, y que maridaba muy bien con los ingredientes y con el aliño de la ensalada. Me gustaba probar vinos que no fueran tan caros como los franceses o italianos, pero que también eran de muy buena calidad; siempre les daba una oportunidad.

—Mmm... Creo que estaba famélica, y este vino es riquísimo. —Cogió la botella y leyó la etiqueta—. ¿Dónde lo compras?

—Uno de los proveedores de la disco me lo recomendó; él me lo trae. Le pediré una caja para ti.

Había puesto música para amenizar el ambiente. No quedaban dudas de que la música era una parte importante en mi vida. Sonaba *Say my name*, y ella se puso de pie con la copa en la mano y empezó a bailar a mi alrededor; era tan desenfadada y sensual que realmente me costaba creer que sólo había estado con un hombre en toda su vida.

Joder, agitaba el culo de una forma que mi verga ya había cobrado vida. Parecía que no le importaba una mierda y, mientras sorbía de su copa, me miraba por entre las pestañas, y eso elevó el termómetro del erotismo a un nivel que podía ser mortífero.

Terminó la canción y empezó una de Toni Braxton, *Please*, y ella continuó meneándose mientras rozaba su trasero por mi pierna. Quería tirarla sobre la encimera y follarla hasta el cansancio, pero eso iba a ser otro día; de momento se merecía que le hicieran el amor en una cama. Además, por lo que había podido deducir tras contarme eso de que le quitaba los condones a su hermano, no creía que quien se había llevado su virginidad hubiera sido alguien muy experto; a la edad que le había calculado que había sido, aunque no lo dijo, me imaginé que pudo tratarse de alguien de la *High School*.

—Ven aquí. —Tiré de ella, aplastándola contra mí.

Cogí la copa de su mano y la dejé sobre la encimera, para poder acomodarla entre mis piernas. Besé su cuello, lentamente, hasta que la sentí estremecerse, y luego lamí el lóbulo de su oreja y le hablé.

—Eres increíblemente sensual.

Me moví hasta sus labios y los chupé. Cogiéndola con más fuerza por el culo, para pegarla más a mí, la mantuve allí para mí y profundicé mi lengua en su boca, tomando todo de ese beso necesitado que estaba dándole; le levanté la falda y le acaricié el muslo mientras continuaba besándola.

La sentí apoyar sus manos contra mis bíceps y sostenerse con fuerza de ellos. Estaba tratando de ir despacio, pero era un gran problema con el que lidiar.

—Tienes un culo asesino, ¿lo sabías?

—Hago muchas sentadillas.

—Seguirás haciéndolas, pero en mi polla desde ahora en adelante.

Ella ahuecó sus manos sobre mis mejillas y tomó mis labios. Abrí la boca y dejé que capturara

mi lengua. Me besó apasionadamente mientras yo le masajeara las nalgas; recorrí con un dedo su ropa interior... y descubrí que llevaba puesto un tanga hilo dental. ¡Joder!, quería verla de pie frente a mí sólo en ropa interior antes de quitársela. Podía sentir cómo mis emociones y sensaciones se agitaban en mi pecho; quería llevarla a la cama..., así que me aparté.

Le despejé el rostro y se lo sostuve.

—Vayamos arriba, ¿te parece?

Ella asintió. Me detuve a mirar si dudaba, pero no lo hizo, parecía muy decidida. Aparentemente, lo deseaba tanto como yo.

La hice caminar a mi lado hacia la zona del ascensor y, de pasada, ella cogió la bolsa con los condones que había ido a comprar hacía un buen rato.

Entramos en el ascensor.

## Veintiuno

### CHIARA

No quería que ese día acabara jamás. De modo que, si no había otra oportunidad para revivirlo, estaba guardando en mi memoria cada momento, cada caricia, cada beso y cada palabra dicha.

Estaba donde quería y con quien quería. Si íbamos a funcionar juntos, no lo sabía, pero al menos estábamos haciendo el intento.

La química entre nosotros era innegable, así me lo parecía; me sentía cómoda y, sobre todo, feliz en sus brazos.

En el ascensor continuamos besándonos. Mi falda estaba amontonada en mi cintura y sabía que Spencer me había puesto de espaldas a la pared de cristal que daba a la escalera, para ver mi reflejo en la superficie. Él parecía fascinado amasando mi culo mientras su lengua no paraba de hacer cosas fabulosas en mi boca.

Sentía mis bragas empapadas, consciente de que mis fluidos se habían derramado por la excitación que él me producía, y él estaba tan duro, producto de lo que yo le provocaba, que sólo podía pensar en darle todo lo que anhelara.

Se apartó de mí cuando el elevador se detuvo y salimos de allí. Empujó la puerta de cristal y entramos en su dormitorio. El lugar era enorme, y la cama, también. Cogió la bolsa de preservativos de mi mano y la arrojó sobre el colchón; luego tironeó de su camiseta hacia su cabeza, provocando que un violento gemido brotara de mi boca, por lo alucinante que era verlo con el torso desnudo; una perfecta uve se perdía en la cinturilla de su pantalón, que le caía en las caderas, y cada uno de los músculos de su abdomen eran como montículos tallados en él. Sus hombros eran anchos y su cintura, estrecha. No había ninguna goma de unos bóxers a la vista, por lo que intuía que no llevaba unos puestos.

Empecé a desabotonar mi blusa y, cuando conseguí terminar de hacerlo, dejé que cayera a mis pies, luego desabroché el cierre de mi falda y la deslicé por mis piernas, quedándome en ropa interior, ambos nos mirábamos con hambre el uno por el otro. Lo vi mover sus manos para desabrochar su bragueta y me relamí los labios, esperando el momento en el que empezara a bajarse los pantalones; cuando comenzó, pude comprobar que efectivamente no llevaba más que la piel debajo de ellos.

Su polla saltó al ser liberada, y se vio del tamaño XL, como los condones que me había hecho comprar.

Pateó los pantalones lejos de su camino y se acercó a mí mientras yo me desprendía del sujetador y lo dejaba caer, para que pudiera admirar mis pechos. Yo sabía que tenía buenas tetas y

quería sentir su mirada ávida en ellas. Pareció fascinado, puesto que de inmediato se ocupó de darles atención. Su lengua salió para lamer mis puntas, capturándolas entre sus dientes; proporcionándoles esmerado cuidado, las masajeó, las lamió y luego las volvió a morder. Al cabo de unos minutos en que pareció estar satisfecho chupándolas, levantó el rostro y me miró entre las pestañas mientras su lengua se arremolinaba en mi areola, impulsando para que mi humedad entre las piernas se multiplicara, hasta que los abandonó para coger de nuevo mi boca.

Spencer se aplastó contra mí, dejando la humedad que chorreaba de la punta de su polla en mi vientre. Movié las caderas, fregándose en mi piel, y casi tuve un orgasmo sólo con esa fricción.

Nunca había pensado que después de tanto tiempo de no estar con alguien me sentiría tan suelta y desinhibida... pero, al parecer, la pasión que Spencer despertaba en mí era más fuerte de lo que creía, porque lograba tirar por tierra todas mis murallas.

Me llevó hasta la cama y me ayudó a que me recostara, se puso encima de mí y continuó con los besos. Su boca era sabia donde fuera que pusiera sus labios sobre mí. Empezó a bajar lentamente y dejó un reguero de besos en mi abdomen; su boca parecía poner en carne viva mi piel. Finalmente llegó al elástico de mis bragas; pensé que iba a sacármelas, así que levanté las caderas para facilitarle la tarea, pero sus manos efectuaron una rápida maniobra en mi cuerpo y me giró bruscamente para admirar mi trasero; lo acarició lentamente, resiguiéndolo con su palma abierta, y me dijo:

—Lo dicho, tienes un culo asesino.

Me dio una suave nalgada pero que me hizo sentir un picor en la carne, y luego dejó un beso en ella, lamiendo la parte que había flagelado, provocando que ese morbo me pareciera absolutamente erótico y demasiado excitante.

Luego me giró, tomándome por sorpresa nuevamente, y deslizó mis bragas de color rosa por mis piernas. Sus manos, impacientes, abrieron mis muslos, y admiró mi sexo al tiempo que su lengua salía para lamerse los labios. Hacía tanto que no estaba con un hombre que me sentía un poco virgen, pero su glotona mirada no me intimidó.

Pasó su mano, desparramando mi humedad, y luego metió un dedo en mi interior, haciéndome chillar. Lo sentía muy diferente a mi vibrador; si podía tenerlo a él para siempre, pensé que mis amigos a pilas seguro que irían a parar a la basura.

—Joder, tu coño está muy apretado.

Entró y salió con su dedo, luego lo sacó y se lo llevó a la boca, mirándome en todo momento.

—Estaba seguro de que tu coño era muy dulce.

Quise cerrar las piernas, porque sus palabras iban a hacerme correr, pero no me lo permitió: rápidamente puso su mano para que no lo hiciera e inclinó la cabeza para empezar a barrer con su lengua toda mi excitación. Juntó con avidez mis fluidos y gimió guturalmente mientras su lengua no dejaba de faenar mi entrada.

Su ancha lengua lamio los pliegues y se hundió en mi vagina, haciéndome chillar y que agitara las caderas de forma descontrolada. Con una mano, Spencer intentó sujetarme para que no me

moviera, y con la otra abrió mis pliegues para introducir su lengua más profundamente en mí. Entonces comenzó a chupar mi clítoris, succionándolo, hasta que me hizo correr con tanta facilidad que aún no podía creer lo rápido que lo había logrado.

Hechizada por el placer que me estaba dando, cogí su cabeza para que no se apartara. Quería repetir esa sensación avasalladora que acababa de darme de manera experta.

Finalmente apartó mis manos y levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Se puso de rodillas, cogió un condón y empezó a deslizarlo por su extensa longitud. Su polla estaba muy dura y se veía brillante, y... joder, era más grande y gorda que mis vibradores, estaba segura de ello.

—Spén, hace demasiado tiempo que no estoy con nadie; han pasado... nueve años —dije de pronto, sonando algo atemorizada.

Se inclinó y dejó un beso corto en mis labios.

—Descuida, lo tengo claro; te cuidaré.

Alineó su grueso glande en mi abertura y empezó a deslizarse lentamente en mí. Él estaba tomándose su tiempo, y yo sabía muy bien que no debería ser nada fácil para un hombre de su experiencia ir despacio, pero también comprendía que él era consciente de su tamaño. Sus brazos permanecían en tensión a mis costados y su rostro no se apartaba del mío. Su boca, con cada centímetro que avanzaba, largaba un hálito hasta que empezó a empujar sus caderas poco a poco, abriéndose paso, con su movimiento cada vez más profundo, en mí.

—¿Estás bien? Te siento demasiado apretada. Joder, voy a correrme si no empiezo a moverme ya, y te juro que esto nunca me pasa.

—Estoy bien, te siento bien. Sé que eres ancho, pero me gusta cómo lo siento.

—Maldita sea, Chiara, deja de hablarme sucio o me voy a descargar sin que tú lo hayas hecho.

Empezó a agitar las caderas con fuerza, acelerando los embates, y me sonrió sublime, se inclinó y capturó mi lengua, besándome apasionadamente mientras entraba y salía de mí. Luego se apartó de mi boca y se arrodilló para cambiar el ritmo. Mi coño empezó a sentir el deseo incontrolable de caer en picado y comencé a apretarlo con las paredes de mi vagina. La música que sonaba era una melodía cadenciosa de Kelly Clarkson, *Move you*, y era el gancho perfecto para marcar el ritmo de nuestros cuerpos agitándose, y, aunque sonaba bastante fuerte, no lograba acallar el ruido de nuestras pieles chocándose una y otra vez.

## SPENCER

Su coño era un sueño, y lo sentía increíble aun con el látex del condón. Estaba exprimiendo mi polla, y sabía que Chiara estaba muy cerca; aunque hubiese estado bien ayudarla a correrse masajéandole el clítoris, me volví egoísta de repente y deseé hacer que lo consiguiera sólo con el bombeo y la fricción de mi verga.

Chiara gimió, y el chillido que se le escapó fue casi mi perdición. Ella era perfecta; tenía las tetas del tamaño justo, rebosaban en mi mano y eran turgentes; su piel rosada, sin imperfecciones, era como la seda, y todo cuanto le hiciera y obtuviera parecía no ser suficiente. Giré las caderas y

aumenté mis envites, porque mi autocontrol estaba llegando a su fin. Necesitaba acelerar; para hacerla llegar conmigo; busqué ese punto que la hiciera estallar y me di cuenta de que lo había encontrado cuando empezó a adorar a Dios.

—Oh, Dios... oh, Dios mío...

Chillaba sin parar cuando la empalé más hondo. Me incliné para morderle un pezón al ver cómo se agitaban sus tetas con mis sacudidas, y moví con más fuerza las caderas, hasta que la tensión en su cuerpo me dijo que estaba corriéndose.

Joder, esa chica estaba volviéndome loco. Su orgasmo recurrente parecía inacabable y percibí de inmediato que todo estaba a punto de acabar cuando mi polla se hinchó un poco más y mis bolas se contrajeron y me preparé para que mi esperma empezara a llenar el condón. Me enterré bien profundo, asimilando la sensación de poder que estar dentro de ella me daba; tiré mi cabeza hacia atrás y apreté los ojos cuando mi semen comenzó a salir de forma pesada y lenta, hasta que finalmente sentí que me vaciaba por completo.

Apoyé los codos contra el colchón y aparté algunos mechones de su rubio pelo que le cruzaban la cara.

—Eres tan increíblemente hermosa, Chiara... —le dije sin querer salir de su interior.

El polvo que habíamos echado era absolutamente diferente de todo cuanto alguna vez había experimentado con otra mujer. Chiara me hacía desearla sin hacer nada, sólo con mirarme adormilada de lujuria, como estaba haciendo en ese instante.

Levantó las manos y acarició mi pecho; luego me recorrió el rostro con los dedos y mi miembro empezó a cobrar vida nuevamente; un solo toque suyo bastaba para encenderme.

—Ha sido fabuloso —me regaló.

—Aún no ha terminado —le avisé.

La besé tiernamente, y luego salí de ella y empecé a caminar hacia el baño mientras me quitaba el condón. Sentí su mirada, la observé por encima de mi hombro y la vi apoyada en un codo, sosteniendo su cabeza mientras contemplaba cómo me alejaba.

—Tú también necesitas seguir manteniendo tu culo en esa forma; se ve apto para que bailes en *Magic Mike*.<sup>1</sup>

Me reí por su ocurrencia, pero continué caminando, arrojé el preservativo en el cesto y me limpié. Me miré en el espejo, porque me sentía distinto... sólo para comprobar que continuaba siendo el mismo por fuera, pero tal vez no por dentro. Así que regresé velozmente, quería decirle a Chiara: «Fuiste tú la que logró que mi corazón volviera a sentir diferente», pero iba a demostrárselo con más sexo, y con hechos. Mis pasos se volvieron apremiantes mientras le daba un automasaje a mi polla para que no se bajara y rápidamente deslicé otro condón sobre ella.

—¿Qué haces?

—Voy a follarte otra vez, ya te he dicho que aún no había terminado.

La cogí por las piernas cuando me arrodillé en la cama y la volteé, poniéndola con el culo hacia mí; ella dejó escapar un chillido. Su trasero parecía una manzana y, si hubiese tenido más

experiencia con los hombres, sin duda que le estaría pidiendo que me dejara follarlo también, pero eso me recordó que probablemente nadie lo había tenido nunca.

—Abre las piernas —le indiqué, y prontamente hizo lo que le había ordenado que hiciera.

Me enterré en ella lentamente desde atrás, y me incliné para hablarle al oído.

—¿Sientes lo duro que me has puesto otra vez?

—Sí —ronroneó en respuesta.

—Voy a follarte mirando tu culo. —Deslicé mi mano, acariciando sus nalgas, y mi dedo medio buscó su raja.

—Dime, Chiara —presioné en la entrada de su ano—, ¿también seré el segundo aquí?

Ella se apoyó en los codos y mi verga encontró otra inclinación en su interior.

—No, nadie ha tenido ese privilegio aún, pero, si lo quieres, tendrás que ganarte la exclusividad.

—Dios, Chiara, voy a ser todo lo que tú quieras que sea. Será mío y sólo mío, lo prometo —le anuncié, y empecé a moverme.

Vi que apretaba las sábanas, así que detuve levemente las caderas y le pregunté:

—¿Estás bien?

—Sí, Spen, no te detengas. Por favor, no lo hagas.

Cogí ritmo de nuevo y con cada movimiento me volvía más posesivo. Mi pelvis chocaba contra sus nalgas y ver, además, cómo mi polla entraba y salía de ella me resultaba una visión cegadora. Me estiré y mis manos se enredaron en las suyas, que se apretaban en un puño sosteniendo las sábanas todavía. La empalé más profundo y con más ímpetu, y de inmediato me di cuenta cuando su cuerpo empezó a prepararse para estallar.

—Córrete, cariño, hazlo ahora, Chiara, no te reprimas... Voy a darte otro orgasmo más, así que no lo detengas.

Ahogó su grito en el colchón; mis palabras la habían excitado, ayudándola a llegar, pero yo era un maldito insaciable, así que la puse de lado y levanté su pierna para volver a enterrarme desde atrás. Llevé mi mano a su abertura y palpé cómo mi polla entraba y salía de ella. Quería que ella también sintiera eso, así que cogí su mano e hice que ella también tocara cuando mi verga se perdía en su interior.

—La próxima vez te follaré frente a un espejo, para que no sólo puedas sentir, sino que también puedas ver cómo me deslizo dentro de ti.

Su culo empezó a moverse con mis palabras, chocando más fuerte contra mi pelvis.

—Me gusta que me hables sucio, Spen. Me gusta la manera en la que me follas, no recuerdo haber sentido nunca lo que me estás haciendo sentir.

—Y no tienes idea de cuánto más planeo hacerte.

Llegamos juntos esa vez y, después de que me levantara a asearme, regresé con una toalla húmeda y la limpié también.

—¿Todo está bien?, ¿no te duele demasiado?

Chiara parecía adormilada de placer, así que me contestó con la voz pastosa.

—Creo que no, que duele sólo lo que tiene que doler. —Tocó su bajo vientre—. Me siento perfecta al saber que has estado dentro de mí y al tener este recordatorio.

Sonreí y la arrastré conmigo mientras me recostaba a su lado.

## Veintidós

CHIARA

Lo habíamos hecho de manera intensa, o al menos así me lo había parecido. Yo no era muy experta en el sexo, así que tal vez estaba equivocada, pero sin duda lo que había tenido con Paul en la *High School* no se asemejaba en nada a eso.

Me acurruqué a su lado, con su pecho de almohada y su brazo envuelto a mi alrededor.

—¿Vas a dormirte?

—No, ¿tú tienes sueño?

—Tampoco.

Sus dedos acariciaron mi brazo y luego bajaron por la curvatura de mi cintura; eran toques sutiles y cariñosos.

—¿Cómo seguirá esto? ¿Diremos que hemos estado juntos?

—Estamos juntos. —Levantó la otra mano y tomó mi mentón, incitándome a que lo mirara—. ¿Por qué hablas en pasado? ¿No te ha gustado lo que acaba de pasar?

—Me ha encantado. Sólo estaba tanteando el terreno, para saber si a ti también te había gustado. Sé que no tengo mucha experiencia y creo que eso es una de las razones por las que, a medida que pasaba el tiempo, me volvía más temerosa de llegar a la intimidad con un hombre. Tenía miedo de no estar a la altura de las circunstancias. Puedes decirme si he hecho algo mal, para que pueda mejorarlo.

Despegó la cabeza de la almohada y me besó los labios, ligero y suave.

—Todo ha sido perfecto, Chiara. Créeme, no hay nada que tengas que mejorar, porque me gustas tal cual eres y lo que hemos hecho hoy en esta cama te puedo asegurar que ha sido lo más maravilloso que he vivido en mucho tiempo.

—¿No me mientes?

—¿Te parece que lo estoy haciendo?

Me moví sobre él, sentándome a horcajadas de él, y agité la cabeza diciéndole que no. Sus manos, doradas y enormes, inmediatamente se aferraron a mi cintura, abarcando también parte de mis caderas.

—Tenía demasiado miedo de defraudarte, señor XL.

—Tú nunca podrías defraudarme; tú eres todo lo que un hombre como yo no merece tener.

—No creo que no me merezcas, eres imposible, como el título de la canción que ahora suena, *Impossible*, pero te sacaré esa negatividad que tienes, lo prometo. Yo no me considero nada del

otro mundo y tú, por otra parte, eres un hombre sumamente inteligente y exitoso. Opino que nos merecemos mutuamente y por eso lo vamos a intentar.

»¿Aún lo quieres intentar?

—Mucho más que antes.

Me incliné y besé sus labios; sus manos ya estaban otra vez acariciando mi trasero.

Cuando terminamos el beso, deslicé mi cuerpo sobre el suyo y me acurruqué en el hueco de su cuello.

—Me gusta cómo huele tu pelo —dijo palpando un mechón entre sus dedos.

Y creo que fue lo último que oí antes de quedarme dormida.

## SPENCER

Después del sexo, nos quedamos dormidos mientras conversábamos, ella antes que yo. En ese momento la estaba sintiendo moverse a mi lado y la pegué más a mi cuerpo. Chiara se acurrucoó en mi abrazo, pero creo que ambos ya estábamos despiertos. Moví una mano y acaricié su cadera, comprobando la sedosidad de su piel. Nuestros cuerpos estaban de lado y su trasero estaba apoyado en mi pelvis. El concepto que ella tenía de mí iba a ser difícil de echar por tierra, puesto que creía que yo era un sexópata al que sólo le importaba follar. Visto y considerando que su culo estaba deliciosamente apoyado en mi polla, ya estaba en problemas de nuevo.

—Deja de menear tu trasero, me están dando ganas de follarte otra vez —la advertí.

La oí reírse.

—Nos hemos quedado dormidos y no he regresado a la oficina. ¿Qué hora es?

—Mmm... No sé, no me importa. Ni siquiera sé dónde ha quedado mi móvil.

—Deberíamos movernos.

—Si me muevo será para meterme dentro de ti. Quédate quieta, tu culo está haciendo que mi polla se ponga como una piedra.

—Debería ver qué hora es, para saber si aún tengo posibilidad de volver al trabajo.

—Ni lo sueñes, no dejaré que salgas de mi cama.

—¿Me atarás a ella?

—Mmm, eso puede ser muy divertido mientras te hago correr una y otra vez.

—¿Acaso practicas el *bondage* o el sado?

Se sentó de golpe en la cama y me miró con preocupación.

—¿Qué? No.

Acomodé mi almohada y puse uno de mis brazos tras la nuca.

—Pregunto porque, desde que salió el libro ese erótico, muchos han empezado a probarlo.

—¿De qué libro hablas? No tengo ni idea de a qué te refieres.

—No puedes decir que no has oído hablar de *Cincuenta sombras de Grey*.

—Aaaah, el del tipo sádico...

—Al final no era sádico, a él también le gustaban los corazones y las flores, sólo que no había

encontrado a la persona adecuada.

—¿Consumes ese tipo de libros?

—Leo mucho, sí, sobre todo literatura para adultos.

—Libros porno.

—No es porno, son historia de amor con contenido sexual detallado, nada que vaya a asustar a nadie, ni nada que tú y yo no hayamos hecho hoy en esta cama, pero, aunque tienen escenas de sexo, no es lo que prevalece, siempre hay un trasfondo más importante que se centra en la vida de los protagonistas antes y después de conocerse. Son historia de amor con encuentros y desencuentros. Los personajes principales pasan, a veces, por muchas cosas hasta lograr estar juntos y ser felices.

—Ya veo, te gustan las historias de «felices para siempre».

—La realidad no siempre termina bien, y esos libros te dan esperanza de que todo puede ser posible. En ocasiones los libros tampoco acaban bien, o en el medio se muere el personaje del que te habías encariñado. Son historias de vida, no es porno.

—Deberías recomendarme alguno, a ver qué tal son. Luego... —tiré de ella para colocarla encima de mí—... podemos recrear las escenas.

Se carcajeó.

—¿Qué?, ¿de qué te ríes?

—Te estoy hablando de historias de vida realmente profundas, y tú sólo piensas en el sexo que leerás.

—¿Acaso no es lo que más recuerdas de esos libros?

—No, te aseguro que no; el verdadero epitafio de cada uno es lo que te atrapa.

—Ahora es el momento de crear nuestro propio epitafio, ven aquí.

## Veintitrés

**CHIARA**

Nos acabábamos de duchar. Literalmente, habíamos pasado el día follando, y ya me sentía un poco como una hembra puercoespín mientras observaba cómo Spencer buscaba ropa en su vestidor, con sólo una toalla enroscada a sus caderas. Por si no lo sabéis, os contaré por qué me comparaba con ese animal, y es que dicen que, cuando la hembra de esa especie decide quién será el afortunado, le exige a éste que la copule durante ocho horas como mínimo, y yo estaba mirándolo ya con demasiadas ganas de tenerlo dentro de mí de nuevo.

«¿Acaso, después de tanto tiempo sin sexo, mis hormonas ahora quieren recuperar el tiempo perdido?»

—Joder, este vestidor es un desastre, no hay nada aquí. Te invito a que cenemos algo rápido en algún sitio, pero, antes, ¿me acompañarías hasta el Provocateur? No tengo ropa en esta casa. Todo está allí, y debería traérmelo. Luego regresamos aquí o, si lo prefieres, te llevo a tu casa.

—Vale, acepto y, en cuanto a la culminación del día, lo definimos luego.

—Me parece perfecto.

Se estiró y me mordió los labios. Su cabello estaba mojado y se lo había peinado hacia atrás, pero sospechaba que muy pronto estaría de nuevo luciendo su estilo «al diablo con el peine».

Bajamos y sobre la encimera de la cocina encontré mi teléfono. Empecé a revisarlo; había mensajes de las chicas, que luego leería y contestaría, nada del trabajo, por suerte, y uno de mi madre, diciéndome que en poco más de dos semanas venía a Nueva York.

Seguro que mi padre tenía algún compromiso de trabajo y ella lo acompañaría.

Mientras estaba a punto de revisar los correos electrónicos, el móvil empezó a sonar y el nombre de Jaxson apareció en la pantalla.

Lo metí en el bolso cuando vi que Spen volvía desde la sala.

—¿Vamos?

—Sí, ya he encontrado las llaves del coche. Está sonando tu teléfono, ¿no lo oyes?

—Sí.

—¿Por qué no contestas?

—Es algo del trabajo con lo que no quiero lidiar ahora.

—Ok.

Empezamos a caminar hacia el ascensor y por fin el maldito aparato enmudeció... pero fue sólo hasta que entramos en el coche y estábamos a punto de salir.

—Creo que tendrás que lidiar con eso, aunque no quieras, porque al parecer no dejarán de

llamarte.

—Se cansará.

Estaba sonando por cuarta vez, y todo hacía suponer que no iba a desistir, pero ni loca iba a sacar el móvil en ese momento; no entraba en mis planes arruinar el precioso día que habíamos pasado.

—Enciende la música, así no oiremos sonar el móvil.

—¿Por qué no lo pones en silencio?

—Si me llama mi madre y no la atiendo, se preocupará; por eso casi nunca lo uso en silencio.

—Entiendo.

Llegar al *nightclub* fue muy rápido. La casa de Spencer quedaba realmente muy cerca de allí, a tan sólo unas siete manzanas. Cuando entramos, resultó extraño encontrarlo todo en calma, teniendo en cuenta que el lugar siempre era muy ruidoso, y en ese instante ni siquiera se percibía el movimiento de los empleados. Me cogió de la mano y me guio hacia la parte privada del club. Cuando atravesamos la puerta que nos permitía el acceso a ese lugar, *Sombra* nos recibió en el pasillo.

—Hola, amigo —lo saludó Spen, y se inclinó para rascar su cabeza mientras éste se frotaba en sus piernas—. ¿Tienes hambre? Vayamos a ver si tienes comida.

—¿Cómo lo adquiriste?

—*Sombra* removía la basura todas las noches y enojaba a los chicos que se encargan de sacar las bolsas fuera, porque las rompía, pero el pobre necesitaba alimentarse con las sobras de comida que se tiraban. Así que, hartado de oír tantas quejas, fui a ver cuál era el problema y me encontré con un gato infectado de sarna, malnutrido y con los ojos llenos de legañas. Me dio pena verlo tan desvalido y, además, me miró con sus ojos amarillentos, que transmitían tristeza, y empezó a maullar sin espantarse de mí. Entonces terminé recogéndolo y llevándolo al veterinario para que lo curaran.

»El profesional que lo atendió me dijo que no es que fuera pequeño debido a estar mal alimentado, sino que realmente era un gato muy joven, así que me ofreció dejarlo en un refugio, pero él volvió a mirarme con sus ojos suplicantes y acabé volviendo con una bolsa de alimento para gatos, vitaminas y medicación para curarlo... y, bueno, el resto te lo puedes imaginar, terminó quedándose y ahora es la mascota del Provocateur.

—Oh, pobre *Sombra*, tuvo mucha suerte al llegar a tu puerta.

Me incliné y lo cogí en mis brazos.

—¡Cuidado!

—¿Qué?

Le acaricié el pelaje de color azabache hundiendo mis dedos en él mientras lo miraba, asombrada por la advertencia.

—Nada, es sólo que, cuando lo alzan, no suele ser amigable; por lo general muerde y araña, sólo a mí me deja hacerlo; es bastante desconfiado con el resto del mundo.

—Pero si está ronroneando.

—Porque es un gato calentorro —Spem le rascó la cabeza y el animal se acomodó un poco más en mis brazos—, creo que le agrada acurrucarse en tus tetas.

—En todo caso es como el dueño.

—Tienes razón, merecemos la pena de muerte los dos, pero al menos moriremos felices.

Me guiñó un ojo y dejó un beso duro y rápido en mis labios.

—Zalamero.

Pasamos por su oficina, donde recogió algunos papeles, y luego subimos al piso superior, donde yo sabía que tenía su picadero. Sentí repugnancia al entrar ahí, así que me quedé en la entrada. *Sombra* se veía familiarizado con esa cama, porque se bajó de un salto de mis brazos y se acurrucó en el medio del colchón.

—Pasa.

—La verdad es que no me apetece estar aquí.

Miré hacia la cama, que estaba deshecha.

—Sólo dormí ahí las últimas veces que estuve aquí. La mandaré quitar para que te quedes más tranquila.

—No es necesario. Si todo lo que me has dicho hoy en tu casa es cierto, tú sabes bien lo que no tienes que hacer si me quieres conservar a tu lado.

Arrojó una pila de ropa sobre el colchón y se acercó a mí. Yo estaba de pie, sosteniendo la correa del bolso con ambas manos y con las piernas muy juntas, mirando el suelo.

Me levantó el rostro cogiéndome de la barbilla, haciendo que lo enfrentara.

—Cada palabra que te he dicho hoy era verdadera. Tú me importas. Sé que no tengo una buena reputación, sé también que habrás escuchado historias que involucran esa cama, pero los maridos de tus amigas también la han usado, y ellos ahora son felices y han cambiado. De ahora en adelante, todas las historias que se digan de mí te tendrán a mi lado. Vamos a reescribir juntos las páginas, eso es lo que te he dicho hoy y eso será. Por eso he venido a buscar mi ropa, para llevármela de aquí y empezar a vivir como un hombre normal en mi casa, donde la única mujer que ha estado en mi cama has sido tú.

Dejé caer mi bolso al suelo, enganché mis brazos a su cuello y lo besé. Mi corazón iba a explotar con las cosas que me decía, y yo estaba dispuesta a creerlo.

## SPENCER

Metí el Corvette en el garaje de la disco y cogimos el SUV GLA para poder cargar todo en el espacio trasero.

Después de eso, la llevé a comer burritos a Benny's. Había un local muy cerca del club nocturno y realmente, aunque no era un sitio elegante, sino más bien uno de comidas rápidas, allí se comía muy bien. Tenía poca capacidad y se disfrutaba más en verano, por las mesas que se colocaban fuera, pero, como era lunes, estaba seguro de que íbamos a conseguir sitio.

Sabía que a Chiara no le iba a importar que no la llevara a un restaurante con estrellas Michelin; ella disfrutaba de lo simple tanto como de lo excéntrico; claro que era un poco gracioso verla sentada allí, con sus tacones Louboutin, su falda Chanel y su bolso Louis Vuitton.

—Esto realmente está increíble —dijo después de tragar y de limpiarse la boca, para beber del morro de su cerveza Corona.

—Ya te he dicho que ibas a chuparte los dedos.

—Totalmente; no puedo parar de comer, me pediré otro más.

—Ya te lo traigo.

Me puse de pie y me acerqué hasta donde se tomaban los pedidos y, con el cupón que obtuve tras pagar, retiré otros en el otro mostrador. Al llegar con los nuevos burritos y más cerveza, vi que la pantalla de su móvil, que estaba sobre la mesa, se iluminaba, mostrando el nombre del Experimento; me senté a su lado y señalé el teléfono.

—Contesta.

—No hace falta; luego hablaré con él y dejaré las cosas claras.

—Quiero que lo hagas ahora. Existe exclusividad y yo también la exijo por tu parte.

## CHIARA

Momento incómodo donde los haya, y yo que no había tenido el tino de dejar el teléfono boca abajo sobre la mesa.

Cogí la llamada de mala gana, pero se lo debía a Spencer.

—Hola, Jaxson.

Él no dejaba de masticar, pero tampoco me quitaba el ojo de encima. Era realmente muy complicado hablar así, con él escuchando lo que le decía al arquitecto.

—Sí, ya sé que te dije que te llamaría.

—Perdona por haberlo hecho yo, pero no podía esperar para volver a oír tu voz. Anoche rememoré durante horas y horas los besos que nos dimos, y...

—Espera. Creo que los besos estuvieron bien, pero...

Miré a Spencer, que me observaba cabreado, y le hice señas para que dejara de mirarme, pero no accedió; se cruzó de brazos y adoptó una postura más pedante aún.

—Te decía que no quiero hacerte perder el tiempo... Eres increíble, pero se trata, en realidad, de que estoy centrada en mi carrera y en este momento no tengo tiempo para dedicárselo a alguien. En breve viajaré a Chicago, donde empezaré un proyecto muy ambicioso, y...

—Estás rompiendo mi corazón y mi ego.

—Lo siento, de verdad.

Menos mal que Spen no podía oír lo que Jaxson me estaba diciendo, pues hubiera sido bochornoso por él.

—Claro, claro, ¿por qué no? Seguro que alguna vez nos podemos sentar a hablar y tomar un café.

«Eso no ocurrirá ni en sus sueños», me dijo Spencer susurrando.

Apenas corté, él arremetió contra mí. Se estiró sobre la mesa y me miró fijamente a los ojos mientras comenzaba a hablar.

—No hagas que me arrepienta de haberte abierto las puertas de mi vida, Chiara.

—Cálmate. Lo has oído todo, ya le he dejado claro que no quiero nada con él.

—No, no le has dejado claro una mierda, sólo lo has puesto en *stand by*.

—Bueno, ¿qué querías que le dijera? He intentado ser sutil. Él se ha portado bien conmigo, no tenía por qué ser grosera.

—Espero que, lo del café, haya sido realmente sólo para quitártelo de encima.

—Por supuesto que ha sido así.

—Cómete el otro burrito.

—No me apetece, he perdido el apetito. Me quiero ir.

## Veinticuatro

SPENCER

Me había comportado como un idiota total, pero no había podido lidiar con los celos. Pensar que ella pudiera volverlo a ver me había desquiciado, y para colmo le había dicho en mi cara que los besos estuvieron bien.

¡Joder!, quería besarla hasta dejarla sin aliento para demostrarle lo que era ser bien besada, pero también para borrar el recuerdo de cualquier otro beso que el estúpido ese le hubiera dado. Por otra parte, estaba convencido de que ni siquiera la había tratado como ella se merecía, sólo que Chiara era demasiado buena y correcta como para decirle lo contrario. Ella, en el fondo, era una chica *socialité* que había sido criada y educada para ser siempre amable y cortés.

Permanecimos todo el rato que duró el trayecto sin hablar, hasta que finalmente llegamos a su casa. Ella me había indicado dónde quedaba.

Estábamos muy cerca de la zona cero, lugar donde en 2001 ocurrieron los atentados a las Torres Gemelas. Aparqué junto al bordillo de su edificio, y entonces le propuse:

—¿Por qué no coges algo de ropa y vamos a mi casa? Hemos pasado un día maravilloso, y no me parece justo que lo terminemos de esta forma, cabreados.

—Por eso no quería contestar, no era por otra cosa..., pero creo que tienes un problemita de confianza.

Me pasé la mano por el rostro; sus palabras no hicieron más que traer a colación los problemas que acarreaba del pasado, y el conocimiento y el recuerdo no hicieron más que golpearme donde yo era más irascible emocionalmente.

—Me he vuelto loco cuando he leído su nombre, lo sé. Entiéndeme, tú no tienes que lidiar con nadie físicamente existente, porque, si bien no es ningún secreto que yo he estado con muchas mujeres, te puedo asegurar que no recuerdo ni sus nombres.

—Entonces eso quiere decir que no guardas el número de ninguna y que ninguna te llamará.

Estiré una pierna, saqué el teléfono del bolsillo de mis vaqueros y se lo ofrecí.

—Toma, revisa por ti misma.

—No lo haré. No necesito hacerlo, porque lo que necesito de verdad es creer en tu palabra... y tú deberías hacer lo mismo, creer en mí.

Cerré los ojos y respiré sonoramente, aferrándome con fuerza del volante.

Creer... Ella no tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo. El recuerdo de un pasado que no quería que se inmiscuyera en mi presente me golpeó de pronto. Roxanne vino a mi mente y eso me encabronó aún más.

—Ésa es una de las razones por las cuales no quería involucrarme en una relación. Yo... yo perdí la confianza en las mujeres.

—Entonces no sé qué mierda estamos haciendo, Spencer; esto es una completa pérdida de tiempo para ti y para mí.

Quiso abrir la puerta y la atajé. Necesitaba ser lo suficientemente inteligente como para hacer a un lado mi mierda personal.

—Espera, aguarda, por favor, déjame terminar. —Se pasó la mano por el pelo—. He querido decir que la perdí hace mucho, pero contigo deseo recobrarla nuevamente; sin embargo, Chiara, debes entender que no será fácil. Cuando pisotean tu orgullo y tu confianza como si sólo se tratara de aplastar un insecto, no siempre es sencillo.

—No, no lo entiendo porque no te abres conmigo; me dices las cosas a medias, y tengo que pincharte y llevarte al extremo para que me expliques un poco más. Leer tu mente ha representado una tarea agotadora desde que te conocí.

—Dame tiempo... Estaba negado a esto, me había olvidado incluso de lo que es negociar de esta forma con una mujer en estos términos, y... no es nada fácil volver a confiar. Una vez confíe ciegamente y me lastimaron, ya te lo he comentado.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, y esperaba que no me preguntara nada.

—Te acompaño arriba y recogemos algo de tu ropa, ¿de acuerdo? Por favor.

Me acerqué y la besé con desesperación hasta casi dejarla sin aliento; lo hice como había tenido ganas de hacer cuando oí lo que le dijo a Davis.

—Por favor, Chiara, vamos a dormir a mi casa —le rogué cuando me aparté de sus labios.

—Pídemelas otra vez.

Me reí.

—Me disculpo de nuevo, lo hago de verdad.

## CHIARA

Entré en la habitación y me quedé mirándolo dormir boca abajo. Su culo era digno de un anuncio de bronceadores, porque su musculosa espalda se veía completamente cobriza en comparación con sus nalgas. La noche anterior le había preguntado cómo lo hacía para mantenerse moreno todo el año, y me dijo que iba a la cabina de rayos UVA. Los hombres alfa ya no ocultaban su faceta metrosexual; eso era una forma más de liderar el mercado de mujeres, y verse siempre atractivo era también una manera de dominio.

Estaba desmayado; dormía con la cabeza bajo la almohada y las sábanas enroscadas en las piernas, mientras que su trasero estaba expuesto a la gracia de Dios. Se veía demasiado apetecible; lástima que yo tenía los minutos contados para llegar a tiempo y, considerando que el día anterior había desaparecido de la oficina toda la jornada, no estaba bien que encima fuera a llegar con retraso.

Me senté en la cama, a su lado.

—Vamos, holgazán, despiértate, que tienes que llevarme al trabajo. Son casi las ocho y media y no quiero llegar tarde.

—Shhh, por favor... Mi cerebro no está acostumbrado a registrar voces a esta hora dos días seguidos.

—Te he traído una taza de café. Podría haber quedado con Frank Farmer para que me llevara —me reí porque ya había adoptado para Martin el nombre que Spencer le había dado—, pero no quisiste.

Se movió perezosamente y, sentándose, se apoyó contra el respaldo. Estiró su dorado y musculado torso y luego abrió apenas un ojo, extendiendo la mano para coger la taza de café.

—Ada ya ha llegado.

—¿Quién?

—La señora que se encarga de la limpieza de tu casa, Spencer.

—Ah, sí, cierto.

Su pelo estaba terriblemente revuelto, y al parecer ése era su estado habitual al levantarse. Me había propuesto memorizarlo todo de él, minuto a minuto, pero en ese momento me di cuenta de que su aspecto no era diferente de cuando follaba, o de cuando se había peinado, porque su estilo era así, con el pelo desordenado... el estilo de Spen era caliente y como si siempre acabara de echar un polvo.

—Ten. —Me dio su taza—. Iré al baño, necesito mear.

Salió trastabillando de la cama, y me quedé admirando su deliciosa desnudez. Su cuerpo se veía fantástico, tanto de ida como de vuelta..., ¡joder!, y su polla parecía nuevamente lista para la acción. No intentó cubrirse; él siempre parecía muy cómodo con la escasez de ropa. Creo que le encantaba deambular desnudo por toda la casa. Sorbí un trago de su café para calmarme ante el ardiente vistazo, porque estaba segura de que, si no dejaba de desearlo, debería cambiarme las bragas otra vez antes de salir, pues la humedad entre mis piernas no parecía tener sosiego.

Sabía que los hombres, por lo general, se levantan con el amigo preparado. Con las chicas habíamos leído que se debía, más que nada, a una función hormonal de su cuerpo y no al deseo propiamente dicho. Claro que, si tenían a alguien a mano, casi nunca desaprovechaban una erección.

Sin embargo, en ese momento, aunque yo era la que quería aprovecharla, me tenía que ir a trabajar.

Cuando salió del baño noté que se había lavado la cara, los dientes y las manos. Me besó y su aliento me supo muy fresco. Desfiló hacia el vestidor arrastrando los pies y, sin mirar lo que cogía, sacó una camiseta del estante y se la pasó por los brazos y la cabeza.

Estiró la mano para que le devolviera su café y sorbió.

—Mmm, preparas muy bien el café.

—Quisiera decirte que sí y llevarme el mérito, pero lo ha preparado Ada; a mí se me quema hasta el agua.

Me miró recorriéndome con la mirada; aún estaba desnudo de cintura para abajo, y no se me escapó cómo su polla empezaba a balancearse. Durante la noche lo habíamos hecho tres veces, razón por la cual habíamos dormido realmente muy poco; incluso yo, que estaba acostumbrada a madrugar, tenía sueño.

—¿A qué hora entras?

—A las nueve, pero, ya sabes..., por la mañana, calcular lo que se tarda en llegar a algún lado es una lotería, porque el tráfico en la ciudad es un caos.

—¡Joder! Definitivamente no tenemos tiempo ni para un polvo rápido.

Me devolvió el café y se giró para coger unos vaqueros negros.

—¿Nunca usas ropa interior?

—Mis partes se mantienen más aireadas así, y no siento la presión en los testículos que me causa llevar unos bóxers.

—Sí, pero tu paquete se nota más sin ellos.

—Dime —me regaló un guiño de ojo—, ¿tú me mirabas el paquete antes?

—No harás que me ruborice... y, sí, lo hacía, ya que a veces, dependiendo de lo que llevaras puesto, resultaba imposible no fijarse. Sin embargo, ahora considero que, tal como yo te miro, también otras lo hacen.

—Entonces... ¿tengo que empezar a usar bóxers porque no quieres que contemplen mi paquete?

—Valóralo, por lo menos, cuando vas a trabajar; sería recomendable que lo hicieras... ¿o acaso te gustaría que yo fuera al curro sin sujetador y que mis pezones anduvieran apuntando para ser vistos y los hombres les dedicasen pajas a mis tetas?

—Ok, eso ha sido muy explícito e ilustrativo. Hoy me encargaré de ir a comprar algunos bóxers, porque no tengo —contestó mientras se enfundaba los pantalones.

—Perfecto, ésa es una buena manera de consensuar.

\* \* \*

No le permití que me dejara en la entrada del edificio de la calle Spruce, donde estaba ubicado el estudio de arquitectura O'Brien, y por supuesto que eso fue un motivo para que se cabrease.

—Anoche quise que habláramos de esto, y siempre me interrumpiste con besos y lametones que terminaron en un polvo.

—¿Hasta cuándo nos ocultaremos? —me preguntó en tono seco, mirándome a través de sus gafas espejadas estilo aviador.

—No nos estamos ocultando; simplemente estamos manteniendo lo nuestro de manera privada hasta ver si funciona o no.

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que seas mi sucio secreto.

—Sin embargo, te gusta hacerme cosas sucias.

—Eso es muy diferente. Ven esta noche a casa cuando salgas de aquí y lo hablaremos.

—Hoy salgo a las seis. Los martes siempre hacemos una hora más para suplir que los viernes salimos más temprano, para la hora feliz.

—Ok. Una cosa más: yo ahora iré a comprar bóxers porque tú no quieres que me miren el paquete. Bueno, ve pensando en pintarte los labios de otro tono, porque no quiero que los hombres imaginen que les realizas una mamada con tu boca pintada de rojo. Créeme, estoy convencido de que es lo que los tíos imaginan cuando te miran... o, al menos, no lo uses todos los días, por favor.

Lo cogí del mentón, pues me pareció muy tierna la forma en que me lo había pedido, y entonces lo besé sin desear tener que separarme de él; por eso lo hice de forma tal que su sabor se quedara atrapado en mi boca y me durara hasta que volviera a verlo.

## Veinticinco

### CHIARA

Tras llegar al trabajo, pasé directamente hacia mi oficina y rogué no tener que ver de inmediato a Maverick.

Esa mañana, mientras me maquillaba en casa de Spen para ir hacia allí, me contemplé en el espejo y noté que mi reflejo no era el mismo. No encontré a la chica resignada que no tenía una vida fuera de su profesión, ni tampoco a la de los momentos ocasionales con sus amigos, ni a la que llegaba a su casa cada día y solamente encontraba soledad, rodeada de un montón de confort que poco le importaba, y a la que sólo la acompañaba su gata.

Me había visto diferente. Noté incluso que mi piel lucía lozana, y eso hizo que sonriera de manera tonta al espejo, porque comprendí que lo que estaba viendo era a una mujer muy bien follada y feliz. Por eso mismo, en cuanto entré en la oficina, empecé a temer que, cuando Maverick me echase un vistazo, descubriría que con su amigo no sólo habíamos hablado de trabajo.

Lo sé, era tonta por pensar eso, pero Mav era un hombre muy perceptivo y no me hubiese extrañado que, palabra más palabra menos, terminase leyendo ese gran cartel que yo había leído esa mañana en mi rostro cuando me miré al espejo.

\* \* \*

Era un poco más tarde de la hora en la que todos salían y ya no quedaba casi nadie en la empresa. Me había demorado más de la cuenta, pues, como el día anterior me había ausentado, tenía que terminar algunos asuntos pendientes atrasados. Por suerte había podido eludir a Maverick durante todo el día, ya que él había estado visitando algunas obras; no obstante, mi suerte acabó en el momento en el que me estaba yendo... Salí a la antesala de nuestras oficinas y comprobé que las mesas de las secretarias ya estaban vacías, pero para coger el ascensor debía pasar obligatoriamente por delante de su despacho, que tenía las puertas abiertas de par en par. Me detuve antes de pasar por delante y agudicé el oído; percibí el ruido del teclado de su ordenador, y supe que él, como tantos otros días, aún estaba trabajando, alargando un rato más que el resto su jornada laboral. Pensé en quitarme los zapatos de tacón para no ser descubierta, pues tal vez tuviera suerte y él no levantara la cabeza cuando yo cruzase por delante de su puerta, pero me dije que eso era muy infantil por mi parte y, además, si encima era pillada, sería más difícil de explicar.

Cogí una bocanada de aire y me aventuré a pasar por allí, sabiendo que no había manera de continuar eludiéndolo.

—Hasta mañana.

Su mirada se apartó inmediatamente de la pantalla de su ordenador.

—Chiara, ¿podemos hablar antes de que te vayas?

Cerré los ojos y retrocedí un poco, quedándome de pie en la entrada.

—Sí, claro. ¿Qué necesitas?

—Entra, tomemos un café... si es que no tienes prisa.

—La verdad es que voy retrasada —le informé, entrando un poco más y sin especificar a dónde debía ir.

—Ok; no te robaré mucho tiempo, entonces.

Se puso de pie, bordeó su escritorio y se apoyó en el filo de su mesa.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero, como en cierto modo oficié de celestino...

—No hay química, Maverick —lo corté antes de que continuara. Me había dado cuenta de que lo que quería era hablarme de Jaxson—. Él es un tío encantador, un gran partido, buena compañía y bien parecido, pero, aunque lo intenté, no hay química —le repetí—. No me siento atraída por él, y he preferido detener las cosas para no continuar perdiendo el tiempo, ni él ni yo.

—De acuerdo. Lo siento, realmente hacíais buena pareja, sólo me quería cerciorar de que él no se había comportado mal contigo.

—Despreocúpate por eso, ha sido un caballero en todo momento, así que no te sientas en medio de nada.

—Creo que ha quedado loco por ti. ¿De verdad que no hay nada que puedas considerar?

Negué con la cabeza.

—Perdona que insista. El caso es que hoy me lo he encontrado y me ha dicho que lo habías cortado..., pero lo ha hecho sólo porque yo le he preguntado al respecto, no es que haya sido indiscreto. Disculpa, no pretendo meterme en tu vida, pero como técnicamente ya lo hice cuando me tomé el atrevimiento de arreglar que os conocierais... y de verdad que pensaba que teníais alguna posibilidad de llegar a buen puerto.

—Mav, aprecio tus buenas intenciones, pero simplemente no se ha dado.

Asintió con la cabeza y se incorporó de donde estaba apoyado.

—Cambiando de tema...

«Mierda, me ha pillado...», pensé cuando oí esas palabras.

—¿Pudisteis llegar a algo con Spencer?

«Ni te imaginas a todo lo que hemos llegado.»

—Ah, sí, cierto... Disculpa que no te haya comentado nada. Ayer me dolía terriblemente la cabeza, así que después de ir a ver lo que quería hacer en su casa me fui a la mía.

—¿Quiere hacer reformas? ¡Si esa casa está perfecta así como está! ¿Acaso se ha vuelto loco?

—Creía que te lo había comentado.

—No, no me ha dicho nada. Ayer sólo me habló de que te quería consultar algunos asuntos acerca de su nuevo *nightclub* de Chicago.

—Sí, eso ya está en vías de ponernos en marcha. Ha aprobado mi presupuesto e incluso me ha dado más flujo de efectivo para ampliarlo un poco. Al parecer ha quedado convencido de que la inversión merece la pena. En cuanto a su casa, quiere hacer algunas reformas en el despacho.

—¿Y eso?

—No sé, me ha pedido la colocación de algunas pantallas, un centro de mando desde donde pueda controlar sus discotecas, pero no quiere que la casa pierda identidad, por lo que confía en que encontraré la forma de que siga pareciendo muy estética.

—¿Tú estás bien?

—Sí, ¿por?

—Como acabas de decirme que ayer te dio un fuerte dolor de cabeza... Spencer no se excedió, ¿cierto?

—Puedo manejarlo, y deja de preocuparte por mí. Ahora te dejo: tengo que ir a atender unos asuntos pendientes, ya te he dicho que tenía algo de prisa.

—Por supuesto, perdona que te haya retrasado.

—No hay problema. —Me acerqué a despedirme—. Besos a Joss y a Mía de mi parte.

—Gracias, hasta mañana.

Estaba en el aparcamiento, montándome en mi coche, cuando sonó mi móvil. No pude dejar de sonreír cuando vi su nombre en la pantalla.

—Hola, Spen.

—Hola, nena. Vienes a casa, ¿no?

—Sí, justo estoy saliendo de la oficina, se me ha hecho un poco tarde.

—¿Qué quieres comer?

—Lo que sea que se te ocurra pedir para que nos lo traigan.

—Yo no pido comida a domicilio; cocinaré para los dos.

—Perfecto; en un rato nos vemos.

## Veintiséis

SPENCER

Al oír que el ascensor se detenía en la planta donde estaba la cocina de la casa, dirigí mi línea de visión hacia los ojos azules que me volvían loco cada vez que conseguía que me dedicaran una mirada.

Chiara iba vestida diferente de como se había ido esa mañana, así que supuse que antes de venir había pasado por su casa. Llevaba puestos unos vaqueros gastados y una camiseta informal que resaltaba la forma de sus tetas; me había quedado observándola inmutable, como si todo a mi alrededor de repente hubiera dejado de funcionar con su aparición.

—Hola. He pasado por mi apartamento a cambiarme, a ver a *Ámbar* y a buscar ropa para mañana... En fin, si quieres que me quede esta noche contigo.

—No hay modo de que te deje ir.

Me acerqué a ella caminando como un depredador y la cogí por la cintura, aplastándola contra mí. El calor de su cuerpo a través de la camiseta removió una ola de fuego por todo mi cuerpo que hizo que mi polla ardiera de deseo. Ella envolvió mi cuello con su mano y con el pulgar me acarició el pulso que yo mismo podía sentir palpitante. Su toque sería el causante de destruir mi cordura, pero no me importaba, porque, si lo hacía, caería en un estado de locura, sintiéndome sumamente feliz.

Respirando con dificultad, sostuve su pelo y tiré su cabeza hacia atrás para mirarla directamente a los ojos.

—No sabes lo mucho que he extrañado esa boca tuya.

Aplasté mis labios contra los de ella, y mi lengua, de inmediato, se metió en su boca para acariciar la suya, enredándola de manera intrincada hasta que ambos empezamos a gemir.

El maullido de un gato distrajo a Chiara y fisgó por encima de mi hombro hacia el sitio de donde había partido el sonido.

—¿Y eso? —preguntó al descubrir un gato atigrado en blanco y gris que comía sobre una de las encimeras.

—Te presento a *Stripes*; <sup>1</sup> la he salvado esta tarde, cuando volvía de hacer algunas compras. Estaba desorientada en medio de una avenida, y he temido que, si la dejaba ahí, moriría aplastada bajo las ruedas de algún coche.

—¿La has salvado? ¿Es una gata?

—Sí, y ya hemos pasado por la tienda de mascotas a comprar un arenero, la arena sanitaria, un almohadón y también comida para gato.

—Definitivamente, aunque desde que te conozco siempre te has empeñado en mostrar un lado hostil e insensible, cada día compruebo más que tienes otro muy humanitario y solidario.

—De todas formas, voy a publicar su foto en un grupo de Facebook de la gente del barrio para ver si tiene dueño; mientras tanto, la cuidaré, y si no aparece su propietario, ya veremos lo que hago.

Se soltó de mi agarre y se acercó hasta *Stripes*, le acarició la cabeza y luego la envolvió entre sus brazos.

—Es muy linda y cariñosa. ¿Qué hay de tener un perro?

—Los perros necesitan más cuidados, como sacarlos a pasear cada día, y no creo que tuviera tiempo. Los gatos son más independientes; sólo es preciso abrirles una ventana y ellos salen a dar la vuelta solos.

—Si te la quedas, habrá que esterilizarla si no quieres que en uno de sus paseos vuelva preñada, ¿o ya está hecho?

—El veterinario que la ha revisado esta tarde ha encontrado una cicatriz que indica que ya está esterilizada; por eso suponemos que puede tener dueño.

—¡Qué bien huele aquí! ¿Qué estás cocinando?

—Una carne estofada en vino borgoña, con especias, champiñones, panceta y cebollino, y de acompañamiento unas patatas salteadas.

—No sabría ni por dónde empezar a hacer todo eso que acabas de mencionar.

—¿Te apetece una copa de vino?

—Por favor, pero primero me sentaré y me quitaré los zapatos; necesito descansar mis pies.

—Toma.

Cogió la copa que le alcancé; luego la agarré por la cintura y la senté en una de las banquetas altas de la isla y, mientras ella continuaba sosteniendo a *Stripes* en su regazo, le saqué las botas y le di un masaje en los pies.

—No sabía que no le habías dicho a Maverick que harías reformas en tu despacho y hoy, hablando con él, se lo he soltado.

—Sí, ya me ha llamado.

—Lamento haber sido una bocazas; tal vez no querías que lo supiera.

—Todo está bien... Es sólo que, como no me dejas decir lo nuestro, se ha mostrado bastante extrañado ante mi cambio de actitud para contigo.

»¿Has pensado que la semana que viene, cuando nos juntemos, nuestros amigos se enterarán?

—No tenemos por qué decírselo aún.

—¿Cómo? No haré eso, no me privaré de mirarte, de tocarte y mucho menos de besarte cuando tenga ganas de hacerlo; no decirlo significa eso.

—¿Tan difícil es que mantengamos esto de forma privada sólo por un tiempo?

—Sí, lo es.

—Pues no tendría que serlo. Acabamos de empezar a conocernos en una faceta más íntima...

¿Qué pasará si el sexo rudo, sucio y excepcional se termina? ¿O si, simplemente, dejamos de gustarnos y nuestros amigos quedan en medio de ambos? Por lo general, cuando una pareja se separa, algunos amigos acaban perdiéndose, porque optan por uno u otro, y los pondremos realmente en un brete si tienen que elegir, o incluso enojados entre ellos. Valóralo.

—No tengo nada que valorar. No entra en mis planes fracasar contigo. He pensado mucho antes de dar este paso y no estoy dispuesto a que las cosas no funcionen; al menos, por mi parte, es así.

—Por mi parte también, pero...

—Pero tienes tus dudas; en caso contrario no me estarías pidiendo esto. Sé que no soy de fiar por mis antecedentes, pero estoy comprometido en esta relación. ¿A qué le temes realmente? ¿Crees que voy a engañarte con alguna mujer en el *nightclub*? ¿De eso se trata? Me dijiste ayer que yo tenía un problemita de confianza... ¿Qué hay de ti?

Solté el pie que estaba masajeándole, me acerqué al grifo para lavarme las manos, porque iba a servir la cena, y después busqué dos platos para poder hacerlo.

—Te ayudo.

—No hace falta.

—Déjame llevar el resto de las cosas a la mesa, eso lo puedo hacer.

—Como quieras.

## CHIARA

Puse unos manteles individuales, los cubiertos y llevé el vino y las copas que estábamos usando a la mesa; también coloqué platos auxiliares a la izquierda de cada uno, en los que puse los panecillos. Al menos tenía el conocimiento de cómo situar las cosas; en cuanto a servir una mesa, mi madre siempre había sido muy meticulosa con eso, y no le gustaba apartarse del protocolo ni siquiera en el día a día, así que nuestro personal siempre se encargaba de ponerla adecuadamente y acorde a las normas establecidas formalmente.

Empezamos a cenar en silencio, pero cuando me llevé la carne a la boca no pude dejar de gemir por la exquisitez que estaba saboreando.

—Mmm... Esto realmente está para chuparse los dedos y para mojar el pan en la salsa.

—Me alegro de que te guste; lo he hecho especialmente para verte relamer como lo estás haciendo.

—Sólo que he arruinado el momento con mi tozudez.

—Así que sexo rudo, sucio y excepcional. Chiara, no tienes ni idea de lo sucio y rudo que deseo ser, y de lo mucho que me estoy conteniendo. Estoy cambiando demasiadas cosas de mi estilo de vida por ti, porque son cosas que sé que no son buenas para afianzar una relación... y, además, porque comprendo que eres una buena chica, de buenas costumbres, que fue criada en los mejores colegios y preparada para moverse en círculos sociales que combinarían más con Luka que conmigo. Pero no me pidas que me oculté, eso es demasiado para un hombre que necesita sentir en todo momento que tiene el control.

—No quiero ocultarte, no se trata de que me avergüence de ti. Y me gusta sucio, estoy cansada de demasiadas cosas correctas en mi vida. Sólo creo que es una cuestión de tiempos, de ver que realmente podemos encajar en nuestras vidas.

—Te avergüenzas de mí.

—No, te acabo de decir que no se trata de eso. ¿Cómo puedes planteártelo siquiera? No lo hago.

Me levanté, me senté en su regazo y enrollé mi brazo en su cuello al captar las inseguridades en su voz; no me gustaba ser la causante de que él se sintiera así.

—Eres formidable, ¿cómo podría sentirme abochornada de lo que tenemos? No es eso. Me estás malinterpretando. ¿Por qué lo dices? Tienes un título universitario en Administración y gestión de empresas, eres dueño de una de las cadenas más exitosas de discotecas, a las que acuden los artistas más renombrados del mundo entero, y tu insignia ya es reconocida en varias ciudades de nuestro país. Deberías ser tú quien se sintiera indeciso respecto a mí, puesto que sólo soy una empleada en el estudio de arquitectura de nuestro amigo.

—Dentro de dos semanas es la fiesta de inauguración oficial de la planta de energía de biomasa de Renewables Bandini, obra que ha sido ideada por Nicole. Como sabemos, se retrasó después de que Drake se apartara de la compañía, pues muchos contratos de las obras para llevar a cabo el proyecto se quedaron a medias y hubo que esperar a que alguien lo reemplazara en el cargo; además, también les costó hallar inversores, pero finalmente nuestros amigos lo consiguieron... y pronto empezarán a generar energía limpia. Chiara, esperaré hasta ese día para airear lo nuestro, ni uno más. A esa fiesta irás conmigo, serás mi acompañante, y me importa una mierda lo que puedan pensar o creer los demás.

## Veintisiete

CHIARA

Terminamos de comer y lo ayudé a aclarar lo que habíamos usado para colocarlo en el lavaplatos. Luego nos llevamos la botella de vino y las copas a la sala y Spencer puso música desde el iPod. La casa contaba con un sistema de sonido centralizado, así que, desde ese aparato, se podía elegir en que estancia se oía o bien que fuera audible en todos los ambientes.

Resultaba indudable que la música jugaba un papel importante en cada momento de su vida, ya que siempre estaba escuchando alguna canción. En ese momento había puesto una lista de reproducción muy ecléctica, y había empezado a sonar *Beautiful people*; a menudo creía que, con los temas que elegía, pretendía decirme algo, puesto que las letras siempre parecían tener que ver con nosotros... En este caso hablaba de resolver las cosas entre una pareja y ante los demás.

Llevé conmigo mi portátil; quería mostrarle en lo que había estado trabajando durante todo el día. Ya tenía diseñado su centro de control para su casa, y hasta había encontrado al proveedor de *software* correspondiente y a los técnicos que se encargarían de diseñar el proyecto. Los cambios más sustanciales se llevarían a cabo sólo en sus discotecas, donde habría que instalar cámaras estratégicamente para que él pudiera monitorizarlo todo externamente. De esa forma no tendría que asistir tantas horas allí, y podría delegar actividades en otras personas sin perder de vista lo que hacían.

Luego le hice ver una representación de realidad virtual del local de Chicago, y le enseñé que había avanzado en la búsqueda de los materiales que se iban a necesitar.

—Ya he recibido algunos presupuestos.

—Me encanta cómo queda la pared y el suelo de *leds*; no veo la hora de que esté colocado.

—En unos días viajaré a Chicago para poder evaluar el estado de la construcción y verlo todo mucho mejor, y también para empezar a planificarlo todo con el equipo de trabajo para que comience cuanto antes.

—¿Te gustaría que te acompañara?

—Me encantaría.

—Lo arreglaré, entonces, para poder viajar. Mañana hablaré con Dalton, y después con el resto del personal, para contarle el nuevo funcionamiento en el Provocateur y, además, para decirle que él queda a cargo de todo y que yo sólo pasaré de vez en cuando a supervisar su trabajo.

—¿No extrañarás la vida nocturna?

—Para nada, porque de ahora en adelante mi vida nocturna será junto a ti. Pienso follarte cada noche durante toda la noche sin parar.

—Claro, total, tú por la mañana te quedas durmiendo, pero yo debo ir a trabajar durante toda la jornada, con aspecto de vela derretida y ojeras de mapache.

—Cariño, lo siento, pero me importará un carajo que la gente vea que llegas al trabajo con ojeras de mapache porque tu novio no te ha dejado dormir; es más, me pararé en la puerta del edificio Spruce y me golpearé el pecho para que todos sepan quién es el culpable. De todas maneras, durante el día pienso pasar a buscar la recaudación y a echar un ojo a todo, ya sabes.

—Creo que, verdaderamente, estás muy interesado en que me convierta en una chica muy pero que muy mala.

Me tiré sobre él para morderle los labios y el contenido de mi copa le mojó la camiseta.

—Dame eso o terminaremos empapados y con trozos de cristal en nuestros cuerpos.

Dejó las copas en la mesa baja, cerró la tapa de mi ordenador y se quitó la camiseta mojada, arrojándola a un lado; de inmediato, me abalancé sobre él, recostándolo en el sofá, mientras fregaba mi cuerpo contra el suyo y lo besaba sin ningún pudor.

Con la misma desesperación con la que necesitaba que su lengua tocara la mía, sentí que mis manos ardían por transitar el camino hacia la felicidad. Había estado todo el día pensando en hacerle una mamada; él siempre hablaba de mis labios pintados de rojo alrededor de su verga, y quería cumplirle la fantasía que hacía mucho que tenía. Así que empecé a hacerme cargo de su bragueta, y gruñó en mi boca cuando captó mis movimientos; me arrodillé y le quité por completo los pantalones, y, para no variar, no llevaba ropa interior. Joder, era fantástico ver cómo su polla, erecta, saltaba cada vez sólo con bajarle los vaqueros.

Tomé su grosor en mi mano y lo bombeé mientras me lamía mis labios.

—¿Está bien así?

—Oh, Dios, más despacio cariño, o me derramaré en tu mano.

Me incliné cuando lo sentí temblar, y pasé mi lengua por su punta, brillante y chorreante.

—Definitivamente quieres matarme, pero me encanta que seas tan jodida como te imaginé. No hay nada que desee más que ver tu boca exuberante y pintada de rojo alrededor de mi polla.

*I put a spell on you* empezó a sonar; esa canción me encantaba, y tenía el ritmo perfecto para practicarle una felación. Esperaba hacerlo bien... esperaba que las explicaciones que había visto gracias a Google fueran las correctas, ya que con mi novio de secundaria sólo fueron mamadas torpes las que le practiqué.

Pero con él, todo era diferente; no quería fallar, no quería cometer ningún error.

Abrí la boca y comencé a tragarlo lentamente; introduje su miembro hasta donde entró en mi boca y lo miré por entre las pestañas. Spencer temblaba y gemía, y sabía que estaba conteniéndose para no mover las caderas.

Lo saqué de mi boca despacio y luego repetí el movimiento, hasta que emparejé mis lamidas con el ritmo de la música.

Luego succioné una y otra vez su glande, pasé mi lengua de arriba hacia abajo por toda su extensión y luego, mientras le masajeaba las bolas, que estaban retraídas contra la base de su

miembro, empecé a perder nuevamente su tronco en mi boca hasta que sentí que empezaba a flaquear.

—Oh, Dios, quiero follarte esa boca de manera perversa; dime que puedo hacerlo.

Saqué su verga de mi boca y asentí.

—Haz lo que quieras conmigo.

Lo oí blasfemar cuando le di permiso, y se movió de inmediato, haciendo que me pusiera de pie junto con él. Me quitó la ropa en un santiamén, pero se quedó embobado mirando mi conjunto nuevo de Agent Provocateur; había salido en la hora del almuerzo a comprarlo, pensando en usarlo para enloquecerlo.

—Mierda, te ves increíble con esa ropa interior. Me estás volviendo completamente loco con ese sujetador de correas; le da a tu cuerpo una sensación de inmovilización, y luces como una chica realmente mala al estilo *bondage* dulce y travieso. Es perfecto para lo que quiero hacer contigo.

—¡Qué suerte que te haya gustado! He salido a comprarlo hoy a la hora de la comida para ti.

Se inclinó y mordió mis labios; fue doloroso, pero luego los lamió intensamente y metió su lengua en mi boca, enredándola de manera brusca.

Mientras me besaba, su mano desprendió mi sostén, y me lo sacó deslizándolo por mis brazos; a continuación me indicó que me arrodillara frente a él.

Joder, no sabía muy bien lo que tenía en mente, pero lo que fuera hacía que la anticipación resultase demasiado excitante.

—¿Confías en mí?

—Claro que lo hago.

—Pon tus manos detrás de la espalda.

Lo hice sin preguntar; estaba abierta a cualquier juego erótico que quisiera probar conmigo. Él me había dicho que quería hacer cosas muy malas, pero sabía que sólo se trataba de cosas sucias y tal vez un poquito perversas, pero nada que me fuera a lastimar.

Me ató las manos con el sujetador y se dio la vuelta, poniéndose frente a mí.

—Abre la boca; te enseñaré lo que le pasa a una calentapollas que se pinta los labios de rojo para provocarme.

Lo hice y al instante dirigió su erección dentro de mi cavidad bucal; luego me agarró por el pelo y empezó a moverse; al principio lo hizo despacio, luego cogió más ritmo.

—Esto es lo que he estado deseando desde el momento en que te conocí..., follarte esa boca que sólo incitaba al pecado. Sabes que no sé si podré parar, pero, si quieres que lo haga, sólo tienes que decirlo.

No deseaba que lo hiciera, no quería que se detuviera... pero lo hizo sólo para que le pudiera responder.

—Continúa, esto es demasiado ardiente.

—¿Continúo hasta el final?

—Sí, derrámate en mi boca. Estoy harta de vivir mi vida correctamente; enséñame todo lo malo que quieres hacer conmigo.

Volvió a meter su polla en mí y, cogiendo mi cabeza, me penetró la boca de manera incesante; a ratos me provocaba arcadas, pero lo veía tan cachondo que no había manera de que parásemos. Spencer gruñía con cada vaivén de sus caderas, hasta que lo noté tensarse y entonces, mientras decía mi nombre de forma desesperada, se corrió en mi boca, derramando cada gota de su semen caliente y espeso allí.

Cuando se retiró de mí, me tomó por el mentón y se inclinó para hablarme al oído.

—Eres todo lo que soñé.

Con su camiseta, que recogió del suelo, me limpió la boca, para juntar lo que chorreaba de ella, y después me besó.

—Sabes a mí, al deseo que me provocas.

Me hizo poner de pie y me ayudó a acostarme boca abajo en el sofá. Vi que buscaba algo en el bolsillo de su pantalón y sacó un condón que de inmediato se colocó; entonces apartó mis bragas hacia un lado y me penetró desde atrás.

Ya no empleaba la delicadeza que había tenido conmigo en un principio, tal vez porque, con cada polvo, nuestra excitación escalaba un nivel más.

Me jodió duro, sin parar; me penetró de tal forma que mis orgasmos se sucedieron uno tras otro; era como una montaña rusa en la que no paraba de caer. Luego me desató las manos y me dio la vuelta, se sentó en el sillón y me ayudó para que me subiera sobre él. Sostuvo mis nalgas y me asistió a subir y bajar, hasta que los músculos de sus bíceps se empezaron a ver abultados y totalmente en tensión. Me aferré a su nuca y enterré el rostro en su sudoroso cuello; yo estaba igual, exhausta, pero tampoco podía parar. Sentí que metía una mano entre ambos y empezaba a masajear mi hinchado clítoris.

—Esta vez lo haremos juntos, cariño.

Me separé de él y lo miré a los ojos.

—Estar contigo es todo lo grandioso que siempre imaginé que sería —le confesé, y su nombre salió entrecortado de mi boca como un epitafio cuando mi cuerpo y el suyo empezaron a convulsionar ante la exacerbación del placer que juntos pudimos conseguir.

Me mantuvo bajo su abrazo y empalada por él mientras nuestras respiraciones se tranquilizaban. Después subimos al dormitorio principal, para darnos una ducha y, por el agotamiento físico, casi nos dormimos en el instante mismo en el que nos metimos en la cama.

## Veintiocho

SPENCER

El resto de la semana pareció que no había manera de que nos pudiéramos separar. Chiara, cada noche y cada mañana, durmió y despertó en mi cama, y poco a poco fuimos agarrando un ritmo que era bueno para ambos. Yo iba al Provocateur durante el día, para cerciorarme de que todo estuviera en orden; me encargaba de actualizar los libros, pagar facturas y, a veces, tratar con proveedores.

Ya había hablado con Dalton y le había explicado que lo dejaba como supervisor de todo durante las noches, y hasta ese momento lo estaba haciendo muy bien; el caso es que no dudaba de que así sería cuando le propuse que se encargara de ello, sabía que él conocía mejor que nadie la dirección del lugar.

Le comenté, además, el tema de la instalación de las pantallas de control en mi casa, que iban a estar configuradas con las que ese mismo día habían sido montadas también en la disco y, para que no pensara que sólo lo monitorizaba a él, lo informé de que también se habían instalado, al unísono, cámaras en Los Ángeles y en Miami.

—Con este nuevo sistema nos será más fácil a ambos permanecer conectados y vigilandolo todo desde la parte de atrás del negocio; en el despacho habrá pantallas igualmente, para que no tengas que estar tanto en la parte donde está el público.

—Has tenido una idea fabulosa.

\* \* \*

Los días parecían pasar volando y, alrededor de las seis de la tarde, me fui para casa; era la hora en que Chiara llegaba.

Esa noche, después de cenar, decidimos que no iríamos a la próxima reunión con nuestros amigos, porque no queríamos tener que mentirles en la cara; ella era terca y, aunque las cosas entre nosotros iban muy bien, prefería seguir esperando hasta la fiesta para que todos se enteraran de lo nuestro.

\* \* \*

Definitivamente, el tiempo juntos nunca parecía ser suficiente. La noche de la fiesta ya casi había llegado, tan sólo faltaban dos días, y eso me tenía pletórico, puesto que se acababa el plazo

que le había dado a Chiara, y ella se vería obligada a hablar con sus amigas.

Cerca del horario de apertura del *nightclub* ese jueves, mi teléfono empezó a sonar en el preciso momento en el que estábamos haciendo el amor por segunda vez. No quería parar de bombear dentro de ella, ni tampoco de besarla y de acariciar cada centímetro de su piel, pero reconocí el sonido del móvil: era la melodía que le había asignado a Dalton.

—Mierda, es del Provocateur. Cariño, lo siento —le dije apartándome de su boca, pero aún sin salir de ella.

Al ver que la llamada no cesaba, me alejé a regañadientes y cogí mi teléfono.

Atendí a lo que me decían y, al ponerme al tanto del inconveniente, pregunté:

—¿Habéis intentado solucionarlo reemplazando el tubo carbonatador?

—Sí, Spen, ya lo hemos hecho, pero sigue sin funcionar, y la barra, sin la pistola dispensadora de refrescos, se vuelve un caos.

—Lo sé. Ok, ya voy para allá a revisar si encuentro el desperfecto.

Cuando corté, miré a Chiara, que permanecía a mi lado en silencio; odiaba tener que dejarla a medias.

—Voy a tener que irme. Maldición, no funciona la pistola de la barra principal.

—Sí, ya lo he oído. No te preocupes, ve a ver qué es. Espero que lo puedas resolver rápidamente.

Cuando llegué al Provocateur, la cola fuera ya era bastante extensa. Joder, necesitaba apresurarme antes de que fuera la hora en que debíamos abrirle las puertas a la gente, ya que la mayoría de los presentes tenían reservas hechas y muchos venían a una fiesta de cumpleaños con sus amigos.

En cuanto entré, los empleados empezaron a saludarme. Hacía varios días que a muchos no los veía, pero ya todos sabían de los cambios en la dirección del local.

—Perdona por molestarte, Spen —se disculpó Dalton cuando me vio llegar—. Lo hemos intentado todo con Barry, pero no la hemos podido hacer funcionar.

—No te preocupes, a ver si yo tengo mejor suerte que vosotros.

Tras saludar a Barry, nuestro *barman*, me tiré al suelo bajo la estación de coctelería, para revisar la conexión.

—¿Habéis probado a cambiar el filtro de agua? —pregunté—. Tal vez se ha taponado.

—Pero si lo hicimos ayer... —me contestó Barry—, era la fecha en que había que reemplazarlo.

—¿Hay otro para probar? Quizá éste vino defectuoso.

—Ya voy a buscar uno —se ofreció Dalton.

Finalmente lo cambié, pero la pistola seguía sin hacer nada.

—¿Qué hora es? —planteé, apremiado.

—Falta un cuarto de hora para abrir.

—Carajo. Que alguien vaya por la pistola de la otra barra para probar y descartar que no sea

eso.

Mientras traían lo que les había pedido, empecé a revisar una a una las mangueras, pero todas parecían estar perfectas, hasta que, en una de las salidas de los dispensadores de jarabe, vi que una estaba perdiendo. Respiré aliviado al identificar la causa de todo el problema, ya que eso hacía que el circuito chupara aire y no funcionara. Por suerte contábamos con mangueras de repuesto; en un negocio siempre había que estar prevenidos para subsanar los contratiempos que podían aparecer, así que la pudimos reemplazar y, finalmente, se abrió casi en horario, y sólo ansié salir de allí para volver a casa con Chiara.

Estaba saliendo de la discoteca cuando mi móvil sonó. Leí el nombre en la pantalla y blasfemé; definitivamente ésa era una noche de mierda, y eso era lo último que esperaba que me pasara, que Alba me llamase porque le ocurría algo a la niña, ya que era por el único motivo por el que me molestaba.

—Buenas noches, señor. Quería informarlo de que estamos en el hospital desde hace un rato, porque la pequeña está con fiebre y no le baja con nada, y Anne no deja de preguntar por usted.

«Mierda.»

—¿Están en el Lenox?

—Sí, señor, en urgencias pediátricas.

—Está bien, Alba, ya voy para allá.

Tenía que verle el lado positivo, al menos esa llamada no había llegado mientras estaba con Chiara. Aunque yo sabía que tarde o temprano debería hablar con ella de eso, consideraba que aún no estaba preparado para hacerlo, y ella mucho menos para asimilar una cosa así.

Sólo necesitaba tener un poco más de tiempo antes de contárselo todo, y que fuera en el momento adecuado, cuando nuestra relación estuviera más afianzada.

Apenas llegué, Anne se aferró a mi cuello y no se quiso apartar más de mí.

—Has venido, papi.

—Claro, aquí estoy ya. —Le besé la frente, aún estaba hirviendo—. ¿Qué han dicho los médicos, Alba? Está con mucha fiebre.

—Discúlpeme por molestarlo, pero no había manera de calmarla hasta que le dije que usted estaba en camino.

—No hay problema. Dime, ¿qué es lo que creen que tiene?

—Al parecer es una faringitis por estreptococo, por eso le han hecho un hisopado rápido, para determinar el antibiótico que le darán.

No tardaron demasiado en venir a darnos la prescripción, así que necesitábamos encontrar una farmacia, pero la niña se puso como loca cuando vio que yo me subía a mi Corvette y no iba con ellas.

—Anne, no te pongas obtusa, necesito ir a una farmacia para comprar los medicamentos que te han recetado; mientras tanto, tú y Alba os vais a casa y luego iré yo.

—¿Y te quedarás a dormir conmigo?

—Prometo quedarme un rato hasta que te duermas, pero tú sabes bien que yo trabajo por las noches.

—Pero estoy enferma y quiero que te quedes conmigo. Varias veces que he estado malita lo has hecho.

—Pero hoy no puedo.

La cría empezó a llorar y traté de camelarla hasta que se conformó.

Dios, iba a volverme loco. Ésa era una de las razones por las que yo había rechazado tan de plano iniciar una relación con Chiara, pero había sido tan egoísta que había terminado cediendo al deseo y a los sentimientos que ella me provocaba.

Aunque me dolía en el alma dejar a Anne con Alba, su niñera, en esa ocasión no podía quedarme, necesitaba volver con mi novia.

## Veintinueve

### SPENCER

Llegué a casa a hurtadillas y decidí subir por la escalera hasta el dormitorio principal, para no despertar a Chiara con el ruido del ascensor en el caso de que ella ya estuviera durmiendo; considerando la hora que era, era lo más probable.

Cuando entré en la *suite*, comprobé que efectivamente dormía, boca abajo y con su pelo rubio desparramado sobre la almohada. Me quedé mirándola extasiado, puesto que esa mujer me embobaba hasta cuando la veía dormir.

Me despojé de la ropa y me metí en la cama junto a ella; no me quería acercar demasiado, puesto que traía el frío de la calle, pero, apenas me acomodé, Chiara me oyó.

—¿Has podido arreglar eso?

—Ha costado, pero finalmente hemos encontrado dónde estaba el fallo; era una manguera que se había roto.

—Abrázame.

—Estoy helado de la calle, está bastante fresco fuera.

—No importa; te he echado de menos... Me he dormido hace apenas unos minutos, la cama parecía enorme sin ti.

—Ven aquí, ya estoy de regreso.

La acurruqué contra mi cuerpo, y le di suaves besos en la espalda y en la base de la nuca hasta que capté que su respiración se hacía más profunda.

La tenía cobijada en mi abrazo y así era cómo quería estar siempre con ella, pero lo que había pasado esa noche me hacía dudar de si Chiara me iba a aceptar una vez que se enterara de la carga que yo traía conmigo.

Respiré hondo, impregnándome del olor de su pelo, y la abracé más fuerte. Necesitaba despojarme de los malos pensamientos y dejar de ser tan negativo. Mientras pensaba en cómo enfrentar la situación, Morfeo se apoderó de mí y me quedé dormido.

### CHIARA

Me estaba yendo a trabajar, pero quería despedirme de él como lo hacía cada mañana, aunque en esa ocasión no lo había despertado para echar nuestro polvo mañanero. Spencer parecía exhausto; había llegado tarde la noche anterior y por eso me dio pena interrumpir su sueño; sin embargo, no me quería marchar sin decirle adiós.

Me acerqué a la cama por su lado y, cuando me fui a inclinar para besarlo, vi un papel que estaba caído junto a sus vaqueros, que descansaban en el suelo, y lo recogí. Era el tíquet de compra de una farmacia que quedaba muy cerca del Lenox Hill. Me fijé en la fecha y, efectivamente, era del día anterior; después miré la hora en la que se había efectuado la compra, y corroboré que había sido casi a la una de la madrugada. Lo dejé sobre su mesita de noche y, aunque me extrañó, decidí que era mejor ponerme en marcha, antes de que se me hiciera tarde.

Lo besé en la mejilla, en la espalda y en el cuello, y entonces se espabiló.

—¿Ya te vas?

—Sí. Descansa, pareces agotado.

—Lo estoy. Suerte para esta tarde, cuando te encuentres con las chicas para ir a comprar la ropa para la fiesta.

—Gracias.

—¿Les hablarás de nosotros finalmente?

—Ya te dije que sí, me parece que es el momento adecuado.

—Bien, me reuniré con Maverick y con Luka entonces y también se lo contaré. No quiero que se enteren por sus respectivas mujeres.

—Me parece bien.

## Treinta

CHIARA

Después de almorzar nos encontramos Nicole, Joss y yo en Bergdorf Goodman, la enorme y lujosa tienda de la Quinta Avenida, en el Midtown de Nueva York. Habíamos quedado para salir juntas a adquirir nuestra ropa de fiesta. Isabella en un primer momento también iba a venir, pero luego le surgió un imprevisto en la fundación que dirigía junto a su madre y definitivamente no pudo hacerlo.

Después de entrar en varias tiendas de afamados diseñadores, al final todas habíamos hecho nuestras compras. Como tenía a Martin, uno de mis escoltas, a mano, le pedí que llevara nuestros paquetes al coche mientras nos quedábamos acompañadas por Aoi. Desde los atentados que habían sufrido Luka y Nicole, él jamás se apartaba de ella, así que, con mis amigas, enfilamos hacia el séptimo piso, donde estaba el restaurante BG. Un rato antes había llamado para hacer una reserva para la hora del té, y en ese instante las estaba informando de ello.

—Qué buen tino has tenido de llamar para que nos guardasen una mesa —se entusiasmó Nicole cuando las invité a ir.

—Es que tenemos que hablar.

—¿Hablar? ¿De qué? Hace días que estás misteriosa, casi no participas en el chat. Ya me tienes intrigada —comentó Joss.

—Sí, yo también lo estoy. Además, me extrañó mucho que no vinieras a mi casa para la reunión semanal —añadió Nicole.

—No exageréis, no estoy diferente en nada.

—Ah, ¿no? Hasta te has cambiado el tono que usas siempre en los labios, optando por rosas más claros. ¿Crees que no me he dado cuenta de ese detalle? —apuntó Joss.

Me reí con nerviosismo; resultaba evidente que el cartel de «muy bien follada» que veía cada mañana en mi frente al despertarme también lo habían notado ellas.

—Todavía no puedo entender por qué terminaste rechazando al amigo de Maverick —dijo Nicole—; hacíais muy buena pareja.

—No había química, ya os lo dije; no sentía por él esas cosquillas que te hacen estremecer cada vez que lo ves. Pasar tiempo a su lado me resultaba un esfuerzo. No estaba predispuesta a conocer a nadie.

—Realmente, una pena —recalcó Joss.

Entramos en el sofisticado restaurante con reminiscencia de los suntuosos salones del pasado y una mezcla renovada, de muy buen gusto, de la decoración de los años treinta a setenta. El lugar

era el ideal para una charla tranquila de amigas, y para pasar una tarde con mucho *glamour*.

Nos acomodaron en una mesa junto a las ventanas con vistas a Central Park y pedimos café para las tres, así como una variedad de pastelitos y *scones*.<sup>1</sup>

—Bueno, de qué querías hablarnos, porque ya hemos mencionado el tema de Jaxson mientras llegábamos aquí, así que asumo que se trata de otra cosa.

—Estoy saliendo con alguien desde hace poco más de dos semanas.

—¿Qué? —soltaron ambas al unísono.

—Y planeo llegar a la fiesta con él, por eso quería contároslo antes.

—¿Y nos anuncias esto dos semanas después? Eso no es *antes* —se quejó Nicole.

—Tú también estuviste muy calladita respecto a Luka hasta que nosotras lo descubrimos, déjame recordarte, y Joss hizo otro tanto con Maverick, y para qué hablar de Poppy con Drake, que hasta un crío le había hecho y ni lo sabíamos, eso sin contar que también se le olvidó contarnos lo de Cooper. Así que sois las menos indicadas para reclamarme nada, puesto que os estoy diciendo que sólo han pasado poco más de dos semanas, y lo hemos mantenido en secreto porque estábamos viendo cómo funcionábamos juntos. Además...

—Un momento —me cortó Joss—, cuando te hemos preguntado por Jaxson hace un ratito nos has dicho que no estabas abierta a conocer a nadie. Entonces, ¿quiere decir que se trata de alguien que ya conocías?

—¿Alguien del trabajo, tal vez? —preguntó Nicole.

—Ya sé —intervino Josephine—, el de Contabilidad, ese que una vez me dijiste que era de los más guapos de la empresa.

Negué con la cabeza.

—Entonces... alguien que conociste en la universidad y con quien te has reencontrado —formuló Nic—. No, no, debe de ser alguien de tu edificio.

—¿Por qué no dejáis de intentar adivinarlo y me dejáis hablar?

—De acuerdo, canta de una vez: ¿quién es el que finalmente te ha sacado las telarañas?

Sorbí de mi café y luego dejé la taza sobre el plato, mirándolas muy fijamente a las dos.

—Spencer y yo estamos juntos.

—No puede ser... —señaló Nic.

—Ya sabía yo que sólo le faltaba un empujoncito para que se decidiera. El hecho de que Jaxson apareciera en medio de la acción lo hizo decidirse, estoy segura —precisó Joss—. Mav no quería participar en eso en un principio, porque le parecía ser desleal con Davis, pero... ya sabes, él no me dice que no a nada.

—O sea, que lo de Jaxson lo organizaste tú.

—Obvio, ¿aún te extraña lo perra que puedo ser cuando me propongo algo?

Nos reímos y la abracé.

—Nic, te has quedado muda. ¿Tú qué opinas?

—Vale, se te ve feliz y además ninguna de nosotras es quién para juzgarlo, pero... ¿estás segura

de que estarás bien con Spen?

—Nicole, mira lo mucho que ha cambiado Mav. ¿Por qué no creer que Spencer también pueda sentar cabeza? Os puedo asegurar que, cuando lo veáis por vosotras mismas, no podréis creer lo cambiado que está.

Les conté a grosso modo toda la metamorfosis que se había planteado en su forma de vida, y también que, desde que se me había declarado, no había habido ni una sola noche en la que no hubiésemos dormido juntos.

—A eso quería llegar... ¿Y? Supongo que, con tantas mujeres en su haber, tiene que ser un amante experto.

—Josephine Burns, ¿tú qué crees?

—Que sí lo es.

Nos reímos las tres.

—No vais a creer lo mucho que estoy aprendiendo.

—Por supuesto, ¡nueve años te has tomado para reactivar tu vida sexual!, así que estoy segura de que ahora no estás dispuesta a perder más tiempo.

—*Naaaaaaaaaaaaaaaaa.*

—Oídme, os vais a reír cuando os cuente esto.

Les relaté brevemente que la primera vez que lo quisimos hacer me tocó salir a comprar condones, porque en su casa no tenía.

—¿Adivinad lo que usa?

—No puede ser... —subrayó Nicole, y las tres dijimos al unísono «Trojan Magnum XL».

Cuando estábamos a punto de salir del local, a Joss se le ocurrió hacer una videoconferencia con Poppy y con Isabella, y les dimos la noticia.

Las dos no paraban de gritar con el anuncio.

—Spencer no siempre ha sido así como vosotras lo habéis conocido, tan desapegado —aseveró, Isabella—. Antes era el más normal de los amigos, y el más calmado.

—Es cierto que tú lo conoces desde hace mucho... —me percaté ante su comentario.

—Cuéntanos algo más de él —pidió Joss.

—Chicas, quisiera quedarme a parlotear con vosotras, pero me vais a tener que perdonar, tengo que colgar. La fundación hoy es un polvorín; el caso es que se ha rescatado a unas mujeres en Ruanda que estaban muy dañadas y estamos con eso... Ese es el motivo por el que no he podido ir de compras con vosotras. Luego hablamos —se disculpó Isabella, y la despedimos.

—Oh, Dios, no veo la hora de veros juntos en la fiesta —comentó Poppy cuando quedamos hablando sólo las cuatro; ella también venía a Nueva York para la gran ocasión—. Iré solamente con Drake. ¿Nicole ya os había avisado?

—No lo sabía —dije, y Joss agregó lo mismo.

—¿Por qué no viene Cooper?

—Es que Coop tiene una competición en Montana.

—Ay, joder, qué oportuno —se lamentó Joss

—Pero os traéis a Draco, ¿verdad?

—Sí, sí, vendrá con nosotros. Espero no parir en el avión.

—¡Pero si aún falta!

—Sí, pero no tanto, y ya me veo como un fenómeno. No os imagináis lo que me ha costado conseguir un vestido; he comprado uno de Carolina Herrera en Las Vegas; es de talle suelto, de color rojo, y las mangas forman una capa.

—Oh, creo que ya sé cuál es; lo hemos visto hace un rato en la tienda cuando hemos estado allí —especificó Joss—. Yo me he comprado un modelo de Pamella Roland, y Nicole uno de Azzaro; ella tiene más dinero que nosotras.

—No seáis malas; sólo he comprado ése porque ha sido el que más me ha gustado, y luego Luka se enfada si escatimo.

—Pues yo he elegido un modelo de Óscar de la Renta. Vamos a estar divinas, las cuatro.

## Treinta y uno

### CHIARA

Estaba lista, esperando que Spencer pasara a por mí. Me había enterado en el último momento de que mis padres iban a la fiesta, y eso me había puesto un poco nerviosa; ellos siempre tenían algo que criticarme.

Me eché una ojeada en el espejo por última vez; me veía impecable con el vestido color verde botella de Óscar de la Renta que había elegido. Éste tenía una hendidura en la amplia falda de línea A, que llegaba hasta el muslo; era de manga larga y con un escote profundo en forma de uve que terminaba con un frunce en el canesú y se unía con la cintura ceñida y alta de la prenda. En los pies, calzaba unas sandalias de gamuza de color negro, que tenían una correa tachonada en cristales, igual que en la tobillera, de Jimmy Choo, que también me había comprado para la ocasión, y en la mano llevaba un *clutch* de la misma marca en terciopelo negro y adornado con un ribete de joyería del mismo verde que el vestido. En el cuello, un collar de brillantes que mi padre me había regalado, y los pendientes eran una cascada de brillantes de Saint Laurent, que, cuando fui a mi primera fiesta de gala, mi madre me había regalado.

Mi teléfono sonó; era Spencer, que me avisaba de que estaba abajo, esperándome, así que me preparé para reunirme con él.

Apenas me vio, no disimuló lo mucho que le gustaba mi aspecto, y vislumbré en sus ojos que su mirada se quedaba clavada en mi cremosa piel en el escote.

Estiró una mano, sostuvo la mía para ayudarme a bajar la escalinata de la entrada del Wagner y me dijo:

—Estás alucinante de preciosa; ya quiero quitarte ese vestido y follarte muy sucio.

—Deberás esperar.

—Lo sé, y antes quiero pavonearme contigo de mi brazo y que todos me envidien.

Nos reímos.

—Me encanta tu pelo recogido, porque me da acceso a tu cuello.

—Oye, ¿tú te has cortado un poco el tuyo o sólo me da esa impresión?

—Sí, lo he hecho, pero sólo un poco, conservando el estilo, pero lo suficiente como para poder peinármelo.

—Me gusta tu esmoquin.

—Tom Ford ha sido el elegido.

—Esta noche parecemos modelos de pasarela.

—Apuesto a que no me habías imaginado así; tú me habías visto siempre en vaqueros o con

algún pantalón formal, nunca con este aspecto. Sin embargo, ahora sabes que también puedo llevar con actitud un *tuxedo*<sup>1</sup> de solapa redonda y pantalón pitillo.

—Y no se me han escapado los Ermenegildo Zegna que calzas.

Cuando llegamos al final de la escalera, se acercó una limusina.

—Joder, no me digas que iremos en esto.

—Por supuesto; no podemos llegar al hotel Plaza vestidos así en un coche deportivo o en un SUV; además, hoy, cuando me has llamado para avisarme de que tus padres estarán allí, he pensado en usar un automóvil de la marca que él lidera.

—Tonto.

—De verdad, tengo que sumar puntos con mi suegro.

—Si es por eso, el Corvette es de General Motors.

—Pero, cariño, no era plan que te subieras con un vestido como éste en un coche con asientos de competición.

## SPENCER

Llegamos al hotel Plaza y nos dirigimos al gran salón, lugar donde iba a llevarse a cabo la gala. La seguridad desplegada por el equipo de Luka era asombrosa; lo más probable era que también estuvieran allí sus parientes de la realeza de Qatar, así que no me extrañó ver tanto operativo.

Le ofrecí mi brazo a Chiara para entrar y, de inmediato, cuando nos anunciamos, se nos indicó la mesa que debíamos ocupar. Cuando llegamos, comprobamos que estábamos sentados con Mav y con Joss, además de otros empresarios y, entre ellos, los padres de mi novia.

—Papi, mamá.

Ella saludó a sus padres y, ¡joder!, debo reconocer que tenía un nudo retorcido en el estómago que hasta entonces no había estado ahí. Éste se me había atascado de repente, y sólo esperaba que mi voz no sonara tonta cuando los saludara.

—Os presento a Spencer Vanderbilt, mi pareja.

—Buenas noches, señor y señora Delevigne.

Estreché la mano de su padre y luego besé la de su madre.

—Es un placer poder conocerlos.

—Empresario de la noche, ¿cierto?

—Cierto. Soy el dueño de uno de los clubs nocturnos más renombrados de Nueva York, y hace poco he abierto otros en Los Ángeles y en Miami. Además, próximamente expandiremos nuestra marca a Chicago. Chiara está a cargo de ese proyecto; es quien está llevando a cabo todas las remodelaciones. Tienen una hija con mucho talento, pero creo que eso no es ninguna novedad para ustedes.

Acaricié la espalda de Chiara y luego nos sentamos a la mesa. Aparté su silla para que lo hiciera ella primero y después me acomodé a su lado, junto a Maverick, que no paraba de contener la risa ante el interrogatorio que estaba sorteando de mi suegro.

—No creo que un antro deje más dinero que la arquitectura, por supuesto —aseveró Ivanna Delevigne, mi adorada suegra, que por lo visto me estaba comparando con el Experimento. Como sabía que Chiara tenía asignados dos soplones a tiempo completo, no me extrañó que ellos supieran de la existencia de Davis, ni tampoco que lo consideraran mejor partido para su hija.

—Mamá, estás siendo grosera.

Maverick tosió, creo que en realidad ahogando la risa, y Joss le palmeó la espalda, pero al instante se recompuso y habló.

—Disculpe, señora, ¿puedo llamarla Ivanna? —preguntó mi amigo.

—Oh, por supuesto, Maverick.

—Bien... Ivanna, le aseguro que se asombraría de lo bien que se gana en el negocio del entretenimiento en la noche neoyorquina. Las cifras que mueven los bares y clubs nocturnos son millonarias. Estoy seguro de que su marido, que es un gran inversor, sabe de lo que hablo, ¿no es cierto, señor Delevigne?

—Supongo que, en esas ciudades tan turísticas donde Vanderbilt ha comentado que tiene sus discotecas, eso puede ser así.

—Cuando quiera le muestro el balance anual si es requisito para que me apruebe para estar con su hija.

—¿Por qué no nos calmamos? —sugirió Joss.

—Sí —aseveró Chiara, que estaba con las mejillas ardiendo—. Estáis siendo groseros y no estamos solos en la mesa. Pero ¿qué os pasa? —reprendió a sus padres—. Hace mucho que no nos vemos y hoy, cuando por fin lo hacemos, en lugar de estar felices por mí...

—Tu padre y yo sólo estamos preocupados y queremos lo mejor para ti; eres nuestra única hija, Chiara —le comentó, susurrando, a su hija.

—No te preocupes, cariño. —Levanté la mano de Chiara y le besé los nudillos—. El resto de la gente de nuestra mesa está en sus propias conversaciones si eso es lo que te inquieta. —Le acaricié el mentón y besé la comisura de su boca, tranquilizándola—. Por otra parte, y buscando una explicación a los comentarios de tus padres, supongo que, ante los ojos de los demás, está mejor visto trabajar tras un escritorio que regentar una gran barra y una pista de baile donde los cuerpos sudorosos y exaltados por el alcohol se frotan al compás de la música, es lo más normal. —Me acerqué sobre la mesa a ellos y, bajando el tono de voz un poco más, dije, tocándoles los cojones para buscar su reacción—: También tengo un escritorio en mi despacho si eso es lo que les preocupa, ah, y un título de Administración y gestión de empresas; para algunas personas lo que importa es este tipo de cosas, así que tal vez pueda tranquilizarlos ahora un poco saberlo.

El ambiente en la mesa no podía ser más tenso, ya que tanto la señora Delevigne como su esposo se mostraron cabreados por mi burla... pero lo cierto era que esos dos ya me habían tocado demasiado las pelotas. Hubiese querido contenerme por Chiara, y no tener que ponerla en esa situación, pero sólo me había defendido.

—No puedo creer lo que me estáis haciendo pasar esta noche —expresó mi novia antes de

levantarse y alejarse.

—Yo voy con ella, no te preocupes —dijo Joss cuando quise seguirla.

—Realmente creo que están sacando conclusiones demasiado precipitadas de mí. En relación con su hija, tengo los mejores sentimientos que un hombre puede tener con una mujer.

—Un hombre que vive de noche no siempre es alguien de fiar.

—Batman es el caballero de la noche, y es un superhéroe. Mmm... Tal vez su concepto esté un tanto errado; la noche enseña a agudizar la vista en más sentidos de los que supone. Considérelo.

Me levanté y fui en busca de Chiara. Por fin entendía el nudo en el estómago que se me había formado en cuanto había visto a sus padres en la mesa. Al parecer mi sexto sentido había intuido el caos que se desataría.

Ellos no me querían para su hija, pero a mí me importaba una mierda. Esperaba que para ella también fuese igual, y que sólo le interesara lo que nosotros sentíamos el uno por el otro.

## Treinta y dos

CHIARA

—Te das cuenta de la vergüenza que me han hecho pasar. Sólo han venido para eso, para humillar a Spencer. Ésta no la voy a dejar pasar. Estoy demasiado harta de sus intrigas y de que, además, pretendan alejarlo... Odio que crean, y encima se lo digan en su cara, que no es adecuado para mí.

—Debes calmarte. Considero que deberíamos volver, lo has dejado solo allí.

—Sí, tienes razón. No debería haberme ido, tendría que haberles plantado cara, pero... es que me han cogido totalmente desprevenida. ¡Cómo me iba a imaginar que...!

—Ya está bien. Tu maquillaje está perfecto otra vez, así que regresemos. Seguramente Poppy y Drake ya habrán llegado.

Sonó mi teléfono dentro del *clutch* y, cuando lo saqué, vi que era Spen.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí. Discúlpame por irme, debería haberme quedado y defenderte con más ahínco.

—No te preocupes, sé hacerlo muy bien solo y, además, me he quedado con Mav. Oye, ¿dónde estáis? Nosotros, junto al escenario, con Drake y Poppy, que acaban de hacer acto de presencia, y también con Nicole y Luka. Venid.

—Estamos en el baño, pero salimos para allá.

Cuando nos encontramos todos, no paramos de abrazar a nuestros amigos recién llegados. Era evidente que los echábamos de menos y, aunque sabíamos que eran muy felices los tres en Texas, su ausencia, más de una vez, nos entristecía.

Draco se había quedado con la niñera, pero a la mañana siguiente habíamos decidido reunirnos para almorzar y ver al pequeño antes de que partieran de nuevo.

No era extraño que la mirada asombrada y observadora de nuestros amigos estuviera muchas veces destinada a Spen y a mí. Todavía se les hacía raro vernos juntos, mostrándonos cariñosos el uno con el otro; por otra parte, ésa era la primera vez que compartíamos un rato con ellos, y estaban expectantes, vigilando nuestra interacción con excesiva curiosidad.

—Vale, finalmente tú también has caído en el embrujo de las amigas —bromeó Drake, y le palmeó la espalda a Spencer—. Sabía que en algún momento te ibas a pillar el dedo con la puerta.

—¡Qué se le va a hacer! Ya veis, me he resistido todo lo que he podido, pero ha sido en vano.

—Esto sí que es digno de ver, y no esperaba encontrarte tan entregado, además.

—¿Y tú de qué te asombras? Si ni siquiera te importa tener que compartirla con tal de tenerla...

—Utilizar palabras hirientes es un modo de demostrar que te estás quedando sin argumentos,

porque intentas atacar al otro para que las miradas se alejen de ti —le contestó Poppy.

—Déjalo, cariño... Creo que está recordando cuando le advertí que él también caería, y ahora no quiere darme la razón delante de todos —apostilló Drake.

—Es normal que hoy todos estemos sobre ti; eres la novedad, y nuestra diversión gratis, así que aguanta estoicamente amigo *yo-nunca-caeré-como-vosotros*.

La voz de Luka imitando las palabras de Spencer nos hizo carcajear a todos. Él había querido esquivar las burlas aceptando de entrada que había caído, pero todos venían con artillería pesada, así que, hasta que no se divirtieran lo suficiente con él, no se detendrían.

—Hoy no voy a hacerte ninguna advertencia —le explicó Joss—, pero que te quede claro que tengo algunas recomendaciones. Chiara es intocable para mí y, cuando sea oportuno, tendrás que oírme. Sin embargo, quiero que sepas que yo siempre he apostado por veros juntos. De hecho, creo que ponerte al arquitecto en el camino ayudó bastante a que te decidieras.

—¿Estás oyendo a tu mujer? —le preguntó a Mav—. Está admitiendo que fue una vil treta maquinada por ella.

Maverick se encogió de hombros.

—Caíste, amigo. No hay hombre que se resista demasiado a ver cómo otro se queda con su trozo de pastel.

Apenas tuve oportunidad, aparté a Spen y él me cobijó, cogiéndome por el hombro.

—¿Qué ocurre?

—Sólo quería disculparme. Lo siento, de verdad... Ha sido un momento muy incómodo para todos lo que ha ocurrido con mis padres, pero más que nada para ti, y sé perfectamente que no te lo mereces.

—Shh, ya ha pasado, no sigamos con eso. Disfrutemos de la noche, de que después de tanto tiempo estamos todos juntos, el resto es secundario.

Me sujetó por el mentón y se inclinó para mirarme a los ojos y hablarme muy de cerca.

—Mientras tú me sigas eligiendo, el resto no me importa.

—Por supuesto que te elijo; lo hago cada día y lo seguiré haciendo.

—Eso es todo lo que necesito saber.

Por suerte, cuando anunciaron que la cena estaba a punto de servirse, mis padres ya no estaban en la mesa cuando regresamos allí; al parecer, se habían ido.

Más tarde, Luka me lo confirmó.

Incluso me contó que Helmut e Ivanna se habían disculpado con él y con Nic cuando fueron a despedirse, explicándoles que el avión de la compañía los esperaba en el aeropuerto para llevarlos a París por asuntos de negocios de mi padre. Según lo poco que pudieron conversar, sólo habían venido de pasada, para desearle un fantástico comienzo a Renewables Bandini en eso de la energía renovable; no era extraño que un gigante se acercara a otro para proponerle algún negocio... Él era uno más de los muchos que no habían querido faltar a ese acontecimiento, puesto

que el mundo de las actividades comerciales estaba tomando acuse de recibo de algo que en un principio consideraron como una treta de mercado de la firma.

Luka me reveló, incluso, que mi padre le comentó que en algún momento sería bueno que ellos dos se sentaran a conversar, ya que sería fabuloso que se pudiera crear una fusión entre GM y la empresa de biomasa, para que algún motor de General Motors empezara a funcionar con los combustibles que Bandini iba a empezar a elaborar. Gracias a eso comprendí que habían venido a la gala meramente por negocios y también, de paso, para arruinarme la noche.

De todas formas, me alegró mucho saber que mi padre estaba pensando en ofrecerles un trato de esa naturaleza, ya que sabía de sobra lo exultante que sin duda se habría puesto Nicole en cuanto oyó la propuesta.

## SPENCER

La gala resultó todo un éxito; aunque al principio nuestro humor se había alterado un poco, luego lo pudimos recobrar. La parte de los discursos fue muy emotiva cuando Luka invitó a Nicole al escenario para que hablara; nos sentíamos felices y orgullosos de los logros de nuestros amigos, y no había nada que pudiera eclipsar todo eso.

Además, yo tenía grandes planes para esa noche, y no pensaba hacerlos a un lado por lo que había pasado con los padres de Chiara. Ellos, tarde o temprano, cuando se dieran cuenta de que estaban equivocados conmigo, terminarían por aceptar nuestra relación. En ese momento, en el fondo, comprendía que tuvieran ese recelo; yo no tenía una buena reputación y ellos lo debían de saber. Si se tratara de mi hija, yo tampoco querría que la enamorara un fornicador de mujeres, así que también estaría alerta para que nadie rompiera su corazón, pero yo eso no pensaba hacerlo.

Nos despedimos de nuestros amigos y nos subimos a la limusina.

El trayecto hasta casa duraba veinte minutos, tiempo suficiente para lo que quería hacer. El vestido de Chiara, con esa abertura hasta su muslo, resultaba ideal para que el acceso fuera muy rápido.

Tan pronto como nos pusimos en marcha, le serví una copa de champán que le había pedido al chófer que nos tuviera reservado.

Inmediatamente, aparté nuestras copas después de que nos refrescáramos la boca y le susurré al oído.

—¿Qué tan mala estás dispuesta a ser esta noche, señorita Delevigne?

—Siempre estoy dispuesta a ser muy mala para ti, señor Vanderbilt.

Acarició mi pecho sobre la camisa y el calor de su mano fue suficiente para encenderme; luego la bajó lentamente y pasó sus dedos por encima de mi paquete, y, ¡joder!, ya me tenía más duro que una piedra. Sobó mi bragueta sobre la tela; yo llevaba unos bóxers puestos, y por eso me estaba sintiendo muy incómodo. Pero entonces apartó sus dedos de mí y los llevó hacia ella; miré el recorrido que hicieron y cómo rozaron la piel de su pierna hasta conseguir coger la abertura de su vestido; después se reclinó en el espacioso asiento y me costó cada gramo de mi control no

correrme en los pantalones cuando Chiara abrió las piernas para enseñarme que iba sin ropa interior.

—Joder, ¿por qué no me lo has hecho saber antes?

—Porque no confiaba en ti si eras consciente de que no llevaba nada. Temía que no pudieras contenerme y todo el mundo notara que ibas por ahí con una erección permanente.

—Sí que eres una chica muy mala, Chiara, y sucia, además.

Me desabroché la bragueta y bajé un poco mis pantalones porque el calzoncillo me apretaba demasiado; ella y sus ocurrencias de que debía usar ropa interior en público... No sabía cuán incómodo me resultaba. Saqué la polla y me acaricié para que viera lo duro que ya me había puesto. Mi sólida erección palpitaba en mi mano ante la necesidad que sentía de enterrarme en ella. Con el pulgar, cogí la gota de precum y la desparramé por la cabeza; luego llevé mi dedo a su boca e hice que me probase.

Inmediatamente trepó sobre mí, y metí ambas manos bajo su falda para palpar su humedad; estaba tan mojada que mis dedos se deslizaron con facilidad dentro de su coño, manoseando en ese calor ardiente y sintiendo la presión que hacía cada vez que los movía en su interior.

Mordí sus labios y la besé glotonamente, acariciando con mi lengua la suya, percibiendo cómo el sabor afrutado del champán que ambos habíamos tomado se mezclaba en nuestras bocas. Empezó a mover las caderas, deslizando su coño resbaladizo sobre mi verga, y entonces me di cuenta de que no había tiempo que perder, ninguno. Sin juegos previos, la levanté para conseguir sacar un condón de mi bolsillo y abrí el envoltorio rápidamente con los dientes; luego Chiara se hizo a un lado y se lo entregué para que fuera quien lo deslizara en mí. Sus manos se movieron torpemente colocándolo y, cuando al final lo logró, había quedado aire en la punta; corregí ese problema y ella se movió para introducir mi miembro en su interior. Moví las manos y aparté la tela con el deseo de liberar sus pechos; la profundidad de su escote me había vuelto loco desde que la había visto aparecer esa noche. Despegué la cinta que mantenía en su lugar el vestido y, cuando conseguí dejarlos expuestos ante mí, le mordí los pezones, arrancándole una oleada de placer que la hizo cogerme por los hombros y empezar a moverse sobre mí.

Como la necesidad no era exclusivamente de ella, la acompañé agitando las caderas con ímpetu, y la empalé una y otra vez lo más profundo que pude, y así continué mientras amasaba sus pechos, follándola duro hasta que, juntos, empezamos a nivelar nuestro ritmo. Ella subía y bajaba sobre la gruesa longitud de mi miembro; apoyada en mis hombros, tomaba impulso para que yo pudiera entrar y salir de su cuerpo, y lo más probable era que nuestros descontrolados gemidos estuvieran siendo oídos a través del cristal que nos separaba del conductor; aunque *A Sunday kind of love* sonara en el sistema de sonido de la limusina, estaba seguro de que no lo acallaba todo.

—Oh, Dios, oh, Dios —clamó salvajemente en mi oído.

Podría haberle cubierto la boca con un beso, para que dejara de gritar, pero no me importaba; sólo quería que nos saciáramos el uno del otro... aunque en verdad sabía que nada que pudiera

tener de ella sería suficiente jamás, pues llegar al orgasmo con Chiara sólo se trataba de un alivio momentáneo, ya que nunca conseguiría hartarme de esa mujer.

Miré por la ventanilla al percibir que la limusina se detenía y traté de visualizar el sitio en el que estábamos, sin dejar de moverme dentro y fuera de ella. Noté que nos encontrábamos en un semáforo cercano a casa; entonces solté el seno que había mantenido en mi mano todo el tiempo y busqué su clítoris; la agarré por el culo, la recosté en el asiento y me moví rápidamente para enterrarme muy profundo otra vez. La empalé sin descanso y acaricié su brote, sólo para acelerar su orgasmo, hasta el momento en el que noté que empezaba a estrujar mi polla, respirando con dificultad. Sentí cómo en mis venas circulaba la adrenalina ante el inminente clímax y percibí que todos sus músculos también se comenzaron a poner en tensión, así que subí la intensidad de mis caricias al igual que intensifiqué el movimiento desmedido de mis caderas, introduciéndome más hondo y despiadado en su interior, hasta que conseguí que la emoción iluminara su mirada.

Fue ése el instante preciso en el que su preciosa boca se abrió y el aliento abandonó sus pulmones, se aferró de las solapas del esmoquin y mi nombre escapó de su boca.

—Spén... —dijo, seguido de un chillido de placer.

Al oírla sólo pude maravillarme viéndola inmovilizada en el momento en que acababa de ayudarla a alcanzarlo; me sentí más poderoso que nunca y entonces todo acabó para mí también. No necesité nada más para comenzar a derramar mi cremoso semen en el condón, sintiendo que un huracán acababa de pasar por en medio de ambos.

Consciente de que no teníamos mucho más tiempo, nos sentamos rápidamente y acomodamos nuestra ropa, y apenas lo hicimos la limusina se detuvo junto al bordillo frente a mi casa.

—Justo a tiempo, mi chica mala.

—Estás llevándome por el camino de la perdición.

La tomé por el mentón.

—La que no llevaba las bragas puestas eras tú.

—Pero quien llevaba el condón en el bolsillo no era yo precisamente.

—De eso se trata una pareja, un cincuenta por ciento de aportación cada uno.

El chófer nos avisó de que habíamos llegado y bajamos muertos de risa. Abrí la puerta del conductor y le dejé una sustanciosa propina por traernos despacio, tal como le había pedido; luego entramos en casa y la diversión continuó.

## Treinta y tres

CHIARA

Nos quedamos todo el domingo en la cama hasta que, por la tarde, Spencer se tuvo que ir a su negocio.

—Necesito ir a comprobar que todo está en orden, y a ayudar a preparar la apertura de hoy.

—Ok, vale, iré contigo.

Cuando llegamos se encontró con que un pedido de bebidas que deberían haber entregado el día antes aún no estaba allí, así que estuvo tratando de comunicarse con el proveedor, pero no logró hacerlo. Finalmente llamó a un amigo que también era dueño de un *nightclub* y fuimos hasta allí con el SUV a recoger esas bebidas. Cuando por fin regresamos, Barry ya estaba preparando la estación de coctelería, y Spencer se puso a ayudarlo. Me ofrecí también a echar una mano, así que me dediqué a llenar el organizador *caddy* con pajitas, servilletas y cucharas mezcladoras. Luego había que cortar frutas, y también me ofrecí a ello. Mientras lo hacía, empecé a preguntar qué era cada utensilio y para qué servía. Barry y Spencer se encargaron de aclarar una a una mis dudas. Después mi novio me enseñó a usar la bomba de agua que se accionaba con el pie en el fregadero, y también me explicó cómo usar la pistola dispensadora de refrescos.

—Esto es fascinante, aunque imagino que estar de pie aquí durante ocho horas no lo es tanto.

—El ritmo es arduo, pero te acostumbras, y mucho más si te gusta lo que haces. A decir verdad, creo que las camareras lo pasan peor que yo; ellas van y vienen sin parar durante toda la noche — dijo Barry.

Era la primera vez que estaba del otro lado de una barra y nunca creí que en una estación de coctelería hubiera tantas cosas.

—Me pondré a ello mañana, para conseguir la mejor estación para Chicago.

—Un momento —se quejó Barry—. Si adquirís una Perlick para allí, exijo una también para esta barra.

—Creo que mejor nos vamos, cariño, o mi personal se me insubordinará si tú sigues abriendo esa preciosa boca.

—Bueno, quizá, una vez que tengamos en marcha el Provocateur de Chicago, toque una remodelación en éste, que es el primero que se hizo. Yo me encargaré de tu estación Perlick, Barry, déjalo en mis manos.

—Te tomo la palabra, Chiara; que sea el modelo Tobin Ellis, por favor.

\* \* \*

Tras pasar una semana desde la fiesta en el Plaza, no había vuelto a hablar con mis padres. Mi cabreo aún se intensificaba cada vez que rememoraba lo odiosos y groseros que se habían comportado.

Por otra parte, una rutina exquisita empezaba a establecerse entre Spencer y yo.

Las cámaras en su casa ya estaban instaladas, al igual que en sus tres *nightclubs*, y él iba por esos lares menos de lo que lo hacía antes, aunque los fines de semana, como la afluencia de gente era mayor, se quedaba por allí un rato más, para echar una mano al *barman* en la barra principal.

Por lo general, yo lo acompañaba, pero no porque desconfiara de él, sino porque disfrutaba haciéndolo y parecía que él también estaba contento de tenerme ahí.

Una de esas tantas noches en que comprendí que ya no me importaba que en ese sitio hubiera estado con otras mujeres, puesto que desde hacía un tiempo él me pertenecía solamente a mí, decidí cumplir una de mis tantas fantasías con él... así que, apenas entramos en su despacho, me quedé de pie en la puerta mientras él buscaba unas facturas que debía llevarse para pagar, hasta que el «clic» de la cerradura lo alejó de su búsqueda, consciente de que su novia estaba a punto de convertirse en una chica muy mala, tal y como a él le gustaba.

—Apaga las cámaras de aquí —le indiqué cuando levantó la cabeza para mirarme, respirando con dificultad, presa de la anticipación.

—Joder, Chiara, consigues en un santiamén que mi polla quiera salir de mi pantalón.

—Perfecto, porque es exactamente lo que quiero: una lamida sucia y una follada más sucia aún.

Tras apagar el sistema de monitoreo, su voz sonó ronca y enérgica.

—Súbete al escritorio, quítate las bragas y abre tus piernas, porque voy a comerte primero y luego te follaré tan duro aquí mismo que luego no podrás caminar hasta el coche.

Un sonido ahogado quedó apresado en mi garganta cuando la emoción me traspasó como un resplandor. Estaba segura de que en ese instante él sabía por qué había decidido ponerme un vestido; lo que no sabía era que bajo éste no llevaba nada. Bajé el cierre de la prenda lentamente y la deslicé por mi cuerpo, dejándola caer al suelo. Di un paso y salí de donde había quedado agrupada a mis pies, y me quedé frente a él para que pudiera admirarme sólo con mis botas de tacón de aguja y puntera abierta de Gianvito Rossi, un modelo en cuero metalizado y plexiglás transparente, acordonado por delante y tachonado con motas doradas.

—¿Tienes idea de lo que le estás haciendo a mi mente en este momento en el que te veo así, tan comestible?

—Mirando tu bragueta, puedo hacérmela.

Lo vi dar la vuelta a su escritorio y entonces caminé sensualmente hasta él y me senté donde me indicó. Al instante abrí todo lo que pude las piernas, y no se me escapó el gemido que ahogó en su garganta cuando lo hice. Seguidamente, Spencer cogió la silla que estaba a su lado y se sentó frente a mí para que su boca quedara a una altura cómoda. Se relamió al mirar mi coño expuesto, y a continuación inclinó la cabeza para empezar a saborearme; tras pasar varias veces su lengua por

mi entrada, se apartó para ver mi vulva brillante por su saliva, y me abrió los labios de la vagina, admirando mi rosado interior.

Volvió a inclinarse y esta vez sorbió, lamió y mordió cada pliegue, hasta que sintió cómo me tensaba. Indefensa, me aferré a su pelo mientras pugnaba por cerrar las piernas, ante la necesidad de mantenerlo ahí. Estoy segura de que también percibió mi temblor cuando forzó con sus manos para abrirme los muslos, y entonces continuó sorbiendo, lamiendo y mordiendo hasta que saboreó en su boca toda mi corrida. Posteriormente se puso de pie, apartó la silla en la que había estado sentado y sus manos fueron directas al botón de su pantalón, para quitárselo.

—No —dije con la voz cargada de gula—. Lo quiero muy sucio, y en mi fantasía tú estás completamente vestido, sólo con tu polla saliendo por la abertura de tu bragueta.

—Maldición, creo que mi precum ha empezado a derramarse con tus palabras.

Spencer volvió a abotonarse el pantalón y sólo abrió su bragueta para sacar su miembro, tal y como le había pedido que hiciera. Luego buscó en su bolsillo, sacó un condón, rasgó el envoltorio y lo hizo resbalar por su vasta longitud. Inmediatamente, me cogió por las caderas y dirigió su ancho glande a mi entrada sin que tuviera tiempo para que pudiera asimilar la intrusión, puesto que Spen tenía un tamaño que siempre había que asimilar, y deslizó su carne, enterrándose muy profundo en mí.

Percibí en su expresión el intento descomunal que estaba haciendo para mantener su autocontrol. Cogiéndome por el pelo, lo enrolló en su mano sin soltarme de la cadera y, tirando mi cabeza hacia atrás, comenzó a bombear dentro y fuera de mí.

—¿Es así cómo lo querías?

—Sí, así mismo. Creo que me he vuelto adicta a ti, ¿qué me has hecho?

—Sabes bien lo que he hecho contigo, porque es exactamente lo mismo que tú has hecho conmigo —habló sin dejar de moverse—. Me tienes totalmente enamorado —aseguró, enterrándose más hondo y más violentamente aún.

Quise envolver su cintura con mis piernas, pero no me lo permitió; él también se había vuelto codicioso y me quería totalmente abierta, así que lo complacé. Me mordí el labio inferior y él cayó con su boca sobre mí para hacer lo mismo; luego su lengua se metió en mi boca y succionó la mía; nada me había preparado para que mis sentidos se empezaran a sentir tan devastados por el placer, así que cerré los ojos, intentando encontrar la cordura que él me hacía perder con cada empuje, sólo hasta que oí su voz.

—No, ábrelos; quiero que nos miremos a los ojos cuando nos corramos, y quiero, además, que hagamos algo para que podamos follar sin esta mierda de goma que me impide sentirte a pelo como de verdad quiero hacer; anticonceptivos y pruebas ETS <sup>1</sup> cuanto antes, cariño.

Gimoteamos y nos estremecemos ante el renovado deseo que él acababa de plantear, y asentí, y de inmediato el orgasmo nos consumió, dominando todo nuestro cuerpo.

Nos quedamos abrazados; la música pulsaba fuera tanto como nuestro corazón. Sin salir de mí, buscó mi mirada y me dijo:

—Te amo, Chiara. No sé si fue antes de tenerte o después, pero te amo.  
—Yo creo que lo hago desde el primer día que te vi.

\* \* \*

De regreso en su casa, ya estábamos en la cama y me puse a revisar mi móvil. Había dos llamadas perdidas de mi madre y también un texto de mi padre que borré sin leer. Todavía no tenía ganas de hablar ni saber de ninguno de ellos. Mi mala leche cuando recordaba el mal momento que nos hicieron pasar volvía a acrecentarse de manera inmensa. Sin embargo, cuando estaba a punto de dejar mi teléfono sobre la mesita de noche, decidí que le enviaría un texto a mi padre.

Quiero que me quites de encima a tus soplones si pretendes que alguna vez vuelva a hablar con vosotros. Si no lo haces, en vez de haber perdido a un hijo, habréis perdido a dos. Además, id pensando que tendréis que aceptar, os guste o no, a Spencer, porque, como habréis visto, ninguna de vuestras groserías ha conseguido que me aparte de él.

Ah, y por si os interesa saberlo, estoy enamorada y él me hace muy feliz.

Una sola cosa más: no permitiré que nunca volváis a dirigir mi vida. Como habréis visto, también, ya casi no uso la residencia de Battery Park; estoy buscando apartamento al que mudarme.

Y no me llaméis, porque no voy a contestaros hasta que no os disculpéis, los dos, con mi novio. No es a mí a quien le debéis una disculpa, sino a él.

—¿Pasa algo? —me preguntó Spen cuando salió de darse una ducha.  
—No, nada.  
—¿Seguro? Tu cara no dice eso.  
—Le acabo de escribir un mensaje a mi padre y me he puesto de mal humor. Le he exigido que me quite a los escoltas de encima.  
—Deberías pensar en hablar con ellos; tal vez un fin de semana podrías ir a pasarlo a Grosse Pointe Shores, a tu casa, y arreglar las cosas; no quiero que estés distanciada de tus padres.  
—¿Tú vendrías conmigo?  
—Creo que no, ya que no sería bienvenido.  
—Entonces yo tampoco iré, y comprendo que no quieras acompañarme; eso mismo le estaba pidiendo a mi padre, que se disculpen contigo.  
—No es necesario, y tampoco quiero que discutas más con ellos por mi causa; sólo quiero que soluciones las cosas con tus padres, tú y ellos, olvídate de mí.  
—Eso es imposible.

## Treinta y cuatro

### CHIARA

Cuando obtuve mi título de diseñadora de interiores decidí perfeccionarme e hice un máster en decoración y ambientación, para que mi formación fuera más completa, razón por la cual, en muchos de los trabajos que cogía, también era la encargada de adquirir los muebles, para lograr que el proyecto tuviera un acabado impecable, con todos los detalles que el cliente esperaba conseguir, para que el lugar quedara acorde a lo imaginado.

Por tal motivo, esa mañana me tocó ir a buscar unas sillas inglesas de estilo neoclásico y otras de estilo Windsor que estaban a la venta en un anticuario en el Upper East Side y que eran perfectas para el proyecto del restaurante en el que estaba trabajando en ese mismo barrio, puesto que combinaban el estilo del viejo mundo con el neoyorquino de los años treinta, que era el que estábamos utilizando.

Al salir de allí, estaba pletórica por haber adquirido no sólo las sillas, sino también unas mesas con patas estilo regencia, que acababan de llegar y que completaban el proyecto; así que, con la cabeza en cualquier parte, entré en el aparcamiento, que estaba pegadito al negocio de antigüedades, dispuesta a coger mi coche y marcharme de allí. Por suerte, antes siquiera de arrancar el motor, me percaté de que no podía irme, puesto que había solicitado un turno a través de la aplicación del móvil con un ginecólogo en el New York Presbyterian/Weill Cornell Medical Center, cuya consulta quedaba a tan sólo unas dos manzanas de donde me encontraba. Apresurándome para no perder ni un minuto más, dejé el vehículo en el parking y caminé hasta allí.

Apenas entré en el centro médico, registré mi entrada a través de la aplicación y luego caminé hacia el ascensor, para dirigirme al piso que me acababan de indicar.

—¿Spen? ¿Qué haces aquí?

### SPENCER

Chiara me miró con asombro, dedicándome una sonrisa tierna y auténtica al encontrarme allí, y resultaba evidente que no tenía ni la más puta idea de las náuseas que se me arremolinaron en el estómago apenas la vi.

Pugné por mostrarme muy natural, intentando enmascarar en un beso rápido y en un abrazo los profundos secretos sombríos que me traían hasta allí.

—¿Y tú? ¿A qué has venido? —Contestar con otra pregunta siempre es una buena distracción a

la hora de ganar tiempo, así que fue la treta que empleé.

—Es que... —me sonrió con astucia—... ayer recordé tu petición de la otra noche en el Provocateur, durante nuestra incursión en el sexo sucio y duro sobre el escritorio, y he venido a la consulta de un ginecólogo para que me recomiende algún método anticonceptivo... ya sabes, y para los análisis ETS, para que no tengas que continuar usando los condones.

—Ven aquí.

La aplasté contra mi pecho y besé su coronilla. Ella se aferró a mi cintura y se acurrucó contra mi pecho.

—Quería darte la sorpresa.

—Pues hemos tenido el mismo pensamiento. He venido a hacerme esas malditas pruebas también, pero he confundido el día, así que no me las han podido hacer.

La excusa encajó perfectamente, y no tenía dudas de que no había manera en el mundo de que Chiara creyera que la razón de mi presencia allí fuese otra.

—¿Tienes prisa? ¿Quieres acompañarme?

Demasiados médicos me conocían en ese lugar después de tantos años de ir semana tras semana allí como para arriesgarme a cruzarme con alguno que pudiera saludarme, así que pensé en una excusa rápida y la solté.

—Lo siento, pero no puedo. Tengo que ir a hacer unos trámites al banco y, luego, las liquidaciones de los sueldos de los empleados para hacer los depósitos a tiempo, y voy algo retrasado con eso.

—Claro, descuida, sólo ha sido una pregunta sin compromiso. Por supuesto que lo entiendo. ¿Cuándo tienes que volver?

Fruncí el ceño ante su pregunta.

—Por los exámenes de detección de ETS.

—Ah..., la semana que viene.

—Vale, pues sí que has confundido la fecha. ¿No usas la aplicación en tu móvil? Es muy práctica, te avisa de los turnos e incluso abonas la factura desde ella, además de anunciarte en recepción cuando llegas por ahí mismo.

—Luego me explicas cómo funciona eso.

—Ok. Te dejo o la que perderá la cita seré yo.

## CHIARA

Eran las ocho de la noche y estaba sentada en el sofá de la sala en casa de Spencer, con *Stripes* en mi regazo, acariciándolo detrás de las orejas mientras bebía una copa de un pinot gris que acababa de descorchar. Era un poco tarde, así que tecleé un mensaje para Spen para saber si quería que pidiera comida fuera. Sabía que él era anticomida para llevar, pero, considerando la hora que era, parecía una buena solución.

*Stripes* parecía inquieta; no lograba hallar una posición y quedarse acurrucada; trepaba por mi

brazo, me olía el cuello y luego bajaba y lamía mi suéter.

—¿Qué ocurre? ¿Percibes el olor de *Ámbar* en mi ropa? ¿Es eso lo que olfateas?

Después del trabajo había pasado por mi casa para alimentar a mi gata y recoger algunas cosas para mí, como cada día, y la verdad es que me partió el corazón tener que dejarla sola, pero, considerando que Spencer había adoptado a esa gatita y que sus dueños no habían aparecido, no le podía pedir traer de vez en cuando a *Ámbar* conmigo; era cierto que a él parecían gustarle los gatos, pero dos en la casa tal vez serían demasiados, y no me veía tomándome ese atrevimiento...; ésa era su casa, no la mía.

## SPENCER

Estaba de mal humor y totalmente acojonado y cabreado desde el encuentro de esa mañana con Chiara en el hospital. La forma en la que le había mentido ardía en mi garganta, y eso era quedarse corto para describir cómo me sentía en realidad.

La verdadera razón por la que yo iba ahí cada semana era una de las cosas que más me había inducido a mantenerme cauteloso a la hora de avanzar en esa relación. Yo sabía que la cruz que cargaba en mis espaldas no era fácil de arrastrar para nadie, lo mismo que Anne; ella no tenía la culpa de nada, y no había manera de que me alejara de ella.

Pero, teniendo en cuenta que ese día la caja de Pandora casi se había abierto por completo, necesitaba decidir qué hacer.

Mi teléfono sonó con un mensaje de Chiara, y eso sólo hizo que me sintiera más miserable y frustrado cuando lo leí. Ella me estaba esperando en casa, y yo allí, escondido en mi madriguera, sin saber cómo seguir.

Hola, cariño. Estaba a punto de llamarte. Hay tres empleados enfermos, así que me quedaré hasta más tarde, para echar una mano aquí.

Pide algo de cenar para ti, yo no sé a qué hora llegaré.

Si quieres, puedo ir y ver en qué puedo colaborar.

Quédate descansando. Créeme, no es algo en lo que puedas ayudar. Esperaré a ver la cantidad de gente que viene hoy y, si compruebo que se pueden arreglar aun con las bajas, me iré a casa.

¿No vas a preguntarme cómo me ha ido esta mañana? 😊

Por supuesto, ahora mismo iba a hacerlo. ¿Todo bien en el trabajo?

¿Qué te ocurre, Spen? 😊 No hablaba del trabajo, sino de la visita al médico.

Estaba bromeando. 😊

Ésa fue mi réplica, para que no quedara al descubierto que tenía la cabeza en cualquier otro lado.

¿Ya tienes tu método anticonceptivo?

Eres un tonto, creí que ya no estabas interesado. 😞

Nada más lejos de la realidad. Vale, ¿lo tienes?

En realidad, no. 😞 El doctor me ha pedido que me haga unos análisis para determinar adecuadamente cuál es el mejor método para mí. Además, le he solicitado que me haga exámenes de ETS y, de paso, hemos hecho el control ginecológico que me tocaba dentro de un mes, así no tengo que regresar a verlo, salvo que algo no salga bien, hasta dentro de una semana... cuando tendré los resultados. Éstos los podré bajar a través de la aplicación de móvil del hospital, y por ese medio me comunicaré con el ginecólogo para que me prescriba los anticonceptivos.

Perfecto, sólo habrá una semana de diferencia con los míos. No es tanto.

Chiara, voy a echar una mano aquí, así tal vez pueda regresar temprano. Te amo, nena. 🥰🥰🥰

Y yo a ti. Procura no volver muy tarde, seguro que me costará horrores dormirme sin ti a mi lado. 🥰🥰🥰

Sin duda ése había sido el peor día desde que estaba con ella, e incluso sentía que, cada maldita cicatriz que había empezado a sanar, se había abierto nuevamente en mi piel.

Con tanto darle vueltas a las cosas en mi cabeza, sólo provoqué que cada jodido recuerdo regresara del pasado y en ese momento parecía que no había manera de alejarlos.

Necesitaba hacerme los análisis esos de ETS yo también; le había mentido a Chiara, y sólo Dios sabía cuánto me pesaba haberlo hecho; no quería eso para nosotros, pero tenía tanto miedo de que se asustara y me dejara que parecía no tener otra opción.

Estaba tan desencajado que no reunía el valor para irme a casa; así mismo, también temía que, tras haber removido tantas cosas en mi interior, las pesadillas de la noche del choque regresaran. Yo siempre había sido muy hermético con mi vida privada; durante una temporada, cuando hacía poco que todo había pasado, muchos me preguntaban, pero después el tiempo empezó a pasar y dejaron de hacerlo, tal vez asumiendo que yo lo había superado... o, en realidad, creo que eso fue lo que me empeñé que creyeran. De lo que nunca le había hablado a nadie era de Anne, así que nadie sabía de su existencia.

Finalmente, esa noche regresé a casa ya de madrugada. No niego que fue un movimiento cobarde inventar que mis empleados habían faltado y que por eso me tenía que quedar; lo había

hecho deliberadamente, para asegurarme de encontrarla durmiendo cuando volviera y no tener que mirarla a los ojos y enfrentarme con la realidad de que podía perderla.

Al llegar, me di una ducha rápida en otro de los baños de la casa, para que el ruido del agua no la despertara, y luego, sigilosamente, me acosté a su lado.

## Treinta y cinco

SPENCER

Con el correr de los días, todo volvió a aquietarse dentro de mí, y resolví que, ya que la caja de Pandora se había vuelto a cerrar, así la dejaría. Consideraba que ella no tenía por qué sobrellevar algo que no le incumbía a nadie más que a mí, así que decidí dejarlo todo entre nosotros como estaba, puesto que no tenía ningún sentido arriesgar lo que estábamos construyendo.

Acurrucados en la cama después de hacer el amor, le acariciaba la espalda mientras disfrutaba de la serenidad que tenerla contra mi piel desnuda me causaba, y entonces Chiara levantó la cabeza para encontrar mis ojos.

—¿Sabes? Estaba pensando que, aunque no fue en los mejores términos, tú ya conoces a mis padres, pero yo no a los tuyos, y, si no te importa, me gustaría que me los presentaras.

—Claro, ¿por qué no? Perdona por no haberlo sugerido antes; no es que me estuviera haciendo el tonto, simplemente no se me había ocurrido. Mañana iré a verlos para hablar con ellos de ir pronto a su casa.

—Si no te parece bien, puedo esperar. Tal vez estás accediendo sólo porque te lo he pedido, y no tiene por qué ser ya mismo.

—Chiara, si no quisiera llevarte a conocerlos, buscaría una excusa. Soy yo quien se disculpa. Te lo repito, no se me había ocurrido, supongo que porque, cuando regreso a casa, sólo lo hago con la idea de estar a solas contigo. Se trata de que me vuelvo egoísta y te quiero sólo para mí. Incluso se me hacen tediosas las noches que cenamos con nuestros amigos, ya que en lo único que pienso es en que pase el tiempo rápidamente para volver a nuestra burbuja.

\* \* \*

—Hola, cariño. ¡Qué sorpresa tú por aquí!

Al día siguiente mis padres se asombraron cuando me vieron llegar a casa, y más a esa hora, cuando se suponía que ya estaba en el *nightclub*, preparándolo todo para abrir. Ambos estaban en el comedor de la cocina, cenando; tenían la costumbre de hacerlo bastante temprano. Él tomaba una sopa, mientras que mi madre comía una ensalada.

Los saludé y me senté junto a ellos. Ella, de inmediato, insistió y me puso un plato para servirme un poco de sopa que había quedado en la olla; no quise que sintiera que la despreciaba, así que acepté.

—He pasado para hablar con vosotros acerca de cuándo puedo venir a cenar con mi novia, me

gustaría que la conocierais.

Mi padre se quedó con la cuchara a medio camino de su boca y se quitó las gafas para refregarse los ojos. Mi madre se me quedó mirando sin decir nada. Era evidente que no se esperaban lo que acababa de decirles, porque no pudieron disimular lo perplejos que se sentían.

—Llamaré a mi hermana para saber cuándo le va bien, pues me gustaría que estuviéramos todos.

—No es una broma, ¿verdad?

—No, mamá, por supuesto que no. Ella quiere conoceros y yo también deseo que vosotros lo hagáis. Mi novia se llama Chiara Delevigne; es una chica perteneciente a una familia adinerada, su padre es un alto ejecutivo de General Motors, pero ella es muy sencilla, ya lo comprobaréis cuando la conozcáis... Sólo os lo digo porque, cuando hubiese surgido la conversación, me hubieseis dicho que por qué no os había avisado. Estoy seguro de que querrás sacar tu vajilla especial y esas cosas, aunque no es necesario nada que salga de lo habitual. Chiara es amiga de las mujeres de Luka, Drake y Maverick, así fue cómo nos conocimos.

—¡Oh, Dios! No me digas que acostumbra a comer con muchos cubiertos, porque hace tanto que no uso la vajilla de la abuela que no sé en qué estado estará.

—Mamá —le cogí una mano y se la besé—, Chiara no tendría problema alguno en comer en el plato del perro. Créeme, no te hagas una falsa idea... Sólo quería que supierais de dónde procede, pero que eso no os condicione a sentiros incómodos. Es tan sencilla como nosotros. Te gustará. Vuelvo a repetirlo: te aviso porque sé que querrás estar lista para recibirla, y no quiero que luego te enfades conmigo por no haberte dado la oportunidad de estar preparada como te gustaría.

—Imagino que es alguien importante para ti. Si no, no la traerías.

—Lo es, papá. Esa noche que estuve aquí sirvió para que me decidiera y la dejara entrar en mi corazón..., aunque realmente creo que ella ya estaba instalada ahí, sólo que me resistía a aceptarlo.

»Una cosa más: no quiero que hablemos de nada del pasado durante la cena. Ella es mi presente y no sabe ni una palabra de Roxanne, ni que estuve a punto de casarme, no sabe nada... Así que, por favor, conversemos de cualquier cosa menos de eso.

—Como tú quieras, pero a mí me parece que...

—Greathel —mi padre palmeó la mano de mi madre—, respetemos lo que él desea; tendrá sus motivos.

—Mis motivos no son otros más que vivir mi presente con Chiara. No quiero que mi pasado se entrometa en nuestra relación, deseo mantener el resto aislado.

—Si a ti te parece que puedes compartimentarlo..., pero yo creo... y no me hagas callar —le advirtió a mi padre—... que una relación se robustece sobre la verdad. No tengo ni idea de cómo vas a hacer esto de mantenerla a tu lado sin que ella sepa que tu pasado aún sigue siendo tu presente. ¿Cuánto tiempo más vas a dejar que lo que ocurrió moldee tu felicidad?

—Mis problemas son míos; no quiero que ella cargue con ellos, no sería justo. Y en cuanto a

mi felicidad, créeme que, después de muchos años, estoy siendo realmente feliz. Ella me está devolviendo, poco a poco, la confianza que una vez perdí y, además, ha hecho que mi corazón se ablandara nuevamente.

—Pues si es así, y ella es tan importante para ti como dices..., ¿te parece justo que le mientas? Tú mejor que nadie sabes el dolor que causan las mentiras.

—Bueno, mamá, si no queréis apoyarme, tal vez entonces lo mejor será que no vengamos.

—Hijo, quiero entenderte —dijo finalmente mi padre—, pero, con franqueza, a mí también me cuesta hacerlo; sin embargo, quédate tranquilo, las cosas se harán como tú deseas. Me hace feliz que estés intentando abrir tu corazón. En cuanto a tu hermana, está en París, ¿no lo sabías?

—Joder, creía que ya había vuelto.

—Decidió alargar su estancia allí. Llamó diciendo que no sabía cuándo regresaría, porque va a realizar un nuevo curso de diseño de moda.

—Ok. Mamá, entonces, ¿tú también me apoyas en mis decisiones?

—Los padres estamos para eso y, aunque no comparta tus pensamientos, lo haré, por supuesto. De todas formas, como tu madre, me toca decirte lo que no quieres oír. Siempre lo haré.

Asentí, pero permanecí inamovible en mi decisión.

—En ese caso, ¿os parece bien que vengamos mañana viernes?

—Me parece perfecto —dijo mi madre.

—Por supuesto, hijo —contestó mi padre.

## CHIARA

Mi madre había descubierto recientemente a una diseñadora española y, cuando estuvo en Málaga, me trajo algunos trajes que eran mi caballito de batalla para esas ocasiones especiales en las que quería seguir pareciendo austera pero elegante. El estilo era de líneas sencillas y sin estridencias, así que busqué en mi armario, convencida de que alguno sería apropiado para ir a conocer a los padres de Spencer. Finalmente me decanté por un traje que constaba de un vestido sin mangas, con el talle en blanco y la falda lápiz en negro, muy del estilo Jackie Kennedy, que hacía juego con una chaqueta recta con mangas francesas, en un género de brocado que, aunque era suntuoso, no parecía para nada recargado.

Ese día había salido temprano de la empresa, ya que los viernes teníamos hora feliz y era a las cuatro, así que pasé por casa, recogí la ropa que me iba a poner, cargué dos o tres opciones de zapatos y me fui a casa de Spen. Cuando estaba saliendo, mi gata me miró con ojos tristes, y se me partió el corazón al tener que volver a dejarla sola, así que me incliné, le acaricié la cabeza y le prometí:

—Pronto le buscaré una solución a tu soledad; no es justo que pases todo el tiempo sin compañía.

Mientras me terminaba de preparar, me di cuenta de que tenía el estómago anudado. No sabía demasiado del señor y la señora Vanderbilt, y Spen a veces era muy parco a la hora de dar información; sólo me había dicho que ambos habían sido profesores, pero nada más.

Ya estaba vestida y peinada, sólo restaba que me maquillara, cuando oí el sonido del ascensor.

—Guau —dijo él tan pronto como entró en el baño del dormitorio principal y se me quedó mirando a través del espejo.

Me giré y estiré los labios para que me besara. Luego le pregunté:

—¿Te parece que este vestido es demasiado solemne?

—Entre tú y mi madre, hoy me volveréis loco. Ella no ha parado de enviarme mensajes a lo largo de todo el día para preguntarme que cuál vajilla me parecía mejor, que si era preferible preparar carne de res o de pollo... Luego me ha llamado para saber cuál era tu postre favorito. Después, me ha escrito diciéndome que quería que convenciera a papá para que se pusiera corbata. Y ahora tú quieres que me convierta en un experto en moda. Te diré lo mismo que le he dicho a ella: sólo sé tú misma, ellos estarán bien con eso, porque estoy seguro de que no hay nada que les pueda desagradar de ti.

—Oh, Dios, harás que tenga que empezar de nuevo con mi maquillaje, pues tus palabras han logrado emocionarme. Estoy tan nerviosa... No quiero fallarte.

—No lo harás, no hay ninguna posibilidad de que eso ocurra. Ahora, dame un beso antes de que te pintes los labios. —Cuando abandonó mi boca, añadió—: Chiara, estás perfecta y hermosa como siempre. Me voy a dar una ducha.

Él era un hombre práctico, así que no tardó en salir del baño. Lo vi pasar hacia el vestidor y caminé tras de él; me pareció que no me había visto, así que me quedé observándolo apoyada en la jamba de la puerta, mientras bebía un poco de vino y me lo comía con los ojos. A veces me asombraba lo mucho que él me atraía; era como si jamás fuera a cansarme de admirarlo. Disfrutaba viéndolo desnudo, desaliñado o vestido con el mejor traje a medida, no había forma de que ese hombre no me chiflara.

En ese momento, la vista que tenía era una más que apetecible. Llevaba solamente una toalla enroscada en sus caderas y las gotas de agua se deslizaban por su espalda mientras buscaba la ropa que se iba a poner. Tuve la tentación de acercarme a lamer esas gotas de agua, pero debía comportarme; estábamos a punto de salir hacia la casa de sus padres, así que la diversión tendría que esperar para cuando regresáramos.

Parecía muy concentrado haciendo su elección, hasta que finalmente sacó una camisa blanca de vestir, de cuello italiano, y luego optó por un traje azul noche de corte *slim*.

—¿Quieres un poco de vino?

—Joder, me has asustado.

—Me he servido una copa del que abrimos ayer... Bah, en realidad es la segunda; necesito que el vino aplaque un poco mis nervios.

—No había oído que estabas ahí.

—Es que estaba deleitándome mientras miraba tu espalda y tus nalgas pegadas a la toalla húmeda, así que no quería hacer ruido.

Él extendió la mano para coger la copa que le ofrecía y, con la otra, disimuladamente dejó caer la toalla que cubría sus apetecibles partes íntimas.

—Eso no es justo.

—Creía que querías ver.

—Pero estamos a punto de salir para la casa de tus padres, y yo ya estoy lista y peinada; no puedo llegar con aspecto de recién follada, ¿qué pensarían tus padres de mí?

Spencer se carcajeó.

—Cariño, si lo que necesitas es que te eche un polvo rápido para que te calmes, lo haré..., siempre será mejor opción que llegar ebria. Ellos no tendrían modo de saber que te había follado antes de salir.

—Yo lo sabría, y eso me pondría más nerviosa aún, porque imaginaría que lo estarían leyendo en mi cara.

—Pues, en ese caso, déjame vestir, así nos iremos rápido de aquí... y no te follaré ni te emborracharás.

Al cabo de unos minutos, salió del vestidor y me encontró sentada en la cama.

—Ya estoy listo. ¿Nos vamos?

Lo miré y creo que un gemido escapó del fondo de mi garganta. Estaba increíblemente guapo. Resultaba obvio que se había vestido acorde con la ocasión que significaba presentarme a sus padres y eso me hacía feliz, pero no por lo superficial que podía significar un atuendo en sí, sino porque era evidente que el momento era tan importante para él como para mí.

—¿Qué?

—Nada, sólo que te ves muy guapo.

Me guiñó un ojo.

—Gracias. Ahora mejor vamos saliendo. Mi madre me acaba de enviar un mensaje diciendo que nos están esperando.

—No podemos.

—¿Cómo que no podemos? Y, ahora, ¿qué pasa?

Miré mis pies descalzos.

—Soy incapaz de decidir qué zapatos ponerme; puedo probarme varios y tú me dices los que mejor quedan.

—Ok, elegiré los que más me gusten para follarte luego sólo con ellos puestos cuando volvamos.

—Spencer..., se supone que debes elegir los que mejor queden con el vestido.

—Está bien, haré el esfuerzo. Ponte esas bombas blancas de tacón de aguja y suela roja.

\* \* \*

Cruzamos el puente de Manhattan dirigiéndonos hacia Brooklyn, y noté que empezamos a ir hacia el oeste.

—¿Dónde queda tu casa?

Él bajó la mano y me acarició la rodilla antes de contestarme. Se trataba de una caricia íntima, pero también tranquilizadora; su toque era lo que necesitaba para saber que todo iría bien, que estaba junto a mí.

—Ya casi hemos llegado; es en el distrito histórico de Park Slope.

—¡Oh, Dios! No me digas que creciste ahí, adoro la arquitectura de ese barrio. Es uno de los más bonitos de Brooklyn.

—Coincido contigo. Es un barrio muy pintoresco. Mi casa es una construcción de 1910, que obviamente ha sido restaurada varias veces, y está a tan sólo unos pocos metros de Prospect Park, que, como bien sabes, es el segundo parque más grande de Nueva York, por detrás de Central Park. Bien, basta de charla, aquí es —anunció mientras aparcaba al lado del bordillo.

—Oh, madre mía, ya me he enamorado de tu casa —declaré mirando por la ventanilla mientras me quitaba el cinturón de seguridad y me quedaba embobada contemplando la fachada de la clásica casa de piedra rojiza, con su escalinata y ventanales redondeados, así como adornos y columnas de terracota.

Spencer me tendió la mano para que bajase del coche, y yo continué admirando la arquitectura de la vivienda y el barrio en sí; era una calle de árboles frondosos y en la que se respiraba un fresco aire de paz.

Cogió mi mano con fuerza y la besó, invitándome a que caminara junto a él. Utilizó su propia llave para entrar; no obstante, antes de que lo hiciéramos, tocó el timbre.

Accedimos a un recibidor con suelo de mármol que desembocaba en una imponente escalera de caoba, donde el suelo cambiaba a un parquet elaborado con un diseño espigado.

Indudablemente, en la casa abundaban detalles de la época de su construcción, tanto en el exterior como en el interior.

—Oh, ya habéis llegado. Pasad, pasad.

Nos recibió una mujer rubia con el mismo tono de piel que Spencer. Llevaba el pelo liso, hasta el hombro, con algunos reflejos, y estaba ataviada de forma muy sobria, con un vestido negro recto, de mangas francesas y escote barco, y unos zapatos de tacón en charol bordó, con pulsera en el tobillo.

—Chiara, te presento a mi madre, Greathel Vanderbilt. Mamá, ella es Chiara Delevigne, mi novia.

—Es un placer, señora Vanderbilt.

—Oh, llámame Greathel a secas, y tutéame. El placer es mío por tenerte en casa. Realmente eres preciosa.

—Muchas gracias. Tú también lo eres, Greathel.

—Perdona que parezca eufórica, pero la noticia de que Spen venía contigo nos tomó por sorpresa. —Spencer abrazó a su madre—. Dejadme veros; ambos estáis guapísimos. Por fin te veo vestido con pulcritud, hijo.

—Mamá...

—¿Qué? Si es cierto, ¿acaso no parece siempre recién levantado de la cama?

Me carcajeé.

—Un poquito. De todas maneras, aunque no es un estilo tan formal como el que trae hoy, cuando está en el *nightclub* siempre tiene un aspecto casual y elegante.

—Si tú lo dices, te creo, porque aquí siempre viene con esos vaqueros todos agujereados que ahora usan tanto los jóvenes.

—Greathel, entiendo que te guste verlo arreglado, pero ahí disiento contigo. Esos vaqueros... —me acerqué al oído de su madre, hablándole con complicidad—... lo hacen ver muy sexy.

Ambas nos carcajearnos.

—Ok, para gustos, los colores, pero entiendo a lo que te refieres.

—¿Y papá?

—Está en la cocina. Ha querido preparar unas copas para cuando llegaseis.

—¿Aún los tienes aquí de pie? ¿Por qué no los dejas entrar, mujer?

» Obviamente, tú eres Chiara. Me presento: soy Greg, el padre de Spen.

—Buenas noches, señor Greg.

—No, no, sólo Greg. Si me llamas señor, me recuerdas a los alumnos del conservatorio que están todo el día con el «señor» en la boca pidiendo cosas.

—¿Es que soy invisible? No me has saludado, papá.

—Bah, no eres la persona importante hoy, pero ven que te dé un abrazo.

Greathel me tomó por la cintura y me invitó a que la acompañara. Por suerte el nudo en mi estómago se había disuelto, y ya los nervios habían empezado a pasar al ver lo simpáticos y sociables que eran los padres de Spen.

—Creo que acabo de darme cuenta de que tu hijo ha heredado todos tus rasgos.

—Oh, gracias, aunque la nariz es de su padre —dijo tocando la suya con la punta del dedo—: La mía tiene la punta más caída.

Entramos en la sala y Spencer me ayudó a que me quitara el abrigo. Greathel, inmediatamente, lo cogió, junto con mi *clutch*, y fue a dejarlo en alguna parte. El señor Vanderbilt había desaparecido, así que nos quedamos solos. Spen cogió mi mano; estábamos sentados en la sala, donde había un piano de cola junto al ventanal redondo que daba a la calle.

—¿Ya estás más tranquila?

—Sí, ya todo ha pasado. Tus padres son muy majos los dos. Creo que estaba un poco asustada por lo que pasó con los míos, pero resulta más que obvio que no hay otros como ellos.

Él me acarició el hombro y en ese instante Greathel entró.

—Adoro tu *clutch* de acrílico. Es precioso, Chiara.

—Oh, ahora que mencionas mi bolso, acabo de recordar que te he traído un obsequio de Edie Parker, la diseñadora del *clutch*, pero he olvidado la bolsa en el asiento trasero del SUV. ¿Podrías traerla, cariño?

Toqué la mejilla de Spencer y él besó mi mano y luego se levantó para ir a buscar el regalo.

—No tenías por qué traer nada, Chiara.

—Es sólo un detalle. En realidad no es nada personal, sino algo para la casa, porque la diseñadora también tiene creaciones de ese tipo, además de bolsos.

—Toma, nena, aquí tienes.

Spencer me alcanzó la bolsa de regalo y se la entregué a su madre, quien de inmediato abrió el obsequio.

—Pero qué cosa más chula estos posavasos de acrílico. Son preciosos. Muchas gracias.

—Aquí estoy. Traigo unos Cosmopolitan de frambuesa —anunció Greg.

Nos sentamos en la sala a conversar mientras duró el cóctel... Lo normal, ellos querían saber un poco más de mí. Sabiendo cómo era Spencer de reservado, no me extrañó que ni siquiera supieran a lo que me dedicaba.

—Y vosotros sois profesores...

—Ya no impartimos clases, eso era cuando estábamos en Juilliard<sup>1</sup> —me explicó Greg.

—Ahí nos conocimos —acotó Greathel—. Ya éramos amigos, pero yo estaba recién casada con el padre de Charlie, la hermana de Spen.

—La *personal shopper* de Luka y Nicole.

—Sí, ella, cariño —me confirmó Spencer.

—¿La conoces?

—No, Greathel, pero sé que es su asesora de imagen, y que se ocupa facilitándoles la tarea de no tener que salir de compras. Ellos llevan realmente una vida muy ardua, con reuniones aquí y allá, galas benéficas todo el tiempo, viajes... A veces no sé cómo se lo hacen para que el día les alcance, y encima ocuparse de la familia.

—Conozco a Luka. Sé que, cuando murió su padre, le tocó ponerse la empresa familiar al hombro. Es un gran chico; todos los amigos de mi Spen lo son.

Asentí.

—En fin, me estabais hablando de Juilliard... —indiqué, retomando la conversación.

—Cierto —confirmó Greg—. La cuestión es que Greathel enviudó muy joven. Charlie tenía apenas unos meses, y en esa época yo la veía tan agobiada entre el trabajo y la niña... y empecé a ser algo así como su confidente. Ella me usaba para descargarse contándome sus cosas y nos fuimos acercando cada vez más... y, cuando quisimos darnos cuenta, una cosa llevó a la otra y terminamos juntos, y casándonos cuando quedó embarazada de Spencer.

—Lamento lo triste que debió ser la etapa de en medio, cuando te quedaste sola con Charlie, pero la vuestra es una bonita historia de amor.

—Y Charlie y él se quieren como si de verdad fueran de la misma sangre —comentó Spencer, que se había mantenido en silencio—. Eso es lo principal de la historia: él no sólo fue mi padre biológico, también fue el padre que mi hermana había perdido.

—A veces la llamada del corazón es más fuerte que la de la sangre. Para mí los dos son iguales —afirmó Greg—. Lo único que no viví junto a Charlie fue el momento del parto.

—¿Quién toca el piano? —pregunté cuando nos pusimos de pie para ir hacia el comedor.

—Mi madre es una gran concertista y profesora de piano.

—Oh, claro, por eso tu trabajo en Juilliard.

—Y yo soy trombonista.

—Un consumado trombonista de jazz y de soul; fue músico de Paul Anka y de Marvin Gaye.

—¡Qué emocionante! Ahora entiendo por qué la música ocupa una parte tan importante en la vida de Spen. Él todo el día está escuchando alguna canción, incluso una vez lo pillé con música clásica.

—Ya sé a qué día te refieres. Estaba escuchando un solo que hizo mi madre en el Caroline H. Hume Concert Hall, el conservatorio de San Francisco. Era el Opus 84 de Egmont, la obertura de Beethoven.

—Uff, ese día fue muy emocionante para toda la familia —recordó Greg.

—¿Y ahora ya no dais ninguna clase?

—Ambos tenemos cargos en la dirección del conservatorio de música de Brooklyn. Yo soy el director de música comunitaria del lugar; en mi departamento se organizan talleres para gente de pocos recursos, utilizando la música como una herramienta para construir una comunidad con identidad y cultura, inculcando la importancia de trabajar en equipo.

—Y yo —Greathel se tocó el pecho—, técnicamente, soy su jefa, porque soy la directora musical del conservatorio.

—O sea que... quien lleva los pantalones fuera de casa es ella.

—Y aquí también —acotó Greg, resignado, encogiéndose de hombros.

—Pero nuestro hijo no sólo oye música, pues tocaba muy bien la guitarra.

—No exageres, mamá, nunca fui tan bueno.

—¿Y por qué ya no tocas? Es más, creo que ni siquiera tienes una en tu casa.

## SPENCER

Quería asesinar a mi madre por mencionar la guitarra, ya que se suponía que no hablaría de nada que tuviera que ver con el pasado, pero entendí que una cosa llevó a la otra, y la pregunta de Chiara fue inevitable.

—Tuve un accidente de coche y mi muñeca quedó bastante destrozada. Puedo realizar algunos acordes, pero, a pesar de la rehabilitación, no me recuperaré al ciento por ciento, así que fui dejando el hábito de tocar, hasta que lo perdí por completo.

—Aaah, de ahí las cicatrices en tu muñeca. Siempre he querido preguntarte por ellas, pero

luego ha surgido cualquier otro tema y lo he pospuesto. Ahora me siento una desconsiderada por no haberlo hecho.

—No te preocupes; nunca hablo del accidente, porque es un momento que prefiero olvidar.

Después de la cena íbamos a sentarnos para tomar café en la sala. Mi padre se levantó a prepararlo y, mientras aguardábamos que lo trajera, Chiara pidió tímidamente hacer un recorrido por la casa, para admirar la arquitectura y el diseño en su totalidad. Mi madre estuvo encantada de ser su guía; ellas no habían parado de hablar en toda la noche, parecía que sus temas de conversación eran inacabables.

Primero fueron a la planta superior, donde estaban los dormitorios, ya que la parte de abajo prácticamente la había visto completa, puesto que para entrar en el comedor había que pasar por la biblioteca, pero cuando regresaron no resistió poder ver en detalle las estanterías de caoba empotradas en la pared.

—Los que están en esta pared son textos mayormente de Greg, y en ésta están los míos... aunque siempre intercambiamos los libros, sólo que éstos los compró él, y éstos, yo.

—O sea que, si os divorciáis, tenéis muy bien definido cómo será esta parte de la división de bienes.

Los tres nos carcajamos por el comentario de Chiara.

—Exactamente —aseveró mi madre.

—Ooooooh, Greathel, lees literatura para adultos, porque éstos están de tu lado y estoy viendo a muchos autores del género erótico; de hecho, hay muchos que ya los he leído.

—Mamá, ¿lees porno?

—¡No es porno! —me corrigieron los tres a la vez.

Me giré bruscamente para mirar a mi padre, que venía entrando con una bandeja con el café.

—¿Tú también lees eso?

—Por supuesto, pero... a ver, sentémonos a tomar el café y te explicaré algo, porque creo que en tu cabecita hay ciertos conceptos que no están del todo claros.

»En los libros eróticos no encontrarás gran erotismo, sino grandes obras literarias con erotismo, y eso no lo digo yo, sino el reconocido escritor Mario Vargas Llosa, de nacionalidad peruano-española, quien fue ganador del premio Nobel de Literatura en 2010. Él no sólo definió la literatura erótica de esta manera, sino que hizo hincapié en que un texto literario es más rico en la medida en que integra más niveles de experiencia, y se refirió en particular a *La Celestina*, posiblemente una de las obras literarias más importantes de la literatura española después del Quijote, y recalcó que, aunque tiene mucho erotismo, y es necesario en la obra, también tiene muchas otras cosas, como gran riqueza lingüística, una construcción de la historia sumamente inteligente, e incluso incluye pinceladas de la época relativas a la moral, la cultura y la psicología.

»Y yo agregaría que lo erótico en una obra literaria es sólo un condimento dentro de un contexto variado, donde la historia de amor de los personajes sólo te lleva a querer saber la

resolución de la trama, como en cualquier otro libro.

—Ya te lo dije —señaló Chiara.

Mi padre se levantó a buscar de la estantería un ejemplar de *La Celestina* traducido al inglés.

—Empieza por esto, para que compruebes lo que te digo; luego, si quieres otras obras, aquí hay bastantes para elegir.

\* \* \*

Estábamos regresando a casa y en el camino Chiara bostezó.

—¿Estás cansada?

—No, creo que he bostezado porque ya me he relajado por completo. Me ha encantado conocer a tus padres; creo que tu madre y yo nos llevaremos muy bien, y Greg tiene un gran sentido del humor, es encantador.

—Y eso que hoy estaba moderado porque era la primera vez que te veía, espera a que se suelte más.

—De todas formas, me ha parecido mucho más observador que tu madre.

—Lo es, no te equivocas.

—Recuérdame cuando lleguemos que ponga la alarma del despertador.

—Pero si mañana es sábado.

—Es que tengo dos citas programadas con Steve, el exesposo de Nicole, porque le pedí que me consiguiera apartamento para mudarme; no quiero continuar viviendo en la casa de mis padres.

—¿Por qué no traes todas tus cosas a casa y listo? Después de todo, pasamos de ignorarnos a dormir juntos todas las noches desde que somos pareja. ¿Dime una sola noche que recuerdes que no lo hayamos hecho?

—Te agradezco el ofrecimiento, pero...

—Pero... ¿qué?

—No sé, aún no hemos tenido ninguna discusión, y estoy segura de que no será así siempre. Sería iluso pensar que esos momentos no llegarán, y qué pasará si, cuando eso ocurra, no me quieres en tu espacio..., yo no tendré a dónde ir; eso me pone en desventaja.

—Bueno, creo que las discusiones también forman parte del aprendizaje de la convivencia, y también estoy seguro de que en algún momento las habrá. Sin embargo, también sé que en la casa hay cuatro dormitorios libres, y además están en otro piso; o sea, si llegado el caso eso ocurriera, tú o yo nos podríamos trasladar a cualquiera de esos espacios que están libres si es que no nos basta con darnos la espalda.

—Está *Ámbar*, además.

—Pobre gata, de eso iba a hablarte el otro día, pero luego se me pasó. ¿Por qué no la traes? Está todo el día sola.

—Pero está *Stripes*.

—Tendrán que aprender a convivir.

Nos quedamos en silencio. Creo que ella estaba deliberando mi propuesta, y preferí no decir nada más para que no se sintiera forzada, ya que siempre había hecho lo que querían sus padres y quizá, si seguía insistiendo, se lo tomaría como eso, como una imposición, y realmente no era así. El caso es que, sencillamente, me parecía tonto que gastara en un alquiler, puesto que estaba convencido de que sólo usaría ese apartamento como lugar de almacenaje para sus cosas.

## Treinta y seis

**CHIARA**

Al llegar, fuimos directos al dormitorio.

En mi cabeza aún continuaba girando la propuesta que me acababa de hacer en el coche. Si tenía que ser sincera, la idea era seductora, y creo que un poco me moría de ganas de decirle que sí, pero, en cuanto evaluaba nuestra relación, me parecía que era una decisión demasiado apresurada. Todavía estábamos en pleno proceso de conocernos, pero, si tenía en consideración su argumento, debía reconocer que él tenía razón. Además, al llegar allí ya lo sentía como nuestro lugar, y ni siquiera se me había pasado por la cabeza, desde que estaba con él, quedarme ni una sola noche a dormir en mi apartamento, porque ya era toda una rutina salir del trabajo y pasar a buscar ropa para irme a su casa. Lo cierto era que cada día me lo pasaba llevando y trayendo mis cosas, aunque él varias veces había insistido en que no me lo llevara todo y que usara su armario. Por supuesto, yo me había opuesto cada vez, sólo por un escrúpulo tonto de que pensara que estaba invadiéndolo.

Después de quitarme los zapatos y dejar sobre la mesita de noche los pendientes que había usado, así como el reloj, sentí sus manos deslizándose el cierre de mi vestido. Esa acción me cogió por sorpresa, porque estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no lo había oído aproximarse.

—Gracias.

Besó mi hombro y luego deslizó la prenda por mi cuerpo y me quedé en ropa interior.

—Tengo algo que enseñarte.

—Yo también, pero hazlo tu primero, ya que has hablado antes.

Sacó su móvil del bolsillo del pantalón; aún no se lo había quitado, aunque llevaba los faldones de la camisa por fuera.

—Te hice caso. Me bajé la aplicación del Weill Cornell Medicine, y ya tengo mis resultados. Estoy limpio, por supuesto, pues nunca lo hice con nadie sin protección.

—Bueno, creo que entonces hoy será una noche especial, ya que no sólo he conocido a tu familia, sino que también yo tengo los míos, y he ido a ponerme las inyecciones anticonceptivas.

Cogió mi mano y la puso sobre su pecho.

—No me he hecho pruebas del corazón, pero realmente espero tenerlo muy sano, porque... mira de la forma en que está latiendo por la anticipación.

**SPENCER**

Nada me había preparado para ese momento. Creo que tenerla entre mis brazos sabiendo que la iba a apreciar en todo su esplendor, sin nada que nos separara, me hizo sentir un poco inexperto. Estábamos por consumir, por decirlo de alguna forma, nuestra relación de manera oficial, entregándonos, dispuestos a disfrutar del otro con todos los sentidos.

Solté su pelo; me encantaba ver cómo le caía sobre los hombros. Ella movió la cabeza para que terminara de hacerlo y el movimiento de su cuello me eclipsó. La cremosidad de su piel me volvía un fan suyo sin remedio. Le besé esa parte y luego, cogiéndola por la nuca mientras sujetaba también su espalda para pegar su cuerpo al mío, le hablé al oído.

—Pensaba que en el sexo lo sabía todo, pero consigues que cada instante contigo se transforme en único e irrepetible.

Chiara se apartó de mí y me miró recorriéndome el cuerpo con audacia y entrecerrando los ojos seductoramente.

—El Spencer que sólo yo conozco me gusta tanto o más que el que conocen todos; no hay nada de ti que no me guste.

Tocó mi brazo y después pasó su mano por mi pecho, y su tacto me inundó de calor, como cuando el brandy pasa por tu garganta y quema, pero sus dedos no se detuvieron ahí... pues inmediatamente desabrocharon mi camisa para alcanzar mi piel, y cuando lo hizo me encontré con que estaba sin aliento.

Nuestras miradas se sostuvieron durante algunos segundos y me di cuenta de que con ella habíamos inventado otro lenguaje, uno en el que no hacían falta palabras. La inmensidad de la comprensión me provocó un estremecimiento.

Eliminé la minúscula distancia entre nosotros y busqué sus labios, presionando los míos contra los suyos; su boca, al instante, se amoldó a la mía. Acuné su nuca con una mano, sosteniéndola con fuerza, y ella abrió más la boca para que mi lengua pudiera entrar más profundo. Sus besos siempre eran sorprendentemente turbulentos; dejaban a mi cerebro trabajando con las mínimas funciones, y sólo quería conseguir un poco más de su ya familiar sabor.

La llevé hasta la cama y la ayudé a recostarse. Me quité la camisa y el pantalón, pero me dejé los bóxers, pues sabía que ella estaba esperando que mi polla saltara; siempre lo hacía, apoyándose en sus codos para no perderse ese momento, pero esa vez eso no pasó y pude advertir su gesto de frustración en su rostro.

—He ido a la casa de mis padres, cariño, y contigo a mi lado, vestida como un paquete de regalo que deseaba desenvolver en todo momento, no podía arriesgarme a ir sin ropa interior.

Me incliné sobre ella y mi boca empezó a estar por todas partes, alcanzando cada centímetro de su piel sin defectos. Desprendí su sujetador, que se abrochaba delante, y lamí también sus pechos; luego froté mi mano en círculos amasando sus tetas, hasta que mis dedos capturaron uno de sus pezones, retorciéndolo. Continué haciendo presión hasta que advertí su mayor punto de excitación, ese instante en el que el dolor dejaba de serlo y se convertía en algo morboso que atravesaba su cuerpo, instalándose en el centro de su necesidad. Se arqueó debajo de mí,

gimiendo, y entonces utilicé mi boca para extender besos por sus costillas, y así continué bajando hasta que me encontré con la goma de sus bragas; solté con poca animosidad sus pechos, pero obviamente estaba más interesado en quitarle el tanga, que de inmediato deslicé por sus piernas. Me hice a un lado para que ella me ayudara levantando su cuerpo y la liberé por completo. Interrumpiendo el trabajo por unos segundos, admiré mi obra al comprender que ya la tenía de la forma que quería, desnuda, febril y deseosa de que mis manos y mi boca continuaran su camino. Me detuve con la mirada en su pelvis, admirando su delicado pubis sin vello, y abrí sus piernas para obtener la mejor vista, la de su coño rosado y húmedo esperando mis besos en sus carnosos y brillantes labios.

Incliné la cabeza y presioné mi boca abierta contra su piel, haciéndola chillar; entonces mi lengua empezó con su labor... La inspeccioné, lamiéndola y explorando cada sitio; luego, con los dedos, la abrí, y mi lengua la penetró. Cerré los ojos para degustar mejor su sabor; su coño me tenía arruinado, y sabía que ya no podría funcionar sin tener esos suaves y sublimes labios.

Mi lengua se movió duro dentro de ella, probablemente por la mera idea de perderla; luego la saqué y volví a enterrarla un poco más profundo. Utilicé también mi nariz para estimular su clítoris; quería todo lo que ella tenía para mí, y quería darle también todo lo que yo tenía para ella. Incluso añadí la fricción de mi barba del día para que el contraste de sensaciones la llevara más a la locura, quería que estuviera loca por mí. Saqué la lengua de su interior y rodeé su hinchado clítoris; apliqué también un poco de succión y las caderas de Chiara comenzaron a sacudirse contra mi rostro, hasta que empezó a temblar, corriéndose contra mi boca... y, ¡jodido Dios de los cielos!, no podía detenerme. Nunca había estado tan excitado, y sé que ella tampoco, y eso redobló más mi apuesta, agradecido por la presión de mis bóxers y porque no me los hubiera quitado, porque en caso contrario ya hubiese estado enterrándome en su interior, y todo hubiese acabado más rápido de lo que deseaba. Ese día quería tomarme mi tiempo; necesitaba que sintiese cuánto la necesitaba mi cuerpo, así que me aparté y la admiré. Ella aún estaba retorciéndose por el placer que acababa de darle. Me lamí los labios, sintiendo el sabor que había dejado en mí.

## CHIARA

Me senté en la cama y, planeando devolverle el favor que acababa de hacerme él a mí, lo empujé para que cayera de espaldas contra el colchón.

Ése era mi momento de desenvolver mi regalo. Mi mirada se quedó enganchada en la perfecta uve que se perdía en la goma de su calzoncillo. Levantando una mano, reseguí el rastro de su camino feliz; luego, con mis dedos ávidos de él, me preparé para quitarle todo lo que me impedía verlo desnudo como ansiaba. Spencer alzó las caderas y deslicé sus bóxers por sus musculadas piernas; liberé su dura polla y en unos segundos mi deseosa boca estuvo por todas partes... Mis labios rodearon su grosor y mi lengua mojó su piel, desliziéndose por su hinchada y brillante punta; después la deslicé por toda su longitud y finalmente, cuando regresé, resbalé su verga en el interior de mi boca hasta el fondo de mi garganta.

Sus caderas se empezaron a sacudir, acompañando el movimiento de mi cabeza. Mi boca lo chupó, lo sacó y lo volvió a tomar en su interior, y me sentí feliz por entender que era muy buena haciendo eso, su cuerpo me lo hacía notar, sabía que estaba volviéndolo loco. Levantó una mano y sostuvo mi pelo para mirar cómo su polla se perdía en mi boca, y en determinado momento sus dedos me provocaron un suave y contenido tirón, produciendo que mis dientes se arrastraran por su punta.

Comencé a sentirlo al límite, y me pareció extremadamente glorioso saber que mi boca era la que lo llevaba ahí, y entonces sólo anhelé ir por la vida con mis labios a su alrededor, porque sabía que así era cómo los había imaginado la primera vez que me vio.

Amaba la locura que se desataba en nosotros y que no era nada gentil con el cuerpo del otro, una especie de salvaje y jodida necesidad de apareamiento, que nunca podíamos detener. Amaba que nos convirtiéramos en primates que necesitaban estar más cerca, aunque nos encontrásemos pegados el uno al otro. Amaba que nunca fuera suficiente lo que podíamos obtener.

Su puño tiró de mi cabello e intentó apartarme del alcance de su pene. Spencer gruñó cuando no se lo permití, y entonces le mordí la punta y con la mano libre lo aplasté contra el colchón, intensificando el movimiento de mi boca contra su verga. Lo miré entre las pestañas y me reí maliciosamente; él cerró los ojos, estaba por sucumbir a mi boca, lo sabía. Los abrió nuevamente y me miró suplicante, pero yo no me iba a detener, así que mi boca lo succionó con más fuerza y, virgen santa, él, en pleno éxtasis, era tan guapo que me dolía. Sus chorros de semen empezaron a bañar el interior de mi boca y chupé con más fuerza para succionarle hasta la última gota. Su garganta pareció desgarrarse cuando se corrió y gritó mi nombre.

—Chiara, jodeeeeer.

«Sí, cariño, soy yo la que te da todo este placer», quise decirle, pero estaba implicada hasta el final en sacar toda su cremosa necesidad hasta que no quedara ni rastro de ella.

## SPENCER

Sabía que estaba impaciente por lo que iba a suceder a continuación, y lo sabía, simplemente, porque yo también lo estaba y porque ya no me cabía ninguna duda de que nuestros cuerpos y nuestros sentimientos se alineaban en perfecta sincronía.

Tironeé de ella y la recosté a mi lado; luego se movió, besándome el cuello, y subiéndose a mi cuerpo, sus pechos se aplastaron contra mí, pero no había posibilidad en el mundo de que la dejara subirse la primera vez que me deslizara en ella sin condón, así que me moví y entonces fui yo el que besó su cuello, manteniéndola inmóvil bajo mi peso mientras me acercaba para saquear su caliente e increíble boca, que aún llevaba mi sabor.

Deslicé una mano y hundí mis dedos en su cintura, levantándola para que mi pelvis se frotara contra la suya; empujé las caderas y me deslicé sobre su caliente piel. Sus manos recorrían mi espalda y sus dedos se clavaron allí. Sabía lo que quería, sabía lo que deseaba, sabía lo que estaba esperando, porque era lo mismo que necesitaba yo, pero aún anhelaba desquiciarla un poco

más y, además, ganar tiempo para que mi polla recuperase su dureza por completo después de la mamada que me había practicado; necesitaba, al menos, unos minutos de juegos previos.

Me aparté de ella y la miré a la cara. Chiara me devolvió la ardiente mirada, y la besé intentando robarle todo el aliento, hasta que decidí que era suficiente.

—Estoy tan loco por ti que en este momento podrías conseguir lo que quisieras pedirme, fuera lo que fuese.

»No cierres los ojos —le indiqué con la voz cargada de necesidad—, quiero que me mires cuando empiece a deslizarme dentro de ti.

Su mirada se volvió más hambrienta y eso era justo lo que necesitaba para que mi verga se endureciera del todo. Maldita sea, la deseaba tanto que mis entrañas quemaban.

—¿Sabes lo que pienso cuando te miro, Spencer? En que el cielo sí puede acercarse, porque tú sabes exactamente cómo llevarme hasta él sólo con una mirada.

—Entonces hoy —metí la mano entre nosotros y alineé mi punta en su entrada— te llevaré hasta la estratosfera.

Puse toda mi emoción, dulce y salvaje, en un beso antes de penetrarla, y luego me volví a alejar para que nos mirásemos como le había prometido.

Y en ese instante en el que nuestras miradas volvieron a encadenarse, empecé a presionar con mis caderas, entrando en ella.

Chiara estaba quieta, esperándome, y supe que estaba sintiendo lo mismo que sentía yo..., nuestras pieles en contacto directo en toda su extensión, porque ya no quedaba ni una sola parte de nosotros que no se tocara sin interrupción.

Continué invadiéndola lentamente y sus dedos arañaron mi espalda; sus piernas se envolvieron a mi alrededor, apretando con fuerza los muslos como si quisiera mantenerme allí para siempre.

Luego sus caderas, que no habían parado de ceñirse a mí, dejaron de contenerme y me dieron espacio, así que abrió las piernas, permitiéndome introducirme hasta el final, y fue en ese instante cuando los dos gemimos al darnos cuenta de que ya no quedaba nada de mí que no estuviera acunado en su interior.

Durante un buen rato me quedé mirándola, dejando besos suaves por todo su rostro mientras mi pelvis no dejaba de presionar contra ella. Quería demostrarle lo muy agradecido que me sentía por dejarme tenerla así; no quería que mi pene saliera ni un poquito de donde se hallaba, y entonces decidí que era el momento de empezar a moverme dentro de Chiara para comenzar a escalar nuestro placer.

Agité las caderas despacio, con movimientos extensos, y así me moví durante un buen rato. Ella estaba tan jodida y bellamente ceñida a mí; su coño era tan caliente y sedoso, y estaba tan mojada, que sabía que no aguantaría demasiado.

Después de un rato en el que mantuve el ritmo, empecé a agilizar mis movimientos, retirándome y volviendo a entrar, bombeando y rotando mis caderas, y ella empezó también a moverse en una constante armonía conmigo. De repente me di cuenta de que eso era sentirse en la gloria, tenerla

así sin un pedazo de látex que nos separara; era eso y era, además, mucho más sublime de lo que creía que iba a ser.

Así que me rendí ante la pura sensación que percibí y cerré mis ojos, devorando su boca con la mía. La empalé más rápido mientras profundizaba el beso y Chiara gimió en el interior de mi boca. Sus manos capturaron mis nalgas y pareció como si me quisiera más profundo; le di lo que deseaba, pues mis caderas aceleraron un poco más y me enterré más duro en ella, y mi creciente placer empezó a sentirse, pero no me preocupé porque sabía que ella estaba intentando conseguir el suyo también, ya que su coño estaba jodidamente ciñendo mi polla casi hasta provocarme dolor.

Roté las caderas, tomé más impulso y me moví más rápido, más duro, más hondo. Froté mi pelvis contra su clítoris y la sensación se volvió rápidamente imposible de detener para ambos; un gemido agudo y prolongado salió de nuestras bocas y ella se contrajo a mi alrededor. La bombeé una vez más y me quedé enterrado en su profundidad, corriéndome con tanta fuerza que pude sentir la adrenalina circulando por todo mi cuerpo y taponándome los oídos.

Unos minutos después yacíamos con nuestras piernas enredadas. Ella acariciaba mi pecho, donde su cabeza estaba apoyada, y mis dedos se deslizaban por su espalda.

—Eres mi lugar en el mundo, Chiara; tu cuerpo lo es, tú eres mi maldita necesidad. —Apoyó el mentón en sus manos y se me quedó mirando—. Te amo —le dije por si le quedaban dudas, y nunca había sido más cierto; me sentía tan conectado a ella que mi corazón saltaba de felicidad—. Fuiste tú la que me sacó de mi encierro, la que me hizo ver que la felicidad existe.

—Yo también te amo, como nunca creí que iba a enamorarme de ti. Eres tan diferente al hombre que dejas ver a los demás... Eres atento y condescendiente; amo cada cosa de ti: tu forma de mirarme, tu forma de hablarme, la manera en que siempre te preocupas por mí, el modo en que me haces sentir cuidada. Fuiste tú quien llenó cada instante de mi soledad, fuiste tú quien le dio sentido a mis días.

»Acepto; estoy dispuesta a arriesgarme, porque lo quiero hacer todo junto a ti.

Creo que ella notó mi confusión, así que me aclaró:

—Acepto mudarme contigo.

Me moví para alcanzar su boca. Me sentía el puto amo de todo el universo, y supe entonces que ése era el instante perfecto.

\* \* \*

Mi madre, esa noche, en un momento en el que nos quedamos solos mientras mi padre entretenía a Chiara enseñándole cómo tocar el trombón, me llevó arriba y me entregó una caja de joyería, en la que descansaba su anillo de compromiso, y me dijo:

—Toma, sé que pronto lo necesitarás, y me gustaría que Chiara usara el anillo que fue de mi abuela, luego de mi madre y finalmente mío; las tres hemos sido muy felices usándolo.

La miré a los ojos sorprendido, pues, cuando estuve comprometido con Roxanne, no me lo dio,

pero supuse que era porque lo conservaba para Charlie.

—Gracias, mamá. Aprecio tu gesto, pero aún no está en mis planes pedirle a Chiara que se case conmigo, es muy pronto —le expliqué—. Además, sé que lo estabas guardando para Charlie, y es lo más normal.

—No sé de dónde has sacado que lo reservaba para ella. ¿Sabes?, cuando me casé con el padre de tu hermana, mi madre tampoco me lo dio. Ella sabía que no era el hombre con el que iba a ser feliz y, aunque nuestro matrimonio se malogró por su muerte, creo que ella presentía que mi vida no acabaría junto a él. Una madre lo sabe siempre... Voy a confesarte algo que nunca he contado: el padre de Charlie era alcohólico; yo no lo pasé bien con él el tiempo que duró nuestro matrimonio y, el día que tuvo ese accidente, él salía de un bar.

Sabía muy bien que eso que me estaba contando era porque, subrepticamente, me estaba diciendo que antes no me lo había dado porque ella sabía que con Roxanne yo no iba a ser feliz.

—Lo siento. De todas maneras —extendí la caja hacia ella—, guárdalo.

—Quiero que te lo lleves para cuando llegue ese momento. Ese día que sientas la necesidad de pedirle que comparta el resto de su vida a tu lado no tendrás que esperar a ir a comprar un anillo para pedírselo, sólo lo tendrás que buscar y ponérselo en el dedo. Ella es la indicada, Spencer, lo sé, y sé que tú también lo sabes, porque no en vano has esperado casi cinco años para volver a abrir tu corazón a alguien.

\* \* \*

Joder, tal vez estaba apresurándome, pero sentí la necesidad de hacerlo en ese mismo instante. Las palabras de mi madre unas horas antes picaban en mi interior y no me importó no ser cauteloso para proponérselo, así que me levanté de la cama, cogiéndola por sorpresa, fui hasta la chaqueta, que había dejado colgada en el galán de madera, saqué la caja y la escondí en la palma de una mano.

## CHIARA

Se arrodilló en la cama, junto a mí, y abrió su mano. Sentí que mi corazón se paralizaba, y estaba por darme un infarto cuando vi que en ella tenía una caja de joyería. Entonces mis ojos se derramaron, pero me apresuré a secar mis lágrimas y me senté, apoyándome contra el respaldo. Quería estar atenta y escuchándolo bien cuando comenzara a hablarme.

—No tienes que contestarme ya mismo, sé que te acabo de pedir que te mudes conmigo durante el trayecto de casa de mis padres hasta aquí y te ha costado decir que sí, así que no espero que, después de lo que te voy a pedir, me digas nada. Hace un rato, antes de que nos fuéramos, mi madre me lo ha dado y me ha dicho que lo tuviera para cuando creyera que era el momento adecuado de pedírtelo, y yo creo que es ahora, porque siento que tú eres la apropiada para acompañarme en todo lo que deseo conseguir en mi vida. No me importa que no hayamos tenido

nuestra primera discusión como pareja, porque sé que, cuando eso suceda, la sabremos superar. Además, las hemos tenido antes de que tú y yo nos decidiéramos a avanzar, y eso no nos detuvo para que hoy estemos juntos, así que...

Abrió la caja y un imponente anillo antiguo de compromiso centelleó frente a mí. La joya tenía un zafiro central redondo, contorneado de diamantes que formaban motivos de hojas a su alrededor; además, había más diamantes en el cuerpo del anillo, así como más zafiros engarzados en los laterales del cuerpo, con detalles de rodio negro, que producían que el brillo fuera interminable desde el lugar desde donde se lo mirara.

—Es el anillo que usaron mi bisabuela, mi abuela y mi madre, y me gustaría que lo llevaras en tu dedo, porque quiero pedirte matrimonio, quiero que te cases conmigo.

—Oh, Dios mío... —Me tapé la boca, ahogando un grito de emoción. Ese hombre no podía ser más dulce y tampoco había forma de que pudiera sorprenderme más.

Estiré la mano, temblorosa, y la dejé frente a él.

—¿Estás diciéndome que sí?

No podía hablar, no me salían las palabras, así que me limité a asentir con la cabeza, y en ese instante ya me fue imposible contener las lágrimas. Lo vi moverse, y me esforcé porque las palabras salieran de mi boca; él merecía oír un «sí», así que le pedí a mi cerebro que funcionara y le dije:

—Acepto esto también.

Deslizó el anillo por mi dedo. Había que hacerle algunos ajustes, porque me quedaba un poco grande, pero no importaba, seguramente lo haríamos más adelante. Me acunó el rostro y me besó larga y lentamente, adorando mis labios. Luego volvimos a hacer el amor, y después me quedé abrazada a su cuerpo, mirando mi anillo en mi mano, que estaba apoyada sobre su pecho, sabiendo que no había manera en el mundo de que nuestra felicidad se malograra.

## Treinta y siete

**CHIARA**

Por la mañana, cuando me miré al espejo, encontré a una persona diferente de nuevo. Ya casi no podía reconocer a la Chiara Delevigne que siempre había visto, y eso lo había conseguido él y sólo él, porque, cada día que pasábamos juntos, mi transformación se acrecentaba más y más.

Mientras estaba en el baño lavándome los dientes, miré el anillo que llevaba puesto. Aunque me quedaba grande, la noche anterior me había negado a quitármelo, y en ese momento lo estaba contemplando a través del espejo.

Spencer me sorprendió apareciendo tras de mí, envolvió sus brazos a mi alrededor y me dejó un beso en el cuello.

—Qué bien se ve en tu mano. —Advertí que su mirada se posaba en la sortija de compromiso a través del espejo—. Hoy lo llevaré a ajustar; quiero que cuanto antes regrese a tu dedo y no salga más de ahí.

Me enjuagué la boca y le contesté.

—Quiero lo mismo, y me encanta que últimamente tú y yo siempre tengamos los mismos deseos... y no me importa que seamos cursis y melosos diciéndonos cosas hermosas.

—A mí tampoco, cariño. Es más valiente quien se atreve a decirlo que quien se reprime por el qué dirán; no me importa ser cursi, porque soy feliz y quiero que lo sepas —me contestó justo antes de empezar a lavarse los dientes en el otro lavabo del baño.

Me resistía a quitármelo, así que me saqué una foto antes de ponerlo en la caja para que él lo llevara a alguna joyería.

—¿Qué haces? —me preguntó, pillándome justo cuando lo hacía.

—Quería enviarles una foto a las chicas. —Me guiñó un ojo y se rio satisfecho—. O tal vez prefieres que espere y, cuando nos reunamos, se lo contamos a todos a la vez.

—No, cariño. —Se acercó a darme un beso—. Disfruta del momento como más te plazca. Envíame esa foto a mí también, para que yo también pueda enseñar cómo queda ese anillo en tu mano.

—Gracias. Ahora te la mando.

Ambos estábamos con nuestros móviles en la mano, sin importarnos si se nos hacía tarde; sólo queríamos compartir nuestra felicidad con nuestros mejores amigos.

De inmediato los mensajes en su teléfono y en el mío empezaron a llover; todos estaban eufóricos y sin creerlo.

Incluso me extrañó cuando me llegó un mensaje de la madre de Spencer.

Felicidades, cariño. Spencer acaba de enviarnos una fotografía con el anillo en tu dedo. Sabía que no iba a pasar mucho tiempo hasta que te lo diera. Una madre siempre sabe esas cosas, tú ya me entenderás el día que lo seas.

Sé que serás tan feliz como lo fuimos las mujeres de la familia que lo hemos llevado puesto.

Cuidaré nuestra relación para que siempre que mire mi anillo  
nunca cambie el significado que hoy le doy.

Gracias por pensar que merecía llevar en mi dedo una joya que  
estoy segura de que, más allá del valor económico que tiene, es  
incalculable para ti en cuanto a lo emocional. Lo cuidaré mucho, para  
que siga pasando de generación en generación.

No tengo ninguna duda de que lo harás.

## Treinta y ocho

SPENCER

Casi habían pasado dos meses desde que Chiara y yo nos comprometimos y, aunque todavía no habíamos puesto fecha para casarnos, sabía que muy pronto ella o yo abordaríamos ese tema.

A veces, cuando pensaba en lo mucho que me había resistido a que eso ocurriera, me enojaba conmigo mismo, puesto que, por mi testarudez, había perdido demasiado tiempo de disfrutarla.

Ella era la primera mujer a la que le permitía meterse en mis pensamientos más allá del sexo compartido, aunque en realidad no era así... Yo no le había permitido nada, ella simplemente se abrió paso en mi vida y en mi corazón sin que hubiera una posibilidad diferente, y en ese momento comprendía que lo que estábamos viviendo estaba destinado a ser.

Recordé esa conversación que mantuve esa madrugada con mis padres, y él me dijo que yo rechazaba el hecho de volver a experimentar la felicidad porque aún no había llegado la mujer indicada.

En la actualidad, sabía que tenía razón, porque ella, sigilosamente, había empezado a curar todos mis celos y me hacía ver cada día que yo aún era un hombre con sentimientos muy profundos para dar y también para permitirme sentirlos.

Era la segunda vez que viajábamos a Chicago, y en esa oportunidad era para que el equipo de trabajo comenzara por fin las obras en el club nocturno.

Elegí el hotel Radisson para hospedarnos el tiempo que permaneciéramos en la ciudad; éste quedaba a tan sólo cinco minutos, cruzando el puente basculante DuSable, de donde muy pronto empezaría a funcionar un nuevo Provocateur.

Chiara estaba al teléfono junto a uno de los ventanales de la confortable habitación. Resultaba fascinante ver cómo lo organizaba todo; ella específicamente trabajaba en conjunto con el capataz, quien a su vez era el encargado de dirigir a todos los empleados. Como en ese caso en particular había que tirar algunos muros y también levantar otros, Maverick sería quien se haría cargo de esas obras, pero ella poseía todos los conocimientos necesarios de planeamiento y medidas de seguridad que había que tener en cuenta, por lo que también se trataba de un trabajo en equipo entre ellos.

—Bien, me acaban de confirmar que mañana a primera hora de la mañana entregarán los materiales imprescindibles para que la obra se ponga en marcha... Sí, sí, te envió los comprobantes por *e-mail* para que puedas revisar que todo se entrega de acuerdo a lo que se adquirió... Encárgate de organizar el almacenamiento y luego pasará a asegurarme de que no haya habido ningún inconveniente y me haré cargo en el caso de que haya que reclamar algo... Eso está

en los planos de obra, que ya te entregué, así que, en cuanto estéis organizados, me avisáis para que ponga al tanto al arquitecto y él os dará las indicaciones para que podáis comenzar.

\* \* \*

Los días siguientes fueron más de eso mismo, órdenes impartidas y que todo comenzara a cobrar forma.

Tras permanecer tres días en Chicago, estábamos haciendo las maletas para regresar. Las obras estaban en marcha, así que Chiara sólo tenía que volver esporádicamente para controlar que todo fuera según lo planeado; por supuesto, si yo podía arreglármelo, también vendría con ella.

Era hora de dejar el hotel para ir hacia el aeropuerto, pero entonces la cogí por los hombros y le hablé.

—No vamos a Nueva York.

—¿Qué?

—Toma.

Le extendí unos pasajes con destino a Detroit.

—¿Qué significa esto?

—Significa que ya he hablado con Maverick para avisarlo de que te ausentarías unos días más porque nos vamos a la casa de tus padres para que arregles tu situación con ellos. Quiero que ellos también sean partícipes de lo felices que somos; no me importa lo que piensen de mí y, además, aunque ya te he pedido matrimonio a ti y me has dicho que sí, sé que lo correcto hubiera sido pedirle tu mano primero a tu padre.

—Ni siquiera se han molestado en todo este tiempo en disculparse contigo, así que no veo por qué tenemos que ir nosotros.

—Chiara, son tus padres y sé cuánto los quieres, y sé también lo mucho que ellos te quieren a ti. No me gusta que continuéis sin hablaros. Alguien tiene que ceder y por lo visto los tres sois demasiado orgullosos como para que eso ocurra sin ayuda de nadie, así que he decidido intervenir. Ya he llamado a tu madre y la he avisado de nuestra llegada.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que nos estarán esperando. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque no has debido hacerlo. Si ellos no han querido dar el primer paso, no tendrías que haberlo hecho tú. Conozco a mis padres, y sé que tienen algo entre manos. Principalmente conozco a Helmut.

—¿Qué podrían tener entre manos? A ver, ya les hemos demostrado que no estaban siendo objetivos juzgándome, y que no hay nada que nos pueda separar.

—Supongo que así es, y que sólo me estoy hostigando porque sé que a mi padre siempre le gusta tener la razón. Ven aquí.

Enroscó sus brazos en mi cuello y se acurrucó en ese hueco.

—Gracias.

—Sólo me interesa verte feliz, y sé que tus padres forman parte de esa ecuación.

Llegamos al aeropuerto internacional Coleman A. Young y, cuando salimos, tras recoger nuestro equipaje, un hombre de color llamó a Chiara, haciéndose notar.

—Señorita Delevigne, por aquí.

—Oh, Maurice, ¡qué alegría verte! Ha pasado tanto tiempo... —Ella lo abrazó—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas señorita Delevigne? Sabes que odio que me llames así. Hace mucho que no vengo, pero nada ha cambiado, sigo siento Chiara. Te presento a mi prometido, Spencer Vanderbilt.

—Encantado, señor.

—Spencer, por favor, no hacen falta formalismos conmigo tampoco —le dije, extendiendo la mano para estrechar la suya.

—Maurice hace veinte años que trabaja para la familia, es nuestro chófer, mayordomo y hombre de confianza de mi padre en la casa... y también es el mío: Maurice era quien me ayudaba a salir cuando no me dejaban hacerlo.

—Sí, pero yo no me despegaba de ti, Chiara.

—¿Eras su carabina?

—Algo así. La verdad es que no quería perder la cabeza, así que lo mejor era no perderle el ojo.

No tardamos en llegar a la mansión, que estaba enclavada en la curva de tierra que le da a Grosse Pointe Shore su costa hacia el lago St. Clair. Al tener a Luka como amigo, realmente había pocas cosas que me obnubilaran, porque él vivía con mucha opulencia, nada extraño teniendo en cuenta que mi amigo estaba en el negocio petrolífero y su familia pertenecía a la realeza de Qatar, pero debía reconocer que esa gente era asquerosamente rica también, cosa que ya imaginaba, pero comprobarlo en ese momento por mí mismo, sinceramente, me hacía sentir un punto en el universo. Viendo el tamaño de esa mansión, no podía creer que Chiara fuera como era, tan sencilla, y que, cuando vio mi casa por primera vez, se hubiera asombrado, puesto que, cuando entráramos, estaba seguro de que el que se asombraría sería yo.

Definitivamente mi novia era la persona más increíble y desinteresada de la tierra, y debía agradecer al cielo que ella fuera mía y que me amase.

Estacionamos frente a la puerta principal y, apenas bajamos del coche, Maurice anunció que él se encargaba de nuestro equipaje. Quise ayudarlo, pero Chiara me cogió de la mano y me dijo:

—Déjalo hacer su trabajo. Te prometo que nadie te juzgará por no cargar tu propia maleta.

La casa estaba construida en piedra caliza por fuera, para ser atemporal, con techos de pizarra negra y carpinterías a medida en todas las aberturas de la casa.

—El patio exterior da a la casa museo que perteneció al hijo de Henry Ford, Edsel Ford, y a su esposa Eleanor Clay.

—Podríamos ir a dar una vuelta luego, ¿o estaríamos traicionando a Helmut si nos metiésemos

en la casa de un Ford? Lo digo por la eterna rivalidad entre Ford y General Motors.

Nos reímos y en ese instante oímos una voz que nos saludaba desde la parte superior, donde había un puente que dividía la sala y el recibidor por la mitad.

—Hola, hija, qué alegría tenerte en casa. Señor Vanderbilt, bienvenido.

Él nos miraba desde arriba, y entendí su propósito: aunque en un principio se mostrara educado en el saludo, sólo estaba demostrándome desde allí su superioridad. Me importaba una mierda cuán alto estuviera su ego y cuánto necesitara demostrarlo frente a mí. De todas maneras, intentaba entenderlo: yo era quien me estaba llevando a su princesa, el que se la follaba todas las noches y le hacía muchas cosas sucias, y eso, para cualquier padre, debe de ser una patada en las pelotas, y un bocado muy difícil de digerir.

—Hola, papá.

—Buenas tardes, señor Delevigne. Gracias por recibirme en su casa.

—Tenía muchas ganas de ver a mi hija, así que, cuando usted se comunicó con mi esposa, por supuesto que accedí.

Me sonreí malicioso, entendiendo perfectamente su indirecta, y apreté la mano de Chiara para que no contestara, aunque ella tenía su carácter y sabía que un simple apretón no iba a frenar su astuta boca.

Helmut Delevigne caminó hasta el comienzo de la escalera y empezó a bajar.

—No hagas que crea que venir ha sido un error, Helmut. Demuéstrame que realmente te importo y trata a Spencer con respeto, ya que ni tú ni mamá habéis tenido aún la deferencia de disculparos con él. Además, gracias a él estoy hoy aquí, yo no quería venir.

—No seamos tan susceptibles, hija.

Se acercó, la cogió entre sus brazos y la abrazó con fuerza, aplastándola contra él. Solté su mano para que padre e hija se pudieran saludar como correspondía. Cuando la apartó de su cuerpo, se quedó con su mano en la de él para admirarla, y fue entonces cuando notó el anillo que Chiara llevaba en el dedo.

—Spencer y yo nos hemos comprometido.

—Ya veo... Bonita joya, debo reconocer que se ve digna de ti. Un punto a su favor, señor Vanderbilt.

Extendió la mano y me saludó. No esperaba un abrazo, por supuesto que no, pero al menos el tipo me había tendido la mano.

—Lamento no haber hecho las cosas como dictan las buenas costumbres; quizá hubiese preferido que le pidiera la mano de su hija a usted primero.

—Me hubiera gustado, lo reconozco, pero entiendo que los jóvenes de hoy en día han convertido las buenas costumbres en material de desecho, así que no me asombra; además, tal vez haya sido lo mejor.

—¿Por qué? ¿Me hubiera rechazado?

—Quien soy yo para rechazarlo. Mi hija ya se encargó de dejar muy claro que es ella la que

elige.

—Se trata de mi felicidad, es lo más lógico.

Helmut Delevigne se rio subrepticamente.

—Tienes razón, ¿qué podemos saber los padres de lo que es más conveniente para nuestros hijos?

La puerta principal se abrió y por ella entró Ivanna Delevigne, esplendorosa y perfectamente arreglada, sin un pelo fuera de lugar. Vestía un traje que, cuando la mirabas, te hacía suponer que no se había sentado en todo el día para que la tela no se arrugara.

—Oh, pero si ya estás aquí.

Otra que se encargaba de demostrarme que yo era transparente. No me importaba, no estaba allí para eso, sino por Chiara. Ella valía más que cualquier humillación que esos ricachones me hicieran.

Abrazó durante un buen rato a su hija y también la besó. Luego me miró, reconociéndome por primera vez como allí presente.

—Señor Vanderbilt.

Extendió su mano y se la estreché.

—Gracias a usted también por recibirme.

Maurice apareció en ese momento, con una de las empleadas de la casa.

—Señorita Chiara, su dormitorio está preparado. Si necesitan algo especial, Brittany se encargará.

—Hola, Brittany.

—Señorita, señor...

Moví la cabeza a modo de saludo y dejé que fuera Chiara la que hablara.

—Gracias, pero no necesitamos nada en particular. Si habéis subido nuestras maletas, ahí tenemos todo lo necesario.

—En ese caso, son casi las seis, la cena ya debería estar lista —comentó Ivanna—, así que por qué no vais a cambiaros. Hija, espero que hayas traído algo más... más formal, así podremos sentarnos a comer.

Vi que Chiara ponía los ojos en blanco.

—No sea cosa que manchemos tus sillas con la ropa que hemos usado durante el viaje. Ven, Spencer, vamos al dormitorio.

—Con permiso.

—Me fastidian. No entiendo por qué tienen que ser tan clasistas; ni la madre de Luka, que es una princesa, es así.

—Cálmate. A mí no me molestan, cada uno es como es.

La cogí por la cintura y la besé; un beso era todo lo que necesitaba para sentir que estaba en casa.

—Vamos a cambiarnos rápidamente, y así no los hacemos esperar.

—Menos mal que no se les ha ocurrido preparar dos habitaciones.

—Tus padres saben que vives conmigo, así que ¿qué sentido tendría eso?

—Tienes razón, pero viniendo de ellos...

Durante la cena, Ivanna admiró el anillo que su hija llevaba en el dedo, y lo alabó; no podía decir nada negativo, puesto que sabía reconocer cuándo una joya era buena.

Los dos días siguientes pasaron bastante rápido. Durante el día, Chiara me llevó a recorrer su ciudad. Lo más tedioso siempre era la cena, pero finalmente las aguas se empezaron a calmar y el último día Helmut se mostró más sociable conmigo, al igual que su mujer. Después de cenar, incluso me invitó a su despacho a que fuéramos a conversar mientras tomábamos una copa de *bourbon*. Me ofreció un habano, pero como yo no fumo, no lo acepté; él tampoco lo hizo, simplemente cerró la caja y hablamos de cosas insustanciales. Pareció interesarse en mi negocio un poco más, y hasta me preguntó por mis padres. Le conté a grosso modo a lo que se dedicaban y pareció no tener ningún comentario despectivo acerca de nada. Lo que sí me extrañó fue que ninguno de los dos, ni él ni su mujer, preguntaran si teníamos una fecha para la boda. Cuando la gente se enteraba de que estábamos prometidos, era lo primero que nos planteaban, pero ellos, simplemente, lo habían ignorado. De todos modos, como eran raros, le resté importancia a ese asunto..., pero lo que más me hacía desconfiar de esa aparente aceptación era que la mirada de Helmut Benjamin Clay Delevigne, de la nada, se transformaba en astuta y secreta.

Al día siguiente, muy temprano, Maurice nos llevó al aeropuerto y respiré aliviado de que muy pronto nuestra vida iba a volver a ser perfecta como siempre.

## Treinta y nueve

SPENCER

Habían pasado dos semanas desde que regresamos de Michigan. Chiara había reanudado la relación con sus padres y eso me tranquilizaba; tal vez ellos no eran todo lo cálidos que eran los míos, pero, como le supe decir a ella, cada uno es como es, así que había que aceptar que se preocupaban siempre por su hija y eso era lo que contrarrestaba su frivolidad.

Me estaba duchando y mi teléfono empezó a sonar. Lo oí desde el baño y me di cuenta de que lo había dejado en el dormitorio. De pronto dejó de hacerlo y de inmediato la puerta de la ducha se abrió.

—¿Quién es Alba?

Me aclaré el jabón de la cabeza y también de la cara al oír la voz de Chiara preguntándome, e intenté mostrarme lo más tranquilo posible.

—¿Alba?

—Sí, Alba. Cuando lo he cogido he oído la voz de una niña, y me ha dicho que quería hablar con su papi. El nombre está registrado en tu teléfono, así que tienes que saber quién es. Cuando le he preguntado su nombre, alguien le ha cogido el móvil y ha finalizado la llamada; se ha oído una voz de mujer.

—Alba... Alba... Ah sí, ya sé quién es, debe de haberse equivocado. Alba es la mujer de Spark, uno de los empleados de seguridad del Provocateur; ya sabes, Spark, Spencer... La cría habrá cogido el teléfono y seguramente habrá apretado mal el nombre del contacto; los nombres deben de estar uno justo detrás del otro en la agenda del móvil, y ella debe de haber querido hablar con su padre. Tengo el teléfono porque estuvo una semana enfermo, ¿te acuerdas?, y ella me llamó y lo registré. Ese día casi no contesté, nunca lo hago con números desconocidos.

—Ah, ok.

—¿Qué pasa?, ¿qué has imaginado?

—Lo siento, soy una tonta.

—Ven aquí...

—No... no... —Ella forcejeó conmigo y yo continué tirando de ella—. No, Spen, no quiero, déjame. Estoy vestida, arruinarás mi traje de Armani y mis zapatos de Gucci.

Por supuesto que no le hice ni caso; necesitaba alejar sus nefastos pensamientos de esa llamada, así que la metí conmigo en la ducha y le hice el amor hasta apagar todos sus sentidos.

\* \* \*

Al otro día, cabreado, fui al apartamento y regañé a la niñera de Anne:

—¿Por qué mierda no estabas atenta? Sabes que la niña no tiene por qué coger el teléfono, tú debes estar pendiente de que no lo haga, ¿cómo carajo has permitido que eso suceda?

—Lo siento, señor, lo siento, de verdad.

La mujer arrancó a llorar, y entonces me di cuenta que estaba siendo injusto y de que estaba gritándole de una forma que ella no merecía; el error no era suyo, sólo que prefería culparla y no hacerme cargo de que el que estaba fallando era yo, al no ser sincero con Chiara. Me estaba volviendo loco, pretendiendo tapar el sol con un dedo.

—Está bien, Alba, ya no llores. No me hagas caso, soy un bruto. Tú... no tienes la culpa, la niña es ya mayor y no es una prisionera como para aislarla del mundo, no sé qué me pasa, esto tarde o temprano tenía que pasar. —Me toqué la frente—. No estoy pensando con coherencia, sé que no es tu culpa, y tampoco la de Anne. La culpa es sólo mía por pensar que puedo seguir manteniéndola alejada de mi vida.

»Soy una persona horrible, lo sé, todo lo que estás pensando de mí... Tienes razón, debo definir lo que quiero ser en la vida de Anne.

—Yo no pienso nada, señor, ¿acaso olvida que yo sé todo? Sé lo difícil que esto es para usted, pero, como dijo, la niña ha crecido... y tiene sus reclamaciones, ya no es un bebé a la que uno maneja como lo hacíamos antes. Y sí, perdóneme si no le gusta lo que le digo, pero creo que llegó el momento de que usted defina qué va a hacer con la niña. Me consta que usted siempre ha estado a su lado, pero ella ahora empieza a entender y a medida que pase el tiempo lo hará más, y cuando crezca le reclamará que la mantuvo aislada...

—... como si fuera escoria —terminé su pensamiento, para ahorrarle que ella lo hiciera; no es como si yo no lo supiera—. Soy nefasto, lo sé..., lo sé... Ella no tiene la culpa de los errores de los adultos; ella sólo vino a este mundo, y mi deber es asumir mis responsabilidades.

—Yo sé que usted la quiere, aunque le cueste admitirlo, sé que es así. Sé que siempre se ha desvivido por ella, me consta, pero ahora la pequeña demanda otras cosas de su parte.

\* \* \*

### *Un mes después...*

Esa mañana le había prometido a Anne que iríamos a ver a su madre, así que pasé a buscarla muy temprano. Dejamos el SUV en el parking que quedaba a dos manzanas del hospital y, cuando salimos de allí, la pequeña me dio su mano y empezamos a andar.

—Papi, ¿te parece que a mi mami le gustará el vestido que me he puesto hoy?

—Seguramente creerá que te ves como una princesa, como su princesa.

—Y si creará eso, ¿por qué nunca me habla?

—Ya te lo he explicado, Anne, y los doctores también lo han hecho. Es muy probable que ella nos oiga, en esos breves momentos en los que está despierta, pero no nos puede contestar porque su cabeza recibió un fuerte golpe y dejó de funcionar como debería hacerlo cuando tú aún estabas en su panza.

—Y entonces... ¿por qué le hablamos si nunca nos contestará?

—Bueno, porque es lo que los médicos nos dijeron que debemos hacer: hablarle para estimular su cerebro.

—¿Y eso la curará?

—No lo sé, eso es algo que nadie sabe.

Cuando salimos a la calle, mi teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué para mirar de quién se trataba. Era Chiara la que me llamaba, así que, como estaba con Anne, no iba a contestarle; entonces volví a meter el móvil en el bolsillo, esperando a que dejara de sonar, pero, cuando levanté la vista para continuar caminando, jamás esperé que ella estuviera frente a mí.

Se me quedó mirando. Pude advertir el tormento en sus ojos y yo sentí que mi cuerpo se había paralizado. Miró a la niña, que estaba a mi lado, y en ese instante Anne tiró de mi mano.

—Venga, papi, vamos.

Fue mucho más fácil superar los recuerdos tormentosos de ese día que me cambiaron la vida para siempre que soportar el dolor que advertí en su mirada. Me sentí una mierda, y en ese momento comprendí mi error, y lo irremediable de lo que había hecho. Ella había sido mi ancla para superar mi castigo y la usé, pero no pensé en cuánto dolor podría provocarle.

Recordé las palabras de mi madre... «¿Te parece justo que le mientas? Tú mejor que nadie sabes el dolor que causan las mentiras.»

—Papi, ¿qué pasa?, ¿por qué no caminamos?

Chiara salió corriendo; la vi alejarse de mí, y supe que la había perdido.

Cuando regresé a casa, durante el trayecto pensaba en cómo iba a enfrentarla, pero eso no sucedió. Ella se había ido; sus cosas ya no estaban en mi vestidor, se lo había llevado todo, también mi alma.

Cuando Chiara se fue de mi casa, fui a por ella al Wagner y me dijeron que no había vuelto por allí. La esperé un día entero en el coche, pero no apareció. Luego me aposté en la entrada de su trabajo, pero tampoco la vi llegar. Además, me extrañó que ninguno me hubiera ido a buscar, ni Maverick ni ninguna de sus amigas, para patearme el culo, así que supe que en el Wagner no me habían mentado. Chiara se había ido y nadie sabía lo que había pasado entre nosotros, y entonces caí en depresión... porque, si no le había contado nada a sus amigas, eso significaba que no quería que yo la encontrara.

## Cuarenta

SPENCER

Estaba tirado en la cama cuando llegaron. Habían tardado una semana en descubrir que Chiara me había dejado, y también en saber de Anne, y no me extrañó que les costara tanto tiempo descubrirlo, porque eso corroboraba lo que yo había sentido: ella se había esforzado en escabullirse de mí.

Cuando el timbre sonó en mi casa, estuve a punto de no abrir, pero necesitaba moverme de la cama en la que hacía siete días que estaba postrado. No podía responsabilizar a nadie de lo que había ocurrido, ni siquiera a la fatalidad de que Chiara justo ese día fuera a comprar al anticuario que estaba junto al parking, el único culpable era yo.

Entraron todos y se dirigieron a la sala. Yo les comuniqué que iba hacia allí, pues no quería que me vieran más miserable de lo que ya mostraba mi aspecto, por lo que evité que entraran en la pocilga en la que mi dormitorio se había convertido.

—¿Qué puta mierda has hecho? —Maverick me cogió de la camiseta apenas me vio, y Luka trató de tranquilizarlo.

—Dejémoslo hablar —dijo apartando a Mav de mi lado, y nos sentamos en los sillones del salón.

—¿Me puedes explicar cómo es que tienes una hija y nosotros no sabíamos nada? —me preguntó Drake.

—No es mi hija.

—La niña te llamó «papi». Chiara se lo ha contado a las chicas —replicó, golpeando su mano con el filo de su otra mano mientras enumeraba las cosas—, por eso te ha dejado, y también les ha explicado que unas semanas antes esa misma niña llamó a tu teléfono mientras tú te estabas duchando y que, cuando te preguntó, le mentiste diciéndole que era la hija de un empleado tuyo, y la distrajiste usando el sexo —resumió Luka, que también parecía estar perdiendo ya la paciencia—. No nos quieras tomar por tontos a nosotros ahora.

—Es un hijo de puta —gritó Maverick, y quiso abalanzarse de nuevo sobre mí, pero esa vez fue Kevin quien lo atajó—. Has destrozado el corazón de Chiara; te advertí de que no le hicieras daño ese día en mi despacho, cuando me dijiste que ibas a por todas con ella. Te lo advertí, y te has cagado en mí.

—Te has cagado en todos... ¿Sabes las discusiones que ha habido en nuestras casas? Ninguna cree que nosotros no lo sabíamos. Todas nuestras mujeres piensan que te hemos estado cubriendo. ¿Cómo has podido ocultar a tu hija, Spencer? ¿En qué mierda estabas pensando para hacer una

cosa así? Creo que, durante todos estos años, nunca te he conocido realmente —me gritó Maverick.

—¿Me dejáis hablar? —bramé cuando creí que sus reproches habían terminado.

—Es lo que estamos esperando, que hables —intervino Kevin.

—No es mi hija, es la hija de Roxanne.

—Dejadme que le rompa la cara —chilló Maverick, y esa vez no lo detuvieron a tiempo y su puño se estrelló contra mi boca, que empezó a sangrar. Me limpié con la camiseta.

—¿Cómo mierda puedes pensar que podemos ser tan ilusos de creernos esa estupidez de que es la hija de Roxanne si Chiara ha contado que la cría tiene apenas cuatro años y Roxanne hace cinco o seis que murió? —gritó Drake, desquiciado.

—¡¡Ella no murióoooooooooooooooooooo!!! —vociferé a todo pulmón, y por fin logré conseguir la atención de todos.

Cuando todos nos calmamos, me dejaron hablar, y se lo relaté todo...

—Esa noche nos llamaste y nos reuniste a todos en tu antiguo apartamento, estabas destrozado —comentó Maverick—, y recuerdo muy bien cuando dijiste: «No hay esperanza para ella, su vida se ha acabado».

—Todos te oímos decir eso, Spencer —corroboró Luka, mesándose el pelo—. ¿Cómo mierda has podido, durante tantos años, llevar esta carga tú solo?

Drake, que al enterarse de lo sucedido había cogido el primer vuelo desde Texas, también estaba sentado en mi sala, mirándome incrédulo.

—Te preguntamos qué ibas a hacer, porque te dijimos que queríamos acompañarte, y contestaste que no hacía falta, que ya no había nada que hacer, que no era preciso que hiciésemos nada.

—Incluso te consultamos si al menos tus padres estarían contigo —contribuyó Kevin—, ya que sabíamos que ella no tenía familia, pero nos aseguraste que ya te habías ocupado de todo y que lo habías querido hacer solo, sin involucrar a nadie.

—O sea, todas tus palabras de esa noche nos hicieron creer que ella había fallecido y que tú ya te habías ocupado de todo, tal como nos dijiste... Asumimos que hablabas de su funeral; nosotros hablábamos de eso y tú no nos sacaste del error. Maldición, me siento una mierda de persona por haberlo asumido.

—Si te consuela, no eres el único que se siente así —le dijo Maverick a Luka—. No puedo creer que esa noche, en verdad, declararon a Roxanne en estado vegetativo y tú, simplemente, no dijiste nada cuando asumimos que había muerto, y tampoco que en todo este tiempo no hayas dejado de ir a verla nunca.

—Está como muerta, os aseguro que no hay diferencia. En todos estos años no ha habido ningún cambio, ningún progreso.

—Pero estaba embarazada y dio a luz aun estando así.

—Sí, estaba embarazada, pero yo no era el padre. Ese día, además de enterarme de que ella no

iba a despertar de ese estado de semiinconsciencia probablemente jamás, también me enteré de que yo no era el padre del bebé que estaba esperando, según las pruebas que le realizaron de paternidad prenatal. Estaba en *shock*... Fue un puto *shock* todo lo que ocurrió durante esos días... Fue una puta mierda. —Mesé mi pelo y me apreté la sien con fuerza.

—¿Cómo cojones no se te ocurrió decirle esto a Chiara cuando comenzó vuestra relación? —me interpeló Drake.

—¿Cómo mierda no se te ocurrió explicárselo antes de que se fuera a Michigan? —añadió Maverick—. Nuestras mujeres creen exactamente lo mismo que ella: que tuviste una hija y sólo te importó mantenerla oculta.

—Piensan que eres una mierda de persona, cuando en realidad se trata de todo lo contrario —agregó Kevin.

—Joder, hay tantas cosas que vosotros no sabéis.

—¿Todavía hay más? —inquirió Luka, incrédulo, y se dejó caer en uno de los sofás.

—El día del accidente, íbamos discutiendo; ella me estaba dejando, cancelándolo todo.

—La boda —soltó Drake.

\* \* \*

Pasaron tan sólo algunas horas hasta que Aos fue capaz de averiguarlo todo. Me obligaron a meterme en la ducha, para que pareciera de nuevo una persona, y entre todos mis amigos asearon esa pocilga, ya que yo sólo le había permitido a Ada que limpiara parte de la casa, todo menos el piso donde estaba mi habitación.

Luka se encargó de que su avión estuviera listo para llevarme hasta Detroit. Me prepararon una bolsa con ropa, me metieron en el coche y me llevaron hasta el aeropuerto.

—Si vuelves sin ella, te juro que te daré la paliza que hoy no me han dejado que te diera —me increpó Maverick.

—No tienes opción —me dijo Drake—. O vuelves con Chiara o entre todos te moleremos a palos por idiota.

—Amigo, no dejes que se te escape la felicidad de las manos. Sólo háblale con el corazón —me aconsejó Luka cuando estaba a punto de subirme a su avión.

—Te ama, y tú también a ella, así que estoy seguro de que la vas a recuperar. Ten fe, amigo. La vida te dio una segunda oportunidad cuando te puso a Chiara en tu camino, no puedes perderla —concluyó Kevin, que era el más sentimental de todos.

—Ha sido una mierda todo lo que te ha pasado, así que ve a por ella. —Maverick me golpeó la espalda y subí la escalera para perderme en el avión privado de Luka.

## Cuarenta y uno

SPENCER

El vuelo duró poco más de una hora, ya que los vuelos privados utilizan unas rutas diferentes a las comerciales y, por ende, son más rápidas.

Durante el trayecto me dediqué a pensar en cómo iba a enfrentarla, y no tenía ni idea de cómo podría justificar tanta estupidez por mi parte. También pensé en mi madre; estaba convencido de que, cuando se enterase de lo sucedido, me daría la paliza que jamás me había dado, porque ella, eso, me lo advirtió desde un primer momento.

Cuando salí del aeropuerto, tomé un taxi hasta Grosse Pointe Shores. Llevaba conmigo sólo una bolsa de mano, así que era el único peso que acarreaba. Llamé al timbre de la entrada y, cuando me anuncié, de inmediato el portón de hierro se abrió para dejarme pasar. No me creía un tipo con tanta suerte, así que me extrañó cuando comprendí que me estaban dejando entrar demasiado rápido. Me dije que Chiara era una chica civilizada y de buenas costumbres, así que tal vez sólo se trataba de que estaba intrigada por lo que tenía para decirle.

Avancé por el largo camino que separaba el portón de la calle de la entrada de la casa. Mi corazón, a medida que me acercaba, latía a mayor velocidad. Considerando que en la mansión había cámaras por doquier, no me extrañó que, antes de que tocara a la puerta, ésta se abriera. Maurice fue el encargado de recibirme, y noté en su rostro que no había la misma predisposición que había tenido la vez anterior para conmigo; su gesto era duro, inexpresivo, y me miraba todo el tiempo con una ceja levantada y apretando la mandíbula.

—Adelante.

Accedí al recibidor y el mayordomo me indicó que continuara hacia la sala. Me invitó a que me sentara, pero no podía estarme quieto, así que me quedé de pie esperando a Chiara, pues nada más llegar había pedido hablar con ella.

Percibí pasos en la escalera, miré en esa dirección y vi a Helmut Delevigne descendiendo por ella.

—Quiero hablar con Chiara —le dije, sin esperar amabilidad por su parte.

—Mi hija no está, así que tendrás que hablar conmigo.

—No quiero hablar contigo; ella es quien tiene que escuchar lo que tengo que decir.

—Mi hija no está, te lo vuelvo a repetir. Se ha ido a París para olvidarte y su madre la ha acompañado.

—Estás mintiendo. Te ha pedido que me digas eso, y comprendo que quiera castigarme, pero sea como sea hablaré con ella.

—Ningún trago amargo es tan importante como para que unos miles de dólares gastados en las mejores tiendas de París no puedan hacerla olvidar. Ya sabes, las mujeres lo curan todo con compras.

Fue una puñalada en el corazón que él me dijera que ella se había ido a la capital francesa a olvidarme haciendo *shopping*, y más aún saber que eso era suficiente como para sacarme de su mente y de su corazón. Me destrozó, porque eso significaba que yo valía muy poco para ella. Sin embargo, a los pocos segundos supe que mi Chiara no era así, y comprendí que Helmut me estaba mintiendo, y empecé a llamarla a gritos; no pensaba parar hasta que me escuchara.

—Grita todo lo que quieras, ella no está. Te lo acabo de decir, se ha ido a París con su madre y con amigas de su misma clase social, esas que nunca debió dejar de lado.

Maurice apareció en la sala.

—¿Necesita algo, señor? —le preguntó a su jefe.

—Acompaña al señor Vanderbilt hasta la salida, ya se va.

—No me iré hasta no habérselo contado todo. Ella y yo teníamos muchos planes, y necesito explicarle la verdad para conseguir su perdón y que volvamos a estar juntos. Voy a casarme con Chiara, no pararé hasta que me diga que sí de nuevo.

Helmut empezó a reírse a carcajadas en mi cara.

—¿Creíste en serio alguna vez que iba a permitir eso? ¿Pensaste verdaderamente que iba a permitir que mi princesa terminase con un idiota donjuán, que además tenía una hija y se la había ocultado? ¿Creíste que podrías echar mano a la fortuna que mi hija algún día heredará? ¿Acaso me consideraste tan estúpido que no pensaste que, en cuanto me enteré de que mi hija estaba contigo, te haría investigar, pues no sabía nada de ti? Lo hice... y te descubrí... Sólo que no iba a ser yo quien la decepcionara; ése ibas a ser tú mismo cuando ella, por sí sola, descubriera lo embaucador que eres; sólo era cuestión de tiempo.

Apreté los puños a mis costados, sintiéndome un jodido estúpido. Por fin entendía la sonrisa subrepticia que él había mantenido todo el tiempo durante los dos días que yo había estado allí con Chiara; Helmut siempre había sabido de la existencia de Anne, y que yo le mentía a su hija.

Quería borrarle la sonrisa de suficiencia que en ese momento me dedicaba, pero no iba a estropear más las cosas con Chiara por golpear a su padre; él era el bueno y yo era la basura humana ante sus ojos y, si lo lastimaba, eso era lo que ella vería, y mi imagen, que ya estaba por el suelo, se enterraría mucho más aún.

—Me voy, pero no has ganado, Helmut. Te vas a tener que comer esa sonrisa y me vas a tener que pedir perdón por todas las cosas de que me acusas, porque sólo soy culpable por callar, y a Chiara le deberás pedir disculpas porque tú también callaste sabiendo que Anne existía en mi vida.

—No sé cómo va a suceder eso. Aquí el único que ha mentido has sido tú. Tú eres el padre de esa bastarda que has mantenido oculta para aprovecharte de mi hija.

—No sabes una mierda, créeme, no tienes idea de nada. Crees tener la mano con las mejores

cartas, pero las cartas marcadas las tengo en mi poder.

Salí de ahí pensando que Chiara realmente no estaba en el país, así que, mientras caminaba hacia fuera, llamé a quien era mi última oportunidad para ayudarme a encontrarla.

—Luka...

—¿Qué ha pasado? ¿Ya la has podido ver?

—Se ha ido del país, su padre me ha dicho que a París; necesito saber dónde está exactamente para ir a buscarla.

—No cortes; quédate en línea mientras hablo con Aos para que la ubique. Cálmate, la encontraremos.

—Por favor, sé que la he cagado y que merezco todo lo que me está pasando, pero la amo, y necesito hallarla para explicarle los motivos que tuve para mentirle, aunque la idiotez en mi cabeza no tiene justificación.

—Aguarda, déjame hablar con Aos.

Llegué a la salida y el portón de hierro se abrió para darme paso. Estaba muy claro que me querían bien lejos de allí. Caminé unos metros para salir del perímetro de las cámaras de seguridad que sabía que había en la calle y me quedé aguardando una respuesta por parte de Luka.

Los minutos me parecieron interminables, hasta que por fin me volvió a hablar.

—¿Sigues ahí?

—Por supuesto.

—Escúchame bien: Chiara no se ha ido del país, ni siquiera ha abandonado Michigan. Aos tiene muy bien comprobada esta información y no hay margen para ningún error. Tu suegro te está mintiendo.

—Mi suegro... —repetí, desanimado—. Eso será si ella vuelve a aceptarme en su vida... si es que logro volver a verla. ¿Aos está seguro?, porque la he llamado a gritos como un desquiciado cuando estaba dentro de la mansión y ella no ha aparecido.

—Cabén dos posibilidades: o no te ha querido atender o no estaba en la casa en ese momento, pero ella, del país, no ha salido.

—Está bien, gracias.

—¿Qué harás?

—Esperaré algunas horas a ver si regresa y, si no, no sé... Buscaré algún hotel por la zona y volveré una y otra vez hasta que pueda verla.

—Bien. El avión se queda en el hangar de Detroit; yo no lo necesitaré en toda la semana, así que está a tu disposición.

—No sé qué haría sin vosotros. Gracias a todos por ser tan buenos amigos.

—Aún tenemos ganas de patearte el culo, así que no nos lo agradezcas todavía, porque, si no la recuperas, eso será lo que conseguirás, por idiota.

—Lo sé.

Habían pasado dos horas cuando vi que Maurice salía de la casa con el coche, y al cabo de

veinte minutos lo vi regresando por Lake Shore. A lo lejos divisé que en la parte de atrás del vehículo había dos personas, así que me acerqué, con la esperanza de que pudieran ser ella y su madre a las que había ido a buscar. Cuando llegué al portón de hierro, me tiré frente al coche al ver que efectivamente Chiara estaba allí dentro, por lo que a Maurice no le quedó más remedio que clavar los frenos para no atropellarme.

—Chiara, tenemos que hablar —le gritaba desde fuera, con las manos sobre el capó, impidiendo que el vehículo avanzara—. Por favor, baja y escucha lo que tengo que decirte.

Su madre le estaba diciendo algo que no alcanzaba a oír, y ella se tapaba los oídos y lloraba. Me partía el alma ser el causante de toda esa mierda; me rompía el corazón saber que yo era el culpable de que ella tuviera un aspecto tan demacrado y ojeroso, pero eso también me hizo comprender que lo que me había dicho su padre no era cierto, y que ella no me había sacado de su sistema tan fácilmente.

—Chiara, mi amor, necesito que me escuches. Sé que la he cagado, lo sé, y, si después de que me explique no me puedes perdonar, lo aceptaré, pero necesito contarte mi verdad.

Sentí que una fuerza me tiraba hacia atrás y comprendí al instante que era su padre quien intentaba sacarme del camino. Me golpeó en la cara y luego en el estómago, pero yo sabía que ella no podría perdonarme si me defendía, así que no lo hice... hasta que finalmente no aguanté más y lo derribé de un solo puñetazo en el mentón. Ivanna salió del coche para auxiliar a su marido y Maurice también lo hizo; yo estaba preparado también para enfrentarme a él.

—Suba al automóvil para que los saque de aquí —me soltó el chófer.

Corrí y me monté junto a Chiara, que no dejaba de llorar, y cuando advirtió que yo estaba a su lado, quiso bajarse, pero no se lo permití.

—Por favor, por favor, cariño, sólo escúchame.

—No quiero hacerlo, no me toques. Maurice, detén el coche, te lo ordeno.

—No lo haré, Chiara. Creo que debes escuchar lo que tiene que decirte y dejar de comportar como una niña mimada, como la niña que tus padres pretenden que seas. Este idiota —me miró por el espejo retrovisor— es un verdadero estúpido, pero aun así sé que nadie que no te amara te miraría de la forma en la que él lo hace, así que deja de gritar como una malcriada y escúchalo. Mi empleo ya lo he perdido por culpa de vosotros dos, así que, por tantos favores que a lo largo de tu vida te he hecho, por una puta vez, harás lo que yo te diga que hagas.

Maurice clavó los frenos y estacionó a un lado del camino. Luego bajó del vehículo y nos dejó dentro para darnos privacidad.

—No quiero escucharte, Spencer. Nada de lo que digas podrá cambiar lo que has hecho; nada puede borrar la mentira atroz de negar a tu hija.

Tomé una bocanada de aire y empecé a hablar.

—Anne no es mi hija; pero sí, tienes razón, jamás debí negarla.

—¿Por quién me tomas? La oí perfectamente llamarte «papi», nadie me lo ha contado. Y es la misma niña que llamó esa noche por teléfono. No sigas tomándome por tonta.

—Ella no es mi hija —volví a repetir—. Sé que suena ilógico, sé que crees que te estoy mintiendo y en gran parte te he mentado, pero no lo hago cuando te digo esto: Anne no es mi hija, no soy su padre biológico, pero sí es cierto que lleva mi apellido y eso tuvo que ser así para que Servicios Sociales no se la llevara a un orfanato.

—¿Qué? No entiendo nada. Si esto es así, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Y por qué te tomaste el trabajo de mentirme tanto?

—Porque es la hija de la mujer que rompió mi corazón hace muchos años, porque es la hija de la mujer que fue mi única novia aparte de ti; porque es la hija de la mujer con quien iba a casarme y con la que, cuando me estaba dejando, tuvimos un accidente de coche; porque es la hija que es la prueba exacta de su engaño, y de mis cuernos, y durante mucho tiempo me resistí a quererla... pero no pude evitar hacerlo, porque soy todo lo que esa niña tiene, y por eso le di mi apellido cuando su padre me dijo que no la quería y que no le importaba lo que pasara con ella.

—Sigo sin entender...

—Mi novia era una abogada con mucho talento, además de hermosa, y me amaba, o al menos eso creía, y yo estaba enamorado de ella, tanto que no quería ver más allá de lo que deseaba creer.

»Teníamos planes..., teníamos muchos planes... —hice una pausa; recordar que te han humillado tanto no resulta fácil—... Sólo estábamos a unos días de contraer matrimonio cuando pasó lo del accidente; todo estaba listo; el *catering* contratado, la música, el salón, mi ropa, la de mis amigos, que eran mis padrinos, su vestido, que lo habíamos hecho traer de París, nuestro apartamento, que íbamos a empezar a compartir cuando volviéramos de la luna de miel en las islas Maldivas, porque ése era su sueño, y yo quería cumplírselos todos. Sin embargo, cuando sólo faltaban tres días para la boda, ella me estaba dejando por un hijo de puta abogado del bufete donde trabajaba. Un hijo de puta que nunca más se acercó a ver cómo estaba ella, ni aun sabiendo que en su vientre llevaba un hijo suyo.

»Íbamos discutiendo en el coche, yo al volante. Como te acabo de decir, ella estaba rompiendo conmigo con todo lo del enlace listo. Gritábamos y aceleré, eso es lo último que recuerdo, que aceleré a fondo, y luego todo se volvió oscuro. Cuando desperté, fue en el hospital. Yo sólo tenía algunos huesos rotos, nada de consideración, varias escayolas, pero nada más. Lo más comprometido era mi muñeca, que necesitó varias operaciones, y eso fue lo que más tiempo me mantuvo en el hospital. Ella no tuvo la misma suerte que yo.

—¿Murió? Pero, entonces, ¿dónde estaba la niña?

—No murió, quedó en estado vegetativo. Hace cinco años que está así, y estaba embarazada. El embarazo siguió su curso aun con ella en ese estado, y llegó a término y dio a luz a una niña. Al principio, cuando los médicos me lo comunicaron, pensé que era mía, pero no, no lo era. Pedí una prueba de paternidad, pues el día del choque ella me confesó que me estaba dejando por otro, pero no le dio tiempo a mencionarme ni una palabra del bebé; por eso quise saber, y mis sospechas se confirmaron: no sólo me había engañado, sino que estaba embarazada de ese abogado.

»Roxanne no tiene familia, pues se había criado en hogares de acogida hasta sus dieciocho años.

—¿Aún vive?

—Está, desde hace cinco años, en el New York Presbyterian/Weill Cornell Medical Center.

Chiara se cubrió la boca.

—Sí —le dije, corroborando lo que sabía que acababa de hilar en su cabeza—. El día que te encontré frente al ascensor, te mentí. Yo salía de ir a verla y lo de los análisis de ETS me vino como anillo al dedo. Espera, no es que no pensara hacérmelos, es sólo que ese día no había ido a eso como te comenté, pero te juro que pensaba practicármelos.

—¿Por qué me has mentido tanto? ¿Por qué lo has hecho? No logro entenderlo. ¿Por qué no me lo contaste, como estás haciendo ahora? ¿Y por qué todos han sido tus cómplices?

—Un momento, te juro que nadie sabía que Roxanne aún permanece con vida. Yo me autocastigué, prefiriendo ser el único que llevara esa carga. Todos pensaban que ella había muerto en ese accidente y que me encargué de enterrarla.

—¿Acaso te volviste loco para hacerle creer eso a todo el mundo?

—Loco, no, pero la culpa me carcomía, y llevar esa carga solo era mi castigo. Era yo quien conducía, yo dejé a Roxanne postrada en esa cama, y a Anne, sin madre. Aunque luego la justicia dictaminó que el accidente no fue culpa mía, a pesar de que iba con exceso de velocidad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —volvió a preguntarme.

—Porque no era justo que cargases con mis culpas. Por eso mismo te esquivé durante tanto tiempo, porque ya de entrada supe que tú no serías una más si te dejaba acercarte a mi corazón y no podía meterte en esta mierda que me tocó vivir. Pero me enamoré de ti, aun evitándote lo hice, ocurrió, y por eso te mentí, os mentí a todos, no hay otra explicación.

—Ahora ya es demasiado tarde; lo entiendes, ¿no? No hay marcha atrás para tantas mentiras. Planeabas una vida conmigo y a la vez tenías otra en paralelo; no puedo perdonarte.

—Está bien, les prometí a todos que lucharía por recuperarte y que no me detendría hasta conseguirlo, pero entiendo que no puede ser, y que no puedes borrar lo sucedido, y también soy consciente de que he arruinado tu vida, y te pido perdón por el daño que te he hecho, cuando era lo que menos quería. He sido un estúpido por malograr la única posibilidad que he tenido para ser feliz a tu lado, y no sabes cuánto lo siento, porque te amo.

—No me digas que me amas.

—Es la verdad, es lo que siento; aunque me he equivocado, mis sentimientos son éstos.

## Cuarenta y dos

### CHIARA

Por las chicas supe que Spencer había regresado a Nueva York. Yo seguía en casa de mis padres, pero como ya me había enterado de que mi padre lo sabía todo y lo había mantenido en secreto, como un as bajo la manga para dejarme descubrirlo a mí y que eso nos destruyera, sólo pensaba en irme, aunque no sabía a dónde. A Nueva York no quería volver, eso estaba más que claro en mi cabeza, así que, cuando Poppy me ofreció que fuera a pasar unos días con ellos al rancho, no lo dudé y me fui a Texas. Mi amiga ya había dado a luz; había tenido una hermosa niña de cabello del color del sol y ambas estaban bien. Los días empezaron a pasar y, aunque el lugar era un sitio maravilloso, yo no me sentía cómoda invadiéndolos, así que luego me fui a Nueva Jersey, donde alquilé un apartamento utilizando algunos ahorros que tenía guardados, y les pedí a las chicas que no dijeran dónde estaba, al menos hasta que me sintiera con fuerzas para poder superar lo de Spencer.

### SPENCER

—Lo siento, pero no sé si regresaré alguna vez por aquí. —Había tomado la decisión de despedirme de Roxanne—. Me seguiré ocupando de tu hija, eso nunca dejaré de hacerlo, pero necesito vivir, y durante todos estos años me he sentido culpable por haber sido quien estaba tras el volante cuando tuvimos el accidente, aun cuando la justicia dictaminó que la culpa fue del conductor del camión, que iba alcoholizado y se cruzó de carril... De todos modos, me hice responsable de ti y de tu hija, porque me sentí responsable de que hubieses quedado en esta cama, postrada.

»No sé si me oyes... No sé si alguna vez siquiera, en todo este tiempo, has oído algo de lo que cada semana que te he venido a ver te he dicho, pero hoy necesito despedirme, y espero que, si me estás escuchando, entiendas que he hecho todo lo posible por no dejar de venir, pero necesito continuar. Seguiré pagando tu atención médica, eso será siempre así, te hice una promesa y la cumpliré, pero estoy vivo y, sin embargo, durante cinco años me he sentido atado a esta cama como si fuera yo el que estuviera en tu lugar. Te quise mucho, te amé también, pero ahora me he vuelto a enamorar, y la amo como nunca antes había amado a nadie. La amo hasta la locura, y necesito ser feliz, y por primera vez desde el accidente siento que lo merezco; espero que no me odies por pensar así, y que puedas perdonarme de la misma forma que yo perdoné tu engaño.

La tenía cogida de la mano mientras le hablaba y noté que sus párpados se cerraron y se

volvieron a abrir; entonces me desesperé y empecé a tocar el pulsador para que viniera alguien. Era el indicio de que ella tenía alguna reacción... Ese indicio que habíamos esperado durante muchos años y nunca había sucedido. Empezaron a hacerle pruebas y todos me dijeron que debía de tratarse de un reflejo muscular... pero de pronto el monitor empezó a mostrar que sufría un fallo cardíaco; le quitaron las almohadas y, de inmediato, trajeron un carro de reanimación, porque su corazón estaba entrando en parada. No era la primera vez que eso sucedía, pero, como no había una orden de no intervención firmada por ella, empezaron a reanimarla. Sin embargo, esa vez todos los esfuerzos de los médicos que la atendían fueron en vano y la línea del monitor quedó recta y el pitido que éste emitía se volvió un sonido monótono y constante.

—Hora de la muerte, trece y cincuenta y cuatro —dijo el médico—. Lo siento.

Me desplomé en la silla a los pies de la cama y dejé que mi cabeza cayera mientras apoyaba mis codos en las piernas y todos me dejaban ahí solo.

Roxanne se había ido. Roxanne acababa de morir.

Sentí el peso de una mano en mi hombro y, cuando levanté la cabeza, vi el rostro de una de sus enfermeras personales.

—Se acabó, es hora de que seas feliz. Te ha liberado, eso es lo que ha hecho, al dejar de luchar. Lo ha hecho para que tú y Anne podáis continuar sin seguir atados a esta cama de hospital. Eres un gran hombre, me consta; has estado siempre a su lado, y todos conocemos la historia, así que, créeme, lo mereces. Ahora vete y disfruta de la vida, y no vuelvas a mirar atrás, de ahora en adelante sólo mira hacia el futuro.

Cuando llegué a casa, llamé a mis padres y les conté lo que acababa de pasar; también llamé a mis amigos y se lo comuniqué, y les aseguré que esa vez sí había fallecido.

## Cuarenta y tres

SPENCER

Después del funeral, le dije a Alba que recogiera todas sus cosas, y también las de la niña, y la informé de que se venían conmigo a mi casa. Anne era mi hija adoptiva, aunque no llevara mi sangre, así que no podía seguir manteniéndola oculta. Eso no estaba bien; ya que le permitía que me llamara «papá», tenía que asumir mi rol en todo momento.

Nos mudamos a Chelsea todos juntos, había lugar de sobra.

Había pasado un mes, y esa tarde estábamos en la cocina, preparando algo para cenar, y Anne estaba empecinada en ayudarme, así que le di una tarea que pudiera llevar a cabo: la puse a empanar unas pechugas de pollo y, aunque era más lo que caía al suelo que lo que quedaba en la carne, ella lo estaba disfrutando y yo también.

El timbre sonó y cortó nuestra diversión, porque me acerqué hasta el visor para ver quién era. No esperaba a nadie, así que me extrañó que a esa hora tocaran a la puerta. Cuando miré y vi la imagen que captaba la cámara que estaba en la entrada, mi corazón se detuvo, y en mi garganta se atascó un nudo.

—Entra, ya bajo.

—¿Quién es, papi?

—Alguien que viene a verme a mí. —Me lavé rápidamente las manos y le dije a Alba—: Ahora vuelvo, quédate aquí con la niña.

Bajé los escalones de dos en dos; sentía que no podía encerrarme en la caja del ascensor porque me faltaría el aire, así que, cuando conseguí llegar al recibidor, estaba muy agitado.

—Hola —fue lo único que se me ocurrió decir, y me quedé observándola, sin poder creérmelo.

—Hola. —Me pareció que ella, a pesar de ser quien había venido, también se había quedado sin palabras.

—Francamente, hubiese esperado a cualquiera antes que a ti. Pasa, por favor, no te quedes ahí.

—He venido a traerte el anillo de tu madre —me contestó mientras entrábamos sólo un poco.

—Está bien... Podrías habérmelo hecho llegar a través de uno de nuestros amigos, no era necesario que vinieras a verme. Sé que no quieres hacerlo.

—Me he enterado de lo de Roxanne, lo siento.

—Gracias.

Extendió la mano y me entregó la caja del anillo. Cuando me la dio, rocé sus dedos sin proponérmelo... y sentí como si un rayo me partiera por la mitad, porque una descarga recorrió todo mi cuerpo.

—¿Por qué me enamoraste, Spen? ¿Por qué dejaste que te quisiera como lo hago? —Quise hablar, pero me hizo callar—. Quiero olvidarte, pero me resulta imposible sacarte de aquí —se golpeó el pecho— y de aquí —se sostuvo la cabeza con ambas manos—; estás en cada molécula de mi ser.

Se arrancó a llorar y la abrazó. Cuando la apreté contra mí, lloró más fuerte aún.

—Shh, pasará, lograrás olvidarme... porque, cuando uno desea algo con fuerza, siempre lo consigue.

—Entonces no lo lograré —se apartó de mí y me miró a los ojos—, porque, aunque sé que es lo que debo hacer, no quiero que eso pase.

Nos miramos durante un momento y sentí que estábamos de nuevo metidos en nuestra propia burbuja de necesidad, así que me acerqué sin pensarlo dos veces y la besé, esperando que me apartara, pero no lo hizo. Cuando terminé el beso, sin ganas de hacerlo, ella empezó a llorar otra vez.

—No quiero perdonarte; no quiero hacerlo porque eres un maldito hijo de puta, porque no sé si podré volver a confiar en ti nuevamente, porque no sé por qué mierda te amo tanto si no te lo mereces. No obstante, aunque he intentado vivir sin ti, siento que no puedo hacerlo. Cabronazo hijo de la gran puta, no es justo que me hayas hecho lo que me has hecho.

Empezó a pegarme en el pecho y dejé que se desahogara. Cuando por fin se detuvo, me miró a los ojos y me increpó.

—Di algo...

—Anne está aquí, viviendo conmigo; no voy a esconderla más.

—Me parece bien, esa niña no tiene la culpa de los errores de los adultos.

—Así que no estoy solo. Si me das otra oportunidad, debes saber que ahora ella forma parte de mi vida.

—Siempre tuvo que ser así, eres un tremendo gilipollas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que soy la idiota más grande de este universo y que te aceptaré a ti, y también a tu hija adoptiva, en mi vida... y que aprenderé a quererla tanto como te quiero a ti —declaró, llorando.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?, porque no pareces muy convencida.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque estoy llorando? Y qué esperabas, si voy a ser el hazmerreír de todos. Me has arruinado para siempre, Spencer Vanderbilt.

—Te amo, Chiara, y siempre será así... ¿Te has fijado en que ésta ha sido nuestra primera pelea?, y ha sido a lo grande, pero aparentemente la estamos superando, como lo vaticinaste el día que me dijiste que sí a vivir conmigo, y a ser mi esposa.

La besé, abrí mi boca y la amoldé a la suya con desesperación; quería que ese beso no terminara nunca, pero teníamos que hacerlo.

Dejé su boca y abrí la caja que aún tenía en la mano; volví a colocar el anillo en su dedo, luego la cogí de la mano y le pregunté:

—¿Estás lista para conocer a Anne y a Alba, su niñera? Esta última siempre ha vivido con la pequeña, desde que nació, y por supuesto también vivirá con nosotros.

—Estoy dispuesta a todo, pero no me vuelvas a fallar.

—No lo haré; esta vez seré yo el responsable de que ese anillo nunca salga de tu dedo.

## Epílogo

### SPENCER

Todo estaba listo y ella, a punto de empezar a avanzar por el pasillo en cualquier momento. Mi madre estaba a mi lado y también mis padrinos; al otro extremo se encontraban sus amigas, que eran sus damas de honor, y Anne era la encargada de arrojar los pétalos a lo largo del camino que muy pronto Chiara haría para llegar hasta el altar, hasta mí.

Cuando la niña llegó a la mitad de la nave principal de la iglesia, como habíamos ensayado, los acordes de la marcha nupcial empezaron a sonar y Maverick y mi amor aparecieron dispuestos a avanzar hasta mí; en el momento en el que iban a comenzar a andar, apareció Helmut Benjamin Clay Delevigne y le ofreció el brazo a su hija, y Maverick le cedió su puesto de inmediato, caminó por el lateral y se puso junto a mis otros padrinos.

Esa semana le había dicho a Chiara que tenía que ir a mi disco de Los Ángeles para un asunto urgente, y ya sé que le había vuelto a mentir, a pesar de que le había prometido que jamás lo volvería a hacer, pero esa vez era por una buena causa.

Fui a Grosse Pointe Shore y, al llegar, me alegré de que finalmente Maurice no hubiera perdido su empleo.

Helmut e Ivanna me recibieron y les conté mi historia. Aunque mi suegro no estaba del todo feliz, me dijo que, como hombre, comprendía lo difícil que debía de haber sido para mí no sólo asumir los cuernos, sino criar a la hija del que me los puso.

Finalmente ambos nos pedimos disculpas, por la felicidad de Chiara, que era lo único que nos importaba, y decidimos dejar atrás nuestras diferencias. Luego quedamos en que el día del enlace ellos aparecerían directamente en la iglesia, así no nos arriesgábamos a que mi terca novia los rechazara. Y es que tenía a quién salir, con los padres que le habían tocado en el reparto de la vida.

Y en ese instante estábamos ahí, viviendo el cuento completo, con el final feliz que todos desean leer en un libro, salvo que ésa era nuestra vida real y esperábamos que, además de comer perdices, realmente a partir de entonces fuéramos felices para siempre.

### CHIARA

No podía amar más a ese hombre que me tenía entre sus brazos mientras me balanceaba al ritmo de *Take my hand* en medio de la pista de baile del salón donde habíamos hecho la fiesta, en el hotel Palace. ¿Dónde más podíamos hacerla, si no en el sitio donde todo había comenzado para

nosotros, unos años atrás, donde nos miramos por primera vez y supimos que algo iba a cambiar para siempre?

Sentimos que alguien nos tironeaba de la ropa y, cuando miramos, vimos a Anne junto a nosotros. Spencer la alzó y nos abrazó a ambas, y así continuamos bailando.

—Te amo.

—Y yo a ti.

—¿Y a mí?

—A ti también te amamos —dijimos los dos.

—Entonces, ¿puedo ir a la luna de miel con vosotros?

—Me temo que no —le contestó Spencer.

—Pues entonces creo no me queréis tanto.

—Lo que yo creo es que nos estás intentando manipular con la cuestión del amor —le contesté.

—Sólo un poquito, para ver si logro convencerlos —reconoció—, pero, al menos, ¿me extrañaréis?

—Por supuesto —contestó Spen.

—Está bien, ya me he resignado. Podéis bajarme, me estáis apretando demasiado. Seguid bailando solos.

Spencer la dejó en el suelo, nos reímos y volvimos a abrazarnos muy fuerte.

—Es increíble lo manipuladora que es.

—Por eso hay que ponerle un freno —confirmó él.

—¿Y si nos la llevamos? ¿Has visto cómo nos miraba?

—Tienes que dejar de consentirla; es nuestra luna de miel y si ella viene...

—Lo sé, sería como en casa: en mitad de la noche se pasaría a nuestra cama.

—Exactamente.

—Pero me da pena.

—Señora Vanderbilt..., quiero toda su atención durante estos próximos días.

—Está bien, está bien... Sólo serán diez días, y pasarán rápido.

—Bien, es hora de irnos. Tira el ramo y salgamos de aquí cuanto antes. Quiero estar contigo a solas.

—De acuerdo.

Lancé el ramo y luego nos cogimos de la mano y empezamos a correr hacia la salida.

—Oye, ¿te he dicho ya que fuiste tú la culpable de que mi corazón volviera a latir en mi pecho? —me dijo cuando entramos en el ascensor para ir a cambiarnos.

—¿Y yo te he dicho que fuiste tú el hacedor de que todos mis sueños se hayan hecho realidad?

Nos besamos interminablemente, consciente de que los besos que nos dábamos jamás serían suficientes, porque siempre íbamos a querer otro y otro y otro más.

*CREE... en ti mismo; la vida nos puede dar mil reveses, pero nunca pierdas la fe en ti, porque ésa es la única forma de que los demás tampoco lo hagan.*

*Y no lo olvides: el amor es como el sol, siempre está ahí, aunque en los días nublados no consigas verlo, sólo se trata de CREER...*

## Agradecimientos

A toda la gente que se involucra cada vez para que mis novelas lleguen al lector en tiempo y forma. Editora, correctores, diseñadores, maquetadores..., la lista es casi interminable; gracias infinitas por todo lo que trabajan siempre.

También a mi familia, que aguanta mis encierros para que pueda terminar de escribir; no tengo dudas acerca de que, sin ustedes, no lo podría lograr.

## Biografía



Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó. Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción y Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*,

*Nací para quererte*, *Hueles a peligro*, *Jamás imaginé*, *Desde esa noche*, *Todo lo que jamás imaginé*, *Devuélveme el corazón*, *Primera regla: no hay reglas*, y los dos volúmenes de la serie «Santo Grial del Underground»: *Viggo* e *Igor*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

[www.fabianaperalta.com](http://www.fabianaperalta.com)

## Referencia de las canciones

*Un-break my heart*, Copyright: This compilation © 2009 Sony Music Entertainment, interpretada por Toni Braxton. (N. de la e.)

*Fire in me*, Copyright: © An Island Records release; 2018 Universal Music Operations Limited © 2018 Universal Music Operations Limite, interpretada por John Newman. (N de la e.)

*If I'm lucky*, Copyright: © © 2017 Warner Records Inc., interpretada por Jason Derulo. (N. de la e.)

*Say my name*, Copyright: © © 2018 What A Music Ltd. under exclusive license to Parlophone/Warner Music France, under exclusive license to Atlantic Recording Corporation for the United States. All rights reserved, interpretada por David Guetta, Bebe Rexha y J. Balvin. (N. de la e.)

*Please*, Copyright: © © 2018 All Evergreen Records, interpretada por Toni Braxton. (N. de la e.)

*Move you*, Copyright: © © 2017 Kelly Clarkson under exclusive license to Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States, interpretada por Kelly Clarkson. (N. de la e.)

*Impossible*, Derechos de autor: © 2002 Sony Music Entertainment, interpretada por Christina Aguilera. (N. de la e.)

*Beautiful people*, Copyright: © 2019 An Asylum Records UK release, a division of Atlantic Records UK; 2019 Warner Music UK Limited except track 6 2019 Warner Music UK / Def Jam Recordings, a division of UMG Recordings, Inc © 2019 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran y Khalid. (N. de la e.)

*I put a spell on you*, Copyright: © © 2017 Warner Music Brasil Ltda., interpretada por IZA. (N. de la e.)

*A Sunday kind of love*, Copyright: © 2017 Tango Records, LLC and MSM Music Group, Inc., under exclusive license to Sony Music Entertainment, interpretada por Boyz II Men y Brian McKnight. (N. de la e.)

*Take my hand (The wedding song)*, Copyright: © © 2014 Emily Hackett, interpretada por Emily Hackett y Will Anderson. (N. de la e.)

## Notas

1. *Off site meeting*: reunión realizada en un entorno ideal para que los involucrados en un trabajo se conozcan de forma más personal.

1. Ajo y agua: paráfrasis de la frase «a joderse y a aguantarse».

2. Pichabrava: palabra utilizada en España para referirse a un hombre muy activo en la cama y que siempre está a punto para practicar sexo con las mujeres; hombre lujurioso, lascivo y dispuesto sexualmente.

1. La talla 34B se corresponde a la 90C según el tallaje que se usa en otros países, como España.

1. *Finger food*: Consiste en comer platos refinados en pequeñas cantidades y con los dedos. No es lo mismo que las tapas. Se trata de combinar lo elegante con lo informal. Lo componen una serie de recetas de cocina tradicional o actual con un toque audaz, que se presenta en bocados individuales.

1. Los derechos de las personas en Estados Unidos están representados por enmiendas. Los principios establecidos en la quinta enmienda de la Constitución de este país son esenciales para todo aquel acusado de cometer un delito, y recoge que ninguna persona estará obligada a responder de un delito castigado con la pena capital, o con cualquier otra pena, salvo en la presencia o acusación de un gran jurado. Dicha enmienda, en una de sus acepciones, es para los estadounidenses lo que en nuestro Código Penal se traduce como derecho a la no autoincriminación y a no confesarse culpable.

1. *High School*: así se denomina la escuela secundaria en el sistema educativo de Estados Unidos, antes de pasar a la escuela superior, *college* o universidad. Dura dos años, de los dieciséis a los dieciocho.

1. Sexting: nombre que se da a la actividad de intercambiar fotos, vídeos o mensajes de contenido sexual, erótico o pornográfico, personales, con la persona que se está chateando. Es una contracción, en inglés, de las palabras sex (sexo) y texting (escribir mensajes). En español también se puede utilizar el verbo sextear.

1. *Magic Mike*: película basada en la vida de los bailarines de un club de *strippers*.

1. Stripes: rayas, en inglés

1. *Scone*: panecillo individual redondo, típico de la cocina del Reino Unido y originario de Escocia.

1. *Tuxedo*: denominación que recibe el esmoquin en *slang*, la jerga de registro coloquial e informal usada en inglés.

1. ETS: se refiere a los análisis para diagnosticar enfermedades de transmisión sexual.

1. Academia Juilliard: normalmente conocida sólo por Juilliard, es una escuela de música, danza y teatro ubicada en la ciudad de Nueva York, de la que han salido infinidad de artistas reconocidos en el mundo entero.

*Fuiste tú*  
Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21639-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

